



LOS MISTERIOS
DE PARIS.



17.284

LOS MISTERIOS

DE PARRAS



LOS MISTERIOS

LOS MISTERIOS

DE PARIS.

PARTE SEGUNDA
POR
EL PRISIONERO RUSO,
EUGENIO STE-

CAPITULO I.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

TOMO II.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

CADIZ: 1843.

Imprenta de EL COMERCIO, calle del Vestuario,
número 97.

LOS MISTERIOS

DE PARIS.

PARTE SEGUNDA.

EL PRINCIPE RODOLFO.

CAPITULO I.

TOM Y SARAH.

SARAH Seyton, entonces viuda del conde Mac-Gregor, y de edad de treinta y siete á treinta y ocho años, era de una excelente familia escocesa, é hija de un baronet, caballero del lugar.

Sarah, completamente hermosa, huérfana á los diez y siete años, dejó á Escosia con su hermano Tom Seyton de Halsbury.

Las absurdas predicciones de una vieja montañesa, su nodriza, habian exaltado casi hasta la demencia los dos vicios capitales de Sarah, el orgullo y la ambicion, prometiéndole, con una increi-

ble persistencia de convicción, los mas altos destinos....., por qué no decirlo? un destino soberano.

La jóven escosesa se habia dejado llevar de las predicciones de su nodriza, y se repetía sin cesar, para corroborar su fé ambiciosa; que una adivina habia tambien prometido una corona á la bella y escelente criolla que se sentó un dia en el trono de Francia, y que fué reina por la gracia y por la bondad, como otras lo son por la razon y por la magestad.

Cosa estrañal Tom Seyton, tan supersticioso como su hermana, fomentaba sus locas esperanzas y habia resuelto consagrar su vida y la realizacion del sueño de Sarah....., de aquel sueño tan deslumbrante como insensato.

Sin embargo, el hermano y la hermana no eran tan ciegos que creyesen rigorosamente en la prediccion de la montañesa, y aspirasen absolutamente á un trono de primer órden; con tal que la bella escosesa ciñese un dia su frente imperiosa con una corona soberana, la orgullosa pareja cerraria los ojos atento á la importancia de las posesiones de aquella corona.

Con ayuda del almanaque de Gotha para el año de gracia de 1819, Tom Seyton hizo, en el momento de dejar á Escosia, una especie de cuadro sinóptico por años de las edades de todos los reyes y principales soberanos de la Europa, que no eran casados.

Aunque muy absurda, la ambicion de los hermanos era pura de todo medio vergonzoso; Tom debia ayudar á Sarah Seyton á urdir la trama conyugal en que esperaba enlazar á una testa coronada cualquiera. Tom debia ir á medias en todos los ardides, en todas las intrigas que podrian produ-

cir este resultado; pero hubiera matado á su hermana primero que verla ser dama de un príncipe, aun con la certeza de un casamiento reparador.

La especie de inventario matrimonial que resultó de las investigaciones de Tom y de Sarah en el almanaque de Gotha fué satisfactorio.

La confederacion germánica suministraba un numeroso contingente de jóvenes soberanos presuntos; Sarah era protestante; no ignoraba Tom la facilidad del matrimonio alemán llamado de la mano izquierda, matrimonio legítimo, con el cual se hubiera él resignado en el último extremo para su hermana. Se resolvió pues entre los dos ir desde luego á Alemania á comenzar la cacería.

Si este proyecto pareciese improbable, estas esperanzas insensatas, responderemos desde luego que una ambición desenfrenada, exagerada, por una creencia supersticiosa, raras veces cuida de ser razonable en sus designios, y no intenta sino lo imposible; sin embargo, recordándose ciertos hechos contemporáneos, desde los augustos y respetables matrimonios morganáticos entre soberanos y súbditas, hasta la amorosa Odisea de mis Penelope y del príncipe de Capua, no se puede negar alguna probabilidad del feliz suceso á los sueños de Tom y de Sarah.

Añadirémos que esta reunía una maravillosa belleza, raras disposiciones por su talento y un poder de seducción tanto mas peligroso, cuanto que á un alma seca y dura, un talento hábil y maligno, un disimulo profundo, un caracter pertinaz y absoluto, reunía todas las apariencias de un alma generosa, ardiente y apasionada.

En lo físico, su organizacion mentia tan pérfidamente como en lo moral.

Sus grandes ojos negros, sucesivamente relumbrantes y lánguidos bajo sus cejas eburneas, podían fingir los incendios del deleite..... Y no obstante, las ardientes inspiraciones del amor no debían nunca hacer palpitar su helado pecho; ninguna sorpresa del corazón ó de los sentidos debían desbaratar los crueles cálculos de aquella mujer astuta, egoísta y ambiciosa.

Al llegar al continente, Sarah, según los consejos de su hermano, no quiso comenzar sus empresas antes de haber estado en París, donde deseaba pulir su educación, y domeñar su dureza británica con el trato de una sociedad llena de elegancia, de gracias y de libertad de buen gusto.

Sarah fué introducida en la mejor y en la mas grande sociedad, gracias á algunas cartas de recomendación y al benévolo patronazgo de la embajadora de Inglaterra y del viejo marques de Harville, que habia conocido en Inglaterra al padre de Tom y de Sarah.

Las personas falsas, frias, reflexivas, imitan con una prontitud maravillosa el language y las maneras mas opuestas á su carácter; en ellas todo es esterilidad, superficie, apariencia, barniz, corteza; así que se les penetra, así que se les descubre, son perdidas; tambien la especie de instinto de conservación de que estan dotadas las hace eminentemente propias para el disimulo moral. Se visten y desnudan con la presteza y habilidad de un cómico consumado.

Es decir que á los seis meses de estar en París, hubiera Sarah podido apostárselas á la parisiense mas parisiense del mundo en la gracia picante de su talento, en el hechizo de su alegría, en la ingenuidad de su coqueteria y en la sencillez provocativa de sus

miradas castas y apasionadas á la vez.

Viendo á su hermana perfectamente armada, partió Tom con ella para Alemania, provisto de excelentes cartas de introduccion.

El primer Estado de la Confederacion-Germánica que se hallaba en el itinerario de Sarah era el gran ducado de Gerolstein, así designado en el diplomático é infalible "almanaque de Gotha" para el año de 1819.

GENEALOGIA DE LOS SOBERANOS DE LA EUROPA Y DE SU FAMILIA.

GEROLSTEIN.

"Gran duque, MAXIMILIANO RODOLFO, nació "el 10 de Diciembre de 1764. Sucedió á su padre CARLOS FEDERICO RODOLFO, el 21 de Abril "de 1786.—Viudo, Enero 1808, de Luisa, hija "del príncipe Juan Augusto de Burglen."

HIJOS.

"Gustavo-Rodolfo, nacido el 17 de Abril de 1803."

MADRE.

"La grande duquesa JUDITH, viuda del gran-duque CARLOS FEDERICO RODOLFO, el 21 de "Abril de 1785."

Tom, con bastante sentido, habia en un principio inscrito en la lista los mas jóvenes de los príncipes que codiciaba para cuñados, pensando que ia

estremada juventud es mucho mas fácil de seducir que una edad madura. Por otra parte, lo hemos dicho, Tom y Sarah habian sido particularmente recomendados al gran duque reinante de Gerolstein por el viejo marques de Harville, preocupado, como todo el mundo, de Sarah, cuya hermosura, gracia y encanto natural no podia admirar suficientemente.

Es inútil decir que el heredero presunto del gran ducado de Gerolstein GUSTAVO RODOLFO, tenia apenas diez y ocho años cuando Tom y Sarah fueron presentados á su padre.

La llegada de la jóven escocesa fué un acontecimiento en aquella pequeña corte alemana, tranquila, sencilla, formal y por decirlo así patriarcal. El gran duque, el mejor de los hombres, gobernaba sus estados con una firmeza sabia y una bondad paternal; nada mas materialmente, mas moralmente feliz que aquel principado; su poblacion laboriosa y grave, sobria y religiosa, ofrecia el tipo ideal del carácter aleman.

Estas buenas gentes disfrutaban de una felicidad tan profunda, estaban tan completamente satisfechos de su condicion, que la solicitud ilustrada del gran duque habia tenido poco que hacer para preservarlos de la mania de innovaciones.

En cuanto á los modernos descubrimientos, en cuanto á las ideas prácticas que pueden tener algun influjo saludable sobre el bienestar y sobre la moralizacion del pueblo, el gran duque se informaba de ellas y las aplicaba incesantemente, no teniendo, por decirlo así, sus residentes cerca de las diferentes potencias de la Europa otra mision que la de tener á su amo al corriente de todos los progresos de las ciencias bajo el punto

de vista de utilidad pública y práctica.

Lo hemos dicho, el gran duque tenia gran afecto y mucho reconocimiento al viejo marques de Harville, que le habia prestado, en 1815, iomensos servicios; tambien, gracias á la recomendacion de este último, Tom y Sarah Seyton de Halsbury fueron recibidos en la córte de Gerolstein con una distincion y una bondad muy particulares.

Quince dias despues de su llegada, Sarah, dotada de un profundo talento de observacion, penetró facilmente el carácter firme, honrado y franco del gran duque; antes de seducir al hijo, cosa infalible, quiso asegurarse sabiamente de las disposiciones del padre. Este parecia que amaba tan ciegamecte á su hijo Rodolfo, que Sarah lo creyó por un momento capaz de consentir en un casamiento desigual antes que ver á su querido hijo desgraciado para siempre. Pero pronto la escosesa se convenció de que aquel padre tan tierno no prescindiria nunca de ciertos principios, de ciertas ideas acerca de los deberes de los príncipes.

No era esto orgullo por parte suya; era conciencia, razon, dignidad.

Luego, un hombre de temple enérgico, tanto mas afectuoso y bueno cuanto mas fuerte, no ee de nunca nada de lo que toca á su conciencia, á su razon, á su dignidad.

Sarah estuvo á punto de renunciar á su intento, á vista de estos obstáculos casi invencibles; pero reflexionando que en compensacion Rodolfo era muy jóven, que se alababa generalmente su amabilidad, su bondad, su carácter á la vez tímido y extravagante, creyó al jóven príncipe débil, irresoluto; persistió pues en su proyecto y en sus esperanzas.

En esta ocasion su conducta y la de su hermano fueron una obra maestra de habilidad.

La jóven supo conciliarse á todo el mundo, y sobre todo las personas que hubieran podido tener celos ó envidia de sus ventajas; hizo olvidar su belleza, sus gracias, llegó á ser el ídolo no solamente del gran-duque, sino de su madre, la gran-duquesa viuda Judith, que, á pesar ó á causa de sus noventa años, amaba locamente todo lo que era jóven y encantador.

Muchas veces Tom y Sarah hablaron de su partida. Nunca el soberano de Gerolstein quiso consentir en ello, y, para atraerse del todo al hermano y á la hermana, suplicó al baronet Tom Seyton de Halsbury aceptase el empleo vacante de primer caballerizo, y pidió á Sarah no dejase á la gran-duquesa Judith, que no podia pasar sin ella.

Despues de numerosas perplejidades, combatidas por las mas urgentes influencias, Tom y Sarah aceptaron estas brillantes proposiciones, y se establecieron en la córte de Gerolstein, donde habian llegado dos meses antes.

Sarah, escelente música, sabiendo el gusto de la gran duquesa por los maestros antiguos, y entre otros por Gluck, hizo venir las obras de este hombre ilustre, y fascinó á la vieja princesa con su agotable complacencia y con el superior talento con que le cantaba aquellas antiguas arias, de una belleza tan sencilla, tan espresiva.

Tom, por su lado, supo hacerse muy útil en el empleo que el gran duque le habia confiado. El escocés conocia perfectamente los caballos, tenia mucho orden y firmeza, en poco tiempo transformó casi completamente el servicio de las caballerizas del gran duque, servicio que la negligencia y la rutina habian casi desorganizado.

El hermano y la hermana fueron pronto amados, festejados y atendidos en aquella corte. La preferencia del amo determina las preferencias secundarias. Sarah necesitaba, para sus futuros proyectos, muchos puntos de apoyo, para no emplear su hábil seducción en hacerse partidarios. Su hipocresía, revestida de las formas más atractivas, engañó fácilmente á la mayor parte de aquellos honrados alemanes, y un afecto verdadero consagró pronto el excesivo cariño del gran duque.

He aquí á nuestra pareja establecida en la corte de Gerolstein, perfecta y honorablemente colocada, sin que se hubiese hablado un momento de Rodolfo. Por un acaso feliz, algunos días después de la llegada de Sarah, este último había partido para una inspección de tropas con un edecán y el fiel Murph.

Esta ausencia, doblemente favorable para las miras de Sarah, le permitió disponer á su placer los primeros hilos de la trama que urdía sin ser incomodada por la presencia del joven príncipe, cuya admiración muy marcada hubiera quizá despertado los temores del gran duque.

Este, en la ausencia de su hijo, no pensó por desgracia que acababa de admitir en su intimidad á una joven de rara hermosura, de talento encantador, que debía encontrarse con Rodolfo cada instante del día.

Sarah fué interiormente insensible á la acogida tan tierna, tan generosa, á la noble confianza con que se le introducía en el corazón de aquella familia soberana.

Ni esta joven, ni su hermano retrocedieron un momento de sus malos designios; venían á sabiendas á introducir la disensión y la pena en aquella corte pacífica y feliz. Calculaban friamente los resultados probables de las crueles divisiones que iban á sembrar entre un padre y un hijo hasta entonces afectuosamente unidos.

CAPITULO II.

SIR WALTER MURPH, Y EL CLERIGO POLIDORI.

RODOLFO, durante su infancia, habia sido de complexion muy delicada. Su padre hizo el siguiente razonamiento, estravagante en la apariencia, en el fondo muy sensato.

Los caballeros de lugar ingleses son generalmente notables por una salud robusta. Estas ventajas sirven mucho para su educacion fisica; sencilla, recia, agreste, desarrolla su vigor. Rodolfo va á salir de las manos de las mugeres; su compexion es delicada; quizá, habituando á este niño á vivir como los hijos de un arrendatario ingles (salvo algunos miramientos), se fortificaria su constitucion.

El gran-duque hizo buscar en Inglaterra un hombre digno y capaz de dirigir esta especie de educacion fisica; Sir Walter Murph, muestra atlética del caballero de lugar de Yorkshire, fué encargado de este importante servicio. La direccion que dió al jóven principe correspondió perfectamente á las intenciones del gran-duque.

Murph y su discipulo habitaron, durante muchos años, una deliciosa alqueria situada en medio de los campos y de los bosques, á algunas leguas de la ciudad de Gerolstein, en la posicion mas pintoresca y mas saludable.

Rodolfo, libre de toda etiqueta, ocupándose con Murph en trabajos agrícolas proporcionados á su edad, hizo la vida sobria, varonil y arreglada de los campos, teniendo por placeres y por distracciones los ejercicios violentos, la lucha, la equitacion, la caza.

En medio del aire puro de los prados, de los bosques y de los montes, el jóven principe pareció transformarse, creció vigoroso como un roble; su palidez un poco enfermiza cedió el lugar á los brillantes colores de la salud; aunque siempre esbelto y nervudo, salió victorioso de las mas recias fatigas; la destreza, la energia, el valor, supliendo lo que le faltaba de poder muscular, pudo pronto luchar con ventaja contra los jóvenes de mucha mas edad que él; tenia entonces unos quince ó diez y seis años.

Su educacion científica se habia necesariamente resentido de la preferencia dada á la educacion fisica.

El buen Walter Murph no era sabio; no pudo dar á Rodolfo sino algunos primeros conocimientos; pero nadie mejor que él podia inspirar á su discípulo la conciencia de lo que era justo, honrado, y generoso; el horror á lo bajo, vil ruin.

Estos aborrecimientos, estas admiraciones enérgicas y saludables se arraigaron para siempre en el alma de Rodolfo; mas adelante, estos principios fueron violentamente conmovidos por la borrasca de las pasiones; pero nunca fueron arrancados de su corazon..... El rayo hiere, destroza y rompió un árbol sólido y profundamente plantado; pero la savia corre siempre en sus raices, mil verdes ramas brotan pronto de aquel tronco, que parecia seco.

Murph dió á Rodolfo, si puede decirse, la sa-

lud del cuerpo y la del alma ; lo hizo robusto, agíl y valiente , simpático á lo que era bueno y benéfico; antipático á lo malo y perverso.

Cumplida así admirablemente su tarea, el escudero , llamado á Inglaterra por graves intereses, dejó á Alemania por algun tiempo , con gran sentimiento de Rodolfo , que lo amaba tiernamente.

Murph debía volver á fijarse definitivamente en Gerolstein , con su familia, cuando algunos negocios muy importantes para él se hubiesen terminado. Esperaba que su ausencia duraria á lo mas un año.

Asegurado acerca de la salud de su hijo , pensó el gran-duque seriamente en la instruccion de este heredero querido.

Cierto clérigo, César Polidori, filólogo afamado, médico distinguido , historiador , erúdit, sabio, versado en el estudio de las ciencias exactas y físicas, fué encargado de cultivar, de fecundar el suelo rico pero virgen, tan perfectamente preparado por Murph.

Esta vez la eleccion del gran-duque fué bien desgraciada , ó mas bien fué cruelmente engañado por la persona que le presentó el clérigo y le hizo aceptar, á un clérigo católico, por preceptor de un principe protestante. Esta innovacion pareció á muchas personas una enormidad, y generalmente de un funesto presagio para la educacion de Rodolfo.

El acaso ó mas bien el abominable caracter del clérigo realizó una parte de estas tristes predicciones.

Impio , embustero , hipócrita , despreciador sacrilego de lo que habia de mas sagrado entre los hombres; lleno de astucia y de travesura, disimulando la mas peligrosa inmoralidad, el mas espan-

tosos esceptisimo, bajo una corteza austera y religiosa; exagerando una falsa humildad cristiana para encubrir su arte insinuante, lo mismo que una benevolencia expansiva, un optimismo ingenuo, para ocultar la perfidia de sus adulaciones interesadas; conociendo profundamente á los hombres, ó mas bien no habiendo conocido sino la parte mala, sino las pasiones vergonzosas de la humanidad, el clérigo Polidori era el mas detestable Mentor que podia darse á un jóven.

Rodolfo, abandonando con extremo pesar la vida independiente, animada, que habia pasado hasta entonces al lado de Murph, para ir á palidecer sobre los libros y someterse á los ceremoniosos usos de la córte de su padre, cobró desde un principio aversion al clérigo.

Esto debia suceder.....

Al dejar á su discipulo, el pobre escudero le comparó, no sin razon, con un potro silvestre, lleno de gracia y de fuego, que se le sacaba de los hermosos prados donde se holgaba libre y contento para ir á someterse al freno, á la espuela y enseñarle á moderar, á utilizar las fuerzas que no habia hasta entonces empleado sino en correr y saltar á su capricho.

Rodolfo manifestó al clérigo desde un principio que no tenia ninguna vocacion al estudio, que tenia antes de todo necesidad de egercitar sus brazos y sus piernas, de respirar el aire de los campos, de correr los bosques y los montes; una buena escopeta y un buen caballo le parecian preferibles á los mas bellos libros de la tierra.

El clérigo respondió á sus discipulos que nada habia en efecto mas fastidioso que el estudio; pero que nada habia mas grosero que los placeres que él preferia al estudio, placeres dignos de un

estúpido colono alemán.....é hizo una pintura tan burlesca, tan chocarrera de aquella vida sencilla y agreste, que, por primera vez, se avergonzó Rodolfo de haber sido tan feliz; entonces preguntó sencillamente al clérigo en que podía pasar su tiempo, si no amaba ni el estudio, ni la caza, ni la vida libre de los campos.

El clérigo le respondió que mas tarde le instruiría de ello.

Bajo otro punto de vista, las esperanzas de este clérigo eran tan ambiciosas como las de Sarah.

Aunque el gran ducado de Gerolstein no fuese sino un estado de segundo orden, el clérigo se habia imaginado ser un dia el Richelieu de él, y adiestrar á Rodolfo en el papel de príncipe haragan.

Comenzó pues por tratar de hacerse agradable á su discípulo y hacerle olvidar á Murph, á fuerza de condescendencia y de obsequios. Rodolfo, continuando en su resistencia á las ciencias, el clérigo disimuló al gran-duque la repugnancia del jóven príncipe al estudio, encomió por el contrario su asiduidad, sus admirables progresos; y algunos interrogatorios concertados de antemano entre él y Rodolfo, pero que parecian muy improvisados, mantuvieron al gran-duque (es preciso decirlo, muy poco inteligente) en su ceguedad y confianza.

Poco á poco el desapego que el clérigo habia inspirado á Rodolfo se cambió por parte del jóven príncipe en una familiaridad cortés muy diferente del afecto serio que tenia á Murph.

Poco á poco Rodolfo se encontró unido al clérigo (aunque por causas muy inocentes) por la especie de compromiso que une á dos cómplices. Debía temprano ó tarde despreciar á un hombre

del caracter y de la edad de aquel clérigo que mentia indignamente para escusar la pereza de su discípulo.....

El clérigo sabia esto.

Pero tambien sabia que, el que desde luego no se aleja con disgusto de los seres corrompidos, se habitua á pesar suyo á ellos, insensiblemente se les llega á escuchar, sin vergüenza y sin indignacion, burlarse y ajar lo que se veneraba en otro tiempo.

El clérigo era ademas bastante fino para chocar de frente contra algunas nobles convicciones de Rodolfo; fruto de la educacion de Murph. Despues de haber redoblado las burlas acerca de la rusticidad del pasatiempo de los primeros años de su discípulo, el clérigo, medio deponiendo su máscara de austeridad, despertó vivamente su curiosidad por confianzas á medias acerca de la existencia deliciosa de ciertos príncipes de los tiempos pasados; en fin, cediendo á las instancias de Rodolfo, despues de infinitos miramientos y muy vivas chanzas acerca de la gravedad ceremoniosa de la córte del gran-duque, el clérigo inflamó la imaginacion del jóven príncipe con las relaciones exageradas y ardientemente coloreadas de los placeres y las galanterias que habian ilustrado los reinados de Luis XIV, del Regente y sobre todo de Luis XV, el héroe de César Polidori.

Afirmaba á este desgraciado niño, que lo escuchaba con una avidez funesta, que los deleites, aun escesivos, léjos de desmoralizar á un príncipe felizmente dotado, lo hacian por el contrario clemente y generoso, por la razon de que las buenas almas nunca están mejor predispuestas á la benevolencia y al efecto que cuando son felices.

Luis XV *el bien amado* era una prueba irrecusable de esta asercion.

Y también, decía el clérigo, que los grandes hombres de los tiempos antiguos y modernos habían ampliamente sacrificado al epicurismo mas refinado, desde Alcibiades hasta Mauricio de Sajonia, desde Antonio hasta el gran Conde, desde César hasta Veardome.

Semejantes conversaciones debían hacer espantosos estragos en un alma joven, ardiente y virgen; además, el clérigo traducía elocuentemente á su discípulo las odas de Horacio en que este raro genio exaltaba las muelles delicias de una vida enteramente dedicada al amor y á las sensualidades esquisitas. A veces, para encubrir el peligro de estas teorías y satisfacer lo que había sustancialmente de generoso en el carácter de Rodolfo, el clérigo lo embaucaba con las mas deliciosas utopías.

Decía que un príncipe inteligentemente voluptuoso podía mejorar los hombres con el placer, moralizarlos con la felicidad, y atraer á los mas incrédulos al sentimiento religioso, exaltando su gratitud para con el criador que, en el órden material, colmaba al hombre de goces con una inagotable prodigalidad.

Gozar de todo y siempre era, segun el clérigo, glorificar á Dios en la magnificencia y en la eternidad de sus dones.

Estas teorías fructificaron.

En medio de esta corte arreglada y virtuosa, habituada, por el ejemplo del soberano, á los placeres honestos, á las distracciones inocentes, Rodolfo, instruido por el clérigo, soñaba ya con las noches de Versalles, las orgias de Choisy, los violentos deleites del parque de los ciervos, y otras veces, por contraste, con algunos amores romancescos.

El clérigo no había dejado nunca de demostrar á Rodolfo que un príncipe de la confederacion germanica no podia tener otra pretension militar que la de enviar su contingente á la Dieta.

Ademas, el espíritu del siglo no estaba ya por la guerra.

Pasar deliciosa y perezosamente sus dias en medio de las mugeres y de la demasiada delicadeza del lujo, descansar sucesivamente de la embriaguez de los placeres sensuales en los deliciosos recreos de las artes, buscar alguna vez en la caza, no como el silvestre Nemrod, sino como inteligente epicureo, las fatigas pasajeras que aumentan el encanto de la indolencia y de la pereza.....

Tal era, segun el clérigo, la sola vida posible para un príncipe que (oh! colmo de la felicidad!) hallaba un primer ministro capaz de sacrificarse valerosamente á la fastidiosa y pesada carga de los negocios del Estado.

Rodolfo, dejándose llevar á suposiciones que nada tenian de criminales porque no salian del circulo de las probabilidades fatales, se proponia, cuando Dios llamase á si al gran-duque su padre, dedicarse á esta vida que el clérigo Polidori le pintaba bajo tan ardientes y tan risueños colores, y tener á este clérigo por primer ministro.

Lo repetimos, Rodolfo amaba tiernamente á su padre, y lo hubiera sentido profundamente aunque su muerte le hubiese permitido hacer el Sardanápalo. Es inútil decir que el jóven guardaba el mas profundo secreto atento á las esperanzas que fermentaban en él.

Sabiendo que los héroes predilectos del gran-duque eran Gustavo-Adolfo, Carlos XII y el gran Federico (Maximiliano-Rodolfo tenia el honor de pertenecer muy de cerca á la casa real de Brande-

bourg), Rodolfo pensaba con razon que su padre, que profesaba una admiracion profunda á aquellos reyes capitanes siempre con las botas y las espuelas puestas, cabalgando y guerreando, miraria á su hijo como perdido si lo creyese capaz de querer reemplazar en su córte la gravedad tudesea con las costumbres débiles y licenciosas de la Regencia. Un año.....diez y ocho meses se pasaron asi; Murph no estaba de vuelta, pero anunciaba próximamente su llegada.

Vencida su primera repugnancia por la obsequiosidad del clérigo, Rodolfo se aprovechó de las lecciones científicas de su preceptor, y adquirió sino una instruccion muy estensa, á lo ménos conocimientos superficiales, que, unidos á un talento natural, vivo y sagaz, le permitian pasar por mucho más instruido de lo que realmente estaba, y hacer honor á los desvelos del clérigo.

Murph volvió de Inglaterra con su familia, y lloró de alegría al abrazar á su antiguo discípulo.

Al cabo de algunos dias, sin poder penetrar la razon de un cambio que le affligia profundamente, el digno escudero encontró á Rodolfo frio, afectado con él y casi irónico, cuando le recordó su vida ruda y agreste.

Cierto de la bondad natural del corazon del jóven príncipe, advertido por un secreto presentimiento, Murph le creyó momentáneamente pervertido por la perniciosa influencia del clérigo Polidori á quien detestaba por instinto, y á quien se prometia observar atentamente.

Por su parte, el cléoico, vivamente contrariado por la vuelta de Murph, cuya franqueza, buen sentido y penetracion temia, no tuvo mas que un pensamiento, el de perder al caballero en el ánimo de Rodolfo.

En esta época es cuando Tom y Sarah fueron presentados y acogidos en la corte de Gerolstein con la mas estremada distincion.

Algun tiempo antes de su llegada , habia Rodolfo salido con un edecan para inspeccionar las tropas de algunas guarniciones. Siendo esta excursion enteramente militar , habia el gran duque juzgado conveniente que el maestro no fuese á este viage. El clérigo , con gran sentimiento , vió á Murph volver á ejercer por algunos días sus antiguas funciones cerca del jóven principe.

El escudero contaba mucho con esta ocasion para enterarse de la causa de la frialdad de Rodolfo. Por desgracia , este , sabiendo ya el arte de disimular , y creyendo peligroso dejar penetrar sus proyectos futuros á su Mentor , estuvo con él muy cordial , fingió echar menos el tiempo de su primera juventud y sus rústicos placeres , y le tranquilizó casi completamente.

Decimos *casi*, porque ciertos afectos tienen un instinto admirable. A pesar de las muestras de afecto que le daba el jóven principe , presentia Murph vagamente que habia algun secreto entre ellos dos ; en vano quiso aclarar sus sospechas ; sus tentativas se frustraron ante la doblez precoz de Rodolfo.

Durante este viage no estuvo el clérigo ocioso.

Los intrigantes se descubren y se reconocen por ciertos signos misteriosos , que les permiten observarse hasta que su interes los decide á una alianza ó á una hostilidad declarada.

Algunos dias despues de establecida Sarah y su hermano en la corte del gran-duque , Tom estaba particularmente unido con el clérigo Polidori.

Este declaraba con un odioso cinismo , que tenia una afinidad natural casi involuntaria con los

trapaceros y con los malvados; así, decía él, sin descubrir positivamente el fin á que aspiraban Tom y Sarah, se encontraba atraído hácia ellos por una simpatía muy viva para no suponerles algun desig-
nio diabólico.

Algunas preguntas de Tom Seyton acerca del carácter y de los antecedentes de Rodolfo, preguntas insignificantes para un hombre menos despierto que el clérigo, lo enteraron de las tendencias del hermano y de la hermana; no creyó en la jóven escocesa miras á la vez honestas y ambiciosas.

La venida de esta encantadora jóven pareció al clérigo un juego de la suerte; Rodolfo tenia la imaginacion inflamada de amorosas quimeras; Sarah debía ser la realidad maravillosa que reemplazase á tantos sueños deliciosos; porque, pensaba el clérigo, que antes de llegar á la eleccion en el placer, y á la variedad en el deleite, se comienza casi siempre por una aficion única y romancesca. Luis XIV y Luis XV no fueron quizá fieles sino á Maria Mancini y á Rosa de Arey.

Segun el clérigo, sucederia así á Rodolfo y á la jóven escocesa. Esta adquiriria sin duda una inmensa influencia sobre un corazon sometido al hechizo delicioso de un primer amor. Dirigir, explotar esta influencia, y servirse de ella para perder á Murph para siempre, tal fué el plan del clérigo.

Como hombre hábil, hizo perfectamente entender á los dos ambiciosos que seria preciso contar con él, siendo él solo responsable al gran-duque de la vida privada del jóven príncipe.

Habia mas; era menester desconfiar de un antiguo preceptor de este último, que lo acompañaba entonces en una inspeccion militar: este hombre tosco, grosero, lleno de preocupaciones ab-

surdas, habia tenido en otro tiempo una grande autoridad sobre el ánimo de Rodolfo, y podia llegar á ser un vigilante peligroso, y léjos de escuchar ó de tolerar los necios y gratos errores de la juventud, se miraria como obligado á denunciarlos á la severa moral del gran-duque.

Tom y Sarah comprendieron á la media palabra aunque no hubiesen en nada instruido al clérigo de sus secretos designios. A la vuelta de Rodolfo y del escudero, todos tres, reunidos por su interes comun, se habian tácitamente coligado contra Murph, su mas temible enemigo.



CAPITULO III.



UN PRIMER AMOR.

Lo que debía suceder..... sucedió.

Cuando volvió Rodolfo, viendo todos los dias á Sarah, llegó á enamorarse perdidamente de ella. Pronto le manifestó esta que participaba de su amor, aunque debiese, segun preveia, causarle violentas penas..... Nunca podian ser felices! Los separaba una gran distancia! Tambien recomendó á Rodolfo la mas profunda discrecion, por temor de despertar las sospechas del gran-duque, que seria inexorable, y los privaria de su sola felicidad, la de verse todos los dias.

Rodolfo prometió ser circunspecto y ocultar su amor. La escocesa era muy ambiciosa, y estaba muy segura de sí misma para comprometerse y descubrirse á los ojos de la corte. El jóven principe conocia tambien la necesidad de ser disimulado. Imitó la prudencia de Sarah. El secreto fué guardado, perfectamente por espacio de mucho tiempo.

Cuando el hermano y la hermana vieron la passion desenfrenada llegada á su parasismo, y la exaltacion creciente mas difícil de contenerse cada dia, á punto de estallar y de perderlo todo, dieron el gran golpe.

Al clérigo , que autorizaba estas relaciones de moralidad , hizo Tom las primeras insinuaciones acerca de la necesidad de un casamiento entre Rodolfo y Sarah ; si no , añadía muy sinceramente , él y su hermana dejarían inmediatamente á Gerolstein..... Sarah participaba del amor del príncipe , pero prefería la muerte al deshonor , y no podía ser sino la muger de S. A.

Estas pretensiones dejaron estupefacto al clérigo ; nunca había creído que Sarah fuese ambiciosa tan audazmente. Semejante matrimonio , cercado de dificultades sin número , de peligros de todas clases , pareció imposible al clérigo ; dijo francamente á Tom las razones porque el gran duque no consentiría en semejante union.

Tom aceptó estas razones , reconoció su importancia ; pero propuso , como un *mezzo término* que podía conciliarlo todo , un casamiento secreto en regla , y declarado despues de la muerte del gran-duque reinante.

Sarah pertenecía á una noble y antigua casa ; á semejante union no le faltaban precedentes ; Tom dió al clérigo , y por consiguiente al príncipe , ocho dias para decidirse : su hermana no soportaría mas tiempo las crueles angustias de la incertidumbre ; si le fuese preciso renunciar al amor de Rodolfo , tomaría esta dolorosa resolución lo mas pronto posible.

A fin de dar un colorido á la pronta partida que entonces debía seguirse , había Tom , en todo caso , enviado , segun decia , á unos de sus amigos , de Inglaterra , una carta que debía echarse en el correo en Londres para Alemania ; esta carta contendría los motivos de su vuelta suficientemente poderosos para que Tom y Sarah se viesen obligados á dejar , por algun tiempo , la corte del gran-duque.

Esta vez , al ménos , el clérigo , servido por su mala opinion de la humanidad , descubrió la verdad.

Buscando siempre una segunda intencion á los sentimientos mas honrados , cuando supo que Sarah queria legitimar su amor con un matrimonio , vió en ello una prueba no de virtud , sino de ambicion ; apenas hubiera creído en el desinterés del amor de la jóven , si esta hubiese sacrificado su honor á Rodolfo , como la habia en un principio creído capaz de ello , suponiéndole solamente la intencion de ser la querida de su discípulo.

Cierto de no haberse equivocado acerca de las miras de Sarah , el clérigo quedó muy perplejo. Además , el deseo que manifestaba Tom en nombre de su hermana era de los mas honrosos. ¿Qué pedia? O una separacion ó una union legítima.

A pesar de su cinismo , el clérigo no se habia atrevido á dejar de admirarse , delante de Tom , de los honrosos motivos que parecian dictar la conducta de este último ni á decirle sin rebozo que él y su hermana habian trabajado hábilmente para conducir al principe á un matrimonio desproporcionado.

El clérigo tenia tres partidos que tomar:

Advertir al gran-duque de esta trama matrimonial.

Abrir los ojos de Rodolfo acerca de las maquinaciones de Tom y Sarah.

Dad la mano á este matrimonio.

Pero:

Prevenir al gran-duque , era enagenarse para siempre al heredero presunto de la corona.

Instruir á Rodolfo de las miras interesadas de Sarah , era esponerse á ser recibido como recibe siempre un enamorado , cuando se va á rebajar el

valor del objeto querido; y luego qué terrible golpe para la vanidad ó para el corazón del jóven príncipe..... revelarles que se querian desposar con su autoridad soberana; y en fin, cosa extraña ir el clérigo á vituperar la conducta de una jóven que queria quedar pura y no conceder sino á su esposo los derechos de un amante!

Prestándose á lo contrario, se atraia el clérigo al príncipe y su muger por un vínculo de profundo reconocimiento, ó al menos por la mancomunidad de un acto peligroso.

Todo, sin duda, podia descubrirse, y se espionaba entonces á la cólera del gran-duque; pero el matrimonio estaria concluido, la union seria válida, la tormenta pasaria, y el futuro soberano de Gerolstein se hallaria tanto mas ligado con el clérigo, cuanto mas peligros hubiese corrido por servirlo.

Despues de maduras reflexiones, se decidió pues á servir á Sarah, sin embargo con una restriccion de que hablarémos mas adelante.

La pasion de Rodolfo habia llegado á su último periodo; violentamente exasperado por la fuerza y por las habilisimas seducciones de Sarah, que parecia sentir aun mas que él los obstáculos insuperables que el honor y el deber oponian á su felicidad..... Algunos dias mas y el jóven príncipe se descubria.

Era su primer amor, un amor tan ardiente como natural, tan confiado como apasionado; para escitarlo, habia Sarah desplegado los recursos infernales de la mas refinada coqueteria. No, nunca las conmociones vírgenes de un jóven lleno de ánimo, de imaginacion y de llama, fueron irritadas por mas tiempo, ni mas sábiamente; nunca ha habido muger mas peligrosamente atractiva que

Sarah..... Sucesivamente juguetona y triste, casta y apasionada, púdica y provocativa; sus grandes ojos negros, lánguidos y abrasadores encendieron en el alma de Rodolfo un fuego inextinguible.

Cuando el clérigo le propuso no ver nunca á esta jóven, ó poseerla por un casamiento secreto, se lanzó Rodolfo al cuello del clérigo, le llamó su salvador, su amigo, su padre. Si el templo y el ministro hubiesen estado allí, el jóven príncipe se hubiera casado al instante.

El clérigo quiso, por interés, encargarse de todo.

Buscó un ministro, los testigos, y la union (todas sus formalidades fueron cuidadosamente observadas y comprobadas por Tom) se celebró secretamente durante una corta ausencia del gran-duque, llamado á una conferencia de la Dieta germánica.

Las predicciones de la montañesa escocesa estaban realizadas: Sarah se casó con el heredero de una corona.

Sin amortiguar los fuegos de su amor, la posesion hizo á Rodolfo mas circunspecto, y calmó la violencia que podia haber comprometido el secreto de su pasion á Sarah. La jóven pareja, protegida por Tom y por el clérigo, se entendió tambien, guardó tanta reserva en sus relaciones que se ocultaron á los ojos de todos.

Durante los tres primeros meses de su matrimonio, fué Rodolfo el mas feliz de los hombres: cuando sucediendo la reflexion al atractivo, contempló su posicion á sangre fria, no sintió haberse ligado á Sarah con un lazo indisoluble; renunció sin pesar para lo sucesivo aquella vida galante, voluptuosa, afeminada, que en un prínci-

pio habia ideado é hizo con Sarah los mas bellos proyectos del mundo acerca de su futuro reinado.

En estas lejanas hipótesis, el papel de primer ministro, que el clérigo se habia destinado *in petto* disminuia mucho en importancia. Sarah se reservaba sus funciones gubernamentales; demasiado imperiosa para no ambicionar el poder y la dominacion, esperaba reinar en el lugar de Rodolfo.

Un acontecimiento esperado con impaciencia por Sarah cambió pronto esta calma en tempestad.

Llegó á ser madre.

Entonces se manifestaron en esta muger exigencias enteramente nuevas y espantosas para Rodolfo; le declaró, deshecha en lágrimas hipócritas, que no podia soportar la sugesion en que vivia, sugesion que su preñez hacia mas penosa aun.

Proponia resueltamente á Rodolfo declarar todo al gran-duque; este habia, como tambien la gran duquesa madre, cobrado cada vez mas afecto á Sarah. Sin duda, añadia ella, se indignará en un principio, se enfadará, pero ama tan ciegamente á su hijo; tenia tanto afecto á Sarah, que el enojo paternal se apaciguaria poco á poco, y ocuparia ella en la corte de Gerolstein el puesto que le pertenecia, por los lados, pues iba á dar un hijo al heredero presunto del gran-duque.

Estas pretensiones espantaron á Rodolfo; conocia el profundo afecto que su padre profesaba á Sarah; pero no se le ocultaba tampoco la inflexibilidad de los principios del gran-duque respecto á los deberes de los principes.

A todas estas objeciones respondia Sarah inhumanamente:

—Soy vuestra muger á los ojos de Dios y de los hombres. Dentro de algun tiempo no podré encubrir mi preñez; no quiero abochornarme de una

posicion con que por el contrario estoy tan en-
vanecida, y de que puedo hacer alarde pública-
mente.

La paternidad habia redoblado el cariño de Ro-
dolfo á Sarah. Colocado entre el deseo de acce-
der á lo que esta queria y el temor del enojo de
su padre, sentia pesares horribles. Tom tomaba el
partido de su hermana.

—El matrimonio es indisoluble, decia él á su
serenísimo cuñado. El gran-duque puede desterrar
de su corte á vos y á vuestra esposa; nada mas.
Pero os ama demasiado para resolverse á tomar
semejante medida; preferirá tolerar lo que no ha
podido impedir.

Estos razonamientos, muy justos por otra par-
te, no calmaban la ansiedad de Rodolfo. Entre tan-
to, fué comisionado por el gran-duque para ir á
visitar varias yegucerias de Austria. Esta mision,
que no podia reusar, no debia detenerlo sino quin-
ce dias cuando mas; partió con gran sentimiento
suyo en un momento muy decisivo para su her-
mana.

Esta á la vez triste y satisfecha con la ausen-
cia de su hermano; perdía el apoyo de los con-
sejos; pero tambien, en el caso en que todo se
descubriese, estaria al abrigo de la cólera del gran
duque.

Sarah debia tenerlo al corriente, dia por dia,
de las diferentes fases de un negocio tan impor-
tante para los dos. A fin de corresponderse con
mas seguridad y mas secretamente, convinieron en
escribirse con cifras.

Esta precaucion solo prueba que Sarah tenia
que hablar á su hermano de otras cosas que del
amor de Rodolfo. En efecto, esta muger, egois-
ta, fria, ambiciosa, no habia sentido derretirse los

hielos de su corazón con el incendio del amor apasionado que había inflamado.

La maternidad no fué para ella mas que un medio de acción mas sobre Rodolfo, y no ablandó aquella alma del acero. La juventud, el amor desenfrenado, la inesperienza de este príncipe niño, tan pérfidamente atraído á una posición intrincada, apenas le inspiraban interés; en sus íntimas confianzas con Tom, se quejaba con desden y sinsabor de la debilidad de aquel mancebo, que temblaba delante del mas paternal de los príncipes alemanes que *habian existido hacia mucho tiempo*.

En una palabra, esta correspondencia entre el hermano y la hermana descubria claramente su egoísmo interesado, sus cálculos ambiciosos, su impaciencia..... casi homicida, y ponía de manifiesto los resortes de la trama tenebrosa coronada por el matrimonio de Rodolfo.

Pocos días despues de la partida de Tom, Sarah se hallaba en la tertulia de la gran-duquesa madre.

Muchas mugeres la miraban con una especie de admiración y cuchicheaban con sus vecinas.

La gran-duquesa Judith, á pesar de sus noventa años tenia fino el oído y buena la vista: por lo tanto no se le escapó nada de esto. Hizo señas á una de las damas de su servidumbre para que se le acercase; y se enteró tambien de que la señorita Sarah Seyton de Halsbury estaba ménos esbelta, ménos enjuta que de costumbre.

La anciana princesa adoraba á su jóven protegida; hubiera respondido á Dios de la virtud de Sarah: indignada por la malignidad estas observaciones, se encogió de hombros; y dijo en voz alta, desde el extremo del salón donde se hallaba:

—Mi querida Sarah, escuchad!

Sarah se levantó.

Le fué preciso atravesar el círculo para llegar al lado de la princesa, que quería, con la mejor intencion y con el solo hecho de este paseo, confundir á los calumniadores y probarles que el talle de su protegida no habia perdido nada de su figura y de su gracia.

Ay! la mas páfida enemiga no hubiera imaginado mejor medio que el de la escelente princesa, con intencion de defender á su protegida.

Esta llegó á ella. Fué preciso el profundo respeto que se tenia á la gran duquesa, para comprimir un mormullo de sorpresa y de indignacion cuando la jóven atravesó el círculo.

Las personas ménos perspicaces advirtieron lo que Sarah no *queria ocultar* mas tiempo / porque su preñez hubiera podido disimularse todavia; pero la ambiciosa muger habia proporcionado este escándalo, á fin de forzar á Rodolfo á declarar su casamiento.

La gran-duquesa, no cediendo sin embargo á la evidencia, dijo en voz baja á Sarah:

—Querida hija, estais hoy vestida horriblemente..... Vos que teneis un talle que se puede coger con dos dedos, estais desconocida.

.....

Contarémós mas adelante las resultas de este descubrimiento, que produjo grandes y terribles sucesos. Pero diremos desde ahora lo que el lector ha adivinado ya sin duda.....que la *Guillabaora*, que *Flor celestial* era el fruto de este desgraciado casamiento..... era, en fin, hija de Rodolfo y de Sarah; y que los dos la creian muerta.

.....

No se habrá olvidado que Rodolfo despues de haber visitado la casa de la calle del Temple, ha-

bia vuelto á la suya , y que debia, aquella misma noche , ir á un baile que daba la embajadora de***.

A esta fiesta seguiremos á S. A. el gran-duque reinante de Gerolstein , GUSTAVO-RODOLFO , que viajaba en Francia bajo el nombre de *conde de Duren*.



CAPITULO IV.

EL BAILE.

A las once de la noche, un portero con gran librea abrió la puerta de una gran casa de la calle Plumet, para que saliese una magnífica berlina azul tirada por dos soberbios caballos tordos con colas largas, y de la mayor corpulencia; ocupaba el pescante de grandes cojines galoneados de seda un enorme cochero, cuyo tamaño aumentaba un ropón azul, con cuello de marta, con costuras y alamares de plata; en la cúlata un lacayo corpulento y empolvado, con librea azul, junquillo y plata daba el lado á un cazador con formidables bigotes, galoneado como un tambor mayor, y cuyo sombrero, muy adornado, estaba medio oculto con plumas amarillas y azules.

Las linternas daban una luz viva al interior de este coche forrado de raso; se podía ver en él á Rodolfo, en la testera, teniendo á su izquierda al baron de Graün, y en frente á su fiel Murph.

Por deferencia al soberano que representaba el embajador en cuya casa se daba el baile, llevaba Rodolfo puesta la placa de la orden de***.

La cinta color de naranja y la cruz de esmalte de gran comendador del Aguila de oro de Gerolstein pendian del cuello de Sir Walter Murph; el

baron Graün iba decorado con las mismas insignias; además de una innumerable cantidad de cruces de todos los países pendientes de una cadenita de oro colocada entre los dos primeros botones de su frac.

—Soy afortunado, dijo Rodolfo, con las buenas noticias que Mad. Georges me da acerca de mi protegida de la hacienda de Bouqueval; la asistencia de David ha hecho maravillas. A no ser por la tristeza que abruma á aquella infeliz estaría mejor. Y á propósito de la *Guillabaora*, confesad, sir Walter Murph, añadió Rodolfo sonriéndose, que si uno de vuestros mejores amigos de la ciudad os hubiera visto *disfrazado* de carbonero... se hubiera pasmado admirablemente.

—Creo, monseñor, que V. A. causaría la misma sorpresa, si quisiese ir esta noche á la calle del Temple á hacer una visita amistosa á Mad. Pipelet, con el intento de esparcir un poco la melancolia del pobre Alfredo..... que no desea mas que quereros, segun dijo aquella estimable portera á V. A.....

—Monseñor nos ha pintado tan perfectamente á Alfredo con su magestuoso vestido verde, su aire doctoral y su inmovible sombrero, dijo el baron, que creo lo estoy viendo dominar en su oscuro y ahumado cuarto. Fuera de esto ¿está V. A. satisfecho de las indicaciones de mi agente secreto? ¿La casa de la calle del Temple ha correspondido completamente á la espectacion de Monseñor?

—Si..... dijo Rodolfo; he hallado allí mas de lo que esperaba.—Luego, despues de un triste silencio y para echar de sí la melancólica idea que le producian sus temores acerca de la marquesa de Harville, repuso con tono mas alegre:—No

me atrevo á confesar esta puerilidad ; pero hallo mucha diversion en estos contrastes : un dia pintor de abanicos , sentándome á la mesa en un chiribitil de la calle de Feves ; esta mañana dependiente de comercio , ofreciendo un vaso de canela á Mad. Pipelet ; y esta noche..... uno de los privilegiados, *por la gracia de Dios*, que reinan en este bajo mundo. (El hombre de los cuarenta escudos decia mis rentas lo mismo que un millonario), añadió Rodolfo á manera de parentesis y aludiendo á la poca estension de sus estados.

—Pero bastantes millonarios, monseñor, no tendrán el raro, el admirable buen sentido del hombre de los cuarenta escudos, dijo el baron.

—Ah! mi querido de Graün, sois muy bueno, mil veces muy bueno; me llenais de elogios, repuso Rodolfo fingiendo estar á la vez enagenado y confuso, mientras el baron miraba á Murph como hombre que advierte que ha dicho una necesidad.—En verdad, continuó Rodolfo con una seriedad imperturbable, no sé, mi querido de Graün, como reconocer la buena opinion que habeis tenido á bien formar de mí, y sobre todo como corresponderos.

—Monseñor..... os suplico, no os tomeis ese trabajo, dijo el baron, que habia por un momento olvidado que Rodolfo se vengaba siempre de las adulaciones, á que tenia horror, con burlas crueles.

—¿Cómo pues, baron? pero no quiero quedarme detras de vos; he aquí desgraciadamente todo lo que puedo ofreceros en este momento: obsequios, lo mas que teneis son veinte años, el Antinous no tiene facciones mas encantadoras que las vuestras.

---Ah! monseñor..... perdonad!.....

---Mirad, Murph, el Apolo de Belvedere tiene unas formas mas esbeltas, mas alegantes, mas juveniles á la vez?

---Monseñor..... hace tanto tiempo que no me habia sucedido esto.....

---Y el manto de púrpura, que bien le sienta!

---Monseñor..... me corregiré!

---Y el aro de oro que sostiene, sin ocultarlos, los rizos de su hermosa cabellera negra que flota sobre su cuello divino.

—Ah! Monseñor..... perdon....., perdon, me arrepiento, dijo el infeliz diplomático con una expresion cómica. (No se habrá olvidado que tenia cincuenta años, el pelo entrecano, una grande corbata blanca, la cara flaca y anteojos de oro.)

---Buen Dios! Murph, no le falta mas que un carcax de plata á la espalda y un arco en la mano para parecerse al vencedor de la serpiente Pithon!

---Perdonadlo, monseñor; no lo abruméis mas con el peso de esa mitologia, dijo Murph riéndose; salgo fiador á V. A. que en mucho tiempo tendrá cuidado de no decir.....una adulacion, pues en el nuevo vocabulario de Gerolstain la palabra verdad se traduce así.

---Cómo! tu tambien, viejo Murph? en este momento te atreves.....

---Monseñor, este pobre de Graün me aflige.... deseo participar de su castigo.

—Señor carbonero ordinario mio, este es un sacrificio á la amistad que os honra; pero, seriamente, mi querido Graün, cómo olvidais que no permito adulaciones sino á de Harmains y á sus semejantes; porque, és menester ser justo, no podrian decir otra cosa; es el canto de sus plumas, pero un hombre de vuestro gusto y de vuestro talento!..... yaya! baron.

—Pues bien! monseñor, dijo resueltamente el baron, hay mucho orgullo en que V. A. me perdone, segun vuestra aversion á las alabanzas.

—En buen hora! baron, mejor quiero eso, esplicaos.

—Pues bien, monseñor, esto es absolutamente como si una muger muy linda dijese á uno de sus admiradores: Dios mio, sé que soy hechicera; vuestra aprobacion es vana y fastidiosa. ¿De qué sirve afirmar la evidencia? ¿Se grita por las calles: el sol alumbra?

—Esto es mas hábil y mas peligroso; tambien para variar vuestro suplicio, os confesaré que el infernal clérigo Polidori no hubiera hallado cosa mejor para disimular el veneno de la adulacion.

—Monseñor, me callo.

—Asi, V. A., dijo seriamente Murph, dudará ahora que sea ese clérigo el que se ha encontrado bajo los esteriores de saltimbanco?

—No lo dudo, pues estábais prevenido que habia algun tiempo se hallaba en Paris.

—Se me habia olvidado ó mas bien habia omitido hablaros de él, Monseñor, dijo tristemente Murph, porque sé cuan odiosa es á V. A. la memoria de ese clérigo.

Las facciones de Rodolfo se entristecieron de nuevo, y sumido en tristes reflexiones guardó silencio hasta el momento en que el coche entró en el patio de la embajada.

Todas las ventanas de esta grande casa brillaban iluminadas en medio da la oscura noche: una hilera de lacayos en grande librea se estendia desde el pórtico y las antesalas hasta los salones de recibimiento donde estaban los criados de escalera arriba; habia un lujo imponente y real.

El conde*** y la condesa*** habian tenido la aten-

cion de estar en su primer salon de recibimiento hasta la llegada de Rodolfo. Entró este luego seguido de Murph y de Mr. de Graün.

Rodolfo tenía entonces treinta y tres años ; pero , la perfecta regularidad de sus facciones , ya lo hemos dicho , quizá demasiado bellas para un hombre , el aire de dignidad afable esparcido en toda su persona , lo hubieran siempre hecho en extremo notable , aun cuando estas ventajas no hubiesen estado realizadas con el augusto brillo de su clase.

Cuando se presentó en el primer salon de la embajada , parecia transformado , no era la fisonomia camorrista , el paso vivo y atrevido del pintor de abanicos vencedor del Choro ; no era el chocarrero dependiente de comercio que simpatizaba tan alegremente con los infortunios de Mad. Pipelet.....

Era un príncipe en la idealidad poética de la palabra.

Rodolfo tiene la cabeza erguida y altanera , cabellos castaños , naturalmente rizados , guarnecen su ancha frente noble y franca , su mirada está llena de amabilidad y de dignidad ; si habla á alguno con la graciosa benignidad que le es natural , su sonrisa , llena de encanto y de finura , deja ver sus esmaltados dientes que la tez oscura de su leve bigote hace aun mas deslumbrantes ; sus patillas negras guarneciendo el óvalo perfecto de su cara pálida , descienden hasta por debajo de su barba partida y un poco saliente.

Rodolfo está vestido muy sencillamente. Su corbata y su chaleco son blancos ; un frac azul , en cuyo costado izquierdo brilla una placa de diamantes , delinea su talle , tan fino como elegante y flexible ; en fin , alguna cosa de varonil , de resuel-

to en su planta corrige lo que quizá hay de demasiado agradable en su gracioso conjunto.

Rodolfo iba tan poco al mundo, tenia el aire tan de príncipe, que su llegada produjo cierta sensacion; todas las miradas se dirigieron á él, cuando se presentó en el primer salon de la embajada, acompañado de Murph y del baron de Graün que se mantenian algunos pasos detras de él.

Un dependiente, encargado en avisar cuando llegase, fué al momento á avisárselo á la condesa^{***}; esta y su marido se adelantaron á recibir á Rodolfo, diciéndole:

—No sé como espresar á V. A. mi reconocimiento por el favor con que se digna honrarnos hoy.

—Sabeis, señora embajadora, que siempre he sido solícito en obsequiaros, y muy afortunado en poder decir al señor embajador cuanto le aprecio, porque somos conocidos antiguos, señor conde.

—V. A. es demasiado bueno en tener á bien acordarse de ello, y darme un nuevo motivo de no olvidar nunca sus bondades.

—Os aseguro, señor conde, que no es culpa mia tener siempre presentes ciertos recuerdos; tengo la dicha de no conservar en la memoria sino lo que me ha sido agradable.

—Pero V. A. tiene muy buenas prendas, dijo la condesa^{***} sonriéndose.

—¿No es asi, señora? Muchos años, tendré, lo espero, el placer de recordaros este día, y el gusto, la elegancia estremada que presiden á este baile.... Porque, con franqueza, puedo decíroslo, aquí para los dos, nadie sino vos puede dar fiestas.

—Monseñor.....

—Hay mas: docidme pues, señor embajador, por qué las mugeres me parecen siempre mas lindas aqui que en otras partes?

--Eso es porque V. A. estiende hasta ellas la benevolencia con que nos favorece.

—Permitidme que no sea de vuestro parecer, señor conde; creo que esto depende absolutamente de la señora embajadora.

—Tendrá V. A. la bondad de esplicarme este prodigio? dijo la condesa sonriéndose.

—Esto es muy sencillo, señora; sabeis acoger á todas las bellas damas con una urbanidad tan perfecta, con una gracia tan exquisita, le decis á todas palabras tan deliciosas y lisonjeras, que las que no merecen en rigor..... en rigor estas alabanzas tan amables, dijo Rodolfo sonriéndose con malicia, son felices en ser distinguidas por vos, mientras que las que las merecen..... son no menos felices en que las aprecieis. Estas inocentes satisfacciones dilatan todas las fisonomias, la felicidad torna en alhagüeñas á las menos agradables y he aqui porque, señora condesa, las mugeres parecen siempre mas lindas en vuestra casa que en otras partes..... Estoy seguro de que el señor embajador dirá lo mismo que yo.

—V. A. me da demasiado buenas razones para pensar del mismo modo.

—Y yo, monseñor, dijo la condesa de***, á riesgo de ponerme tan linda como las bellas damas que no merecen del todo..... del todo las alabanzas que se les dan, acepto la lisonjera esplicacion de V. A. con tanto reconocimiento y placer como si fuese una verdad.....

—Para convenceros, señora, de que nada es mas real, hagamos algunas observaciones á propósito de los efectos de las alabanzas en la fisonomia.....

—Ah! Monseñor..... eso seria un horrible lazo, dijo riéndose la condesa de***.

—Vamos, señora embajadora, renuncio á mi proyecto, pero con una condicion..... es que me permitais ofreceros un momento mi brazo..... Se me ha hablado de un jardin de flores..... verdaderamente de hadas en el mes de Enero..... ¿Tendreis la bondad de conducirme á esa maravilla de las Mil y una noches?

—Con el mayor placer, monseñor..... pero han hecho á V. A. una relacion muy exagerada.... Ademas vais á juzgarlo..... á menos que vuestra indulgencia natural os engañe.....

Rodolfo ofreció su brazo á la embajadora, y entró con ella en los otros salones, mientras que el conde hablaba con el baron de Graün y con Murph, á quien conocia hacia mucho tiempo.



CAPITULO V.



EL JARDIN DE INVIERNO.

NADA en efecto mas hechicero, mas digno de las Mil y una noches que el jardín de que Rodolfo había hablado á la condesa.

Figúrese, al entrar por una larga y espléndida galeria, un terreno de cuarenta toesas de largo y treinta de ancho; un cierro de cristales muy ligero en figura de bóveda cubre, á la altura de unos cincuenta pies, este paralelogramo; sus paredes, cubiertas de una infinidad de espejos sobre los cuales se cruzan pequeños romboides verdes de enrejado de juncos muy espesos, semejan á un emparrado, gracias al reflejo de la luz que da en los espejos; una calle de naranjos tan gruesos como los de las Tullerías, y mamelias frondosas, los primeros cargados de frutas brillantes como manzanas de oro sobre un ramage de verde lustroso, las segundas esmaltadas de flores purpúreas, blancas y color de rosa, cubre todas las paredes.

Esta es la cerca del jardín.

Cinco ó seis enormes bosquecillos de árboles y de arbustos de la India ó de los trópicos, plantados en hondos encajonamientos de tierra mazor-

ral, están cercados de calles empedradas con un gracioso mosaico de conchas, y suficientemente anchos para que dos ó tres personas puedan pasearse de frente.

No es posible pintar el efecto que producía en el rigor del invierno, y por decirlo así en medio de un baile, esta rica y poderosa vegetación exótica.

Aquí plátanos enormes casi llegan á los vidrios de la bóveda, y mezclan sus anchas palmas de lustroso verde con las ojas abanzadas de las grandes magnolias, algunas de las cuales están ya cubiertas de hermosas flores tan olorosas como magníficas; de su caliz en forma de campana, color de púrpura por dentro, plateado por fuera, salen hilos de oro; mas léjos, las palmeras, las palmas, las higueras de la India, todas robustas, frescas, frondosas, completan estos inmensos bosquecillos de verdura: verdor lustroso, brillante como el de todos los vegetales de los trópicos, que parece tomar el resplandor de la esmeralda, pues las hojas de estos árboles espesas, barnizadas, tienen unos colores relucientes y metálicos.

En los enverjados, entre los naranjos, los bosquecillos enlazadas de un árbol á otro, aquí en guirnaldas de hojas y de flores, allí formando espirales, mas léjos mezcladas en los enrejados, corren, serpentean, trepan hasta la bóveda de vidrios inmensidad de plantas sarmentosas; la pasionaria y otras enredaderas penden de la bóveda como guirnaldas colosales y parece quieren volver á subir haciendo con sus delicados zarcillos las guías de los gigantescos aloes.

En otra parte un bignonia de la India, de grandes campanillas amarillas, está rodeado de un estefanotis de flores blancas, que dan un olor muy

suave; estas dos enredaderas enlazadas festonean con su franja verde de campanillas de oro y de plata los ramilletes de esmalte rosa, circundados con ojas inmensas y aterciopeladas de una higuera de la India.

Mas léjos en fin saltan y caen como cascada vegetal y matizada innumerable cantidad de pies de ornaballo cuyas ojas y ombelas de quince ó veinte flores estrelladas son tan espesas, tan graciosas, que se diría eran de esmalte rosa, guarnecidas con ojas de porcelana verde.

El vallado pequeño de los bosquecillos se compone de brezos, de tulipanes de Thol, de narcisos de Constantinopla, de jacintos de Persia, de iris ó lirios cárdenos, que forman una especie de tapiz natural en que todos los colores, todos los matices se confunden de la manera mas espléndida.

Linternas chinescas de seda trasparente, unas azules, otras de color de rosa bajo, medio ocultas acá y acullá por las ojas, iluminan este jardin.

Es imposible pintar la luz misteriosa y suave que resultaba de la mezcla de estos dos colores, luz graciosa, fantástica, que tenía la claridad azulada de una hermosa noche de verano ligeramente sonrosada por los reflejos encarnados de una aurora boreal.

Se llegaba á este invernadero abocinado por una larga galeria deslumbrante con el oro, los cristales, las luces. Esta brillante claridad guarnecía por decirlos así, la penumbra en que se diseñaban vagamente los grandes árboles del jardin de invierno que se veía por una ancha ventana medio cerrada con dos altas puertecillas de terciopelo carmesí.

podria decirse que era una gigantesca ventana abierta sobre algun hermoso paisage de Asia durante la claridad de una noche crupuscular.

Vista desde el fondo del jardin donde estaban dispuestos sofaes bajo una cúpula de ramas y de flores, ofrecia un contraste inverso con la suave claridad del invernadero.

Era desde léjos una especie de niebla luminosa, dorada, sobre la cual centellaban, como un bordado vivo, los colores resplandecientes y variados de los trages de las mugeres, y los centelleos prismáticos de la pedreria y de los diamantes.

La música de la orquesta, desvanecida por la distancia y por el sordo y alegre ruido de la galeria, iba á morir melodiosamente en el innoble ramage de los grandes árboles exóticos.

Involuntariamente se hablaba en vos baja en este jardin, apenas se oia en él el ligero ruido de las piedras, y al roze de los trages de raso, el aire á la vez ligero templado y embalsamado con mil suaves olores de las plantas aromáticas; la música vaga y lejana convidaba á todos los sentidos á una suave y muelle quietud.

Por cierto que dos amantes enamorados y felices sentados sobre la senda en cualquier rincón sombrío de este Eden, embriagados de amor, de armonia, y de su perfume, no podian hallar un cuadro mas delicioso para su pasión ardiente y aun en su aurora, porque, ay! uno ó dos meses de felicidad pacífica y tranquila cambian á dos amantes en frios esposos.

Al llegar á este maravilloso jardin de invierno, no pudo Rodolfo contener una exclamacion de sorpresa, y dijo á la embajadora.

—Es vetdad, señora, que no hubiera creido maravilla semejante. Esto no es solamente el lujo uni-

do á un esquisito gusto , es la poesia en accion; en lugar de describir como un poeta, de pintar como un gran pintor , creais.....lo que apenas se atreverian á imaginar.

—V. A. es mil veces demasiado bueno.

—Francamente, confesad que el que pudiese hacer fielmente este cuadro delicioso con todo su encanto de color y de contraste, allá aquel tumulto deslumbrante, aquí este delicioso retiro, confesad, señora, que ese pintor ó poeta haria una obra admirable..... solamente reproduciendo la vuestra.

—Las alabanzas que la indulgencia inspira á Vuestra Alteza son tanto mas peligrosas, cuanto que no puede cualquiera dejar de hechizarse con sus lisonjas y escucharlas á pesar suyo con estremado placer. Pero mirad, monseñor, que graciosa jóven! V. A. me concederá al ménos que la marquesa de Harville debe ser linda en todas partes. ¿No tiene un atractivo maravilloso por su gracia? ¿No ganará aun con el contraste de la severa belleza que le acompaña?

La condesa Sarah Mac Gregor y la marquesa de Harville bajaban en este momento las pocas gradas que de la galeria conducian al jardin de invierno.



CAPITULO VI.

LA CITA.

LAS alabanzas hechas de Mad. de Harville por la embajadora no eran exageradas.

Nada podria dar una idea de aquella figura encantadora, en la cual se desplegaba entonces toda la flor de una delicada belleza, belleza tanto mas rara, cuanto consistia ménos en la regularidad de las facciones que en el encanto indecible de la fisonomia de la marquesa, cuya deliciosa cara se ocultaba, por decirlo así, modestamente bajo una amable espresion de bondad.

Insistimos en esta última palabra, porque de ordinario ño es precisamente la bondad lo que predomina en la fisonomia de una muger jóven de veinte años, hermosa, de talento, y adulada, como lo era Mad. de Harville.

Tratarémos de hacer comprender nuestro pensamiento.

Muy digna, muy eminentemente dotada para salir al encuentro con coqueteria á los homenages, Mad. de Harville se mostraba sin embargo tan afectuosamente reconocida de los que se le rendian, como si apenas los mereciese; no era orgullosa,

sino feliz; indiferente á las alabanzas, pero muy sensible á la benevolencia, distinguia perfectamente la adulacion de la simpatía.

Su talento justo, fino, algunas veces maligno sin malicia, perseguia sobre todo con una zumba delicada é inofensiva á las personas enamoradas de sí mismas, siempre ocupada en llamar la atencion, en poner constantemente en evidencia su figura radiosa con una multitud de insensatas felicidades é hinchada con infinidad de orgullo..... Personas, decia graciosamente Mad. de Harville, que toda su vida tienen el aire de danzar el *solo de caballero* en frente de un espejo invisible, con el cual se sonrien recreándose.

Un caracter á la vez tímido y casi envanecido en su reserva inspiraba por el contrario á Mad. de Harville un interés verdadero.

Algunas pocas palabras ayudaran, por decirlo así, para tomar conocimiento de la hermosura de la marquesa.

Su tez de una deslumbrante finura, estaba matizada de un bello encarnado; largos rizos de cabellos castaños claros caian sobre sus rollizos hombros, blancos y lucientes como el mármol blanco. Dificultosamente podria pintarse la belleza angelical de sus grandes ojos pardos, guarnecidos de largas pestañas negras, su boca bermeja, de una apacibilidad adorable, era respecto á sus hechiceros ojos lo que su afable y afectuosa conversacion debia ser atento á su mirada melancólica y amable. No hablarémos ni de su perfecto talle ni de la esquisita distincion de toda su persona. Tenia puesto un traje de crespon blanco, guarnecido de camelias de color de rosa y ojas del mismo arbusto, entre las cuales brillaban los diamantes, medio ocultos por todas, como otras tantas gotas de

relumbrante rocío ; tenía colocada con gracia una guirnalda de la misma clase sobre su pura y blanca frente.

El género de hermosura de la condesa Sarah Mac Gregor hacía también valer á la marquesa de Harville.

Sarah, de unos treinta y cinco años, apenas parecía que tenía treinta. Nada parece mas *saludable al cuerpo* que el frío egoísmo ; se conserva fresco por largo tiempo en este hielo.

Ciertas almas ásperas, duras, inalterables á las conmociones que gastan al corazón, ajan las facciones, no sienten nunca sino las desgracias del orgullo ó los errores de la ambición engañada ; estas penas no producen mas que una reacción débil sobre el físico.

La *conversacion* de Sarah probaba lo que hemos sentido.

Escepto una ligera gordura que daba á su cuerpo, mayor, pero ménos esbelto que el de Mad. de Harville, una gracia voluptuosa, Sarah lucía con un brillo enteramente juvenil ; pocas miradas podían sostener el fuego engañador de sus ardientes y negros ojos ; sus labios húmedos y encarnados (medio engañosos) espresaban la resolución y la sensualidad. El tejido azulado de las venas de sus sienes y de su cuello aparecía bajo la blancura lactea de su trasparente y fino cutis.

La condesa Mac Gregor tenía puesto un vestido de mué color de paja debajo de una túnica de crespón del mismo color ; una sencilla corona de hojas naturales de pirro de verde esmeralda ceñía su frente y hacía un maravilloso maridage con sus bandas de cabellos negros como la tinta, y separados sobre su frente que superaba á una nariz aguileña con ventanillas abiertas. Este peinado estu-

diado daba un sello antiguo al papel imperioso y apasionado de esta muger.

Muchas personas confiadas en su figura, ven una irresistible vocacion en el caracter de su fisonomia. Uno se ve en ella escesivamente guerrero, guerrera; otro rimador, compone rimas; conspirador, conspira; politico, politiqua; predicador, predica... Sarah veia en sí, no sin razon, un aire real; debió aceptar las predicciones medio realizadas de la montañesa, y persistir en su creencia de un destino soberano.....

La marquesa y Sarah vieron á Rodolfo en el jardin de invierno, desde el momento en que bajaron á él; pero el príncipe pareció no haberlas visto, porque se hallaba á la vuelta de una calle cuando llegaron las dos mugeres.....

—El príncipe está tan ocupado de la embajadora, dijo Mad. de Haryille á Sarah, que no ha parado la atencion en nosotras.....

—No creais eso, mi querida Clemencia, respondió la condesa, que estaba en intimidad con Mad. de Haryille; el príncipe, por el contrario, nos ha visto perfectamente; pero yo le meto miedo..... su mohina dura siempre,

—Ménos que nunca comprendo su obstinacion en evitaros; muchas veces le han echado en cara lo extraño de su conducta para con vos.....una antigua amiga. «La condesa Sarah y yo somos enemigos mortales, me respondió burlándose; he hecho voto de no hablarle nunca, y es preciso, añadio, que este voto sea demasiado sagrado para privarme de la conversacion de una persona tan amable.» Mi querida Sarah, por singular que me hubiese parecido esta respuesta, me vi obligada á contentarme con ella (*)

(*) El amor de Rodolfo á Sarah, y los aconteci-

---Os aseguro que la causa de esta desavenencia mortal, medio de chanza, medio seria, es sin embargo de las mas inocentes; si un tercero no estuviese interesado hace mucho tiempo, os hubiera confiado este gran secreto..... Pero qué tenéis, mi querida niña..... parece que estais preocupada?

---No es nada..... hace tanto calor en la galeria, que me ha dado un poco de jaqueca; sentémonos aquí un momento..... ellò pasará..... lo espero.

---Teneis razon; mirad, he aquí justamente un rincon bien retirado; aquí estareis perfectamente al abrigo de las investigaciones de los que vuestra ausencia vá á desolar.....añadió Sarah sonriéndose y apoyándose en estas palabras.

Se sentaron las dos en un sofá.

---He dicho *aquellos* que vuestra ausencia vá á desconsolar, mi querida Clemencia..... ¿No os agrada mi discrecion?

La jóven se sonrojó un poco, bajó la cabeza, y no respondió nada.

---Cuan poco razonable sois! le dijo Sarah en tono de reprension amistosa.---¿No confiais en mí, niña?...Sin duda, niña. Soy de una edad en que os puedo llamar hija mia.

--Yo! no tener confianza en vos? dijo la marquesa á Sarah con tristeza; no os he dicho por el contrario que nunca he confesado conmigo misma.

---Perfectamente. Pues bien! veamos..... hablemos de él; habeis jurado desesperarlo hasta la muerte.

mientos que sucedieron á este amor, remontándose á diez y siete ó diez y ocho años eran completamente ignorados en el mundo, teniendo Sarah y Rodolfo tanto interés el uno como el otro en ocultarlo.

---Ah! exclamó Mad. de Harville con espanto, que decis.

---No lo conoceis aun, pobre niña... Es un hombre de una fria energia, para quien la vida es poca cosa. Ha sido siempre tan desgraciado..... y se diria que teneis tambien un placer en atormentarle.

—¿Pensais eso? por Dios.

—Sin quererlo, quizá: pero es.....Oh! si supierais cuan dolorosamente delicados è impresionables son aquellos á quienes ha aniquilado un largo infortunio! Mirad, ahora he visto caer de sus ojos dos gruesas lágrimas.

—Será verdad!

---Sin duda.... Y en medio de un baile; y á riesgo de ser ridiculizado, si se le advertia esta amarga pena. Sabeis que es preciso amar mucho para padecer asi.... y sobre todo para no pensar en ocultar al mundo lo que se sufre?...

---Por favor no me hableis de eso, repuso Mad. de Harville con voz conmovida, me haceis un daño horrible.....Conozco demasiado esta espresion de sufrimiento á la vez tan dulce y tan resignada.... Ay! la compasion que me inspiraba es lo que me ha perdido..... dijo involuntariamente Mad. de Harville.

Sarah pareció no haber comprendido el alcance de esta última palabra, y siguió:

-- Qué execracion! perdido por estar en coqueteria con un hombre que lleva la discrecion y reserva hasta al punto de no hacerse presentar á vuestro marido, por temor de comprometeros! Mr. Carlos Robert, no es un hombre lleno de honor, de delicadeza y de ánimo? Si lo defiende con este calor, es porque vos lo habeis conocido en mi casa, y porque os tiene tanto respeto y afecto.....

---Nunca he dudado de sus nobles prendas, me habeis hablado siempre tan bien de él..... Pero, lo sabeis, es una desgracia que se haya hecho tan interesante á mis ojos.

---Y qué bien merecè y justifica este interes! confesadlo. Y luego ademas como no ha de ser una cara tan admirable la imagen del alma? Con su alto y hermoso cuerpo, me recuerda los valientes de los tiempos caballerescos. Lo he visto una vez de uniforme; era imposible tener mejor talante. De cierto, si la nobleza se midiese por el mérito y por la figura, en vez de ser sencillamente Mr. Carlos Robert, seria duque y par. ¿No representaria maravillosamente uno de los nombres mas grandes de Francia?

---No ignorais que la nobleza de nacimiento me llama poco la atencion, vos que algunas veces me echais en cara que soy un poco republicana, dijo Mad. de Harville, sonriéndose.

---Ciertamente, siempre he pensado, como vos, que Mr. Carlos Robert no tenia necesidad de títulos para ser amable; y luego, que talento, qué hechicera voz! Como nos ha servido en nuestros conciertos intimos por la mañana, os acordais? La primera vez que cantásteis juntos, qué espresion daba á su dúo con vos, que conmocion!....

---Mirad, os lo suplico, dijo Mad. de Harville despues de un largo silencio, cambiemos de conversacion.

---Por qué?

---Esta me entristece profundamente; lo que me habeis dicho ahora mismo de su aire desesperado....

---Os aseguro que, en el exceso de la pena, un caracter tan apasionado puede buscar en la muerte un término á.....

—Oh! os lo suplico, callaos, dijo Mad. de Harville, interrumpiendo á Sarah, este pensamiento me ha ocurrido ya.....

Despues de un silencio bastante largo, dijo la marquesa:

—Lo repito, hablemos de otra cosa..... de vuestro enemigo mortal, añadió con alegría afectada; hablemos del príncipe, á quien no he visto hace mucho tiempo. Sabeis que está siempre encantador aunque es casi rey? Aunque republicana, encuentro pocos hombres tan agradables como él.

Sarah echó á hurtadillas una mirada escudriñadora y suspicaz á Mad. de Harville, y replicó festivamente:

—Confesad, querida Clemencia, que sois muy caprichosa. Os he conocido alternativas de admiracion y de aversion singular al príncipe; hace algunos meses, cuando llegó aquí, estabais tan fanática con él, que entre nosotras..... temi un momento por el reposo de vuestro corazon.

—Gracias á vos, al menos, dijo Mad. de Harville sonriéndose, mi admiracion no fué de muy larga duracion; hicisteis tan bien el papel de enemiga mortal, me hicisteis tales revelaciones acerca del príncipe.... que, lo confieso, el desvío reemplazó al *fanatismo* que os hacia temer por el reposo de mi corazon, reposo que vuestro enemigo no pensaba turbar; porque, poco tiempo antes de vuestras revelaciones, el príncipe, continuando siempre en ver íntimamente á mi marido, habia casi cesado de honrarme con sus visitas.

—A propósito! y vuestro marido está aquí esta noche? dijo Sarah.

—No! no ha querido salir, respondió Mad. de Harville con embarazo.

—¿Va poco al mundo?

—Sí..... algunas veces prefiere estar en casa. La marquesa estaba visiblemente cortada; Sarah lo conoció, y continuó:

—La última vez que lo vi, me pareció mas pálido que de ordinario.

—Sí..... estuvo un poco malo.....

—Mirad, mi querida Clemencia, quereis que sea franca?

—Os lo suplico.

—Cuando se trata de vuestro marido, soleis estar en un estado de singular ansiedad.

---Yo.....

—Algunas veces, al hablar de él, y esto bien á pesar vuestro, vuestra fisonomía espresa..... Dios mio! como os lo diré?..... y Sarah se apoyó sobre las palabras siguientes queriendo leer hasta en el fondo del corazon de Clemencia:—Sí, vuestra fisonomía espresa una especie.... de repugnancia temerosa.....

Las facciones impasibles de Mad. de Harville desafiaron en un principio la mirada inquisidora de Sarah; sin embargo esta advirtió un ligero temblor nervioso, pero casi insensible, que agitó un instante el labio inferior de la jóven.

No queriendo llevar mas léjos sus investigaciones y sobre todo despertar la desconfianza de su amiga, la condesa se dió prisa á añadir:

—Sí, una repugnancia temerosa, como la que inspira ordinariamente un celoso regañon.....

A esta interpretacion cesó el ligero movimiento convulsivo del labio de Mad. de Harville; pareció hallarse aliviada de un peso enorme, y respondió:

---No, Mr. de Harville no es ni regañon ni celoso..... Luego, buscando sin duda pretesto para

romper una conversacion que le pesaba , esclamó de pronto : Ah! Dios mio , ahí está el insoportable duque de Lucenay , uno de los amigos de mi marido..... Con tal que no nos descubra! de donde ha salido? Lo creia á mil leguas de aqui!

—En efecto , se decia que habia partido para un viaje de un año ó dos á Oriente : apenas hace cinco meses que salió de Paris. Esta es una llegada repentina , que ha debido desagradar á la duquesa de Lucenay , aunque el duque sea poco molesto , dijo Sarah con sonrisa maligna. =No será ademas ella la sola que maldiga esa incómoda venida..... Mr. de Saint-Remy participará de su pena.

—No seais maldiciente , mi querida Sarah , decid que esa venida será incómoda para todo el mundo..... Mr. de Lucenay es bastante desagradable para que generaliceis vuestra acusacion.

---Maldiciente? No , en verdad , no soy en esto mas que un eco. Se dice tambien que Mr. de Saint-Remy , modelo de los elegantes , que ha deslumbrado á todo Paris con su fausto , está casi arruinado , aunque su tren apenas disminuye ; es verdad que Mad. de Lucenay es en extremo rica.

---Ah! que horror!

---Lo vuelvo á decir , no soy mas que un eco... Ah! Dios mio , el duque nos ha visto. Viene , e preciso conformarse. Esto es doloroso : no conozco nada en el mundo mas insoportable que este hombre ; tiene tan malas compañías , se rie tan alto de sus propias tonterias , es tan estrepitoso como aturdido ; si apreciáis vuestro pomo ó vuestro abanico , guardadlos animosamente de él , por-

que tiene tambien la costumbre de romper todo lo que toca , y esto con el aire mas festivo y mas satisfecho del mundo.

Perteneciendo á una de las mas grandes casas de Francia , jóven todavia , de una figura que no seria desagradable á no ser por la longitud grotesca y desmesurada de su nariz, el duque de Lucenay reunia á una turbulencia y á una agitación perpetua de voces y de careajadas retumbantes, conversaciones á menudo de un gusto detestable , actitudes de una desenvoltura tan marcial y tan inesperada , que era preciso á cada instante acordarse de su nombre para no admirarse de verlo en medio de la sociedad mas distinguida de Paris, y para comprender que se tolerasen sus escentricidades de gestos y de language , á las cuales el hábito habia ademas asegurado una especie de prescripcion ó de impunidad. Se le huía como á la peste , aunque no le faltaba cierto talento que despuntaba acá y acullá por enmedio de la mas increíble exuberancia de palabras. Era uno de aquellos entes vengadores , en cuyas manos se deseaba ver caer á las personas ridiculas ó aborrecibles.

Mad. la duquesa de Lucenay , una de las señoras mas agradables y tambien mas á la moda de Paris , á pesar de sus treinta años cumplidos , habia hecho á menudo que hablase de ella : pero casi se escusaba la ligereza de su conducta pensando en las insoportables estrayagancias de Mr. de Lucenay.

El último rasgo de este carácter era una temperancia y un cinismo de espresiones inaudito á propósito de indisposiciones descabelladas ó de enfermedades imposibles ó absurdas , que se divertia en suponeros , y de lo que os compadecia en

público y delante de cien personas. Valiente por otra parte, arrostraba las consecuencias de sus chanzas pesadas, y habia dado y recibido numerosas estocadas sin corregirse.

Sentado esto, harémos resonar en los oídos del lector la voz agria y penetrante de Mr. de Lucenay que, viendo desde bien léjos á Mad. de Harville y á Sarah, se puso á gritar:

---Y bien! y bien! que es eso? que es lo que veo..... como?..... la mas linda señora del baile hallarse en un lugar solitario..... es permitido esto? ¿Es menester que venga yo de los Antípodas para hacer cesar semejante escándalo? si continuais, marquesa, evitando la admiracion general, grito como un loco..... grito por la desaparicion del mas delicioso adorno de esta fiesta!

Y, por peroracion, Mr. de Lucenay se echó por decirlo así de espaldas al lado de la marquesa, sobre el sofá, despues de lo cual cruzó su pierna derecha sobre su muslo izquierdo, y se cogió el pie con la mano.

---Como, caballero, estais ya de vuelta de Constantinopla? dijo Mad. de Harville, retirandose con impaciencia.

---Ya! decis lo que mi muger ha pensado, estoy seguro de ello; porque no ha querido acompañarme esta noche á mi vuelta al mundo. Volved pues á sorprender á vuestros amigos, para ser recibido así.

---Es muy sencillo; ós era tan fácil estar amable... allá abajo..... dijo Mad. de Harville medio sonriéndose.

---Es decir estar ausente, no es verdad? Es horroroso, es una infamia, lo que decis, exclamó Mr. de Lucenay desmenuzando sus piernas y dando golpes en el sombrero como en un tambor.

--Por el amor del Cielo, Mr. de Lucenay, no hableis tan alto, y estaos quieto, ó nos tendremos que ir, dijo Mad. de Harville con ansiedad.

---Y dejar el puesto! eso seria para darme vuestro brazo é irnos á dar una vuelta por la galeria?

---Con vos?..... ciertamente que no, tened la bondad de no tocar este ramillete; por favor, dejadme tambien el abanico, lo vais á romper segun acostumbrais.

---Si es porque he roto mas de uno, vaya, sobre todo uno magnífico de China que Mad. de Vaudemont habia regalado á mi muger.

Diciendo estas consoladoras palabras, Mr. de Lucenay jugueteaba con unas enredaderas que atraia á sí sacudiendolas ligeramente. Concluyó por desprenderlas del árbol que las sostenian; cayeron sobre él, y se halló por decirlo así coronado.

Entonces fueron las careajadas de risa tan estrepitosas, tan locas, tan aturdidoras, que Mad. de Harville hubiera huido de este incómodo y fastidioso personage, si no hubiese visto á Mr. Carlos Robert (el *comandante*, como decia Mad. de Pipelet) que venia por la otra estremidad del jardin. La jóven temió que pareciese iba á su encuentro y se quedó con Mr. de Lucenay.

—Decid, Mad. Mac Gregor, me parecia al dios Pan, á una nayade, á un silvano, á un salvage, debajo de estas ramas? dijo Mr. de Lucenay dirigiendose á Sarah, junto á las cuales fué bruscamente á colocarse.---A proposito de salvage, es preciso que os cuente una historia no muy decente..... Figuraos que en Otaiti.....

---Señor duque!..... le dijo Sarah con tono glacial.

---Pues bien! no os diré mi historia; la guardo para Mad. de Fonbonne que viene ahí.

Era esta una muger gorda y pequeña, de cincuenta años, muy preciada de sí y muy ridícula, cuya barba tocaba en el pescuezo, y que mostraba siempre el blanco de sus gruesos ojos hablando de su alma, de las angustias de su alma, de las necesidades de su alma, de las aspiraciones de su alma..... Llevaba puesto un horrible turbante de tela color de cobre con bordados verdes.

---La guardo para Mad. de Fonbonne, gritó el duque.

---De qué se trata, señor duque? dijo Mad. de Fonbonne, haciendo melindres, arrullando, y comenzando á poner los ojos blancos, como se dice vulgarmente...

---Se trata, señora, de una historia horriblemente inconveniente, indecente é incongruente...

---Ah! Dios mio! Y quien se atreveria?—quien es el que se permitiria?...

---Yo, señora, esto haria sonrojarse á un viejo Chamboran. Pero conozco vuestro gusto.... Escuchadla.

---Caballero!

---Pues bien! no sabreis mi historia, de cierto! porque ademas, vos que os aderezais siempre tan bien, con tanto gusto, con tanta elegancia, teneis esta noche un turbante que, permitidme que os lo diga, se parece, bajo mi palabra de honor, á una tortera vieja corroída de cardenillo.

Y el duque se rió á carcajadas.

---Sí habeis vuelto de Oriente para comenzar de nuevo vuestras absurdas burlas, que se os pasan porque sois medio loco, dijo Mad. de Fonbon-

ne irritada, se sentirá que hayais venido, caballero.....

Y se retiró magestuosamente.

---Necesito contenerme para no ir á despeinar á esa miserable ridícula, dijo Mr. de Lucenay; pero la respeto, es huérfana..... Ah! ah! ah!..... Y se echó de nuevo á reir.---Ola, Mr. Carlos Robert! continuó Mr. de Lucenay. Lo vi en los baños de los Pirineos. Es un mozo arrogante, canta como un cisne..... Vais á ver, marquesa, como lo meto en cuidados..... ¿Quereis que os lo presente?

---No os incomodeis, y dejadnos tranquilas, dijo Sarah.

Mientras que Mr. Carlos Robert se acercaba muy lentamente, pareciendo que admiraba las flores del invernáculo, Mr. de Lucenay se valió habilmente de sus trazas para apoderarse del pomo de Sarah, y se ocupaba en silencio y con un cuidado extremo en descomponerle el tapon.

Mr. Carlos Robert seguia acercándose; su cuerpo era perfectamente proporcionado, sus facciones no tenian tacha, su compostura muy elegante; sin embargo á su cara, á su aire le faltaba gracia, distincion, su modo de andar corto y afectado; sus manos y sus pies gruesos y vulgares; cuando vió á Mad. de Harville, la regular maldad de sus facciones cambió de repente en una espresion de melancolia profunda demasiado súbita para ser fingida; sin embargo su semblante estaba bueno. Mr. Robert parecia que era desgraciado, que sufría algo cuando se acercó á Mad. de Harville, y asi esta no pudo dejar de pensar en las siniestras palabras de Sarah acerca de los excesos á que la desesperacion podia arrastrarle.

---Buenos dias, caballero, le dijo Mr. de Lu-

cenay , deteniendolo al paso , no he tenido el gusto de veros desde que nos encontramos en las aguas... ¿Pero qué teneis? Parece que estais malo!

Mr. Carlos Robert lanzó una larga y melancólica mirada á Mad. de Harville , y respondió al duque con voz algo lastimosa:

---En efecto , caballero ; estoy malo.....

---Dios mio , Dios mio , no podeis desembarazaros de vuestra pituita? le preguntó Mr. de Lucenay como tomando el mayor interes.

Esta pregunta era tan descabellada , tan absurda , que Mr. Carlos Robert quedó pasmado , aturdido ; luego encolerizándose algo , dijo con voz firme y presurosa á Mr. de Lucenay:

---Pues tomais tanto interes en mi salud , ireis mañana por la mañana á saber de mí?

---Como , mi querido caballero....., enviaré sin falta , dijo el duque con altanería.

Mr. Carlos Robert hizo un ligero saludo y se retiró.

---Lo que hay de famoso es , que tiene tanta pituita como el gran Turco , dijo Mr. de Lucenay , colocándose de nuevo junto á Sarah , á menos que no haya yo acertado sin saberlo. Decidme , Mad. Mac Gregor , os ha parecido en efecto que ese caballero tenga pituita?

Sarah volvió bruscamente la espalda á Mr. de Lucenay sin responderle.

Todo esto pasó muy rápidamente.

Sarah habia contenido dificultosamente una carcajada.

Mad. de Harville sufrió horrorosamente pensando en la atroz posicion de un hombre que se ve interpelado tan ridiculamente delante de una muger á quien ama ; estaba espantada pensando que podia tener lugar un duelo ; entonces , arrastrada

por un sentimiento de compasion irresistible , se levantó de pronto , tomó el brazo de Sarah , alcanzó á Mr. Carlos Robert , que de rabia no era dueño de sí , y le dijo en voz baja al pasar por junto á él:

---Mañana , á la una iré.....

Volvió despues á la galeria con la condesa y se fué del baile.



CAPITULO VII.



VIENES MUY TARDE, ANGEL MIO.

RODOLFO al ir á esta fiesta por deber, queria tambien descubrir si sus temores respecto á Mad. de Harville eran fundados, y si era esta realmente la heroina de la narracion de Mad. Pipelet.

Despues de haber salido del jardin de invierno con la condesa***, recorrió en vano muchos salones, con la esperanza de encontrar sola á Mad. de Harville. Volvia al invernadero, cuando, parado un momento en la primera grada de la escalera, fué testigo de la escena rápida que pasó entre Mad. de Harville y Mr. Carlos Robert despues de la detestable chanza del duque de Lucenay; Rodolfo sorprendió un cambio de miradas muy significativas. Un secreto presentimiento le dijo que aquel grande y bello jóven era el *comandante*. Queriendo asegurarse de ello, entró otra vez en la galeria.

Iba á empezarse un vals; al cabo de algunos minutos vió á Mr. Carlos Robert en pié junto al quicio de una puerta. Parecia estar doblemente satisfecho de su respuesta á Mr. de Lucenay (Mr. Carlos Robert era muy valiente á pesar de sus ridiculeces) y de la cita que le habia dado Mad. de

Harville para el día siguiente, bien cierto esta vez de que no faltaría.

Rodolfo fué á buscar á Murph.

---¿Ves á aquel jóven rubio, en medio de aquel grupo, allá abajo?

---Aquel gran caballero que parece estar contento de si mismo? Sí, monseñor.

—Trata de acercarte á él lo bastante para poderle decir en voz baja, sin que te vea, y de modo que él solo pueda oírte, estas palabras: *Vienes muy tarde, ángel mio.*

El caballero miró á Rodolfo como pasmado.

---Formalmente, monseñor?

---Formalmente. Si se vuelve al oír estas palabras, guarda tu magnífica sangre fría que muchas veces he admirado, á fin de que ese caballero no pueda descubrir quien ha pronunciado estas palabras.

—No comprendo nada de esto, monseñor; pero obedezco.

El digno Murph, antes que se concluyese el vals, logró ponerse un poco detras de Mr. Carlos Robert.

Rodolfo, perfectamente colocado para no perder el efecto de este experimento, siguió atentamente á Murph con la vista; al cabo de un segundo, Mr. Carlos Robert se volvió bruscamente como pasmado.

El caballero impassible no se movió; ciertamente este hombre, calvo, de figura imponente y grave fué el último de quien sospechó el comandante que hubiese pronunciado las palabras que le recordaban el desagradable quid pro quo de que Mad Pipelet habia sido la causa y la heroína.

Concluido el vals, se reunió Murph con Rodolfo.

—Y bien, monseñor, se volvió aquel jóven como si le hubiese mordido. ¿Son mágicas esas palabras?

—Son mágicas, mi viejo Murph, me han descubierto lo que queria saber.

Rodolfo tenía que compadecer á Mad. de Harville de un error tanto mas peligroso, cuanto que presentia vagamente que Sarah era su cómplice. Al descubrir esto, sintió un golpe doloroso; no dudó del motivo de la tristeza de Mr. de Harville á quien amaba tiernamente; los celos eran sin duda la causa. Su muger, dotada de buenas cualidades, se sacrificaba á un hombre que no la merecia. Dueño de un secreto sorprendido por casualidad, incapaz de abusar de él, no pudiendo intentar nada para instruir de ello á Mad. de Harville, que cedia al impulso ciego de la pasion, Rodolfo se veia condenado á ser testigo impasible de la pérdida de esta jóven.

Fué sacado de estas reflexiones por Mr. de Graün.

—Si V. A. quiere concederme un momento de conversacion en la salita del fondo donde no hay nadie, tendré el honor de darle cuenta de las noticias que me ha mandado adquirir.

Rodolfo siguió á Mr. de Graün.

—La sola duquesa á cuyo nombre pueden convenir las iniciales N y L es la duquesa de Lucenay, por su familia Noirmont, dijo el baron; no está aquí esta noche. Acabo de ver á su marido, Mr. de Lucenay, que salió hace cinco meses para un viage de Oriente que debia durar mas de un año; hace dos ó tres dias que ha vuelto.

Debe recordarse que, en su visita á la calle del Temple, Rodolfo encontró, en la meseta de la escalera de la habitacion del saltimbanco César Bra-

damanti, un pañuelo humedecido de lágrimas, ricamente guarnecido de encages, y en cuyo pico estaban marcadas las letras N y L seperadas de una corona ducal. Por órden suya, aunque ignorando estas circunstancias, Mr. de Graün se habia informado del nombre de las duquesas actualmente en Paris, y habia obtenido las noticias de que acabamos de hablar.

Rodolfo lo comprendió todo....

No tenia razon alguna para interesarse por Mad. de Lucenay, pero no pudo dejar de estremecerse al pensar que si esta habia realmente hecho visita al saltimbanco, este miserable, que no era otro que el clérigo Polidori, sabia el nombre de esta muger que habia hecho seguir por el Jorobado, y que podia horriblemente abusar del terrible secreto que ponía á la duquesa bajo su dependencia.

—La casualidad es algunas veces bien singular, monseñor, repuso Mr. de Graün.

—Como?

—En el momento en que Mr. de Grangeneuye acababa de darme estas notitias acerca de Mr. y Mad. de Lucenay, añadiendo muy malignamente que la vuelta imprevista de Mr. de Lucenay habia debido incomodar mucho á la duquesa y á un joven muy guapo, el mas maravilloso elegante de Paris, el vizconde de Saint-Remy, el embajador me preguntó si creía que V. A. le permitiria presentarle al vizconde que se hallaba aquí: acaba de ser agregado á la legacion de Gerolstein, y se tendria por muy afortunado en lograr esta ocasion de cumplimentar á V. A.

Rodolfo no pudo reprimir un movimiento de impaciencia, y dijo:

—Esto me es muy desagradable..... pero no lo puedo negar..... Vamos, decid al conde de^{xxx}

que me presente á Mr. de Sain-Remy.

A pesar de su mal humor, Rodolfo sabia bien su oficio de príncipe para que le faltase afabilidad en esta ocasion. Además, tenia á Mr. de Saint-Remy por amante de la duquesa de Lucenay, y esta circunstancia picaba bastante la curiosidad de Rodolfo.

El vizconde de Saint-Remy se acercó, conducido por el conde de***

Mr. de Saint-Remy era un lindo jóven de veinte y cinco años, fino, esbelto, cuerpo muy distinguido, de la mas proporcionada fisionomía; tenia el color moreno, pero de aquel moreno luciente, transparente, y color de ambar, notable en los cuadros de *Murillo*; sus cabellos negros, separados por una carrera sobre la ceja izquierda, muy alisados sobre la frente, se rizaban graciosamente al rededor de su cara, y apenas dejaban ver el lóbulo de sus orejas; el negro subido de sus pupilas se recortaba brillantemente sobre el globo del ojo, que en vez de ser blanco, se nacaba con un matiz ligeramente azulado que da á la mirada de los indios una espresion tan encantadora. Por un capricho de la naturaleza, la espesura suave de su bigote contrastaba con lo imberbe de su barba y de sus mejillas, tan lisas como las de una jóven; llevaba, por afectacion, una corbata de raso negro muy baja que dejaba ver la elegancia de un cuello digno del jóven *tocador de flauta* antiguo.

Una sola perla sujetaba los anchos pliegues de su corbata, perla de un precio inestimable por su tamaño, pureza de su forma y brillo de su oriente. El vestido de Mr. de Saint-Remy, de un gusto perfecto, guardaba harmonia con esta joya de una sencillez magnífica.

No podia olvidarse nunca la figura y la persona

de Mr. de Saint-Remy, pues se diferenciaba mucho del tipo ordinario de los elegantes.

Su lujo en coches y caballos era estremado; grande y buen jugador, el total de su *libro de cuenta de carreras* ascendia siempre anualmente á dos ó tres mil luises. Se citaba su casa de la calle de Chaillot como un modelo de elegante suntuosidad; tenia en ella una mesa opipara y habia un juego infernal, en que perdia á veces sumas considerables con la mayor frescura; y sin embargo se sabia de cierto que el patrimonio del vizconde habia mucho tiempo que estaba disipado:

Para esplicar sus incomprensibles prodigalidades, los envidiosos ó los malvados hablaban, como lo habia hecho Sarah, de los grandes bienes de la duquesa de Lucenay, pero olvidaban que fuera de la futilidad de esta suposicion. Mr. de Lucenay tenia naturalmente un registro de los bienes de su muger, y que Mr. de Saint-Remy gastaba á lo ménos cincuenta mil escudos ó doscientos mil francos al año. Otros hablaban de usureros imprudentes, pero Mr. de Saint-Remy no esperaba ya heredar nada. Otros en fin decian que era muy afortunado en el *turf* (*), y hablaban en secreto de *mazos de caballos* y de *jokeys* corrompidos por él para hacer perder á los caballos contra quienes habia apostado mucho dinero.....pero el mayor número de la gente del mundo se curaba poco de los medios á que recurria M. de Saint-Remy para subvenir á sus gastos.

Por su nacimiento Mr. de Saint-Remy pertenecia al mejor y mas grande mundo; era festivo, valiente, de talento, buen compañero, muy vivi-

(*) *Turf*, terreno en que se hacen las apuestas en las carreras de caballos.

dor; daba excelentes comidas de hombres y entraba en todos los escotes que se le proponian; ¿qué mas necesitaba?

Las damas le adoraban, eran innumerables sus triunfos de todas especies; era jóven y hermoso, galante y magnifico en todas las ocasiones en que un hombre puede serlo con las señoras de alta sociedad, en fin, la infatuacion era tal que la oscuridad con que él envolvía el origen del Pactolo de donde sacaba á manos llenas, daba tambien á su vida cierto encanto misterioso. Se decia, sonriéndose con frescura: es preciso que este diablo de Saint-Remy haya encontrado la piedra filosofal.

Al saber que se habia hecho agregar á la legacion de Francia cerca del gran-duque de Gerolstein, algunas personas habian pensado que Mr. de Saint-Remy queria hacer una *retirada honrosa*.

El conde de*** dijo á Rodolfo presentándole á Mr. de Saint-Remy:

—Tengo la honra de presentar á V. A. al señor vizconde de Saint-Remy, agregado á la legacion de Gerolstein.

El vizconde saludó profundamente y dijo á Rodolfo:

—Se dignará V. A. escusarme la impaciencia que experimento de hacerle mis obsequios, me he dado quizá mucha priesa en gozar de un honor que tanto aprecio.

—Me será muy satisfactorio, caballero, veros en Gerolstein.....¿Pensais ir pronto allá?

—La permanencia de V. A. en Paris me hace no apresurar tanto mi partida.

—El pacifico contraste de nuestras córtes alemanas os pasmará mucho, habituado como estais á la vida de Paris.

—Puedo asegurar á V. A. que la benevolencia que se digna manifestarme y que quizá tendrá á bien continuar, harán que nunca eche de ménos á Paris.

—No dependerá de mí, que no penseis siempre así durante el tiempo que paseis en Gerolstein.

Hizo Rodolfo una ligera inclinacion de cabeza que anunciaba á Mr. de Sain-Remy que estaba terminada la presentacion.

El vizconde saludó respetuosamente y se retiró.

Rodolfo era muy fisonomista y sujeto á simpatías ó á aversiones casi siempre justificadas; despues de las palabras que mediaron con Mr. de Saint-Remy, sin poder esplicarse la causa de ello, esperiméntó respecto á él una especie de desapego involuntario. Hallaba alguna cosa pérfidamente astuta en sus miradas, y una fisionomia peligrosa.

.....

Volverémos á encontrar á Mr. ds Saint-Remy en circunstancias que contrastarán bien terriblemente con la brillante posicion que ocupaba cuando fué presentado á Rodolfo, se juzgará de la realidad de los pensamientos de este último.

.....

Terminada esta presentacion, Rodolfo, reflexionando en los raros encuentros que el acaso habia proporcionado, bajó al jardin de invierno; habia llegado la hora de cenar, los salones estaban casi desiértos; el lugar mas retirado del invernadero estaba al estremo de un bosquecillo, en el ángulo de dos paredes á quien ocultaba casi enteramente un enorme plátano, cercado de enredaderas: una puerta pequeña de servicio cubierta con enverjados, y que conducia á la sala del aparador por un largo corredor, habia quedado en-

treabierta, no léjos de aquel frondoso árbol.

Resguardado por aquel cancel de verdura, se sentó Rodolfo en aquel parage. Habia algunos momentos que estaba sumido en profundas reflexiones cuando su nombre, pronunciado por una voz bien conocida, le hizo estremecer.

Sarah, sentada al otro lado del bosquecillo que ocultaba enteramente á Rodolfo, hablaba en ingles con su hermano Tom.

Estaba Tom vestido de negro; aunque no tenia sino pocos años mas que Sarah, sus cabellos estaban casi blancos; su cara anunciaba una voluntad fria, pero terca; su acento era apresurado y cortante, su mirada sombría, su voz hueca. Este hombre debia estar corroido por una gran pena ó por un gran odio.

Rodolfo escuchó atentamente la conversacion que sigue:

---La marquesa fué un instante al baile del baron de Nerval; se ha retirado felizmente sin poder hablar á Rodolfo que la buscaba, porque siempre temo el influjo que ejerce sobre ella; influjo que tanto trabajo me ha costado combatir y destruir en parte.... En fin esta rival que mas adelante podia perjudicar tanto mis proyectos..... esta rival estará perdida mañana..... Escuchadme, esto es grave..... Tom.

---Os engañais, nunca ha pensado en la marquesa.

---Ahora es tiempo de darós algunas esplicaciones á este respecto.... Muchas cosas han pasado durante vuestro último viage..... y como es preciso obrar mas pronto de lo que yo pensaba... esta misma noche al salir de aquí, es indispensable esta conversacion..... Afortunadamente estamos solos.

---Os escucho.

---Esa muger antes de haber visto á Rodolfo , estoy segura de ello , nunca habia amado.... No se porque razon tiene un invencible despego á su marido. En ello hay un misterio que en vano he querido penetrar. La presencia de Rodolfo escitó en el corazon de Clemencia mil conmociones nuevas. Sofoqué este amor naciente con revelaciones graves acerca del principe. Pero la necesidad de amar estaba despertada en la marquesa; encontrando en mi casa á ese Carlos Robert, le llamó la atencion su hermosura como la suele llamar la vista de una pintura; este hombre es desgraciadamente tan bobo como bello , pero tiene algo de interesante en sus miradas ; ponderé la nobleza de su alma , lo elevado de su carácter. Sabia la bondad natural de Mad. de Harville; coloreé á Mr. Robert con las mas interesantes desgracias ; le recomendé que estuviese siempre mortalmente triste, que no hiciese mas que suspirar y quejarse , y ante todas cosas hablar poco. Ha seguido mis consejos. Gracias á su talento de cantor , á su figura, y sobre todo á su apariencia de tristeza incurable , se ha hecho mas ó menos amar de Mad. de Harville , que ha cambiado asi aquel deseo de amar que solo la vista de Rodolfo habia despertado en ella..... Comprendeis ahora?

---Perfectamente , continuad.

---Roberto y Mad. de Harville no se veian intimamente mas que en mi casa ; cantábamos dos veces á la semana los tres , por la mañana. El bello tenebroso suspiraba , decia algunas palabras tiernas en voz baja ; entregó dos ó tres billetes. Mas temia yo aun su prosa que sus palabras ; pero una muger es siempre indulgente con las primeras declaraciones que le hacen , las de mi pro-

tegido no le incomodaron ; lo que á este le importaba era obtener una cita. La marquesita tenia mas principios que amor, ó mas bien no tenia bastante amor para olvidar los principios..... Sin saberlo, existia siempre en el fondo de su corazon un recuerdo de Rodolfo que velaba por decirlo así sobre ella y combatia la débil inclinacion á Mr. Carlos Robert..... inclinacion mucho mas facticia que real, pero entretenida por su vivo interes por las desgracias imaginarias de Mr. Carlos Robert, y por la exageracion incesante de mis alabanzas respecto á este Apolo sin sesos. En fin, Clemencia, vencida por la apariencia profundamente desesperada de su desgraciado adorador, se decidió un dia á concederle aquella cita tan deseada.

---O; hizo su confidente?

---Me manifestó su inclinacion á Carlos Robert, esto es todo ; no hice nada para saber mas ; esto me hubiera molestado. Pero él, enagenado por la felicidad ó mas bien por el orgullo, me dió parte de su dicha, sin decirme sin embargo el dia ni el lugar de la cita.

---¿Como lo habeis sabido?

---Karl, por orden mia, fué el dia despues y siguiente, muy temprano á emboscarse en la puerta de Mr. Robert y lo siguió. El segundo dia, á eso de las doce, nuestro enamorado tomó en un coche de alquiler el camino de un barrio estraviado, calle del Temple... Se apeó en una casa de mala facha ; estuvo alli como hora y media, luego se fué. Karl esperó largo tiempo para ver si alguna persona salia detras de Carlos Robert. Nadie salió ; la marquesa habia faltado á su promesa. Lo supe al dia siguiente por él mismo, tan incómodo como engañado. Le aconsejé redoblase su deses-

peracion. La compasion de Clemencia se conmovió mas ; nueva cita , pero tan vana como la primera. La tercera y última sin embargo llegó hasta la puerta: esto era un progreso. Veis cuanto lucha esta muger. Y por qué? porque, estoy segura de ello , y que es lo que causa mi odio , tiene siempre en el fondo del corazon , y sin saberlo , un pensamiento para Rodolfo que parece tambien protegerla. En fin, esta noche , la marquesa ha dado á ese Robert una cita para mañana ; esta vez , no lo dudo , irá; el duque de Lucenay ha ridiculizado tan groseramente á este jóven , que la marquesa , desconcertada por la humillacion de su amante , le ha concedido por compasion lo que quizá sin eso no hubiera hecho; esta vez , os lo repito , cumplirá su promesa.

---Cuales son vuestros proyectos?

---Esta muger obedece á una especie de interés caritativo , exaltado , pero no al amor ; Carlos Robert es tan poco al caso , para comprender la delicadeza del sentimiento que , esta noche , ha dictado la resolucion de la marquesa , que mañana querrá aprovecharse de esta cita , y se perderá completamente en el ánimo de Clemencia , que se resigna á este paso comprometido sin afecto , sin passion , y solamente por piedad. En una palabra, no lo dudo , va allá para hacer alarde de valeroso interés , pero perfectamente tranquila y bien segura de no olvidar un momento sus deberes. El tal Carlos Robert no concebirá esto , la marquesa le cobrará aversion , y , destruida su ilusion , volverá á caer bajo la influencia de sus memorias de Rodolfo , que , estoy cierta de ello , no se apartan nunca del fondo de su corazon.

---Y bien!

---Y bien! quiero que se pierda para siempre

para Rodolfo; vendería, no lo dudo, temprano ó tarde la amistad de Mr. de Harville correspondiendo al amor de Clemencia; pero tomará horror á esta si sabe que es culpable de una falta de que él no fuese el objeto; en fin, pretestando el afecto que lo une á Mr. de Harville, no volverá nunca á ver esta muger que habrá tan indignamente engañado á un amigo que tanto quiere.

---¿Quereis pues prevenir al marido?

--Sí, y esta noche misma, salvo vuestro parecer, al menos. Segun lo que me ha dicho Clemencia, tiene él sospéchas vagas, sin saber sobre qué fijarlas..... Son las doce, vamos á dejar el baile; entrareis en el primer café que se encuentre, escribireis á Mr. de Harville que su muger va mañana, á la una, á la calle del Temple, número 17, para una cita amorosa. El es celoso, sorprenderá á Clemencia, el resto podeis adivinarlo.

---Esta es una accion abominable, dijo friamente el caballero.

---Sois escrupuloso, Tom?

---De contado haré lo que deseais; pero os repito que es una accion abominable.

---Consentis no obstante?

---Sí..... esta noche, será Mr. de Harville instruido de todo. Y..... pero..... me parece que hay alguien ahí, detras de ese bosquecillo! dijo de pronto Tom interrumpiéndose y hablando en voz baja.---Me parece que he oido moverse.

---Vedlo, dijo Sarah con inquietud.

Tom se levantó, dió vuelta al bosquecillo, y no vió á nadie.

Rodolfo acababa de desaparecer por la puertecita de que hemos hablado.

---Me engaÑé, dijo Tom al volver, no hay nadie.

---Es que me parecía...

---Escuchad, Sarah, no creo á esa muger tan peligrosa como lo pensais para lo futuro de nuestro proyecto; Rodolfo tiene ciertos principios que no quebrantará nunca. La jóven que ha conducido á aquella hacienda, hace seis semanas, disfrazado de artesano, aquella criatura que tanto cuidaba, á la cual se da una educacion esmerada, y que él ha ido á visitar muchas veces, me inspira temores mas fundados. Ignoramos quien es, aunque parece pertenecer á una clase oscura de la sociedad. Pero la rara hermosura de que está dotada, segun se dice, el disfraz que Rodolfo tomó para conducirla á aquel lugar, el interes creciente que toma por ella, todo prueba que este afecto no es en valde. Me he adelantado á vuestros deseos. Para superar este otro obstáculo, mas real, ha sido menester obrar con una estremada prudencia, informarnos bien acerca de la gente de la hacienda y de lo que acostumbra hacer aquella jóven... He obtenido estas noticias; el momento de obrar ha llegado; la casualidad me ha proporcionado aquella horrible vieja que habia guardado las señas que le di. Sus relaciones con las personas de la clase del bandido que nos atacó cuando nuestra escursion á la ciudad, nos servirán poderosamente, no habrá prueba alguna contra nosotros.... Si aquella criatura, como lo parece, pertenece á la clase trabajadora, no vacilará entre nuestras ofertas y la suerte tan brillante que puede imaginar, porque el príncipe ha guardado un profundo incognito..... en fin mañana se resolverá esta cuestion si no..... veremos....

---Quitados de enmedio estos dos obstáculos... Tom..... entonces nuestro gran proyecto.

---Ofrece dificultades, pero puede salir bien.

---Confesad que tendremos felizmente una ventaja mas, si lo ejecutamos en el momento en que Rodolfo estuviere doblemente abrumado con el escándalo de la conducta de Mad. de Harville y con la desaparicion de aquella criatura por quien tanto se interesa.

---Lo creo.... Pero si esta última esperanza se nos va tambien de entre las manos..... entonces me veré libre..... dijo Tom mirando á Sarah con aire sombrío.

---Sereis libre!

---No me renovareis mas la súplicas que, por dos veces, á pesar mio han suspendido mi venganza!---Luego, mostrando con la vista la gasa que llevaba en el sombrero y los guantes negros que cubrian sus manos, añadió sonriéndose con aire siniestro.---Espero siempre..... Bien sabeis que llevo este luto hace diez y seis años.... y que no lo dejaré hasta que.....

Sarah, cuyas facciones espresaban un temor involuntario; se apresuró á interrumpir á su hermano, y le dijo con ansiedad:

---Os digo que sereis libre..... Tom..... porque entonces la profunda confianza que me ha sostenido hasta aquí en circunstancias tan diversas porque ha sido justificada mas allá de la prevision humana..... me abandonará enteramente..... Pero hasta entonces no hay peligro tan pequeño en apariencia que no quiera yo separar á todo precio... El buen éxito depende muchas veces de las causas mas pequeñas..... Obstáculos poco graves quizá se hallen en mi camino en el momento en que me acerco al fin; quiero tener el campo libre, los venceré. Mis medios son odiosos, en hora buena!... He sido tratada bien?.... exclamó Sarah levantando involuntariamente la voz.

---Silencio! vuelven de la cena, dijo Tom.—
Puesto que creis útil prevenir al marques de Harville de la cita de mañana, vámonos..... es tarde.

---La hora adelantada en que le será dado este aviso probará su importancia.

Tom y Sarah salieron del baile de la embajadora de***



CAPITULO VIII.

—
LAS CITAS.

QUERIENDO Rodolfo á todo precio advertir á Mad. de Harville del peligro que corria, salió de la embajada sin esperar el fin de la conversacion de Tom y de Sarah, ignorando la maquinacion tramada por ellos contra *Flor celestial* y el peligro inminente que amenazaba á esta jóven.

A pesar de su celo, Rodolfo no pudo por desgracia salvar á la marquesa como esperaba.

Esta, cuando salió de la embajada, debia por atencion presentarse un momento en casa de Mad. de Nerval; pero vencida por las conmociones que la agitaban, no tuvo ánimo para ir á esta segunda fiesta, y se fué á su casa.

Este contratiempo lo perdió todo.

Mr. de Graün, como casi todas las personas de la sociedad de la condesa^{***}, estaba convidado en casa de Mad. de Nerval, Rodolfo lo envió allí rápidamente, con orden de buscar á Mad. de Harville en el baile, y prevenirla que el principe deseaba decirle aquella misma noche alguna cosa del mayor interés, se hallaria á pie delante de la casa de Harville, y que se acercaria al coche de la

marquesa para hablarle por la portezuela, mientras los criados abrían la puerta cochera.

Después de haber perdido mucho tiempo en buscar á Mad. de Harville en el baile, volvió el baron..... Esta no pareció allí.

Rodolfo se desesperó; había sabiamente pensado que era menester ante todo advertir á la marquesa de la traicion de que se la quería hacer la victima; porque entonces la defacion de Sarah, que él no podia impedir, pasaria por una indigna calumnia. Era muy tarde..... la carta habia llegado á manos del marques á las once.

El dia siguiente por la mañana se paseaba pausadamente Mr. de Harville en su alcoba, amueblada con una elegante sencillez y adornada solamente con una panoplia de armas modernas y un estante lleno de libros.

La cama no estaba deshecha; una silla y una mesita de ébano estaban caidas cerca de la chimenea; ademas se veian sobre el tapiz pedazos de cristal, bugias medio aplastadas y un candelero de dos brazos que habia rodado un gran trecho.

Este desórden parecia haber sido causado por una lucha violenta.

Mr. de Harville tenia unos treinta años, figura varonil y caracterizada, de espresion ordinariamente agradable y afectuosa: pero en esta ocasion, contraida, pálida, cárdena; tenia puesto el vestido del dia anterior, su cuello desnudo, su chaleco desabrochado; su camisa desgarrada parecia estar salpicada de algunas gotas de sangre; su cabellos negros, ordinariamente rizados, caian lacios y desaliñados sobre su livida frente.

Después de haberse todavia paseado largo tiempo con los brazos cruzados, la cabeza baja y la

vista fija y roja, se paró de repente delante de su chimenea apagada, á pesar del mucho frio que habia hecho aquella noche. Tomó de encima de la chimenea la siguiente carta que volvió á leer con devorante atencion, á la escasa luz de este dia de invierno.

“Mañana, á la una, debe ir vuestra muger á la calle del Temple, número 17, para una cita amorosa. Seguidla, y lo sabreis todo..... Feliz esposo.”

A medida que leia estas palabras, ya tantas veces leidas, sus labios, morados por el frio, parecian deletrear letra por letra aquel funesto billete.

En este momento se abrió la puerta, y entró un criado.

Un sirviente, ya viejo, con los cabellos canos, figura honrada y buena.

El marques volvió bruscamente la cabeza sin cambiar de postura, teniendo siempre la carta entre sus dos manos.

---¿Qué quieres? dijo ásperamente á su criado.

Este, en lugar de responder, contemplaba como pasmado de dolor el desórden de la alcoba, luego mirando atentamente á su amo, exclamó:

---Sangre en vuestra camisa..... Dios mio! Dios mio, señor, estareis herido..... Estábais solo..... Porque no me llamasteis..... como de ordinario, cuando sentisteis los.....

---Vete.....

---Pero, señor marques, no penseis en eso, vuestro fuego está apagado, aquí hace un frio mortal, y sobre todo..... despues..... vuestra.....

---Te callarás..... déjame....

---Pero, señor marques, repuso el ayuda de cámara todo temblando, habeis dado orden á Mr,

Doublet de estar aquí hoy por la mañana á las diez y media; ya es esta hora, y está ahí con el escribano.

---Es exacto, dijo amargamente el marques recuperando su sangre fria. El que es rico debe pensar en sus negocios... Es cosa tan hermosa el caudal!!... Luego añadió:—Haz entrar en mi gabinete á Mr. Doublet.

---Está allí, señor marques.

---Dame la ropa... ahora mismo... voy á salir...

---Pero, señor marques...

---Haz lo que te digo, José, dijo Mr. de Harville con tono mas suave.—Después añadió: Han entrado ya en la habitacion de mi muger?

---No creo que todavía ha llamado la señora marquesa.

---Así que llame avisame.

---Muy bien, señor marques.

---Di á Felipe que venga á ayudarte; no concluiras!

---Pero, señor, esperad que arregle esto, respondió tristemente José.—Puede verse este desorden y no comprenderse lo que habrá podido ocurrir esta noche al señor marques.

---Y si se comprendiese... seria bien horroroso, no es así? replicó Mr. de Harville con tono doloroso de chanza.

---Ah! señor, exclamó José, gracias á Dios, nadie lo sospecha...

---Nadie? No! nadie... respondió el marques con aire sombrío.

Mientras que José se ocupaba en reparar el desorden de la alcoba de su amo, se fué este derecho á la panoplia de que hemos hablado, examinó atentamente, durante algunos minutos, las armas que la componian, hizo un gesto de satisfaccion siniestra, y dijo á José:

---Estoy seguro que has olvidado hacer limpiar mis escopetas que estan allá arriba en mi caja de efectos de cacería?

---El señor marques no me ha hablado de ello, dijo José como admirado.

---Sí ; pero lo has olvidado.

---Protesto al señor marques..

---Deben hallarse en un bello estado!

---Apenas hace un mes que se llevaron á casa del armero.

---No importa , así que estubiere vestido , ve á buscarme esa caja ; quizá vaya á cazar mañana ó el otro , quiero examinar las escopetas.

---Las bajaré ahora mismo.

Arreglada la alcoba , vino otro criado á ayudar á José.

Así que acabó de vestirse , entró el marques en el gabinete donde le esperaban Mr. Doublet , su administrador , y un dependiente del escribano.

---Aquí está el instrumento que vamos á leer al señor marques , dijo el administrador , no falta mas que firmarlo.

—Lo habeis leído , Mr. Doublet?

—Sí, señor marques.

—En ese caso , basta... firmo...

Firmó , y se fué el dependiente del escribano.

—Por medio , de esta adquisicion , señor marques , dijo Mr. Doublet con aire triunfante , vuestras rentas , en bellas y buenas tierras... no bajan de 126,000 francos en efectivo...Sabeis que esto es raro , señor marques , una renta de 126,000 francos en tierras?

—Soy un hombre muy feliz , no es así, Mr. Doublet? 126,000 francos de renta en tierras!.....No hay felicidad semejante!

—Sin contar la cartera del señor marques... sin contar...

---Ciertamente , y sin contar... otras muchas mas felicidades.

---Loado sea Dios! señor marques, porque no os falta nada , juventud , riqueza , bondad , salud... todas las felicidades reunidas ; y entre ellas , dijo Mr. Doublet sonriéndose agradablemente , ó mas bien á su cabeza..... pongo la de ser esposo de la señora marquesa , y tener una hija chiquita que parece un querubin...

Mr. de Harville lanzó una mirada siniestra al administrador.

Dejamos de pintar la espresion de agreste ironia con que dijo á Mr. Doublet , dándole familiarmente en el hombro:

---Con 126,000 francos de rentas en tierra, y una muger como la mia..... y un hijo que parece un querubin..... no queda nada que desear , no es así?

---Ola! ola! señor marques , respondió sencillamente el administrador , queda que desear vivir el mas largo tiempo posible..... para casar á la señorita vuestra hija , y ser abuelo..... Que lo llegue así á ser..... es lo que deseo con todo mi corazon al señor marques , como á la señora marquesa que sea abuela y bisabuela.....

---Este bueno Mr. Doublet..... quien piensa en Filemon y en Baucis ; siempre está lleno de comparaciones!

---El señor marques es muy bueno..... No tiene nada que ordenarme?

---Nada.... Ah! si , cuanto teneis en caja?

---Diez y nueve mil trescientas y mas libras para lo corriente , señor marques , sin contar el dinero depositado en el Banco.

---Me traereis hoy por la mañana diez mil francos en oro , y los entregareis á José , si hubiere yo salido.

---Hoy por la mañana?

---Hoy por la mañana.

---Dentro de una hora estarán los fondos aquí... No tiene nada mas que decirme el señor marques?

---No, Mr. Doublet.

---126,000 francos de rentas en sacos! en sacos! repitió el administrador yéndose.---Hermoso dia ha sido este para mi; temia tanto que nos quedásemos sin esa hacienda que tanto nos convenia... Servidor vuestro, señor marques.

---Hasta la vista, Mr. Doublet.

Apenas salió el administrador, cuando Mr. de Harville cayó sobre una silla como postrado; apoyó los codos sobre su bufete, y ocultó su cara entre las manos.

Por primera vez desde que recibió la fatal carta de Sarah, pudo llorar.

—Oh! decia, cruel irrisión del destino...que me ha hecho rico!.. Que poner ahora en este marco de oro?...Mi vergüenza...la infamia de Clemencia, infamia que un escándalo ya quizá á hacer resaltar hasta la frente de mi hija....Este escándalo, debe resolverme á él ó debo tener compasion.....de..... Luego, levantándose, con los ojos chispeantes, los dientes apretados convulsivamente, exclamó con voz apagada:—No.....no..... sangre, sangre! lo terrible salva lo ridículo!.....Ahora comprendo su aversion..... Miserable!.....—Despues, parándose de pronto, como aterrado por una repentina reflexion, continuó con voz apagada:—Su aversion.....Oh! bien sé yo lo que la causa, la horrorizo..... la espanto!.....Y despues de un largo silencio:—Pero es culpa mia? Es menester por esto que me engañe!.....En vez de odio.....no es compasion lo que merezco? repuso animándose por grados.—

No, no, sangre.....los dos.....los dos..... porque ella sin duda lo ha *dicho todo* al otro.

Este pensamiento redobló el furor del marques. Levantó sus dos puños crispados hácia el cielo; luego pasando su mano ardiente por los ojos, y sintiendo la necesidad de estar sosegado delante de sus criados, entró en su alcoba con una aparente tranquilidad: halló en ella á José.

—Y bien, las escopetas?

—Helas aquí, señor marques; están perfectamente.

—Voy á asegurarme de ello.....Ha llamado mi muger?

—No sé, señor marques.

—Vé á saberlo.

El criado se fué.

Mr. de Harville se dió prisa á tomar de la caja de las escopetas un frasquito de pólvora, algunas balas, pistones, luego cerró la caja y guardó la llave; se fué en seguida á la panoplia, tomó un par de pistolas de MANTON de medio calibre, las cargó y las hizo entrar facilmente en las faltriqueras de su redingote de por la mañana.

En este momento volvió José.

—Señor, se puede entrar en la habitacion de la señora marquesa.

—Ha pedido Mad. de Harville su coche?

—No, señor marqués: la señorita Julieta ha dicho delante de mí al cochero de la señora marquesa, que fuese á tomar órdenes para la mañana, que como hace frio y no llueve la señora saldrá á pié..... si sale.

—Muy bien.....Ah! se me olvidaba: si voy á cazar será mañana ó despues..... di á Williams que vaya al prado verde esta misma mañana; me entiendes?

—Si, señor marques..... No quereis el baston?

—No..... Hay aqui cerca alguna parada de coches de alquiler?

—Muy cerca, en la esquina de la calle de Lila. En seguida, despues de un momento de duda y de silencio, continuó el marqués:

—Ve á preguntar á la señorita Julieta si Mad. de Harville está visible.

Salió José.

—Vamos.....es un espectáculo como otro cualquiera. Si, quiero ir á su habitacion y observar la máscara almibarada y pérfida bajo la cual esta infame medita sin duda el adulterio ahora mismo; escucharé á su boca mentir mientras leeré el crimen en aquel corazon ya viciado.....Si..... esto es curioso, ver como os mira, os habla y os responde una muger que un instante despues vá á manchar vuestro nombre con una de aquellas manchas ridiculas y horribles que no se lavan sino con olas de sangre.....Qué insensato soy! me mirará, como siempre, la sonrisa en los labios, el candor en la frente! Me mirará como mira á su hija besándola en la frente y haciéndole pedir á Dios..... La mirada.....el espejo del alma!—y se encogió de hombros con desprecio,—mientras mas amable y púdica, mas falsa y corrompida es. Ella lo prueba. Y he sido tratado como un tonto..... Oh! rabia! con que frio é insolente desprecio debia contemplarme á través de aquel espejo impostor, cuando en el momento quizá en que iba á buscar á otro..... la colmaba yo de pruebas de estimacion y de cariño..... le hablaba como á una madre jóven, casta y honrada, en quien tenia puesta la esperanza de toda mi vida.....No.....no..... exclamó Mr. de Harville sintiendo aumentarse su

furor.—No..... no la veré, no quiero verla.....ni á mi hija tampoco..... me descubriría, comprometería mi venganza.

Al salir de su habitacion, en vez de entrar en la de Mad. de Harville, dijo solamente á la doncella de la marquesa:

—Direis á Mad. de Harville que queria hablarle esta mañana, pero que tengo precision de salir por un momento; si por casualidad le conviniere almorzar conmigo, volveré á eso de las doce; sino, que no me espere.

—Pensando que vuelvo, se creerá mucho mas libre, se dijo á sí Mr. de Harville, y se fué á la parada de coches inmediata á su casa.

—Cochero, por hora!

—Sí, mi amo; son las once y media, Donde vamos?

—Calle de Belle Chasse, hasta la esquina de la calle de Santo Domingo, al largo de toda la tapia de un jardin que hay allí..... parará.

—Sí, mi amo.

Mr. de Harville bajó las cortinas. El coche echó á andar y pronto llegó casi en frente de la casa del marques, de la cual no podia salir nadie sin que él lo viese. La cita concedida por su muger era á la una; le esperaba con la vista fija sobre la puerta de su casa.

Su pensamiento iba arrastrado por un torrente de cólera tan horrible y tan vertiginoso, que el tiempo le parecia que pasaba con una increíble rapidez.

Daban las doce en Santo Tomas de Aquino, cuando se abrió lentamente la puerta de la casa de Harville, y salió la marquesa.

—Ya!..... que atencion! Teme hacer esperar al otro!! se dijo el marques con feroz ironia.

El frio era intenso, el piso estaba seco.

Clemencia llevaba puesto un sombrero negro con un velo de encage del mismo color, y una bata de seda pasa de corinto, un pañolon grande de cachemira azul oscuro le caia hasta la guarnicion de su trage, que levantó ligera y graciosamente para atravesar la calle.

Gracias á este movimiento, se vió hasta el tobillo su pequeño pié, calzado maravillosamente con un borcegui de raso turco.

Cosa estraña, á pesar de las terribles ideas que lo trastornaban, Mr. de Harville notó en aquel momento el pié de su muger, que no le habia nunca parecido mas gracioso ni mas lindo.

Esta vista exasperó su furor, sintió hasta lo vivo las mordeduras horribles de los celos sensuales... vió al otro de rodillas, llevando aquel hechicero pié á sus labios. En un segundo, todas las ardientes locuras del amor apasionado se pintaron en su pensamiento como rasgos de fuego.

Y entonces, por la primera vez de su vida, sintió en el corazon un horrible dolor fisico, un impulso profundo, incisivo penetrante que le arrancó un grito sordo.

Hasta entonces solo habia padecido su alma, porque hasta alli no habia pensado mas que en la santidad de los deberes ultrajados.

Su impresion fué tan cruel que apenas pudo disimular la alteracion de su voz para hablar al cochero, levantando un poco la cortina:

—Ves bien á esa muger con pañolon azul y sombrero negro que sigue lo largo de la tapia?

—Sí, mi amo.

—Anda al paso, y siguela..... Si va á la parada de los coches donde te he tomado, párate y sigue al coche en que ella suba.

—Sí, mi amo..... Vaya, vaya, esto es divertido!

Mad. de Harville se dirigió en efecto á la parada de los coches y subió en uno de ellos.

El cochero de Mr. Harville la siguió.

Echaron á andar los dos coches.

Al cabo de algun tiempo, con gran admiración del marques, su cochero tomó el camino de la iglesia de Santo Tomas de Aquino, y luego se paró allí.

—Y bien! qué haces?

—Mi amo, la señora acaba de entrar en la iglesia..... Voto á chápiros!..... buenas piernas, lo mismo..... Esto es muy divertido!

Mil pensamientos diversos agitaron á Mr. de Harville; creyó, en primer lugar, que su muger, notando que la seguian, quiso evitarlo. Luego pensó que quizá la carta que habia recibido era una indigna calumnia..... Si Clemencia era culpable, á qué tenia aquella falsa apariencia de religion? ¿No era esto una burla sacrilega?

Por un momento tuvo Mr. de Harville un rayo de esperanza, tanto contraste habia entre la aparente piedad y el paso de que se acusaba á su muger.

Esta consoladora ilusion no duró largo tiempo.

Su cochero se agachó y le dijo:

--Mi amo, la señorita vuelve á subir á su coche.

---Siguela.

---Sí, mi amo!.....Muy divertido.....muy divertido.....

El coche pasó los muelles, la casa del Ayuntamiento, en fin, llegó á la calle del Temple.

---Mi amo, dijo el cochero volviéndose hácia Mr. de Harville, el camarada acaba de pararse en el nú-

mero 17, estamos en el 13, nos paramos tambien?

---Si....

---Mi amo, la señorita acaba de entrar en el portal del número.17.

---Abreme.

---Si, mi amo.....

Algunos segundos despues, Mr. de Harville entraba en el portal detras de su muger.



CAPITULO IX.



UN ANGEL.

MAD. de Harville entró en la casa.

Atraídos por la curiosidad, Mad. Pipelet, Alfredo y el abridor de ostras estaban apiñados en el umbral de la puerta del cuarto.

La escalera estaba tan oscura que al venir de fuera casi no podía verse; la marquesa, obligada á dirigirse á Mad. Pipelet, le dijo con voz alterada, casi desfallecida.

—Mr. Carlos?.....Señora!

—Mr..... qué? replicó la vieja fingiendo no haber oído, á fin de dar tiempo á su marido y al abridor de ostras para que examinasen las facciones de la desventurada muger á través de su velo.

—Pregunto..... por Mr. Carlos..... señora, repitió Clemencia con voz trémula, y bajando la cabeza para ocultar su cara de las miradas de los que la examinaban con tan insolente curiosidad.

—Ah, Mr. Carlos? en hora buena..... hablais tan bajo que no había oído.....Pues bien, señorita mía, pues vais á casa de Mr. Carlos, bello jóven, tambien..... subid todo derecho, la puerta de enfrente.

La marquesa, llena de confusion, puso el pié en el primer escalon.

—Ja! ja! ja! añadió la vieja fingiendo que se reía; parece que para todos es bueno hoy. Viva la boda, y andad.

—Esto no impide que sea el comandante aficionado, repuso la abridora de ostras; no le disgustan los versos á la regañona.

Si no le hubiera sido preciso pasar de nuevo por delante del cuarto en que estaban estas gentes, Mad. de Harville, muerta de vergüenza y de horror, hubiera vuelto á bajar al instante. Hizo un último esfuerzo y llegó á la meseta.

Cual fué su sorpresa..... Se halló cara á cara con Rodolfo, que, poniéndole una bolsa en la mano, le dijo precipitadamente:

—Vuestro marido lo sabe todo, os sigue.....

En este momento se oyó la voz áspera de Mad. Pipelet gritar:

—Donde vais caballero?

—El es, dijo Rodolfo; y añadió rápidamente, empujando por decirlo así á Mad. de Harville hácia la escalera del segundo piso.

—Subid al quinto piso; venis á socorrer á una familia desgraciada; se llama Morel.....

—Caballero, pasareis por encima de mi cuerpo antes que subir sin decir donde vais..... gritó Mad. Pipelet obstruyendo el paso á Mr. de Harville.

Viendo, desde el principio del callejon, á su muger hablando con la portera se habia él tambien parado un momento.

—Vengo con aquella señora.....que acaba de entrar, dijo el marques.

—Eso es diferente, entonces pasad.

Habiendo oido un ruido inusitado, Mr. Carlos Robert entreabrió su puerta; Rodolfo entró brusca-

mente en la habitación del comandante y se encerró allí con él en el momento en que Mr. de Harville llegaba á la meseta. Rodolfo temiendo, á pesar de la obscuridad, ser reconocido por el marques, se aprovechó de la ocasión para librarse de él con seguridad.

Mr. Carlos Robert, magníficamente vestido con su bata de ramos y su gorro griego de terciopelo bordado, quedó pasmado á la vista de Rodolfo que no habia conocido el dia ántes en la embajada, y que estaba en este momento vestido mas que modestamente.

—Caballero.....qué significa?.....

—Silencio! dijo Rodolfo en voz baja y con tal espresion de angustia que Mr. Carlos Robert se calló.

Resonó en el silencio de la escalera un ruido violento como el de un cuerpo que cae y rueda por muchos escalones.

—El infeliz la ha matado! exclamó Rodolfo.

—Matado!.....quién? Pues que es lo que pasa aqui? dijo Mr. Carlos Robert en voz baja y perdiendo el color.

Rodolfo, sin responderle, entreabrió la puerta.

Vió bajar muy de prisa y cojeando al Jorobado, que llevaba en la mano la bolsa de seda encarnada que Rodolfo acababa de dar á Mad. de Harville.

El Jorobado desapareció.

Se oyó el paso ligero de Mad. de Harville y el mas pesado de su marido, que continuaba siguiéndola á los pisos superiores.

No comprendiendo como el Jorobado tenia aquella bolsa en su poder, pero un poco tranquilo, Rodolfo dijo á Mr. Robert:

—No salgais de aquí, lo echareis todo á perder.....

—Pero en fin, caballero, replicó Mr. Robert con un tono impaciente é irritado, me direis que significa esto? quien sois, y con que derecho?

—Esto significa, caballero, que Mr. de Harville lo sabe todo, que ha seguido á su muger hasta vuestra puerta, y que la sigue hácia arriba.

—Ah! Dios mio! Dios mio! exclamó Carlos Robert juntando las manos con espanto, pero que es lo que vá á hacer allá arriba?

Poco os importa; estad aquí y no salgais hasta que la portera os avise.

Dejando á Mr. Robert, tan asustado como estupefacto, bajó Rodolfo al cuarto del portero.

—Y bien, que decis? gritó Mad. Pipelet con aire radiante, esto vá bien, va bien..... hay un caballero que sigue á la señorita. Sin duda es el marido, el amarillito; todo lo he adivinado de seguida, y le he hecho subir. Va á batirse con el comandante, esto hará mucho ruido en el barrio, acudirán muchos á ver la casa como iban al número 36, donde se cometió un asesinato.

—Querida Mad. Pipelet, quereis hacerme un gran servicio? Y puso Rodolfo cinco luises en la mano de la portera. Cuando esta señorita baje..... preguntadle como están los pobres Morel, decidle que hace una buena obra en socorrerlos, como lo prometió cuando vino á tomar informes acerca de ellos.

Mad. Pipelet miraba al dinero y á Rodolfo como pasmada.

—Como..... caballero, este oro.....es para mi?.....y la señorita.....no está en casa del comandante?

—El caballero que la sigue es su marido. Advertida á tiempo, la pobre muger ha podido subir á la habitacion de los Morel, á quienes aparenta traer socorros; comprendéis?

—Si, os comprendo..... Es preciso que os ayude á engañar al marido..... bien está..... Oh, ah, ah, parece que en toda mi vida he hecho otra cosa..... decís pues?

Se vió entonces levantarse bruscamente el sombrero de Mr. Pipelet á la media luz del cuarto.

---Anastasia, dijo gravemente Alfredo, parece que no respeta nada en la tierra, como Mr. César Bradamanti; hay cosas que no se puede jugar con ellas, aun cuando haya intimidad....

---Vamos, vamos, querido viejo, no la echéis de santurrón ni pongas los ojos en blanco.... bien ves que chaneo. Demasiado sabes que no hay persona en el mundo que pueda alabarse de..... en fin hasta.... Si sirvo á esta gente jóven, es por servir á nuestro nuevo vecino que es tan bueno. Luego, volviéndose hacia Rodolfo:—Vais á verme trabajar!..... queréis ocultaros ahí en el rincón detrás de la cortina?..... mirad, los estoy oyendo.

Rodolfo se dió prisa á ocultarse.

Mr. y Mad. de Harville bajaban. El marques daba el brazo á su muger.

Cuando llegaron en frente del cuarto, las facciones de Mr. de Harville espresaban una profunda felicidad, mezclada de pasmo y de confusion.

Clemencia estaba tranquila y pálida.

---Y bien! mi buena señorita..... gritó Mad. Pipelet saliendo de su cuarto, habeis visto á esos pobres Morel? No es verdad que parten el corazón? Ah! Dios mio..... Que buena obra habeis hecho..... Os dije que eran dignos de toda compasion, la última vez que vinisteis á informaros.... Estad segura, vaya, nunca hareis demasiado por tan buena gente.... no es así, Alfredo?

Alfredo, cuya gazmoñeria y reetitud natural se

sublevaban con la idea de entrar en aquella trama anti-conyugal, respondió vagamente con una especie de refunfuñamiento negativo.

Mad. Pipelet prosiguió:

—Alfredo suele padecer de distracciones, lo cual hace que no haya entendido; á no ser así, os diria, como yo, que esa pobre gente no dejará de pedir á Dios por vos, mi digna señorita.

Mr. de Harville miraba á su muger como admirado, y repetia:

Un ángel,... un ángel.... Oh, que calumnia...

---Un ángel? teneis razon, caballero, un buen ángel de Dios....

—Amigo mio, partamos, dijo Mad. de Harville, que sufría horriblemente por lo que se habia violentado desde que entró en aquella casa; sentia que le faltaban las fuerzas.

—Partamos, dijo el marques.

Y añadió al salir del callejon:

---Clemencia, necesito perdon y piedad....

---Quien no lo necesita? dijo la jóven suspirando.

Rodolfo salió de su escondite, profundamente conmovido con esta escena de terror mezclada de ridiculez y de groseria, desenlace extraño de un drama misterioso, que habia escitado tantas pasiones diversas.

---Y bien, dijo Mad. Pipelet, me parece que he hecho andar bien al amarillito? Pondrá ahora á su muger en un retablo..... Pobre hombre.... Y vuestros muebles, Mr. Rodolfo, no lo traeis?

---Voy á ocuparme de ello,... Ahora podeis advertir al comandante que puede bajar.

---En verdad, esta es una farsa!.... Parece que habia alquilado su habitacion para el rey de Prusia.... bien hecho,... con sus malos doce francos al mes....

Rodolfo se fué.

---Oiste, Alfredo? dijo Mad. Pipelet, ahora... me voy á reir de lo lindo con el comandante.

Y subió á la habitacion de Mr. Carlos Robert; llamó, y le abrió este.

---Comandante, y llevó Anastasia militarmente el dorso de la mano á su peluca, vengo á ponerlos en libertad..... Se han ido de bracero, el marido y la muger, en vuestras barbas: es lo mismo, os habeis escapado de una buena.... gracias á Mr. Rodolfo; le debeis colgar el milagro.

---Es Mr. Rodolfo ese caballero delgado, con bigotes?.....

---El mismo.....

---Y quien es ese hombre?

---Ese hombre? exclamó Mad. Pipelet como enfadada, es como otro cualquiera! Es un comisionista viajante, vecino de la casa, que no ocupa mas que una pieza y no anda con roñerías.... Me ha dado seis francos porque se la cuide; seis francos, y adelantados..... ademas! seis francos sin ajustar!

---Bien, bien..... tomad la llave.

---Será menester encender mañana la chimenea, comandante?

---No!

---Y pasado mañana?

---No! no!

---Y bien, comandante, os acordais? os dije que no sacarais los gastos.

Mr. Carlos Robert lanzó una mirada despreciativa á la portera y se fué, no pudiendo comprender como un comisionista viajante, Mr. Rodolfo, estaba instruido de su cita con la marquesa de Harville.

En el momento de salir del portal se encontró

con el Jorobado que venia cojeando.

---Aquí estás tú, buena pieza? dijo Mad. Pi-
pelet.

---¿Ha venido la Tuerta á buscarme? preguntó
el muchacho á la portera, sin responderle.

---El Mochuelo? no, vil monstruo. ¿Para que
ha de venir á buscarte?

---Toma! para llevarme al campo, pues! dijo el
Jorobado balanceándose en la puerta del cuarto.

---¿Y tu amo?

---Mi padre ha pedido á Mr. Bradamanti que
me dé licencia hoy..... para ir al campo..... al
campo.... al campo..... cantó, el hijo de Brazo-
rojo medio bailando y tocando en los cristales del
cuarto.

---Quieres estarte quiéto, pícaro..... vas á
romperme los vidrios! Pero ahí está un coche de
alquiler.

---Ah! bueno, es el Mochuelo, dijo el mucha-
cho, que dicha ir en coche!

En efecto por los cristales y sobre la cortina en-
carnada se veía delineado el perfil de la Tuerta.

Hizó esta una seña al Jorobado, y acudió.

El cochero le abrió la portezuela, y subió al
coche.

La Tuerta no estaba sola.

En el otro rincon del coche, envuelto en una
capa vieja con cuello forrado, la cara medio ta-
pada con un gorro de seda negro que le caia has-
ta la cejas..... se veía al Dómine.

Sus párpados encarnados dejaban ver, por de-
cirlo así, dos ojos blancos inmóviles, sin pupilas
y que hacian aun mas espantosa su cara llena de
costurones, que el frio jaspeaba de cicatrices mo-
radas y lividas.....

---Vamos, muchacho; échate junto á mi hom-

bre, lo calentarás, dijo la Tuerta al Jorobado, que se acurrucaba como un perro entre las piernas del Dómine y del Mochuelo.

---Ahora, dijo el cochero, á la hacienda de Bouqueval, no es así, Mochuelo? Verás como sé conducir un coche.

---Y sobre todo calienta tu caballo, dijo el Dómine.

---Tranquilizaos, ciegucecito, correrá hasta la trocha.

---Quieres que te dé un consejo? dijo el Dómine.

---Cuál? respondió el cochero.

---Anda muy de prisa cuando pases la barrera por delante de los guardas; podrian conocerte, has sido mucho tiempo vagabundo de las barreras.

---Abriré los ojos, dijo el otro subiendo al pescante.

Toda esta conversacion fué interpolada con palabras de la geringonza propia de los ladrones, lo cual prueba que el cochero improvisado era un bandido, digno compañero del Dómine.

El coche salió de la calle del Temple.

Dos horas despues, al caer el dia, este coche, con el Dómine, el Mochuelo y Jorobeta, se paró delante de una cruz de madera que marcaba la entrada de un camino tortuoso y desierto que conducia á la hacienda de Bouqueval, donde se hallaba la Guillabaora, bajo la proteccion de Mad. Georges.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

PARTE TERCERA.

MARIA.

CAPITULO I.

IDILIO.

DABAN las cinco en la iglesia del pueblecito de Bouqueval; el frio era intenso, el cielo estaba despejado; el sol poniéndose lentamente por detras de los grandes bosques deshojados que coronan las alturas del Ecouen, purpuraba el horizonte, y lanzaba sus rayos pálidos y oblicuos sobre las vastas llanuras endurecidas por el hielo.

En los campos, cada estacion ofrece casi siempre aspectos deliciosos.

La nieve relumbrante cambia el campo en inmensos paisages de alabastro que despegan sus es-

plendores immaculados sobre un cielo de gris rosa.

Entonces, al oscurecer, subiendo la colina ó bajando el valle, el colono vuelve á su casa: caballo, capa, sombrero, todo está cubierto de nieve; crudo está el frío, glacial el viento, sombría la noche que se adelanta; pero allá, allá, en medio de los árboles deshojados, las pequeñas ventanas de la hacienda están alegremente iluminadas; su alta chimenea de ladrillo despide hasta el cielo una espesa columna de humo que dice al colono que lo espera un hermoso fuego, cena rústica, buena conversacion, noche tranquila y caliente, mientras que el viento silba por fuera, y los perros de la hacienda esparcidos por la llanura ladrarán, y se responden á lo léjos.

Después, por la mañana, la escarcha suspende en los árboles sus carámbanos de cristal que el sol de invierno hace centellar con el brillo adiamantado del prisma; la tierra de labor húmeda y pingüe está penetrada por largos sulcos donde se recoge la liebre, donde corren alegremente las perdices.

Acá y allá se oye el tañido melancólico de la campanilla del manso de un gran rebaño de carneros estendido por las faldas verdes y cubiertas de cespced de las veredas, mientras que, bien envuelto en su manta oscura con listas negras, el pastor, sentado al pié de un árbol, canta tegiendo un canastillo de juncos.

Algunas veces se anima la escena; el eco envía los sonidos desvanecidos de la trompa y los gritos de la jauria; un gamo extraviado atraviesa de repente la orilla del bosque, desembosa en la llanura huyendo de espanto; y va á perderse en el horizonte enmedio de otros talleres.

Las trompas, los ladridos se aproximan; perros

blancos y naranjados salen á su vez del bosque; corren por la tierra de labor y recorren los barbechos incultos con la nariz clavada en el camino, siguen, ladrando, las huellas del gamo. En pos de ellos vienen los cazadores vestidos de encarnado, echados sobre el cuello de sus ligeros caballos, animan la jauria con vocinas y gritos! Este torbellino estrepitoso pasa como el rayo, el ruido se disminuye, poco á poco todo calla, perros, caballos, cazadores desaparecen á lo léjos en el bosque donde se refugia el gamo.

Entonces renace la calma, entonces el profundo silencio de las grandes llanuras, la tranquilidad de los inmensos horizontes no son ya interrumpidos sino por el canto monotonó del pastor.

.....

Estos cuadros, estas situaciones campestres abundan en las inmediaciones del pueblo de Bouqueval, situado, no obstante su proximidad á Paris, en una especie de desierto á que no se puede llegar sino por caminos trasversales.

Oculto durante el verano en medio de árboles, como un nido en las ramas, la hacienda donde estaba retirada la Guillabaora aparecia entonces toda entera y sin velo de verdor.

La corrienté del riachuelo helada por el frio se semejaba á una larga faja de plata mate, desarrollada en medio de los prados siempre verdes por donde hermosas vacas pasaban lentamente dirigiéndose á su establo. Traidos por la proximidad de la noche los palomeros, se arrojaban sobre el remate agudo del palomar; los nogales inmensos que, durante el estío, daban sombra al patio y casa de la hacienda, entonces despojados de sus hojas, dejaban ver los techos de tejas y de cañas cubiertos de verdin color de esmeralda.

Una pesada carreta, tirada por tres vigorosos caballos, rechonchos, de espesa crin, aparejos charolados, con sus colleras azules guarnecidas de cascabeles y flecos de lana encarnada, conducía gabillas de trigo de uno de los molinos de la llanura. Este pesado carruaje entraba en el patio por la puerta carretera, mientras que un numeroso rebaño de carneros se daba prisa á entrar por una de las puertas laterales.

Animales y personas parecia que deseaban librarse del frio de la noche y disfrutar de las dulzuras del descanso, los caballos relinchaban de alegría al ver la cuadra, los carneros balaban al llegar á sus calientes apriscos, los labradores echaban una mirada impaciente á las ventanas de la cocina del piso bajo, donde se preparaba una sóbria cena.

Reinaba en esta hacienda un órden y un aseo minucioso, no acostumbrado.

En vez de estar llenos de barro seco, acá y allá, espuestos á las intemperies de las estaciones, los escardillos, los arados, los rodillos y otros instrumentos aratorios, algunos de los cuales eran de nueva invencion, se colocaban, limpios y pintados, bajo un tinglado grande donde los carreteros iban tambien á poner con simetria los arreos de sus caballos; grande, limpio, bien solado no ofrecia á la vista los montones de estiércol, los charcos de agua corrompida que afean las mas bellas haciendas de Beauce y de Bria; el corral, cercado de un enrejado verde, encerraba y recibia todas las aves caseras que entraban á la tarde por una puertecilla que daba al campo.

Sin detenernos en mayores detalles, diremos que esta hacienda pasaba con razon en el pais por un modelo, tanto por el órden establecido en ella y

por la escelencia de su agricultura y de sus cosechas, como por el bien y moralidad del numeroso personal que trabajaba sus tierras.

Diremos ahora la causa de esta superioridad tan próspera; mas adelante, conduciremos al lector á la puerta enrejada del corral, que no cedía en nada á la hacienda por la elegancia campestre de sus dormitorios, de sus gallineros, y de su pequeño canal hecho de piedras donde corría incesantemente un agua viva y limpia, ya desembarazada del barro que podía obstruirla.

Una especie de revolucion estalló de repente entre los habitantes alados de este corral; las gallinas dejaron sus perchas cacareando, los pavos cloquearon, las pintadas chillaron, los palomos abandonaron el techo del palomar y se lanzaron al suelo arrullando.

La llegada de Flor-celestial causaba todas estas muestras de alegría.

Greuze ó Walteau no hubieran nunca ideado un modelo tan gracioso, si las mejillas de la pobre Guillabaora hubiesen estado mas redondas y encarnadas: sin embargo, á pesar de su palidez, no obstante el óvalo de su cara flaco, la espresion de sus facciones, el conjunto de su persona, la gracia de su actitud hubiesen sido aun dignas de egercitar los pinceles de los grandes pintores que hemos nombrado.

El gorrito redondo de Flor-celestial descubria su frente y su venda de cabellos rubios; como sucede á casi todas las aldeanas de las inmediaciones de Paris, encima del gorro, cuyo fondo y guarniciones siempre se veian, llevaba puesto, sujeto por detras de la cabeza con dos alfileres, un pañuelo encarnado de india cuyas puntas flotantes caian sobre sus hombros; tocado pintoresco

y gracioso que la Suiza y la Italia debian envidiarnos.

Una pañoleta de batista blanca, cruzada sobre su pecho, estaba medio tapada por su alto y ancho delantal de tela oscura; un corpiño de paño azul con mangas ajustadas delineaba su fino talle, y resaltaba sobre su basquiña de bombasí gris con listas oscuras; medias muy blancas y zapatos finos ocultos en pequeñas abarcas de madera negra, guarnecidas por el empeine con un cuadro de piel de cordero, completaban el traje de una rústica, á la cual daba una estremada gracia el encanto natural de Flor-celestial.

Teniendo con una mano levantadas las dos puntas de su delantal, sacaba de él puñados de grano que distribuia á la turba alada que la rodeaba.

Un lindo palomo de blancura argentea, con pico y pies purpureos, mas atrevido ó mas familiar que sus compañeros, despues de haber revoloteado algun tiempo al rededor de Flor-celestial, se colocó sobre su hombro.

La jóven, sin duda acostumbrada á estos modales marciales, no dejó de echar su grano á manos llenas; pero medio volviendo su amable cara, levantó un poco la cabeza y arrimó sonriéndose sus bermejos labios al pico encarnado de su amigo.

Los últimos rayos del sol que se ponía daban un reflejo de oro pálido á este cuadro natural.

CAPITULO II.



INQUIETUDES.

MIENTRAS que la Guillabaora se ocupaba en estos cuidados campestres, Mad. Georges y el clérigo Laporte, cura de Bouqueval sentados al fuego, en la salita de la hacienda, hablaban de Maria, asunto de conversacion siempre interesante para ellos.

El anciano cura pensativo, recogido, con la cabeza baja, y sus codos apoyados en sus rodillas, estendia maquinalmente hacia el hogar sus dos temblonas manos.

Mad. Georges, ocupada en la costura, miraba al clérigo de cuando en cuando y parecia esperar que le respondiese.

Despues de un momento de silencio:

---Teneis razon, Mad. Georges, será preciso prevenir á Rodolfo; si interroga á Maria, le está tan reconocida, que quizá confesará á su bienhechor lo que nos oculta.....

---Es verdad, señor cura? esta misma noche escribiré con las señas que me ha dado, paseo de las Viudas.....

---Pobre niña! repuso el clérigo; debia hallarse

tan feliz.... Que pena puede consumirla ahora?....

--Nada puede distraerla de su tristeza, señor cura.... ni aun la aplicacion que pone al estudio

--Verdaderamente, ha hecho progresos extraordinarios en el poco tiempo que nos ocupamos de su educacion.

--No es así señor cura? Aprender á leer y á escribir casi corrientemente, y saber contar lo bastante para ayudarme á llevar los libros de la hacienda. Y luego esta querida niña me secunda tan activamente en todas las cosas que estoy á la vez prendada y maravillada..... No se ha fatigado, casi á mi pesar, de modo que me ha inquietado acerca de su salud.

---Afortunadamente el médico negro nos ha tranquilizado atento á la tos ligera que nos asustaba.

---Es tan bueno, ese Mr. David. Se interesaba tanto por ella, Dios mio, como todos los que la conocen..... Aquí todos la quieren y la respetan. Esto no es admirable, pues, gracias á las miras generosas y elevadas de Mr. Rodolfo, las gentes de esta hacienda son lo selecto de la mejor del pais.... Pero los seres mas groseros, los mas indiferentes, sentirian el atractivo de esta amabilidad á la vez angelical y tímida que siempre parece que pide favor.... desgraciada niña! como si ella fuese sola la culpable!

El clérigo prosiguió, despues de algunos momentos de reflexion.

--¿No me habeis dicho que la tristeza de Maria databa por decirlo así, desde la permanencia que Mad. Dubreuil, la arrendadora del duque de Lucenay en Arnouville, habia hecho aquí cuando las fiestas de Todos santos?

---Sí, señor cura, creí notarlo, y sin embargo Mad. Dubreuil, y sobre todo su hija Clara, modelo de candor y de bondad, han sufrido como todo el mundo el hechizo de Maria; las dos la colman diariamente de muestras de amistad; lo sabéis, los Domingos vienen aquí nuestros amigos de Arnouville, ó nosotras vamos á su casa. Pues bien! se diría que cada visita aumenta la melancolia de vuestra querida niña, aunque Clara la ama ya como á una hermana.

---En verdad, Mad. Georges, esto es un misterio extraño..... ¿Cual puede ser la causa de esa pena oculta? Deberia hallarse tan feliz. Entre su vida presente y su vida pasada hay la diferencia del infierno al paraíso..... No se la puede acusar de ingratitud.....

---Ella.... gran Dios..... ella..... tan afectuosamente reconocida á nuestras atenciones..... ella en quien siempre hemos hallado instintos de una delicadeza tan rara..... Esta pobre niña no hace todo lo que puede á fin de ganar, por decirlo así, su vida? no trata de compensar con los servicios que presta, la hospitalidad que se le da? Hay mas, escepto el Domingo, que exijo que se vista con un poco de esmero para acompañarme á la iglesia, ha querido llevar vestidos tan toscos como los de las mozas del campo. Y á pesar de esto hay en ella una distincion, una gracia tan natural, que está aun mas hechicera con esos vestidos, no es verdad, señor cura?

---Ah! que bien reconozco en eso el orgullo maternal! dijo el anciano sonriéndose.

A estas palabras, los ojos de Mad. Georges se inundaron de lágrimas: pensaba en su hijo.

El Clérigo adivinó la causa de su conmocion y le dijo:

---Valor! Dios os ha enviado esta pobre niña para ayudaros á esperar el momento en que volveréis á hallar á vuestro hijo. Y luego, un lazo sagrado os unirá pronto á Maria, una madrina cuando comprende santamente su mision, es casi una madre. En cuanto á Rodolfo, le ha dado por decirlo así la vida del alma retirándola del abismo.... ha cumplido antes de serlo sus deberes de padrino.

---La hallais suficientemente instruida para administrarle el sacramento que la desgraciada no ha recibido todavía?

---Ahora mismo, al volverme con ella al presbiterio, le prevendré que esta ceremonia se verificará de aquí á quince días.

---Quizá, señor cura, presidireis un dia otra ceremonia, tan buena y muy grave.....

---¿Qué quereis decir?

---Si Maria fuese amada como lo merece, si distinguiese á un hombre guapo y honrado, por qué no se ha de casar?

---Casarla? pensais en eso, Mad. Georges; la verdad prescribirá decirlo todo al que quisiese casarse con Maria... y que hombre, á pesar de mi caucion y la vuestra, arrostrará lo pasado que ha marchitado la juventud de esta desgraciada niña! Nadie la querrá.

---Pero Mr. Rodolfo es tan generoso! hará por su protegida mas que lo que ha hecho todavía... Un dote....

---Ay! dijo el cura interrumpiendo á Mad. Georges, desgraciada Maria, si la codicia debe sola apagar los escrúpulos del que se casare con ella! Seria sacrificada á la suerte mas penosa, crueles re- criminationes seguirian pronto á esta union.

---Teneis razon, señor cura, eso seria horrible.

Oh! que desgraciado porvenir le está reservado!

---Tiene grandes culpas que espiar, dijo gravemente el cura.

---Dios mio! señor cura, abandonada tan jóven, sin recursos, sin apoyo, casi sin nocion del bien y del mal, arrastrada á pesar suyo en el camino del vicio, como no habia de faltar?

---El buen sentido moral hubiera debido sostenerla, iluminarla; y trató ella de librarse de esta horrible suerte? ¿Tan raras son en Paris las almas caritativas?

---No hay duda; pero donde ir á buscarlas? Antes de descubrir una, cuantas negativas, cuanta indiferencia! y luego para Maria no se trataba de una limosna pasagera, sino de un interés continuado que la hubiese puesto en disposicion de ganar honrosamente su vida..... Bastantes madres habrian tenido compasion de ella; pero era menester tener fortuna. Ah! creedme, he conocido la miseria..... A menos de una casualidad providencial semejante á la que, ay! ha hecho que Mr. Rodolfo conozca á Maria; á no ser, digo, por una de esas casualidades, los desgraciados, casi siempre brutalmente rechazados á sus primeras súplicas, creen que no se encuentra piedad, y acosados por el hambre..... el hambre tan imperiosa, buscan muchas veces en el vicio los recursos que desesperan obtener de la conmisericordia.

En este momento entró la Guillabaora en la sala.

---De donde venis, hija mia? le preguntó Mad. Georges con interés.

---De visitar el frutero, señora, despues de haber cerrro las puertas del corral. Las frutas están muy bien conservadas, á escepcion de algunas que he quitado.

---Por qué no dijisteis á Claudia que hiciese esa tarea, María? Os habreis cansado?

---No, no, señora, me divierto tanto con mi frutero, es tan agradable el olor de las frutas maduras.

---Será menester, señor cura, que visiteis un día el frutero de María, dijo Mad. Georges, no podeis figuraros con que gusto lo tiene arreglado: guirnaldas de uvas separan cada especie de frutas, y estas están tambien divididas en compartimientos con bordados de musgo.

---Oh! señor cura, estoy cierta de que os alegraríais, dijo ingenuamente la Guillabaora.---Veréis que lindo efecto hace el musgo alrededor de las manzanas encarnadas ó de las doradas peras. Hay sobre todo manzanas chiquitas que son tan lindas, que tienen unos graciosos colores rosa y blanco, que parecen cabecitas de querubines en un nido de verde musgo, añadió la jóven con la exaltacion del artista respecto á su obra.

El cura miró á Mad. Georges sonriéndose, y dijo á Flor-cestial.

---Ya he admirado la lecheria que dirigis, hija mia; daria envidia á la casera mas delicada; uno de estos dias iré tambien á admirar vuestro frutero, y las bellas manzanas encarnadas y las peras color de oro, y sobre todo las lindas manzanitas-querubines en su nido verde. Pero el sol se pone; no tendreis tiempo de conducirme al presbiterio y de volver aqui antes que anochezca... Tomad vuestra capa y partamos, hija mia.... Pero el frio es muy intenso, quedaos, cualquiera de la hacienda me acompañará.

---Ah! señor cura, la hariais desgraciada, dijo Mad. Georges, está tan contenta con llevaros todas las tardes!

—Señor cura, añadió la Guillabaora clavando en el clérigo sus grandes ojos azules, creería que no estabais contento de mí, si no me permitieseis que os acompañase como de costumbre.

—Yo? pobre niña..... tomad entonces pronto, pronto vuestra capa, y tapaos bien.

Flor-cestial se dió prisa á echarse sobre los hombros una especie de capote con capucha de lana blanquiza guarnecida con una cinta de terciopelo negro, y ofreció su brazo al cura.

—Felizmente, dijo este, no está léjos y el camino es seguro.....

—Como hoy es un poco mas tarde que los demas dias, repuso Mad. Georges, quereis que alguno de la hacienda vaya con ustedes, Maria?

—Se me tendria por una medrosa..... dijo Maria sonriéndose.—Gracias, señora, no incomodeis á ninguno por mí; no hay un cuarto de hora de camino de aquí al presbiterio... . estaré de vuelta antes de la noche.

—No insisto, porque nunca, á Dios gracias! se ha oido hablar de vagabundos en este pais.

—Sin eso, no aceptaria el brazo de esta querida niña, dijo el cura.

Pronto dejó el clérigo la hacienda apoyado en el brazo de Flor-cestial, que arreglaba su paso ligero á la marcha lenta y penosa del anciano.

Algunos minutos despues, el clérigo y la Guillabaora llegaron cerca del camino tortuoso donde estaban emboscados el Dómine, el Mochuelo y Jorobeta.

CAPITULO III.



LA EMBOSCADA.

LA iglesia y el presbiterio de Bouqueval se elevaban en medio de un castaño, desde donde se dominaba el lugar.

Flor-celestial y el cura entraron en una vereda tortuosa que conducia á la casa del cura, atravesando el camino transversal que cortaba diagonalmente aquella colina.

El Mochuelo, el Dómine y Jorobeta, agazapados en una de las fragosidades de este camino, vieron al clérigo y á Flor-celestial bajar por la barranca y salir de ella por una cuesta escarpada. La cara de la jóven estaba oculta bajo la capucha, la Tuerta no reconoció á su antigua víctima.

—Silencio, mi hombre..... dijo la vieja al Dómine, la muchacha y el clérigo acaban de pasar el camino; es ella seguramente segun las señas que nos ha dado el hombre grande vestido de luto; vestido aldeano, cuerpo mediano, basquiña de listas oscuras, una especie de capote de lana guarnecido de negro. Acompaña así todos los dias al clérigo á su casa, y se vuelve sola. Cuando vuelva luego á pasar allí, al fin del camino,

será menester caer encima y robarla para llevarla al coche.

—Y si pide socorro.... replicó el Dómine, se oirá en la hacienda, pues decís que se ven las casas cerca de aquí, añadió con voz apagada.

—Bien seguro que desde aquí se ven los edificios muy cerca, dijo el Jorobado. Ahora un instante subí á una cuesta arrastrándome sobre el vientre..... Oí un carretero que hablaba á sus caballos en aquel patio allá abajo.....

—Entonces debe hacerse lo siguiente, dijo el Dómine despues de un momento de silencio: Jorobeta va á ponerse en acecho á la entrada de la vereda. Cuando viese á la niña volver de léjos, se acercará á ella gritando que es hijo de una pobre anciana que se ha herido al caerse en el camino; y suplicará á la jóven que venga á socorrerla.

---Estoy en ello. La pobre anciana, será tu Tuerta. Bien pensado. Mi hombre, eres el rey de los sabios. Y despues, que es lo que he de hacer?

---Te meterás en el camino tortuoso del lado donde espera Barbillon con el coche..... Me esconderé muy cerca. Cuando Jorobeta te hubiere traído la niña en medio de la barranca, deja de gimotear, y saltale encima, una mano al pescuezo y la otra á la boca para cogerle la lengua é impedirle que grite....

---Entendido..... como con la muger del canal Saint-Martin, cuando la hicimos nadar despues de haberle quitado una caja negra envuelta en hule negro, que llevaba debajo del brazo; el mismo juego, no es así?

---Sí, siempre lo mismo..... Mientras que tú tuvieses sujeta á la niña, Jorobeta correrá á buscarla; los tres envolverémos á la jóven en mi

capa; la llevamos al coche de Barbillon, y de allí á la llanura de San Dionisio, donde nos espera el hombre enlutado.

—Eso está en regla! Mira! no tienes igual. Si tuviese de que, te habia de hacer unos fuegos artificiales, y te iluminaria con vasos de color el dia de San Carlos, patron del verdugo. Entiendes si quieres llegar á ser un criminal hábil, desfigurate... dijo orgullosamente el Mochuelo á Jorobeta.

Luego, dirigiéndose al Domine:

—A propósito, no sabes: Barbillon tiene un miedo cerval de caer en manos de la justicia.

—Por qué?

—Mató, hace algun tiempo, en una disputa, al marido de una lechera que venia todas las mañanas del campo en un carrito tirado por un boricuá á vender la leche en la ciudad, al fin de la calle de la Antigua fábrica de paños, cerca de la taberna del *Conejo-blanco*.

—Oigo pasos en la vereda, ocultémonos.... No es la jóven, porque vienen por el mismo camino que ella trajo.

En efecto, una robusta aldeana, en la fuerza de la edad, seguida de un perro grande de hacienda, y llevando en la cabeza un canasto cubierto, pareció al fin de algunos minutos, atravesó el barranco y tomó el camino que seguian el clérigo y la Guillabaora.

Nos reuniremos á estos dos personajes, y dejaremos á los tres cómplices emboscados en el camino tortuoso.

CAPITULO IV.



LA RECTORIA.

Los últimos resplandores del sol se apagaban lentamente detras de la mole imponente del castillo de Ecoen y de los bosques que lo rodeaban; por todos lados se estendian hasta perderse de vista las llanuras con surcos oscuros, endurecidos por el yelo..... vasta soledad cuyo oasis parecia la alqueria de Bouqueval.

El cielo se jaspeaba al ponerse el sol con largos regueros de púrpura, signo cierto de viento y frio; estos matices, en un principio de un rojo vivo, se ponian dorados á medida que el crepúsculo invadia la atmósfera.

El creciente de la luna, fino, delicado como la mitad de un aro de plata comenzaba á brillar dulcemente en un cielo azul y de sombra.

El silencio era grande, la hora solemne.

El cura se paró un momento sobre la colina, para gozar del aspecto de esta hermosa noche.

Despues de algunos instantes de recogimiento, estendiendo su mano temblorosa hácia las profundidades del horizonte medio cubierto por la cerazon de la noche, dijo á Flor-celestial, que marchaba pensativa á su lado.

—Ved pues, hija mia, esa inmensidad cuyos límites no se perciben.....no se escucha el menor ruido.....me parece que el silencio y lo infinito nos dan casi una idea de la eternidad.....os digo esto, Maria, porque sois sensible á las bellezas de la creacion. Muchas veces me ha hecho impresion la admiracion religiosa que os inspiraban, á vos... que habeis estado tan largo tiempo desheredada de ellas.....No estais absorta como yo de la calma imponente que reina á esta hora.....

La Guillabaora no respondió nada.

Pasmado el cura la miró; estaba llorando.

—Qué teneis, hija mia?

—Padre mio.....soy muy desgraciada.

—Desgraciada? vos.....ahora desgraciada?

—Sé que no tengo derecho para quejarme de mi suerte, despues de todo lo que se hace por mí.....y sin embargo.

—Y sin embargo?

—Ah!.....padre mio, perdonadme estas penas; ofenden á mis bienhechores.....

—Escuchad, Maria, os hemos preguntado muchas veces el motivo de la tristeza que os abruma y que causa vivas inquietudes á vuestra segunda madre..... Habis evitado respondernos; hemos respetado vuestro secreto affligiéndonos por no poder consolar vuestras penas.

—Ay!.....padre mio, no puedo deciros lo que pasa en mí. Así como vos, ahora mismo, me siento conmovida al aspecto de esta noche tranquila y triste.....mi corazon se ha destrozado.... y he llorado.....

—Pero qué teneis, Maria? sabeis cuanto se os ama.....Vamos.....confesadmelo todo. Además, puedo deciros esto; se acerca el dia en que Mad. Georges y Mr. Rodolfo os presentarán en la fuen-

te del bautismo, contrayendo delante de Dios la obligacion de protegeros siempre.

—Mr. Rodolfo? él..... el que me salvó! exclamó Flor-celestial juntando las manos; se dignará darme esta nueva prueba de afecto! Oh! mirad, no os ocultaré nada, padre mio, temo mucho ser ingrata.

—Ingrata.....y como?

—Para hacerme comprender, es menester que os hable de los primeros dias en que vine á la hacienda.

—Os escucho; hablaremos andando.

—Sereis indulgente, no es así, padre mio? Lo que voy á deciros es quizá muy malo.

—El señor os ha probado que es misericordioso. Cobrad ánimo.

—Cuando supe, al llegar aquí, que no dejaria la hacienda ni á Mad. de Georges, dijo Flor-celestial despues de un instante de recogimiento, creí que estaba soñando. En un principio sentí como un ardimiento de felicidad; á cada instante pensaba en Mr. Rodolfo. Muy á menudo, sola y á pesar mio, alzaba los ojos al cielo como para buscarlo y darle las gracias. En fin.....me acuso de ello, padre mio.....pensaba mas en él que en Dios; porque él habia hecho por mi lo que solo Dios hubiera podido hacer. Era feliz....feliz como el que se libra para siempre de un grande peligro. Vos y Mad. Georges erais tan buenos para mí, que me creia entonces mas digna de compasion... que de vituperio.

El cura miró á la Guillabaora con sorpresa; esta continuo:

—Poco á poco me habitué á esta vida tan dulce: no tenia ya miedo, al despertar, de volverme á encontrar en casa de la tia Quica; me sen-

tia, por decirlo así, dormir con seguridad; todos mis deseos se limitaban á ayudar á Mad. Georges en sus trabajos, aplicarme á las lecciones que me dábais, padre mio..... y aprovecharme de vuestras exortaciones. Escepto algunos momentos de vergüenza, cuando pensaba en lo pasado, me creia igual á cualquiera, porque todo el mundo era bueno para mí, cuando un dia.....

Aquí el llanto interrumpió á Flor-celestial.

—Vamos, tranquilizaos, pobre niña, ánimo! y continuad.

La Guillabaora, enjugando sus ojos, prosiguió:

—Os acordais, padre mio, que, cuando las fiestas de Todos-Santos, Mad. Dubreuil, arrendataria del duque de Lucenay, en Arnouville, vino á pasar aquí algun tiempo con su hija?.....

—Sin duda, y os vi con placer trabar conocimiento con Clara Dubreuil; está dotada de las mejores prendas.

—Es un ángel, padre mio.....un ángel.....

Cuando supe que debia venir por algunos dias á la hacienda, mi gozo fué mas grande; no pensaba sino en el momento en que iba á ver á esta compañera tan deseada. Llegó en fin. Estaba en mi alcoba; debia partirla con ella, la compuse lo mejor que pude; me llamaron. Entré en la sala, mi corazon palpitaba; Mad. Georges, mostrándome esta linda jóven que tenia unas apariencias tan amables como modestas y buenas me dijo: «Maria, esta es una amiga para vos»—«Y espero que vos y mi hija sereis pronto dos hermanas,» añadió Mad. Dubreuil. Apenas su madre habia dicho estas palabras, Clara corrió á abrazarme.....Entonces, padre mio, dijo Flor-celestial llorando, no sé lo que de repente pasó en mí.....pero cuando sentí la cara pura y hermosa de Clara apoyarse sobre mi

ajada mejilla.....esta se enardecíó de vergüenza.... de remordimiento..... me acordé de lo que era.... Yo!..... yo recibir las caricias de una jóven tan honesta!.....Oh! esto me parecia un engaño..... una indigna hipocresia.

—Pero, hija mia.....

—Ah! padre mio, exclamó Flor-celestial interrumpiendo al cura con una exaltación dolorosa, cuando Mr. Rodolfo me trajo de la ciudad, tenia ya vagamente la conciencia de mi degradacion.... Pero creéis que la educacion, que los consejos, que los egemplos que he recibido de Mad. Georges y de vos, ilustrando de pronto mi talento, no me han hecho ay! comprender, que he sido mas culpable que desgraciada?..... Antes de la venida de la señorita Clara, cuando estos pensamientos me atormentaban, me distraía procurando contentar á Mad. Georges y á vos, padre mio.....Si me sonrojaba de lo pasado, era á mis propios ojos.....Pero la vista de esta jóven de mi edad, tan encantadora, tan virtuosa, me ha hecho pensar en la distancia que existiria siempre entre ella y yo. Por primera vez conocí que hay manchas que nada las borra....Desde aquel dia no se aparta de mi este pensamiento. A pesar mio, vuelvo á él sin cesar; desde aquel dia en fin no tengo un momento de reposo....

La Guillabaora limpió sus ojos llenos de lágrimas.

Despues de haberla mirado algunos instantes con una tierna comiseracion, dijo el cura:

—Reflexionad, hija mia, que si Mad. Georges queria que fueseis amiga de la señorita Dubreuil, es porque os tenia por digna de esta amistad por vuestra conducta. Las reconvenciones que os haceis se dirigen casi á vuestra segunda madre.

—Lo sé, padre mio, no tenia razon sin duda;

pero no podia vencer mi vergüenza y mi temor... Hay mas; necesito valor para acabar.

—Continuad, Maria; hasta aquí vuestros escrúpulos ó mas bien vuestros remordimientos prueban en favor de vuestro corazon.

—Una vez establecida Clara en la hacienda, estuve tan triste como feliz me habia creído en un principio, pensando en el placer de tener una compañera de mi edad; ella, por el contrario, estaba muy alegre. Se le habia puesto la cama en mi alcoba. La primera noche, antes de acostarse, me abrazó y me dijo que ya me amaba, que sentia mucho atractivo hácia mí; me suplicó la llamase Clara, como ella Maria á mí. En seguida rezó, diciéndome que uniria mi nombre á sus oraciones, si yo queria unir el suyo á las mias. No me atreví á negarle esto. Despues de haber todavia hablado algun tiempo, se durmió; yo, no me habia acostado; me acerqué á ella; miré llorando su cara angelical; y luego, pensando que ella dormia en la misma habitacion que yo.....que yo, que habia estado en casa de la tia Quica con los ladrones y asesinos..... temblaba como si hubiese cometido una accion, tenia vagos temores.....me parecia que Dios me habia de castigar algun dia.....Me acosté, tuve ensueños horribles, volví á ver caras siniestras que casi habia olvidado, el Choro, el Dómine, el Mochuelo, la Tuerta, que me habia atormentado cuando chica. Oh! que noche!..... Dios mio! que noche! que ensueños! dijo la Guillabao-ra, estremeciéndose aun con su recuerdo.

—Pobre Maria, repuso el cura con emocion; por qué no me habeis hecho mas pronto estas confianzas? os hubiera tranquilizado..... Pero continuad.

—Me dormí muy tarde; la señorita Clara vino á

despertarme dándome un abrazo. Para vencer lo que ella llamaba frialdad y probarme su amistad, quiso confiarme un secreto: debía casarse, cuando tuviese diez y ocho años cumplidos, con el hijo de un arrendador de Gousainville, á quien amaba tiernamente; el matrimonio estaba desde mucho tiempo habia convenido entre las dos familias. En seguida me contó en pocas palabras su vida pasada..... vida sencilla, tranquila, feliz: nunca se habia separado de su madre, nunca la dejaria; porque su futuro debia partir la labor de la hacienda con Mr. Dubreuil. Ahora, Maria, me dijo, me conoceis como si fuéreis mi hermana, contadme vuestra vida.....

Se paró un poco Flor-celestial, se enjugó las lágrimas y prosiguió:

—A estas palabras creí morir de vergüenza.... me sonrojé, tartamudeé. Ignoraba lo que Mad. Georges habia dicho de mí; temia desmentirla. Respondí vagamente que huérfana y criada por personas severas, no habia sido feliz en mi infancia, y que mi dicha comenzó desde que estaba al lado de Mad. Georges. Entonces Clara, mucho mas por interés que por curiosidad, me preguntó donde me habia criado: si en la ciudad ó en el campo? como se llamaba mi padre? Me preguntó sobre todo si me acordaba de haber visto á mi madre? Cada una de estas preguntas me embarazaba tanto como me molestaba; porque era preciso responder á ellas con mentiras, y vos me habeis enseñado cuan malo es mentir..... Pero Clara no imaginó que podia engañarla. Atribuía la perplejidad de mis respuestas á la pena que me causaban los tristes recuerdos de mi infancia. Clara me creyó, me compadeció con una bondad que me traspasó el corazón. Oh! padre mio, no podeis saber nunca lo

que padecí en esta primera conversacion! cuanto me costaba decir una palabra que no fuese hipócrita y falsa!.....

—Desgraciada! caiga la cólera de Dios sobre los que, lanzándoos en un abominable camino de perdicion, os forzaron quizá á sufrir toda vuestra vida las inexorables consecuencias de una primera falta!.....

—Oh! si, fueron bien malos, padre mio, repuso amargamente Flor-celestial, porque mi vergüenza es indeleble. Hay mas; á medida que Clara me hablaba de la dicha que la esperaba, de su casa miento, de su dulce vida de familia, no podia yo dejar de comparar mi suerte con la suya; porque, á pesar de las bondades con que me colma, mi suerte siempre será miserable; vos y Mad. Georges, haciéndome comprender la virtud, me habeis hecho comprender tambien la profundidad de mi abyeccion pasada; nada podrá librarne de haber sido la escoria de lo mas vil que hay en el mundo. Ay! pues el conocimiento del bien y del mal debia serme tan funesto, por qué no me dejaron en mi desgraciada suerte!

—Oh! Maria! Maria!.....

—No es verdad, padre mio.....lo que digo es muy malo. Ay, esto es lo que no me atrevia á confesaros..... Si, algunas veces soy tan ingrata que desconozco las bondades con que se me colma, para decirme: Si no me hubiesen sacado de la infancia, la miseria, los golpes me hubieran matado bien pronto; al ménos habria muerto en la ignorancia de una pureza que siempre sentiré.

—Ay, Maria, esto es fatal, una naturaleza generosamente dotada por el Criador, aunque no haya estado sumida mas que un dia en el fango de que se os ha sacado, conserva siempre una llaga in-

deleble..... Tal es la inmutabilidad de la justicia divina.

—Bien lo veis, padre mio, exclamó dolorosamente Flor-celestial, debo desesperar hasta la muerte.

—Debeis desesperar de borrar de vuestra vida esa página desoladora, dijo el clérigo con voz triste y grave, pero debeis esperar en la misericordia infinita del Todopoderoso; aquí en la tierra, para vos, pobre niña, lágrimas, remordimientos, expiación; pero un día, allá arriba, añadió elevando sus manos hácia el firmamento que comenzaba á cubrirse de estrellas, allá arriba, perdon, felicidad eterna.

—Piedad.....piedad, Dios mio!....soy tan jóven..... y mi vida será todavía tan larga.....dijo la Gullabaora con voz que movía á compasión, cayendo de rodillas á los pies del cura, por un movimiento involuntario.

El clérigo estaba en pié en la cumbre de la colina no léjos de la cual se elevaba la rectoria; su sotana negra, su cara venerable encuadrada en cabellos blancos y suavemente iluminada por los últimos resplandores de la tarde, se delineaban sobre el horizonte con una trasparencia, una claridad profunda; oro apagado al poniente, zéfiro en el zenith.

El clérigo levantaba al cielo una de sus temblosas manos, y abandonaba la otra á Flor-celestial, que la inundaba de lágrimas.

La capucha de su capa oscura, caída en este momento sobre sus hombros, dejaba ver el perfil encantador de la jóven, sus graciosos ojos suplicantes y bañados en lágrimas.... su cuello de una blancura deslumbrante donde se veía el lazo suave de sus lindos cabellos rubios.

Esta escena sencilla y grande ofrecía un contraste, una coincidencia rara con la innoble que, casi en el mismo instante, pasaba en las profundidades del camino tortuoso entre el Dómine y el Mochuelo.

La exageracion del dolor de Flor-celestial era concebible. Rodeada desde su infancia de seres degradados, perversos, infames, dejando su prision por otra mas horrible, la caberna de la tía Quica; no habiendo salido de los patios de la cárcel ó de las calles cavernosas de la ciudad, ¿esta desgraciada jóven habia vivido hasta entonces en una ignorancia profunda de lo bello y de lo bueno, tan extraña á los sentimientos nobles y religiosos, como á los esplendores magníficos de la naturaleza?

Y he aquí que de pronto abandona su infecto albañal por un retiro delicioso y rústico; su vida inmunda para participar de una existencia feliz y sosegada con los seres mas virtuosos, mas amables, mas compasivos de sus infortunios.....

Todo lo que hay de admirable en la criatura y en la creacion se revela á la vez y en un momento á su alma atónita.....A este imponente espectáculo, su espíritu se ensancha; su inteligencia se desarrolla, sus nobles instintos se despiertan.... y su razon se ha ensanchado porque se ha desarrollado su inteligencia, porque se han despertado sus nobles instintos.....Conociendo su primera degradacion, siente por su vida pasada un doloroso é incurable horror, y comprende, ay! como lo dice: que hay manchas que no se borran nunca.....

—Oh! desgraciada de mí! decia la Guillabaora desesperada: mi vida entera, aunque fuese tan larga, tan pura como la vuestra, padre mio, será en lo sucesivo marchitada, ajada, por la conciencia y por el recuerdo de lo pasado....desgraciada de mí!

—Dichosa vos, por el contrario, Maria, dichosa vos á quien el Señor envia esos remordimientos; aunque llenos de pena son saludables! prueban la religiosa susceptibilidad de vuestra alma!..... otras muchas personas, dotadas ménos noblemente que vos, hubiesen en vuestro lugar olvidado pronto lo pasado para no pensar sino en gozar de la felicidad presente! Un alma delicada como la vuestra siente los padecimientos donde el comun de las gentes no experimenta dolor ninguno! Pero cada sentimiento de estos os será contado allá arriba, creedme; Dios no os ha dejado un momento en el mal camino sino para reservaros la gloria del arrepentimiento y la recompensa eterna debida á la espiacion. No ha dicho él mismo: «Los que obran bien sin combatir, y que vienen á mí con la sonrisa en los labios, esos son mis elegidos: pero los que, heridos en la lucha, vienen á mí sangrientos y golpeados, estos son los elegidos... de entre mis elegidos.....?» Animo, pues, hija mia..... sosten, apoyo, consejos, nada os faltará..... Soy muy viejo..... pero Mad. Georges, pero Mr. Rodolfo tienen todavia muchos años que vivir..... Mr. Rodolfo sobre todo..... que os ha mostrado tanto interés, que sigue vuestros progresos con una solicitud tan ilustrada..... decid, Maria, decid, podreis nunca sentir haberlo encontrado?

Iba la Guillabaora á responder cuando fué interrumpida por la aldeana de que hemos hablado, que, siguiendo el mismo camino que la jóven y el clérigo, acaba de llegar; era una de las criadas de la hacienda.

—Perdonad, dispensad, señor cura, dijo esta al clérigo, pero Mad. Georges me ha dicho que trajese estas frutas, y al mismo tiempo me llevase á la señorita Maria, porque va siendo tarde; pero

á bien que he traído conmigo á *Turco*, dijo la criada acariciando á un enorme perro de los Pirineos, que podia desafiarse á un oso.—Aunque nunca ha habido malos encuentros en el país, siempre es mas prudente.

—Teneis razon, *Claudia*; ya ves que hemos llegado á la rectoria: dad las gracias en mi nombre á *Mad. Georges*.

Luego, dirigiéndose en voz baja á la *Guillabaora*, le dijo con tono grave:

—Tengo que ir mañana á la conferencia de la diócesis; pero estaré de vuelta á eso de las cinco. Si quereis, hija mia, os esperaré en la rectoria. Veo, por el estado de vuestro ánimo, que necesitais hablar aun largamente conmigo.

—Os doy gracias, padre mio, respondió *Flor-celestial*; mañana vendré, pues teneis á bien permitirmelo.

—Ya estamos en la puerta del jardín, dijo el cura; dejad ahí ese canasto, *Claudia*, mi ama lo recogerá. Volveos pronto á la hacienda con *Maria*, porque la noche está encima, y el frío se aumenta. Hasta mañana, *Maria*, á las cinco.

—Hasta mañana, padre mio.

El clérigo entró en su jardín.

La *Guillabaora* y *Claudia*, seguidas de *Turco*, tomaron el camino de la hacienda.

CAPITULO V.

EL ENCUENTRO.

HABIA entrado la noche clara y húmeda. Según el parecer del Dómine, el Mochuelo había llegado á un parage del camino tortuoso mas retirado de la vereda y mas próximo á la encrucijada donde Barbillon esperaba con el coche.

Jorobeta, puesto de centinela, acechaba la vuelta de Flor-celestial, á quien debia hacer caer en el lazo suplicándole que socorriese á una pobre anciana.

El hijo de Brazo-rojo había dado algunos pasos fuera del barranco para hacer la descubierta, cuando, aplicando el oído, oyó á lo lejos á la Guillabaora hablar á la aldeana que la acompañaba.

No viniendo sola la Guillabaora, se erraba el golpe; Jorobeta se dió prisa en volver al barranco y advertirselo al Mochuelo.

---Alguien viene con la jóven, dijo él en voz baja y ahogada.

---Permita Dios que el verdugo se enrede con el pescuezo de esa buena pieza, exclamó la Tuerta enfurecida.

---Con quién viene? preguntó el Dómine.

—Sin duda con la aldeana que pasó ahora poco por la vereda, seguida de un perro grande. He conocido la voz de una muger, dijo Jorobeta; mirad..... ois..... ois el ruido de sus abarcas?....

En efecto en el silencio de la noche, las suelas de madera resonaban desde léjos sobre la tierra endurecida por el hielo.

—Son dos.... puedo encargarme de la niña del capote oscuro; pero la otra.... qué harémos? Este bribon no vé..... y Jorobeta es demasiado endeble para habérselas con esa compañera que el diablo se lleve..... Que hacer? repitió la Tuerta.

—No soy fuerte; pero, si quereis, me avalanzaré á las piernas de la aldeana que tiene un perro, me asiré con las manos y con los dientes, no la dejaré, estais..... Durante este tiempo asegurareis bien á la muchacha..... vos, Mochuelo.

—Y si piden socorro? y si se resisten? los oirán desde la hacienda, replicó la Tuerta, y podrán venir á su socorro antes que hayamos llegado al coche de Barbillon. Es tan fácil llevarse á una muger que se resiste.

—Y tienen un perro grande consigo..... dijo Jorobeta.

—Vaya, vaya, si no fuese mas que eso, de un zapatazo le rompía el espinazo á su perro, dijo el Mochuelo.

—Se acercan, repuso Jorobeta aplicando de nuevo el oido al ruido de los pasos lejanos, van á bajar el barranco.

—Pero habla, bribon dijo, la Tuerta al Dómine, que aconsejas tu, renacuajo?..... estás mudo?

—Nada hay que hacer hoy, respondió el bandido.

—Y los mil francos del señor enlutado, exclamó la Tuerta, se dejarán perder? mas facilmente!... Tu cuchillo! tu cuchillo! Bribon..... mataré á la

compañera para que no nos incomode; en cuanto á la muchacha, nosotros dos le pondremos una mordaza.

—Pero el hombre enlutado no cuenta con que se mate á nadie.....

—Y bien! pondremos esta sangre á parte de su presupuesto; le será preciso pagarnosla, pues será nuestro cómplice.

—Ahí están!.... Bajan, dijo Jorobeta en voz baja.

—Tu cuchillo, mi hombre! dijo la Tuerta bajando la voz.

—Oh, Mochuelo!.... exclamó Jorobeta con espanto estendiendo sus manos hácia la Tuerta, eso es muy duro.... matarla.... oh! no, no.....

—Tu cuchillo, te digo, repitió en voz baja la Tuerta, sin poner atencion á las súplicas de Jorobeta, y descalzándose de prisa.—Voy á quitarme los zapatos, añadió, para sorprenderlas andando detras de ellas á paso de lobo; ya está oscuro, pero conoceré bien á la muchacha por su capote, y mataré] á la otra.

—No, dijo el bandido, hoy es inútil; siempre hay tiempo, mañana.

—Tienes miedo, friolento? dijo la Tuerta con un desprecio feroz.

—No tengo miedo, respondió el Dómine; pero puedes errar el golpe y perderlo todo.

El perro que acompañaba á la aldeana, husmando sin duda las personas emboscadas en el camino tortuoso, se paró, ladró con furia y no acudió á las reiteradas llamadas de la compañera de Flor-celestial.

—Oyes su perro? ahí están.... pronto, tu cuchillo.... ó si no.... exclamó la Tuerta con tono de amenaza.

---Ven pues á tomarle.... á la fuerza.... dijo el Dómine.

---Esto es cosa concluida.... es muy tarde.... esclamó la Tuerta despues de haber escuchado un momento con atencion, ya pasaron,... Me la pagarás.... vete á la horca, añadió enfurecida, amenazando con el puño á su cómplice: mil francos perdidos por culpa tuya....

---Mil, dos mil, quizá tres mil ganados, por el contrario, replicó el Dómine en tono de autoridad.---Escúchame, Mochuelo, añadió, y verás si tengo razon en negarte mi cuchillo.... Vuelvete con Barbillon.... os ireis los dos con el coche al sitio donde os espera el señor enlutado.... le direis que no se ha podido hacer nada hoy, pero que mañana será robada.....

---Y tú? mormuró la Tuerta todavia enfadada.

---Escucha; la muchacha va sola todas las tardes á acompañar al cura; es una casualidad que hoy haya encontrado á alguien; es probable que mañana tengamos mejor suerte; mañana pues vendrás á esta hora á la encrucijada, con Barbillon y su coche,

---Pero tú? pero tú?

---Jorobeta va á conducirme á la hacienda donde vive esa muchacha, dirá que nos hemos extraviado, que soy su padre, un pobre artesano que me he quedado ciego; que íbamos á Louvres, á casa de un pariente nuestro que podia darnos algunos socorros, y que nos hemos perdido en los campos queriendo cortar camino. Pediremos que nos dejen pasar la noche en la hacienda, en un rincon del establo. Los campesinos nos creerán y nos darán sitio para dormir.... Jorobeta examinará bien las puertas, las ventanas, las entradas de la casa, siempre hay dinero en ellas cuando se

acerca el tiempo del queso. Yo que he tenido haciendas, añadió con pena, lo sé eso. Estamos en la primera quincena de Enero... este es el tiempo en que se pagan los plazos vencidos.... La hacienda está situada, decís, en un parage desierto; una vez que conozcamos las entradas y salidas, se podrá volver á ella con los amigos; este es un negocio que se debe preparar.....

La Tuerta lo interrumpió, ya mas templada, y le dijo:

--Siempre cabilando, y que sabiduria! Continúa, bribon.

---Mañana por la mañana, en vez de dejar la hacienda, me quejaré de un dolor que me impedirá andar. Si no me creen, enseñaré la llaga que he conservado desde que rompí mi grillete, y de que siempre padezco, diré que es una quemadura que me hice con un hierro ardiendo cuando trabajaba en mi oficio; me creerán. Así estaré en la hacienda una parte del dia, para que Jorobeta tenga mas tiempo de examinarlo todo bien. Cuando llegue la tarde, en el momento en que saliere la muchacha, como de costumbre, con el clérigo, diré que estoy mejor y que me hallo en estado de poder andar. Jorobeta y yo seguiremos á la jóven de léjos; volveremos á esperarla aquí fuera del barranco. Conociendonos ya, no sospechará de nosotros al vernos; nos acercaremos... Jorobeta y yo... y cuando estubiere á tiro de mis brazos, respondo de ello; está cogida, y los mil francos son nuestros. Aun hay mas..... dentro de dos ó tres dias podremos dar el avance de la hacienda á Barbillon ó á otros, y partir en seguida con ellos si hay alguna cosa, pues nosotros seremos los preparadores del robo.

--Ven, ciego, no tienes igual, dijo la Tuer-

ta abrazando al Dómine.---Pero si por casualidad la muchacha no acompaña al clérigo mañana á la tarde?

---Lo volveremos á hacer pasado mañana; este es uno de aquellos bocados que se comen frios y despacio; además se harán gastos que aumentarán la cuenta del señor enlutado; y después, ya en la hacienda, podré juzgar bien, por lo que oyere, si corremos algun riesgo en robar la muchacha por el medio que intentamos, y si no buscaremos otro.

---Bien, hombrecito mío! Tu plan es famoso! Di pues, bribon, cuando alguno estuviere malo, será menester consultarte; ganarás tanto dinero como un procurador. Vamos, abraza á tu Mochuelo, y vete..... estos campesinos se acuestan á la hora de las gallinas. Yo voy á buscar y Barbillon; mañana á las cuatro estaremos en la cruz de la encrucijada con él y su coche; á menos que de aquí á allá no lo prendan por haber escarpado al marido de la lechera..... de la calle de la Antigua Fábrica de paños. Pero si no es él, será otro, pues el fingido coche de alquiler pertenece al señor enlutado que ya se ha servido de él. Un cuarto de hora después que llegemos á la encrucijada, estaré aquí esperándote.

---Está dicho..... Hasta mañana, Mochuelo..... Ah! se me olvidaba dar cera á Jorobeta, para si hay que tomar en la hacienda el molde de alguna cerradura! Toma, sabrás servirme bien de ella, chiquillo? dijo la Tuerta dando un pedazo de cera á Jorobeta.

---Sí, sí, vamos; papá me lo enseñó. Tomé para él el molde de una cajita de hierro que mi amo el curandero guarda en su gabinete oscuro.

---En hora buena: y para que no se pegue,

no olvides mojar la cera despues de haberla calentado en la mano.

---Ya lo sé! ya lo sé! respondió Jorobeta.---Ya veis como hago todo lo que me decis, y eso.... porque me amais un poco, no es así, Mochuelo?

---Si te quiero!.... te quiero como si te hubiera tenido del ya difunto Napoleon el Grande! dijo la Tuerta abrazando á Jorobeta, que quedó muy satisfecho con esta comparacion imperial.---Hasta mañana, bribon.

La Tuerta se fué á buscar el coche.

El Dómine y Jorobeta salieron del camino tortuoso, y se dirigieron hácia la hacienda; la luz que brillaba por las ventanas le sirvió de guia.

—Estraña fatalidad que acercaba así á Anselmo Duresnel á su muger, á quien no habia visto despues de su sentencia á presidio!



CAPITULO VI.

LA VELADA,

¿HAY alguna cosa mas divertida que ver la cocina de una grande hacienda á la hora de la cena, sobre todo en invierno? ¿Hay algo que recuerde mas la calma y el bienestar de la vida rústica?

Se hubiera podido hallar una prueba de lo que acabamos de decir en el aspecto de la cocina de la hacienda de Bouqueval.

Su inmensa chimenea de seis pies de alto y ocho de ancho, parecia un gran hueco de piedra abierto en un horno; el hogar negro arrojaba una verdadera llamarada de haya y de encina. Este bracero enorme despedía tanta claridad como calor en todas las partes de la cocina y hacia inútil la luz de una lámpara colgada de la viga maestra que atravesaba el techo.

Las grandes ollas y las caserolas de cobre colocadas en el vasar brillaban de limpias; una antigua cántara del mismo metal resplandecía como un espejo ustorio no léjos de un arca de nogal, muy bien barnizada, que exhalaba un apetitoso olor de pan caliente. Una mesa larga, sólida, cubierta con

un mantel muy limpio, ocupaba el medio de la sala; el asiento de cada uno estaba marcado por un plato de pedernal oscuro por fuera y blanco por dentro, y por un cubierto de hierro luciente como la plata.

En medio de la mesa, una grande sopera llena de sopas de legumbres, humeaba como un cráter y cubría con sabroso vapor un plato formidable de coles con tocino y otro no ménos formidable de carnero guisado con papas; en fin un cuarto de ternera asada, flanqueada con dos ensaladas de invierno, dos canastas de manzanas y dos quesos completaban la abundante simetria de esta comida. Tres ó cuatro cántaras de asperon llenas de una cidra fabricada en la hacienda, muchos molletes de pan bazo como piedras de molino, estaban á disposicion de los labradores.

Un perro viejo, decano jubilado de la familia peruana de la hacienda, debia á su mucha edad y á sus antiguos servicios el permiso de estar junto al fuego. Usando modesta y discretamente de este privilegio, echado el hocico sobre sus pies delanteros, seguia con ojo atento las diferentes evoluciones culinarias que precedian á la cena.

Este perro venerable acúdia al nombre aunque poco bucólico de *Lisandro*.

Quizá la comida de la gente de esta hacienda, aunque muy sencilla, pareciera un poco suntuosa; pero Mad. Georges (fiel en esto á las intenciones de Rodolfo) mejoraba todo lo posible la suerte de sus servidores, esclusivamente escogidos entre las personas mas honradas y mas laboriosas del pais. Se les pagaba bien, se hacia su suerte muy feliz, muy envidiable; entrar como colono en la hacienda de Bouqueval era el fin de todos los labradores del pais: inocente ambicion que mante-

nia entre ellos una emulacion tanto mas laudable, quanto se tornaba en beneficio de los amos á quienes servian; porque no podian presentarse para obtener una de las plazas vacantes en la hacienda sino con el apoyo de los mejores antecedentes.

Rodolfo creaba así sobre una pequeña escala una especie de hacienda-modelo, no solamente destinada á la mejora de los trabajos, sino sobre todo á la mejora de los hombres, y lograba este objeto interesando á los hombres en ser honrados, activos, inteligentes.

Después de haber terminado los preparativos de la cena, y puesto en la mesa una colodra de vino añejo destinado para los postres, la cocinera de la hacienda fué á tocar la campana.

A esta alegre llamada, trabajadores, criados, de la hacienda, lecheras, criadas de la casa, en número de doce ó quince, entraron festivamente en la cocina. Los hombres tenian aire varonil y franco; las mugeres estaban agradables y robustas, las jóvenes despiertas y alegres; todas las caras respiraban buen humor, quietud y contento, se aprestaban con una sensualidad natural á hacer honor á una comida bien guisada.

La cabecera de la mesa fué ocupada por un labrador anciano con cabellos canos, cara respetable, mirada franca y arrogante, boca un poco burlona, verdadero tipo de un aldeano honrado; de aquellos talentos firmes y reetos, claros y lucidos, rústicos y malignos chapados á la antigua.

El tío Chatelain (así se llamaba este Nestor) no habiendo salido de la hacienda desde su infancia, estaba empleado de maestro labrador cuando Rodolfo la compró; este antiguo sirviente le fué justamente recomendado; lo conservó y le encargó,

bajo las órdenes de Mad. Georges, de una especie de superintendencia de los trabajos del cultivo. El tío Chatelain ejercía sobre el personal de la hacienda una gran influencia debida á su edad, á su saber, á su esperiencia.

Todos los aldeanos se sentaron.

Después de haber dicho el *Benedicite* en alta voz el tío Chatelain, según una antigua y santa costumbre, trazó una cruz en el pan con la punta de su cuchillo, y cortó un pedazo representando la *parte de la Virgen* ó la parte del pobre; echó en seguida un vaso de vino bajo la misma invocación, y lo puso en un plato que fué religiosamente colocado en medio de la mesa.

En este momento los perros de guardia ladraron con fuerza; el viejo Lisandro les respondió con un gruñido, levantó su labio y dejó ver dos ó tres colmillos respetables todavía.

—Alguien anda por fuera de las paredes del patio, dijo el tío Chatelain.

Apenas había dicho estas palabras, cuando sonó la campana de la puerta principal.

—¿Quién puede venir tan tarde? dijo el viejo labrador; todos han vuelto ya....Ve sin embargo, á verlo, Juan René.

Juan René, mozo de la hacienda, dejó con pena en su plato una enorme cucharada de sopa caliente, á la que estaba soplando con una fuerza que podía competir con la de Eolo, y salió de la cocina.

—Desde hace mucho tiempo esta es la primera vez que Mad. Georges y la señorita María no vienen al fuego para asistir á nuestra cena, dijo el tío Chatelain; tengo una hambre regular, pero comeré con menos apetito.

—Mad. Georges ha subido á la habitación de la

señorita Maria, porque cuando volvió de acompañar al señor cura se sintió un poco mala y se acostó, respondió Claudia, la jóven robusta que habia traído á la Guillabaora de la rectoria, y trastornado sin saberlo los siniestros designios del Mochuelo.

—Nuestra buena señorita Maria está indispueta.....pero no mala, no es asi? preguntó el viejo labrador con inquietud.

--No, no, gracias á Dios! tio Chatelain; Mad. Georges ha dicho que no es nada, replicó Claudia; si no fuera asi hubiera enviado á Paris por Mr. David, el médico negro.....que ya asistió á la señorita Maria cuando estuvo mala.

Estas reflexiones de Claudia fueron interrumpidas por la vuelta de Juan René que soplabá en sus dedos con tanto vigor como habia soplado la sopa.

—Oh! que frio! que frio hace esta noche.....Se hielan las piedras, dijo al entrar; mas vale estar dentro que fuera en semejante tiempo, que frio!.....

—Helada que empieza con viento al este será dura y larga, debes saberlo, muchacho. ¿Pero quien llamó? preguntó el decano de los labradores.

—Un pobre ciego y un muchacho que lo guia, tio Chatelain.

CAPITULO VII.



LA HOSPITALIDAD.

¿Y qué quiere ese ciego? preguntó el tío Chatelain á Juan René.

—Ese pobre y su hijo se han perdido queriendo ir á Louvres atravesando camino; como hace un frío de los diablos y la noche está oscura, porque el cielo está nublado, el ciego y su hijo piden se les deje pasar la noche en la hacienda, en un rincón del establo.

—Mad. Georges es tan buena que nunca niega la hospitalidad á un infeliz; consentirá á buen seguro que se deje acostar á esa pobre gente... pero es menester prevenirselo. Ve, Claudia.

Se fué esta.

—¿Y donde espera ese pobre hombre? preguntó el tío Chatelain.

—En el trox chico.

—¿Y por qué lo has metido en el trox?

—Si hubiese quedado en el patio, se lo comerian crudo los perros, á él y á su hijo. Si, tío Chatelain, les dije: *Medor, aquí.....ven acá, Turco..... fuera, Sultan...* nunca los he visto tan irritados. Y sin embargo, en la hacienda, no se les

enseña á morder á los pobres, como en muchas otras partes.....

—A fé mía, hijos, la *parte del pobre* se habrá reservado con razon esta noche..... Estrechaos un poco..... Bien! Pongamos dos cubiertos mas, uno para el ciego, otro para su hijo, porque seguramente Mad. Georges les dejará pasar aquí la noche.

Juan René dijo como admirado:

—Llama mucho la atencion que los perros se pusiesen tan furiosos; sobre todo Turco, que acompañó á Claudia cuando fué esta tarde á la rectoria..... estaba endemoniado.... Al acariciarlo para que se sosegase le senti el pelo del lomo herizado.... parecia un puerco espin.... Qué decis..... de esto eh! tio Chatelain, vos que sabeis de todo?

—Digo, muchacho, yo que *lo sé todo* que las bestias saben mucho mas que yo..... Cuando el huracan que hubo este otoño, que cambió el riachuelo en torrente, cuando volvia yo una noche oscura con mis caballos de labor, montado en el viejo rodado, lléveme el diablo si hubiera sabido por donvadearlo, pues no se veía mas que en un horno!..... Pues bien! dejé caer la brida sobre el cuello del viejo rodado, y él solo halló lo que no hubiera hallado ninguno de nosotros..... ¿Quién le enseñó eso?

—Sí, tio Chatelain, quien [le enseñó eso al caballo viejo rodado?

—El que enseña á las golondrinas á hacer sus nidos en los techos, y á las nevatillas á hacer el suyo en medio de las cañas, muchacho mio..... Y bien! Claudia, dijo el antiguo oráculo á la lechera que entró trayendo dos pares de sábanas muy blancas, que despedian un olor suave á sal-

via y verbena,—y bien! Mad. Georges ha mandado que cene y duerma aqui ese pobre ciego y su hijo, no es así?

—Estas son las sábanas para hacerles la cama en el cuarto que está al fin del corredor, dijo Claudia.

—Vaya, vé por ellos, Juan René.....Tú, hija mía, arrima dos sillas al fuego, se calentarán un poco antes de sentarse á la mesa..... porque el frio es intenso esta noche.

Se oyó de nuevo el ladrido furioso de los perros y la voz de Juan René que procuraba apaciguarlos.

Se abrió de pronto la puerta de la cocina: el Dómine y Jorobeta entraron precipitadamente como si los persiguiesen.

—Tened cuidado con vuestros perros, gritó el Dómine con sobresalto.--Poco ha faltado para que nos muerdan.

—Me han arrancado un pedazo de mi blusa, dijo Jorobeta todavía descolorido del susto.

—Dispensad, buen hombre, dijo Juan René cerrando la puerta. Nunca he visto á nuestros perros tan furiosos..... Es bien seguro que el frio los escita.... Estos animales no tienen razon; quizá quieren morder para calentarse.

—Vamos, tambien el otro! dijo el labrador sujetando al viejo Lisandro en el momento en que gruñendo con aire de amenaza, iba á abalanzarse á los reciénvenidos. Oyó á los otros perros ladrar con furia, él quiso hacer lo mismo. Vete á acostar inmediatamente, viejo salvaje!... te vas!.....

A estas palabras del tío Chatelain, acompañadas de una significativa patada, Lisandro se volvió, sin dejar de gruñir, á su sitio predilecto junto al fuego.

El Dómine y Jorobeta permanecian en la puerta de la cocina, no atreviéndose á entrar.

Envuelto en una capa azul con cuello de pieles, sombrero puesto sobre el gorro negro que cubria casi del todo la frente, el bandido tenia agarrada la mano de Jorobeta que se arrimaba á él mirando á los campesinos con desconfianza; la honradez de sus fisonomias desconcertaba y casi asustaba al hijo de Brazo-Rojo.

Las naturalezas malas tienen tambien sus repulsiones y sus simpatías.

Las facciones del Dómine eran tan horribles, que los habitantes de la hacienda quedaron un instante aturdidos; esta impresion no se le ocultó á Jorobeta; el horror de los campesinos lo tranquilizó: se envaneció con el susto que inspiraba su compañero. Pasado este primer movimiento, el tío Chatelain, no pensando sino en cumplir los deberes de la hospitalidad, dijo al Dómine:

—Mi buen hombre; arrímaos al fuego, os calentareis primero. Luego cenareis con nosotros, porque llegais en el momento en que nos sentábamos á la mesa. Mirad, sentaos ahí. Pero como tengo la cabeza! añadió el tío Chatelain; no es á vos sino á vuestro hijo á quien debo dirigirme, porque por desgracia estais ciego. Vamos, hijo, conduce á tu padre junto á la chimenea.

—Si, mi buen señor, respondió Jorobeta con tono gangoso, embelecador é hipócrita; Dios os pague vuestra buena caridad!.....Seguidme, pobre papá.....seguidme.....cuidado, y el muchacho guió los pasos del bandido.

Llegaron ambos juntos á la chimenea.

Lisandro gruñó sordamente en un principio; pero habiendo husmeado un instante al Dómine, dió de pronto aquella especie de aullido lúgubre que

hace decir comunmente que los perros *aullan á la muerte*.

—Qué infierno! dijo para sí el Dómine.—Husmean la sangre estos malditos animales. Tenia puesto este pantalon la noche del asesinato del ganadero.....

—Vaya, esto es admirable, dijo en voz baja Juan René, el viejo Lisandro aulla á la muerte oliendo al buen hombre.....

Entonces acaeci6 una cosa estraña.

Los aullidos de Lisandro eran tan penetrantes, tan lastimeros, que los demas perros los oyeron (el patio de la hacienda no estaba separado de la cocina sino por una ventana de vidrios), y segun la costumbre de la raza canina repitieron á porfia estos gemidos lamentables.

Aunque poco supersticiosos, los campesinos se miraron unos á otros casi con espanto.....

En efecto, lo que pasaba era singular.

Un hombre, que no habian podido mirar sin horror, entraba en la hacienda.....cuando los animales hasta entonces pacíficos se ponen furiosos y lanzan aquellos clamores siniestros que, segun las creencias populares, predicen la proximidad de la muerte.

El bandido mismo, á pesar de su obduración, á pesar de su audacia infernal, se estremeci6 un momento al oír aquellos aullidos fúnebres, mortuorios..... que gritaban cuando llegó.....asesino.....

Jorobeta, esceptico, descarado como un muchacho de París, corrompido por decirlo así desde que mamaba, fué el solo indiferente al efecto moral de esta escena. Librado del temor de ser mordido, este aborto zumbon se burl6 de lo que aterraba á los habitantes de la hacienda y de lo que hacia temblar al Dómine....

Pasado el primer estupor, salió Juan René, y se oyeron luego los chasquidos de su látigo que disiparon los lúgubres presentimientos de Turco, de Sultan y de Medor. Poco á poco las caras contristadas de los labradores se tranquilizaron. Al cabo de algunos momentos, la espantosa fealdad del Dómine les inspiró mas compasion que horror; tuvieron lástima de la enfermedad del Jorobadito, le hallaron la *talmada* cara muy interesante, y lo alabaron mucho por los cuidados que prodigaba á su padre.

El apetito de los labradores, olvidado un momento, se despertó con nueva energia, y no se oyó por algunos instantes mas que el ruido de los tenedores.

Sin dejar de comer sus rústicos manjares, campesinos y campesinas notaban con enternecimiento las atenciones que tenia el muchacho con el ciego, junto al cual se habia colocado. Jorobeta le preparaba la comida, le partia el pan, le echaba de beber con un cuidado enteramente filial.

Este era el lado bueno de la medalla, veamos el reverso.

Tanto por crueldad como por espíritu de imitacion natural en su edad, Jorobeta encontraba un placer cruel en atormentar al Dómine, á egemplo del Mochuelo, que se envanecia en copiar así, y á quien amaba afectuosamente.

¿Como sentia este perverso niño la necesidad de ser amado? ¿Como se creia feliz con el afecto fingido que le manifestaba la Tuerta? ¿Como podia, en fin, conmoverse con el lejano recuerdo de las caricias de su madre? Esta era una de aquellas numerosas anomalias, que, de tiempo en tiempo, protestan felizmente contra la unidad en el vicio.

Lo hemos dicho, experimentando, como el Mo-

ehuelo, una estremada delicia en tener por animal de carga á un tigre..... Jorobeta, sentado en la mesa de los labradores, tuvo la malignidad de querer refinar su placer forzando al Dómine á soportar sus malos tratamientos sin fruncir las cejas.

Compensó pues cada una de sus atenciones ostensibles para con su padre supuesto con una patada oculta, dirigida particularmente á una llaga muy antigua que el Dómine, como muchos presidiarios, tenia en la pierna, en el sitio donde tuvo el anillo de su cadena, mientras estuvo en presidio.

Fué preciso al bandido un valor estóico para ocultar este padecimiento á cada ataque de Jorobeta; este pequeño monstruo, á fin de poner á su víctima en una posicion mas difícil aun, escogia, para sus ataques, el momento en que el Dómine bebía ó en que hablaba.

Sin embargo, la imposibilidad de este último no se desmentia; contenia maravillosamente su cólera y su dolor pensando (y el hijo de Brazo-rojo contaba bien con ello) que seria muy peligroso para el buen éxito de sus designios dejar adivinar lo que pasaba debajo de la mesa.

—Tomad, pobre papá.....esta es una nuez mondada, dijo Jorobeta poniendo en el plato del Dómine una de estas frutas sin cáscara.

—Bien, hijo mio, dijo el tío Chatelain; luego dirigiéndose al bandido: Sois sin duda bien digno de compasion, buen hombre; pero teneis un hijo bueno.....esto debe consolaros un poco!

—Sí, si, mi desgracia es grande; pero, sin el cariño de mi hijo.....yo.....

El Dómine contuvo al parecer un grito agudo.... ..

El hijo de Brazo-rojo había esta vez encontrado lo vivo de la llaga; el dolor fué intolerable.

—Dios mio!..... qué tienes, pobre papá? exclamó Jorobeta con voz lastimera, y levantándose, se arrojó al cuello del Dómine.

En su primer movimiento de cólera y de rabia, el bandido quiso ahogar al Jorobadito entre sus brazos hercúleos, y lo apretó tan violentamente contra su pecho que el muchacho perdiendo la respiración dejó oír un gemido sordo.

Pero, reflexionando luego que no podía pasar sin Jorobeta, se contuvo y lo puso en su silla.

En todo esto los campesinos no vieron sino un trueque de cariño paternal y filial: la palidez y sofocación de Jorobeta les pareció causada por la emoción de este buen hijo.

—Que teneis pues, mí buen hombre? preguntó el tio Chatelain. El grito que disteis ahora ha hecho perder el color á vuestro hijo.....Pobre chico..... mirad, apenas puede respirar.

—No es nada, respondió el Dómine recobrando su sangre fria;—Mi oficio es herrero mecánico; hace algun tiempo que trabajando con el martillo una barra de hierro ardiendo, se me cayó, y me hizo una quemadura tan profunda que aun no está cicatrizada..... Ahora me dí en ella con el pie de la mesa, y no pude contener un grito de dolor.

—Pobre papá! dijo Jorobeta, repuesto de su emoción, y lanzando una mirada diabólica al Dómine, pobre papá! es mucha verdad, mis buenos señores, nunca ha podido curarse de su pierna. Ay! no, nunca! Oh! mejor quisiera yo enar ese mal..... con tal que no lo tuviese el pobre papá....

Las mugeres miraron á Jorobeta con enternecimiento.

—Y bien! mi buen hombre, repuso el tío Chatelain, es una desgracia para vos que no hayais venido á la hacienda hace tres semanas, en vez de venir esta noche.

—Por qué?

—Porque hemos tenido aquí, por espacio de algunos días, á un médico de París que tiene un remedio soberano para los males de las piernas. Una buena vieja de la aldea no podia andar tres años hacia; el doctor le puso su unguento sobre sus llagas..... Al presente corre como un gamo, y se promete en el dia de año nuevo ir á pié á dar las gracias á su salvador, *paseo de las Viudas*, en París.... Bien veis que de aquí allá hay un buen trozo de camino. ¿Pero qué teneis? todavia esa maldita llaga?

Estas palabras: *paseo de las Viudas* recordaban tan terribles memorias al Dómine, que no pudo dejar de estremecerse y contraer sus horribles facciones.

---Sí, respondió recobrándose, otro tropezon...

---Papá, sosiégate, yo te fomentaré bien cuidadosamente la pierna esta noche, dijo Jorobeta.

---Pobre niño, dijo Claudia, como quiere á su padre.

---Es verdaderamente una lástima, prosiguió el tío Chatelain dirigiéndose al Dómine, que ese buen médico no esté aquí; pero, segun pienso, es tan caritativo como sabio, al volver á París, haced que vuestro muchacho os lleve á su casa, os curará, estoy seguro de ello; las señas no son difíciles de retener, *paseo de las Viudas*, número 17. Si olvidais el número..... poco importa, no hay muchos médicos en aquel parage, y sobre todo médicos negros.... porque debeis saber que es

negro ese excelente doctor David.

Las facciones del Dómine estaban tan llenas de cicatrices, que no se pudo notar su palidez.

Perdió el color, sin embargo..... perdió el color horriblemente al oír en un principio citar el número de la casa de Rodolfo; y en seguida hablar de David.... el médico negro.....

De aquel negro, que por orden de Rodolfo, le había impuesto un suplicio espantoso cuyas terribles consecuencias sufría á cada instante.

El día era funesto al Dómine.

Por la mañana había aguantado los tormentos del Mochuelo y del hijo de Brazo-rojo; llega á la hacienda, los perros *aullan la muerte* á su aspecto homicida, y quieren devorarlo; en fin la casualidad lo conduce á una casa donde algunos días antes se hallaba su verdugo.

Separadamente, estas circunstancias hubieran bastado para escitar sucesivamente la rabia ó el temor de este bandido, pero precipitándose en el espacio de algunas horas, le dieron un violento golpe.

Por la primera vez de su vida, experimentó una especie de temor supersticioso..... se preguntó si solo la casualidad reunía tan estraños incidentes.

El tío Chatelain, no habiendo advertido la palidez del Dómine, continuó.

---Por lo demas, mi buen hombre, cuando partiereis se le darán las señas del doctor á vuestro hijo, y esto será obligar á Mr. David; es tan bueno, tan bueno!... es lástima que tenga siempre el aire triste..... Pero mirad..... bebamos un trago á la salud de vuestro futuro salvador....

---Gracias.... no tengo ganas, dijo el Dómine con aire sombrío.

---Bebe pues , querido papá , bebe pues , hará provecho..... á tu pobre estómago , añadió Jorobeta poniendo el vaso en las manos del ciego.

---No es cidra lo que os he echado , sino vino añejo , dijo el labrador. Hay pocos campesinos que lo beban como este. Vaya! esta no es una hacienda como otra cualquiera.... Que decis de nuestra comida ordinaria?

---Es muy buena , respondió maquinalmente el Dómine mas y mas embebido en sus siniestros pensamientos.

---Pues bien! todos los días es lo mismo ; buen trabajo y buena comida , buena conciencia y buena cama ; en cuatro palabras he aquí nuestra vida ; somos siete trabajadores , y sin alabarnos hacemos tanto labor como catorce.---A los simples labradores , ciento cincuenta escudos al mes , á las lecheras y criadas de la hacienda..... sesenta escudos! Y á partir entre nosotros una quinta parte de los productos de la hacienda. .. Vaya , comprendéis que no dejamos descansar un trozo de tierra , porque mientras mas produce la pobre vieja , tanto mas tenemos.

---Vuestro amo no debe enriquecerse mucho , dandoos tantas ventajas , dijo el Dómine.

---Nuestro amo?... Oh! no es un amo como todos los demas. Tiene un modo peculiar de enriquecerse.

---Qué quereis decir? preguntó el ciego , que deseaba enredar la conversacion para librarse de los tristes pensamientos que le perseguian , vuestro amo es bastante extraordinario.

---Extraordinario en todo , mi buen hombre ; pero mirad , la casualidad os ha traído aquí , pues la aldea está lejos del camino real , nunca volveréis ; no la dejareis al menos sin saber quien es

nuestro amo y que hace de esta hacienda ; en dos palabras , voy á deciroslo con condicion de que lo repitais á todo el mundo.... Vereis..... es tan bueno de decir como de oir,....

---Os escucho , dijo el Dómine,



CAPITULO VIII.



UNA HACIENDA MODELO.

Y no os incomodará haberme oído, dijo el tío Chatelain al Dómine.—Figuraos que un día dijo para sí nuestro amo: «Yo soy muy rico, está bien; pero esto no me hace comer dos veces... no sería mejor que hiciese comer á aquellos que no comen, y comer mas á la buena gente que no comen según su hambre? A fé mía, esto es bueno; manos á la obra.» Y se puso á hacerlo nuestro amo. Compró esta hacienda, que entonces no tenía nada que trabajar, y no empleaba mas que dos arados; sé esto porque he nacido aquí. Nuestro amo aumentó las tierras, sabreis ahora porque.... á la cabeza de la hacienda puso una digna señora, tan respetable como desgraciada.... así ha seguido siempre.... Y le dijo: «Esta casa estará, como la casa de Dios, abierta para los buenos, cerrada para los malos, se echará de ella á los mendigos perezosos, pero se dará siempre limosna de trabajo á los que tienen buenos deseos; esta limosna no humilla al que la recibe y aprovecha al que la da; el rico que no la hace es un rico malo....» Nuestro amo dijo esto;

à fé mia! tiene razon..... pero hace mas que decirlo..... obra.... En otro tiempo habia un camino derecho de aquí á Ecouen por el que se abreviaba media legua larga , pero vaya!... estaba tan perdido , tan perdido , que no se podia pasar por él , era la muerte de los caballos y de los carruages ; algun trabajo y un poco de dinero suministrado por cada uno de los arrendatarios del pais hubieran puesto el camino en buen estado ; pero quanto mas deseaba cada uno ver el camino compuesto , tanto mas refunfuñaba al dar dinero y trabajo. Nuestro amo , viendo esto , dijo: “El camino se hará ; pero como los que pudieran contribuir á ello no contribuyen , como es casi un camino de lujo , servirá un dia á los que tienen caballos y carruages , pero aprovechará desde luego á los que no tienen mas que sus dos brazos , ganas de trabajar y que no tienen en que. Así , por ejemplo , un jóven robusto llama á la puerta de la hacienda diciendo: Tengo hambre y me falta trabajo.»---Mozo , aqui tienes una buena sopa , un azadon , una pala , se os llevará al camino de Ecouen , haced cada dia dos toesas de guijarros , y todas las noches tendreis cuarenta sueldos , veinte sueldos la toesa , media toesa diez sueldos , si no nada.»---Yo , al anochecer , al volver del campo , voy á inspeccionar el camino y á cerciorarme de lo que cada uno ha hecho.

---Sin duda , sin duda , replicó este que parecia desde algunos momentos estar reflexionando profundamente.

---En quanto á las mugeres y á los niños , hay tambien trabajo para ellos y para sus fuerzas , añadió el tio Chatelain.

---Pero á un enfermo , á mí por ejemplo , dijo de repente el Dómine , no se le haria la caridad de

darle un lugar en un rincón de la hacienda, un pedazo de pan y un abrigo....por el poco tiempo que me queda que vivir? Oh!....si esto pudiese ser..... mis buenas gentes.....pasaria mi vida dando gracias á vuestro amo.

El pícaro hablaba entonces sinceramente. No se arrepentia por eso de sus crímenes: pero la existencia pacífica, feliz, de los labradores, escitaba tanto mas su deseo cuanto pensaba en el horrible porvenir que le reservaba el Mochuelo; porvenir que habia él estado léjos de preveer, llamando á su lado á su cómplice, perdida para siempre la posibilidad de vivir con las personas honradas en cuya casa lo habia dejado el Choro.

El tío Chatelain miró al Dómine con sorpresa.

---Pero, mi buen hombre, le dijo, no os creia enteramente sin recursos.

---Ay! Dios mio, sí... he perdido la vista por un accidente de mi oficio. Voy á Louvres á buscar socorros en casa de un pariente lejano... pero comprendéis... algunas veces las personas son tan egoistas.... tan duras..... dijo el Dómine.

---Oh! no hay ogoista que resista, repuso el tío Chatelain, á un artesano bueno y honrado como vos, desgraciado como vos, con un niño tan guapo, tan buen hijo, eso ablandaria las piedras. Pero el maestro que os ocupaba antes de vuestro accidente, no hace nada por vos?

---Murió... dijo el Dómine despues de titubear un momento, y ese era mi solo protector.....

---Y el hospicio de los ciegos?....

---No tengo la edad para entrar en él.

---Pobre hombre!.... sois bien digno de compasion!

---Y bien! creéis que si no hallo en Louvres los socorros que espero, vuestro amo, á quien res-

peto ya sin conocerle, tendrá compasion de mí?

---Por desgracia, bien lo veis, la hacienda no es un hospicio.... Ordinariamente se concede aquí á los enfermos pasar una noche ó un dia..... Luego se les da un socorro..... y Dios nos ayude.....

---Luego no tengo esperanza ninguna de interesar á vuestro amo en mi triste suerte? dijo el bandido con un suspiro de sentimiento.

---Os he dicho lo que se acostumbra, mi buen hombre; pero nuestro amo es tan compasivo, tan generoso, que es capaz de todo.

---Creeis, exclamó el Dómine, seria posible que consintiese en dejarme vivir aquí en un rincon? Seria yo feliz con tan poco!

El tio Chatelain le respondió:

---Os digo que nuestro amo es capaz de todo... Si consiente en que os quedeis en la hacienda, no tendreis que ocultaros en un rincon: sereis tratado como nosotros!.... como hoy.... se hallará en que ocupar á vuestro hijo segun sus fuerzas, buenos consejos y buenos ejemplos no le faltarán; nuestro venerable cura le instruirá con los demas muchachos del pueblo, y crecerá en el bien, como se dice.... Pero para esto, mirad, será menester mañana por la mañana decirlo todo francamente á *Nuestra señora del Buen Socorro*....

---Cómo? dijo el Dómine.

---Llamamos así á nuestra ama.... Si esta se interesa por vos, vuestro negocio es seguro.... En punto á caridad, nuestro amo no sabe negar nada á nuestra señora....

---Oh! entonces le hablaré.... le hablaré.... exclamó alegremente el Dómine, viéndose ya libre de la tirania del Mochuelo.

Esta esperanza halló poco eco en Jorobeta, que

no se sentia dispuesto á aprovecharse de las ofertas del viejo labrador, y á *crecer en el bien* bajo los auspicios de un venerable cura. El hijo de Brazo-rojo tenia inclinaciones muy poco rústicas y el talento poco dispuesto á la bucólica; por otra parte fiel á las tradiciones del Mochuelo, hubiera visto con un vivo disgusto al Dómine sustraerse á su comun depotismo; queria pues volver á la realidad al bandido, que se estraviaba en medio de las campestres y risueñas ilusiones....

---Oh! sí, repitió el Dómine, hablaré á *Nuestra señora del Buen Socorro*..... tendrá piedad de mi, y.....

Jorobeta dió en este momento y disimuladamente una vigorosa patada al Dómine que le tocó en buen lugar.

El tormento interrumpió y abrevió la frase del bandido, que repitió despues de un doloroso estremecimiento:

---Sí, espero que esa buena señora se compadezca de mi.

---Pobre papá.... repuso Jorobeta; pero tu no cuentas con mi buena tia.... Mad. Mochuelo, que te quiere tanto..... Pobre tia Mochuelo..... Oh! no te abandonará así como quiera... Será capaz de venir á reclamarte aquí con nuestro primo Mr. Barbillon.....

—Este buen hombre tiene parientes en los pescados y en los pájaros..... dijo muy bajo Juan René con un aire prodijiosamente malicioso, dando con el codo á Claudía, que estaba junto á él.

—Anda, malicioso, te ries de esos infelices, respondió tambien en voz muy baja la criada de la hacienda, dando á su vez á Juan René un codazo capaz de romperle tres costillas.

—Mad. el Mochuelo es parienta vuestra? preguntó el labrador al Dómine.

—Si.... es parienta nuestra..... respondió con triste y sombría pesadumbre.

En el caso en que hallase en la hacienda un refugio inesperado, temia que la Tuerta fuese por maldad á denunciarlo; temia tambien que los nombres de sus parientes fingidos, Mad. el Mochuelo y Mr. Barbillon, citados por Jorobeta, despertasen sospechas; pero en esta parte sus temores fueron vanos; Juan René solo vió en ello motivo de una burla hecha en voz baja y muy mal acogida por Claudia.

—Esa parienta es la que vais á buscar á Louvres? preguntó el tio Chatelain.

—Si, dijo el bandido, pero creo que mi hijo se engaña contando con ella.

Oh!..... mi pobre papá, no me engaño.... vaya!... Es tan buena mi tia Mad. Mochuelo.... Bien lo sabes, ella te envió el agua con que fomentó tu pierna..... y el modo de usar de ella..... Ella es la que me dijo:—Haz con tu pobre papá lo que hiciera yo misma..... y Dios te bendecirá..... Oh! mi tia el Mochuelo..... te ama.... pero te ama tanto que.....

—Está bien, está bien, dijo el Dómine á Jorobeta, eso no impedirá en todo caso, hablar mañana por la mañana á la buena señora de aqui... ó implorar su apoyo para con el respetable propietario de esta hacienda.

—Pero que sepa yo al menos su nombre y tambien el de la *Señora del Buen Socorro*, dijo con viveza el Dómine, que pueda bendecir estos nombres.

—Comprendo vuestra impaciencia, dijo el labrador. Ah! vaya, esperareis quizá nombres rui-

dosos? Ah! bien, sí, son nombres sencillos y dulces como los de los santos. *Nuestra Señora del Socorro* se llama *Mad. Georges*..... nuestro amo se llama *Mr. Rodolfo*.

—Mi muger!..... mi verdugo!..... murmuró el bandido, herido por esta revelacion.



CAPITULO IX.

LA NOCHE.

RODOLFO!..... Mad. Georges!.....

El Dómine no podía creerse engañado por una casual semejanza de nombres; antes de condenarle á un terrible suplicio, Rodolfo le dijo que tomaba por Mad. Georges un vivo interés. Y la presencia reciente del negro David en aquella hacienda probaba al Dómine que no se engañaba.

Reconoció alguna cosa de providencial, de fatal en este último encuentro que trastornaba las esperanzas que había fundado un momento sobre la generosidad del amo de aquella hacienda.

Su primer movimiento fué huir.

Rodolfo le inspiraba un terror invencible, quizá estaría á aquella hora en la hacienda.... apenas repuesto de su estupor, el bandido se levantó de la mesa, cogió la mano de Jorobeta, y exclamó como desatinado:

—Vamos, condúceme..... salgamos de aquí!

Los labradores se miraron unos á otros con sorpresa.

—Iros..... ahora?..... no penseis en ello, mi buen hombre, dijo el tío Chatelain.—Ah! que

mosca os pica? os habeis vuelto loco?

Jorobeta se asió diestramente de esta palabra, dió un gran suspiro, hizo una señal afirmativa; y poniendo su dedo índice en la frente, dió á entender á los labradores que la razon de su padre fingido no estaba muy sana.

El viejo labrador le respondió con un signo de inteligencia y de compasion.

---Ven, ven, salgamos, repitió el Dómine procurando llevarse al muchacho.

Jorobeta, absolutamente decidido á no dejar una posada é ir á correr por los campos con el frio que hacia, dijo con vos doliente:

---Dios mio! pobre papá, te ataca un acceso, cálmate, no salgas fuera con el frio de la noche... te haria daño..... Mejor quiero tener la pena de desobedecerte que llevarte fuera de aquí á estas horas.—Luego dirigiéndose á los labradores:—¿No es verdad, mis buenos señores, que me ayudareis á impedir que salga mi pobre papá?

Al oír esto el tio Chatelain, le dijo:

---Sí, sí, tranquilízate, hijo mio, no abriremos á tu padre.... Lo forzaremos á pasar la noche en la hacienda!

—No me forzaréis á quedar aquí! gritó el Dómine, incomodaria al amo.... Mr. Rodolfo.. Me habeis dicho que la hacienda no era un hospicio, Así, lo repito, dejadme salir.....

—Incomodar á nuestro amo?.... Tranquilizaos.... Por desgracia no vive en la hacienda, no viene aquí tan á menudo como quisiéramos..... Pero si estuviese aquí no le incomodariais..... Esta casa no es un hospicio, es verdad, pero os he dicho que los enfermos dignos de compasion como vos podian pasar en ella un día y una noche....

---Vuestro amo no está aquí..... esta noche?

preguntó el Dómine con un tono ménos espantado.

---No; debe venir, segun acostumbra, dentro de cinco ó seis dias. Bien veis que vuestros temores son infundados.... No es probable que nuestra buena señora baje ahora; entonces os tranquilizaria. Nos ha mandado que se os haga aquí vuestra cama. Fuera de esto, si no la veis esta noche, le hablareis mañana antes de iros.... Le hareis vuestra súplica, á fin de que interese á nuestro amo á favor vuestro, y os tenga en la hacienda....

---No, no! dijo el bandido, he cambiado de idea... mi hijo tiene razon; mi parienta de Louvres se compadecerá de mí.... Iré á buscarla.

---Como quisierais, dijo complacientemente el tío Chatelain, creyendo hablar con un hombre que tenia trastornada un poco la cabeza. Partireis mañana por la mañana: en cuanto á ponerlos en camino esta noche con este pobre niño, no penseis en ello. Lo arreglarémos.

Aunque Rodolfo no estuviese en la hacienda, no se habia calmado el terror del Dómine; aunque horriblemente desfigurado, temia ser conocido por su muger, que podia bajar de un momento á otro; en cuyo caso, no dudaba que esta lo denunciase y lo hiciese prender, persuadido que Rodolfo, al imponerle un castigo terrible habia satisfecho sobre todo al odio y á la venganza de Mad. Georges.

Pero el bandido no podia dejar la quinta, se hallaba á merced de Jorobeta. Se conformó pues, mas para evitar ser sorprendido por su muger, dijo al labrador.

---Pues me asegurais que esto no incomodará á vuestro amo, ni á vuestra señora... acepto la

hospitalidad que me ofreceis; pero como estoy muy fatigado, voy, si lo permitis, á acostarme; quisiera partir mañana al amanecer.

---Oh! mañana por la mañana, como gustéis! aquí se madruga; y porque no os estraviéis de nuevo, se os pondrá en vuestro camino.

---Si quereis, acompañaré á este pobre hombre un buen trozo de camino, dijo Juan René, pues la señora me ha dicho que avie el calesín para ir mañana por dinero á casa del notario, en Villiers-le-Bel.

---Pondrás á este pobre ciego en su camino, pero irás á pié, dijo el tío Chatelain.---La señora ha cambiado despues de parecer, ha reflexionado con razon que no debia tenerse en la hacienda tan gran suma; habrá tiempo de ir el Lunes próximo á Villiers-le-Bel; hasta entonces el dinero está tan bien en casa del notario como aquí.

---La señora sabe mejor que yo lo que debe hacer; pero qué hay que temer aquí por el dinero, tío Chatelain?

---Nada, hijo mio, á Dios gracias! Pero mejor querria tener aquí quinientos sacos de trigo, que diez de escudos.

---Vamos, prosiguió el tío Chatelain dirigiéndose al bandido y á Jorobeta, venid, mi buen hombre, y tú sigueme, hijo mio, añadió tomando una luz. Luego, precediendo á los dos huéspedes, los condujo á un cuartito del primer piso donde llegaron despues de haber atravesado un corredor ancho al cual daban muchas puertas.

Puso el labrador la luz sobre una mesa y dijo al Dómine:

---Esta es vuestra cama; Dios os dé una buena noche, mi buen hombre! en cuanto á tí, hijo mio, dormirás bien, es propio de tu edad.

El bandido se sentó triste y pensativo en el borde de la cama á la cual fué conducido por Jorobeta.

Hizo este una seña de inteligencia al labrador en el momento en que salia del cuarto, y se le reunió en el corredor.

—¿Qué quieres, hijo mio? le preguntó el tío Chatelain.

—Por Dios! mi buen señor, soy digno de compasion! algunas veces mi pobre papá es atacado de noche de convulsiones; no puedo socorrerlo yo solo; si me fuese preciso pedir auxillo..... se me oirá?

—Pobre muchacho, dijo el labrador con interés, tranquilízate..... Ves esa puerta junto á la escalera?

—Sí, mi buen señor, la veo,.....

—Pues bien, un criado de la hacienda duerme siempre allí; no tendrás mas que ir á llamarlo, la llave está puesta; irá á ayudarte á socorrer á tu padre.

—Ay! señor mio, ese mozo de la hacienda y yo no podriamos quizá avenirnos con mi pobre papá si le atacasen sus convulsiones..... No podriais venir tambien, vos que pareceis tan bueno.....tan bueno?

—Yo, hijo mio, duermo, como los demas labradores, en un departamento al fin del patio; pero tranquilízate; Juan René es vigoroso, sujetaria un toro por los cuernos. Además, si fuere menester que alguien os ayudara, advertirselo á nuestra vieja cocinera, duerme en el primer piso al lado de nuestra ama, y de nuestra señorita.....y en caso necesario la buena muger servirá de enfermera, pues es muy para el caso.

—Oh!..... gracias, gracias, mi buen se-

ñor, voy á pedir á Dios por vos, porque sois tan caritativo que os compadeceis de mi pobre papá.....

—Nada, hijo mio.....Vamos, buenas noches, debemos esperar que no necesites socorros de nadie para sugetar á tu buen padre; vuélvete, quizá te esté aguardando.

—Voy corriendo. Buenas noches.

—Dios te guarde, hijo mio.....

Y el viejo labrador se retiró.

Apenas hubo vuelto la espalda, cuando Jorobeta le hizo un gesto supremamente burlon é insultante, familiar á los pillos de París, gesto que consiste en darse en la nuca con el plano de la mano izquierda, y muchas veces echando delante cada vez la mano derecha enteramente abierta.

Con una astucia diabólica, este peligroso niño acababa de saber una parte de las noticias que queria tener para servir los siniestros proyectos del Mochuelo y del Dómine. Sabia ya que la parte de casa donde iba á dormir no estaba habitada sino por Mad. Georges, Flor-celestial, una vieja cocinera y un criado de la hacienda.

Jorobeta, al volver al cuarto que ocupaba con el Dómine, tuvo buen cuidado de no arrimarse á él. Este último lo oyó y le dijo en voz baja:

—¿De donde vienes ahora, picaro?

—Sois muy curioso, *sin ojos*.....

—Oh! vas á pagarme todo lo que me has hecho padecer y aguantar esta noche, hijo de la desgracia, exclamó el Dómine; y se levantó furioso buscando á Jorobeta á tientas, apoyándose en las paredes para que le sirviesen de guia.—Te ahogaré, si.....maldita vibora.....

—Pobre papá.....estamos tan alegres, que jugamos á la gallina ciega con nuestro querido niño,

dijo Jorobeta con una risa falsa y librándose con mucha facilidad de las manos del Dómine.

Este, en un principio arrebatado por un movimiento inconsiderado de cólera, se vió luego obligado á renunciar como siempre á coger al hijo de Brazo-rojo.

Forzado el Dómine á sufrir la insolente persecucion de Jorobeta hasta el momento en que pudiese vengarse sin peligro, devorando su impotente ira, se echó en su cama blasfemando.

—Pobre papá..... estás rabiando..... por qué juras así? Que diria el señor cura si te oyese?..... te impondria una penitencia.....

—Bien! bien! replicó el bandido con voz apagada y contenida despues de un largo silencio, burlate de mí, abusa de mi desgracia.....vill!..... Eso es muy bueno, vaya, es generoso!

—Oh! esto te hace bailar! Te levanta el cope-te? exclamó Jorobeta riéndose á carcajadas; dispensadme..... usábais á trocho y moche de cualesquiera medios para engañar á todo el mundo cuando no estábais ciego.

—Pero nunca te he hecho mal.....á tí.....Por qué me atormentas?

—Porque habeis dicho necedades al Mochuelo..... Y cuando pienso que soltásteis la especie de quedar aquí, haciendo el molondro con los aldeanos..... ¿Quería el caballero ponerse á lecho de burra?

—Pícaro, si hubiese tenido posibilidad de quedarme en esta hacienda, que el rayo destruya, tú casi me lo hubieras estorbado con tus insolencias.....

—Vos, quedar aquí, vaya una farsa! Y quién hubiera sido la bestia de carga de Mad. el Mochuelo? Yo quizá? Gracias, Dios me libre!

—Malvado engendro.....

—Engendro, mira, una razon mas ; digo como mi tia el Mochuelo , no hay nada mas divertido que haceros rabiar..... á vos que me matariais de un puñetazo.....Habeis estado muy chusco , vaya, esta noche en la mesa.....Dios mio! que comedia me representaba yo á mí solo.....A cada patada que os daba á la sordina, se os subia la sangre á la cabeza , y vuestros ojos blancos se ponian rojos por los bordes; no les faltaba mas que un poquito de azul en medio ; con eso hubieran estado tricolores.....dos verdaderas cucardas de alguacil.

—Vamos , quieres reirte , estás contento..... es propio de tu edad; no me incomodes, dijo el Dómine con tono afectuoso y despejado , esperando mover á compasion á Jorobeta ; pero en vez de estar allí desesperándome, hubieras hecho mejor en acordarte de lo que te dijo el Mochuelo, á quien tanto quieres; debias examinarlo todo , tomar las señales de las cerraduras. Escuchaste? hablaron de una grande suma de dinero que tendran aqui el Lunes.....Vendrémos con los amigos y darémos un gran golpe.....Vaya, era yo un bestia en quererme quedar.....me hubiera enterado bastante al cabo de ocho dias de estos bonazos aldeanos..... No es así , hijo mio? dijo el bandido para lisongear á Jorobeta.

—Me hubierais dado una pesadumbre, bajo palabra do honor , dijo Jorobeta burlándose.

—Sí, sí, hay un buen golpe que dar aqui..... Y aun cuando no hubiese nada que robar , volveré á esta casa con el Mochuelo para vengarme, dijo el bandido con una voz alterada por el furor y por el odio; porque es bien seguro que mi muger es la que ha escitado contra mí á ese in-

fernal Rodolfo; y dejándome ciego me ha puesto á merced de todo el mundodel Mochuelo, de un muchacho despreciable como tú.....Y bien.... pues no puedo vengarme de él.....me vengaré en mi muger..... ella pagará por todos..... pegaré fuego á esta casa y me sepultaré yo mismo bajo sus escombros.....Oh! querria.....querria.....

—Quisierais tener ahí á vuestra muger, eh! viejo....y decir que está á diez pasos de vos—no os gusta..... Si quisiese os conduciria á la puerta de su habitacion.....porque sé donde está.... Lo sé, lo sé, lo sé, añadió Jorobeta, medio cantando segun su costumbre.

—Sabes donde está su habitacion?....., exclamó el Dómine con feroz alegría, lo sabes?.....

—Os veo venir, dijo Jorobeta; voy á haceros andar sobre vuestras patas traseras, como un perro á quien se le enseña un hueso,...Atencion, viejo Azor.....

—Sabes donde está la habitacion de mi muger?.... repitió el Dómine volviéndose hácia el lado en que oia la voz de Jorobeta.

—Sí, lo sé; y lo que hay de famoso es que solo un mozo de la hacienda duerme en la parte de casa en que estamos; sé donde está su puerta, la llave está puesta: erac! una vuelta y está encerrado.....Vamos, arriba! viejo Azor.

—Quien te ha dicho eso? exclamó el bandido levantándose involuntariamente.

—Bien, Azor.....Al lado de la habitacion de vuestra muger duerme una vieja cocinera.... otra vuelta de llave y somos dueños de la casa, dueños de vuestra muger y de la jóven del capote oscuro que venimos á robar.....Ahora, arriba, viejo Azor en dos pies por vuestro amo! inmediatamente.

—Mientes, mientes..... Como puedes saber eso?

—Yo soy cojo, pero no bestia..... Ahora poco inventé decir á ese viejo labrador que por la noche soliais algunas veces ser atacado de convulsiones, y le pregunté donde podia hallar socorro si fuese necesario.....Entonces me respondió que si os acontecia eso, podria llamar al mozo y á la cocinera, y me enseñó el sitio donde dormian..... uno abajo y la otra arriba.....en el primer piso al lado de vuestra muger, vuestra muger, vuestra muger!

Y Jorobeta lo repitió con su canto monotonó.

Despues de un largo silencio, el Dómine le dijo con voz sosegada, y con una sincera y espantosa resolucion!

—Escucha.....He vivido bastante.....Ahora..... pues bien, si.....lo confieso.....tengo una esperanza que hace al presente que mi suerte me parezca ménos horrorosa.....la cárcel, el presidio, la guillotina no son nada respecto de lo que he aguantado desde esta mañana..... y esto tendré que sufrir siempre..... Condúceme á la habitacion de mi muger, tengo aquí un cuchillo....la mataré... Me matarán despues á mí, me es igual.....El odio me ahoga..... Seré vengado.....esto me consolará.....Lo que sufro es demasiado para mí ante quien todos temblaban. Mira, si supieses lo que padezco.....tendrías compasion de mí....me parece que el cráneo se me salta.....mis venas laten en estremo..... mi cerebro se trastorna.....

—Una flusion de cerebro?....cosa sabida... Estornudad, eso aprovecha, dijo Jorobeta riéndose. ¿Quereis un polvo?

Y dándose ruidosamente en el dorso de la mano izquierda cerrada, como si pegase en la tapa de una caja de tabaco, cantó.

Tengo buen tabaco aquí en mi cajita,

Tengo buen tabaco, no lo probarás.

—Oh! Dios mio! Dios mio! quieren volverme loco, exclamó el bandido, casi fuera de sí por una especie de arrebató de venganza sanguinario, ardiente, implacable, que procuraba en vano satisfacer.

La exuberancia de las fuerzas de este monstruo no podia igualarse sino con su impotencia.

Figúrese cualquiera un lobo hambriento, furioso, hidrofobo, provocado todo un dia por un niño al traves de los hierros de su jaula, y sintiendo á dos pasos de él una víctima que satisfaria á la vez su hambre y su rabia.

Con el último sarcasmo de Jorobeta, perdió casi la cabeza.

Por falta de víctima, quiso, en su frenesi, deramar su propia sangre.....La sangre lo ahogaba.

Un momento estuvo decidido á matarse; si hubiese tenido á la mano una pistola cargada, no hubiera titubeado. Sacó de su faltriquera un cuchillo-puñal grande, lo levantó para herirse.....Pero por rápidos que fueron estos movimientos, la reflexion, el miedo, el instinto vital se le adelantaron.

Faltó valor al asesino, su brazo armado cayó sobre sus piernas.

Jorobeta habia seguido los movimientos del Dómine con mucha atencion; gritó medio cantando:

—Muchachos, un duelo, pelad los patos...

El Dómine, temiendo perder la razon en un inútil rasgo de furor, no quiso, si así puede decirse, escuchar este nuevo insulto de Jorobeta que se burlaba tan insolentemente de la infamia de este asesino que retrocedia á la vista del suicidio. Desesperado de librarse de lo que él llamaba, por

una especie de fatalidad vengativa, la crueldad de este maldito niño, el bandido quiso probar un último esfuerzo dirigiéndose á la codicia del hijo de Brazo-rojo.

—Oh! le dijo con voz casi suplicante, condúceme á la puerta de mi muger; tomarás todo lo que quisierais en su habitacion, y luego te salvarás, me dejarás solo..... gritarás al asesino, si quisierais. Me cogerán, me matarán en el sitio... Tanto mejor.... moriré vengado, pues no he tenido valor para concluir.... oh! condúceme..... condúceme, seguramente hay allí oro, alhajas; te digo que lo tomarás todo.....para ti solo todo..... entiendes....para ti solo todo....no te pido mas sino que me conduzcas á la puerta, cerca de ella....

—Si..... entiendo bien; quereis que os lleve á su puerta.....y luego á su cama....y despues que os diga donde habeis de herir, y luego que os guie el brazo, no es así? quereis en fin hacerme servir de mango á vuestro cuchillo....viejo monstruo, replicó Jorobeta con una espresion de desprecio, de cólera y de horror que, por primera vez en aquel dia, puso seria su cara de guardaña, hasta entonces burlona y desvergonzada, primero matarme..... entendeis.....que forzarne á conducirnos á la habitacion de vuestra muger.

—¿Te niegas é ello?

El hijo de Brazo-rojo no contestó.

Se acercó con los pies descalzos y sin ser oido del Dómine, que, sentado sobre su cama, tenia siempre su gran cuchillo en la mano; luego, con un tino y una agilidad maravillosa, Jorobeta le quitó el arma y se puso de un brinco en el otro extremo del cuarto.

—Mi cuchillo, mi cuchillo, exclamó el bandido estendiendo los brazos.

---No, porque seriais capaz de pedir mañana por la mañana que queriais hablar con vuestra muger y lanzaros á ella para matarla.... pues tenéis bastante vida, como decís, y sois muy collon para atreveros á mataros vos mismo....

---Defiendes ahora á mi muger! dijo el bandido, cuyo pensamiento comenzaba á trastornarse.--El demonio es este monstruo chiquito! ¿donde estoy? por qué la defiendes?

---Para hacerte pepitoria.... dijo Jorobeta, y su cara volvió á tomar su máscara de impudente zumba.

---Ah! ya te entiendo! dijo entre dientes el Dómine, en un completo desacuerdo, pues bien! voy á pegar fuego á la casa!.... nos quemaremos todos.... todos.... mejor quiero este horno que el otro.... La vela..... la vela....

---Ah! ah! ah! exclamó Jorobeta riéndose de nuevo; si no te se hubiera apagado la vela... y para siempre.... verias que la nuestra está apagada hace una hora.....

Y Jorobeta dijo medio cantando:

Mi vela está apagada,

No tengo ya luz.....

El Dómine lanzó un quejido sordo, estendió los brazos, y cayó de toda su altura al suelo, la cara contra la tierra, fué herido del golpe y quedó sin movimiento.

---Está visto, viejo!..... dijo Jorobeta; esta es una treta para hacerme arrimar á tí y pegármela... Cuando hubieres ya hecho bien tu papel en el suelo, te levantarás. Y el hijo de Brazo-rojo, decidido á no dormir por temor de ser sorprendido á tientas por el Dómine, se quedó sentado en su silla sin quitar los ojos del bandido, persuadido que este le armaba una asechanza, y no cre-

yéndolo de ninguna manera en peligro.

Para ocuparse agradablemente, sacó Jorobeta misteriosamente de su faltriquera una bolsita de seda encarnada y contó lentamente y con miradas de codicia y de alegría diez y siete monedas de oro que contenia.

He aquí el origen de las riquezas mal adquiridas de Jorobeta.

Debe recordarse que Mad. de Harville iba á ser sorprendida por su marido cuando la fatal cita que habia concedido al comandante. Rodolfo, dando una bolsa á la jóven, le dijo subiese al quinto piso á la habitacion de Morel, con el pretesto de llevarle socorros. Mad. de Harville subia rápidamente la escalera, llevando la bolsa en la mano, cuando Jorobeta que bajaba de la habitacion del curandero, echó los ojos sobre la bolsa, fingió que se caia al pasar por junto á la marquesa, tropezó con ella, y, en el choque, le quitó sutilmente la bolsa. Mad. de Harville, desatinada, oyendo los pasos de su marido, se dió prisa á llegar al quinto piso, sin poder quejarse del robo atrevido del jorobadito.

Despues de haber contado y recontado su oro, Jorobeta, no oyendo ruido alguno en la hacienda, se fué descalzo, escuchando con cuidado, ocultando la luz con sus manos, á tomar en cerca las cerraduras de las cuatro puertas que daban al corredor, preparado para decir, si lo sorprendian fuera de su cuarto, que iba á buscar socorro para su padre.

Al volver, encontró Jorobeta al Dómine todavía tendido en el suelo.... Inquieto un momento, aplicó el oido, oyó al bandido respirar libremente, creyó que prolangaba indefinidamente su ardid.....

---Siempre lo mismo, viejo? le dijo.

Una casualidad habia salvado al Dómine de una congestion cerebral mortal sin duda. Su caída ocasionó una saludable y abundante sangria de la nariz.

Cayó en seguida en una especie de entorpecimiento fébril, medio sueño, medio delirio, y tuvo entonces este sueño extraño, este sueño espantoso.....



CAPITULO X.

EL ENSUEÑO.

VUELVE á ver á Rodolfo en la casa del paseo de las Viudas.

Nada ha variado en el salon en que sufrió el bandido su horrible suplicio.

Rodolfo está sentado en la mesa en que se hallan los papeles del Dómine; y el pequeño relicario de lapiz-la-zuli que habia dado al Mochuelo.

La cara de Rodolfo está grave, triste.

A la derecha el negro David, impassible, silencioso, se mantiene en pié; á su izquierda está el Terrible, mira esta escena como espantado.

El Dómine no está ya ciego, pero ve al traves de una sangre cristalina, que llena la cavidad de sus órbitas....

Todos los objetos le parecían colorados con un tinte rojo.

Así como las aves de rapiña se ciernen inmóviles en los aires sobre la víctima que fascinan antes de devorarla, un monstruoso mochuelo, cuya cabeza era la horrorosa cara de la Tuerta, se cernia encima del Dómine..... Fija incesantemente sobre él una mirada brillante, verdosa.

Esta mirada continua pesa inmensamente sobre su pecho.

Lo mismo que habituándose á la obscuridad se distingue en ella poco á poco los objetos imperceptibles en un principio, el Dómine percibe que un inmenso lago de sangre lo separa de la mesa en que está sentado Rodolfo.

Este juez inflexible toma poco á poco así como el terrible y el Negro, un tamaño colosal.... Estas tres fantasmas tocaban, según crecían, los frisos del techo que se elevaban á proporción.

El lago de sangre está sosegado, liso como un espejo rojo.

El Dómine ve reflejarse en él su horrible cara.

Pero luego esta imagen se borra con el hervidero de las olas que se hinchan.

De su agitada superficie se eleva como exhalación fétida de un pantano, una niebla cárdena.... cárdena como aquel color particular de los labios de los cadáveres.

Pero á proporción que esta niebla sube, sube.... las figuras de Rodolfo, del Terrible y del Negro continúan creciendo, creciendo de una manera incommensurable, y dominan siempre á aquel vapor siniestro. En medio de este vapor el Dómine ve aparecer los espectros pálidos, las escenas sangrientas de que era autor....

En este fantástico espejo ve desde luego un viejecito calvo, con un redingote obscuro y una pantalla de tafetan verde, está ocupado, en una habitación arruinada, en contar y arreglar montones de monedas de oro, á la luz de una lámpara.

Por enmedio de la ventana alumbrada por una luna pálida, que blanquea la copa de algunos árboles movidos por el viento, el Dómine se ve él

mismo afuera..... pegada al cristal su horrible cara.

Sigue los menores movimientos del viejecito con ojos relumbrantes.... rompe luego un vidrio, abre la ventana, salta de un brinco sobre su víctima, y le clava un gran cuchillo en las espaldas.

La accion es tan rápida, el golpe tan pronto, tan seguro, que el cadáver del anciano queda sentado sobre la silla.....

El asesino quiere sacar su cuchillo.... de aquel cuerpo muerto.

No puedo....

Redobla sus esfuerzos,

Son en vano.

Quiere entonces abandonar su cuchillo.....

Imposible,...

La mano del asesino está unida al puño del cuchillo como la hoja lo está al cadáver del asesinado.....

El asesino oye entonces ruido de espuelas y de sables en el suelo de una pieza inmediata.

Para escaparse á todo precio, quiere llevarse consigo el cuerpo desdichado del anciano, del que no puede desasir ni su cuchillo ni su mano.....

No puede conseguirlo.....

El cadáver pesa como una mole de plomo.

A pesar de sus fuerzas hercúleas, á pesar de sus esfuerzos desesperados, el Dómine no puede levantar este peso enorme.

El ruido de pasos retumbantes y de sables que arrastraban se acercaba cada vez mas y mas.....

La llave se tuerce en la cerradura. La puerta se abre....

La vision desaparece.....

Y entonces el Mochuelo bate las alas gritando;

--'Este es el anciano Ricardo de la calle de

“Roulé..... tu estreno de asesino..... de asesino....
 “de asesino.....”

Obscurecido un momento el vapor que cubre el lago de sangre, se vuelve á poner transparente y deja ver otro espectro....

El dia empieza á despuntar, la neblina está densa y sombría.... un hombre, vestido como los tratantes en ganado, yace muerto al lado de un camino real. La tierra movida, la yerba arrancada prueban que la victima hizo una resistencia desesperada.....

Este hombre tiene cinco heridas frescas en el pecho. Está muerto y sin embargo silva á sus perros, pide socorro gritando: Acá!.... acá!....

Pero silva, pero llama por aquellas cinco heridas cuyos anchos bordes se mueven como los labios cuando hablan.....

Estas cinco llamadas, estos cinco silvidos simultáneos saliendo del cadáver por la boca de sus heridas, son espantosas de oír....

En este momento el Mochuelo mueve sus alas, y parodia los quejidos fúnebres de la victima, dando cinco careajadas de risa, pero de risa como los fatuos, y grita:

“El tratante en ganado de Poissy.... asesino....
 “asesino.....”

Los ecos subterráneos prolongados repiten desde luego muy alto las risotadas fatales del Mochuelo, y parece irse á perder en las entrañas de la tierra.

A este ruido, dos grandes perros negros como el ébano, con ojos centellantes como carbones encendidos, y siempre arrimados al Dómine, comienzan á ahullar y á dar vueltas..... dar vueltas..... dar vueltas á su alrededor con una rapidez vertiginosa.

Casi lo tocan, y sus ladridos son tan lejanos, que parecen traídos por el viento de la mañana.

Poco á poco los espectros pierden el color, se obscurecen como las sombras, y desaparecen en el vapor cárdeno que no deja de subir.

Una nueva exhalacion cubre la superficie del lago de sangre y se sobrepone á él.

Es una especie de niebla verdosa, trasparente; se diria que era el corte vertical de un canal lleno de agua.

En un principio se vé el fondo del canal cubierto con un fango espeso compuesto de innumerables reptiles de ordinario imperceptibles á la vista, pero que aumentados como si se les viese con el microscopio, toman aspectos monstruosos, proporciones enormes relativamente á su tamaño real.

No es ya la lama es una masa compacta viviente, que se mueve, una trabazon confusa que ormigüea y pulula tan junta, tan apretada, que una pequeña é imperceptible ondulacion apenas levanta el nivel de esta lama ó mas bien de este banco de animales impuros.

Encima corre lentamente; un agua cenagosa; espesa, muerta, que conduce en su pesado curso las inmundicias incesantemente vomitadas por los albañales de una ciudad grande.

De repente el Dómine oye el ruido de un cuerpo que cae pesadamente al agua.

En su precipitado reflujó, esta agua le saltó á la cara.

Por enmedio de una multitud de burbujas del agua que suben á la superficie del canal, ve sumirse rápidamente una muger que forcejea....que forcejea.....

Y se vé, él y el Mochuelo, salvar precipitada-

mente las orillas del canal de San Martin llevándose una caja con envuelta negra.

Sin embargo asiste á todas las fases de la agonia de la víctima que él y el Mochuelo acaban de arrojar al canal.

Después de esta primera immersion, ve á la muger subir á la lumbre del agua y mover precipitadamente sus brazos, como el que, no sabiendo nadar, trata en vano de salvarse.

Luego oye un gran grito.

Este grito último desesperado, se termina por el ruido sordo, ahogado, de una immersion involuntaria..... y la muger vuelve á subir segunda vez sobre el agua.

El Mochuelo, que se mantiene siempre inmóvil, parodia el exterior convulsiyo de la ahogada, como parodió los quejidos del tratante en ganado.

En medio de carcajadas de risa fúnebre, el Mochuelo repite:

Clu..... clu..... clu.....

Los ecos subterráneos repiten estos gritos.

Sumergida segunda vez, la muger se ahoga y hace á pesar suyo un violento movimiento de aspiracion, pero, en vez de aire, no es mas que agua lo que aspira.

Entonces su cabeza se cae mas hacia atras, su cara se inyecta y tiñe de azul, su pecho se pone lívido é inchado, sus brazos se envaran; y en la última convulsion, la ahogada agonizante mueve sus pies que reposaban en el fango.

Se halla cercada de una nube de lama ne-gruzca que sube con ella á la superficie del agua.

Apenas la ahogada exhala su último aliento, cuando ya está cubierta de una infinidad de rep-

tiles microscópicos, voraz y horrible plaga del cieno.

El cadáver queda flotando un momento, se mueve todavía, luego se hunde lenta, horizontalmente, los pies mas bajos que la cabeza; y comienza á seguir entre dos aguas la corriente del canal.

Algunas veces el cadáver se vuelve sobre sí mismo, y su cara se halla enfrente del Dómine; entonces el espectro lo mira atentamente con sus dos gruesos ojos glaucos, vitreos, opacos.....sus labios morados se mueven.....

El Dómine está distante de la ahogada; y sin embargo esta le dice al oído.....clu...clu...clu...acompañando estas estrañas palabras con el ruido singular que hace un frasco sumergido cuando se llena de agua.

El Mochuelo repite clu.....clu.....clu..... baticado sus alas, y grita:

«La muger del canal de San Martin!.....asesino!.....asesino!.....asesino!.....»

Los ecos subterráneos le responden.....pero, en vez de perderse poco á poco en las entrañas de la tierra, cada vez resuenan mas y parece que se aproximan.

El Dómine cree oír aquellas carcajadas de risa resonar de uno á otro polo.....

La vision de la ahogada desaparece.

El lago de sangre al otro lado del cual el Dómine ve siempre á Rodolfo se pone de color negro bronceado, luego se enrojece y se cambia despues en un horno líquido como el metal fundido; en seguida este lago de fuego se eleva, sube..... sube..... hácia el cielo como una inmensa manga.

Presto es un horizonte candente como el hierro enalbado.

Este horizonte inmenso, infinito, deslumbra y quema al mismo tiempo las miradas del Dómine; detenido en su sitio, no puede apartar la vista de él.....

Entonces sobre aquel fondo de lava ardiente, cuya reverberacion le debora, ve pasar y volver á pasar lentamente uno á uno los espectros negros y gigantescos de sus víctimas.....

«La linterna mágica de los remordimientos..... de los remordimientos..... de los remordimientos.....»

Gritó el Mochuelo, batiendo las alas y riéndose á carcajadas.

A pesar de los dolores intolerables que le causa esta contemplacion incesante, el Dómine tiene siempre los ojos fijos sobre los espectros que se mueven en aquel fondo inflamado.

Siente entonces alguna cosa espantosa.

Pasando por todos los grados de un tormento sin nombre, á fuerza de mirar aquel foco de fuego, siente que sus pupilas, que han reemplazado á la sangre que llenaba sus órbitas, se han puesto calientes, abrazadoras, derretirse en aquel horno, humear, borbotar, y en fin calcinarse en sus cavidades como en dos crisoles de hierro encendido.

Por una horrible facultad, despues de haber visto como sentido las transformaciones sucesivas de sus papilas en ceniza, vuelve á las tinieblas de su primera ceguera.

Pero he aqui que de repente sus intolerables dolores se aplacan por encanto.

Un soplo aromático de un fresco delicioso ha pasado sobre sus órbitas ardientes todavía.

Este soplo aromático es una mezcla suave de los olores de la primavera que exalan las flores del can-

po bañadas con un rocío húmedo.

El Dómine oye á su alrededor un ligero zumbido como el de la briza que suena en las ramas, como el de un arroyo que corre y mormura sobre su lecho de guijarros y de musgo.

Millares de pájaros gorgean de cuando en cuando las mas melodiosas fantasias; si callan, voces de niños, de una pureza angelical, cantan palabras estrañas, desconocidas, palabras por decirlo así aladas, que el Dómine oye subir á los cielos con un ligero estremecimiento.

Un sentimiento de bienestar moral, de una delicia, de una languidez indefinibles, se apodera poco á poco de él.....

Ensanche del corazon, enagenamiento del ánimo, difusion de alma de la que ninguna impresion fisica, por embriagante que sea, podría dar una idea.

El Dómine se siente suavemente sostener en una esfera luminosa, et' rer: le parece que se clava á una distancia inconmensurable de la humanidad...

.....
Despues de haber gustado algunos momentos esta felicidad sin nombre, se vuelve á hallar en el tenebroso abismo de sus pensamientos habituales.

Sigue soñando, pero no es ya sino el bandido enfrenado que blasfema, y se condena en sus accesos de furor impotente.

Se oye una voz sonora, solemne.....

Es la voz de Rodolfo.

El Dómine asustado se estremece; tiene vagamente el conocimiento de que está soñando, pero el espanto que le inspira Rodolfo es tan formidable que hace, pero en vano, todos sus esfuerzos para librarse de esta nueva vision.

La voz habla.....él escucha.....

El acento de Rodolfo no está irritado; está lleno de tristeza, de compasion.....

—Pobre miserable, dijo al Dómine, la hora del arrepentimiento no ha sonado todavía para vos.... Dios solo sabe cuando sonará.....El castigo de vuestros crímenes está incompleto todavía.....Habeis padecido, no habeis espiado; el destino prosigue su obra de suprema justicia..... Vuestros cómplices han vuelto á atormentaros; una muger, un muchacho, os doman, os atormentan.....

Al imponeros un castigo terrible como vuestros crímenes, os dije.....recordad mis palabras:

«Has abusado criminalmente de tu fuerza; yo pagaré tu fuerza.....—Los mas vigorosos, los mas feroces temblaban delante de tí; tú temblarás delante de los mas débiles.....»

Habeis dejado el oscuro retiro en que podiais vivir para el arrepentimiento y para la espiacion....

Habeis temido al silencio y á la soledad.....

Ahora mismo envidiasteis un momento la vida pacífica de los labradores de esta hacienda....., pero era muy tarde.....muy tarde!

Casi sin defensa, os habeis lanzado otra vez en medio de una turba de malvados y de asesinos, y habeis temido habitar al lado de las personas honradas en cuya casa se os habia colocado.....

Habeis querido distraeros con nuevas maldades.....Habeis retado ferózmente al que quiso poner os fuera de estado de hacer daño á vuestros semejantes, y este reto criminal ha sido vano. A pesar de vuestra audacia, á pesar de vuestra maldad, á pesar de vuestra fuerza, estais encadenado.....La sed del crimen os devora, no podeis satisfacerla.....Ahora mismo, en un espantoso y sanguinario eretismo, habeis querido matar á vuestra muger; ella está ahí, bajo el mismo techo que vos;

duerme sin defensa; teneis un cuchillo, su habitacion está á dos pasos; ningun obstáculo os impide llegar hasta ella; nada puede sustraerla á vuestra rabia: nada sino vuestra impotencia....

El ensueño presente, el que ahora soñais, os podrá servir de grande enseñanza, podrá salvaros.... Las imágenes misteriosas de este sueño tienen un sentido profundo.....

El lago de sangre donde se os han aparecido vuestras víctimas.....la ardiente lava que lo ha reemplazado..... es el remordimiento devorador que hubiera debido consumiros á fin de que un dia Dios, teniendo piedad de vuestros prolongados tormentos, os llamase á si.....y os hiciese gustar las dulzuras del perdón. Pero no será así..... no! no! estas advertencias serán inútiles.....léjos de arrepentiros, echareis ménos cada dia con horribles blasfemias, el tiempo en que cometiais vuestros crímenes.....Ay! de esta lucha continua estre vuestros hábitos de opresion feroz y la necesidad de someteros á seres tan débiles como crueles, resultará para vos una suerte tan horrorosa.....tan horrible! Oh, pobre desdichado.....

Y se alteró la voz de Rodolfo.

Se calló un momento, como si la emocion y el espanto le hubiesen impedido continuar....

El Dómine sintió que se le herizaban los cabellos.....

¿Cual era esta suerte... que movia á compasion á su verdugo?

—La suerte que os espera es tan espantosa, prosiguió Rodolfo, que Dios, en su venganza inexorable y todo-poderosa, queriendo haceros espigar á vos solo los crímenes de todos los hombres, no imaginaria un suplicio mas espantoso.....Desgraciado..... desgraciado de vos.....la fatalidad quie-

re que sepais el espantoso castigo que os espera, y quiere que no hagais nada para sustraeros á él.
—Que el porvenir sea conocido.....

Le pareció al Dómine que le habia vuelto la vista.....

Abrió los ojos.....vió.....

Pero lo que vió, lo llenó de tal espanto que lanzó un grito penetrante y se despertó sobresaltado en este horrible ensueño.



CAPITULO XI.



LA CARTA.

DABAN las nueve de la mañana en el reloj de la hacienda de Bouqueval cuando Mad. Georges entró poco á poco en la alcoba de Flor-celestial.

El sueño de la jóven era tan ligero que casi al instante se despertó. Un sol brillante de invierno cuyos rayos entraban por las persianas y las cortinas, daba un triste encarnado á la alcoba de la Guillabaora, y á su pálido y dulce semblante los colores que le faltaban.

—Y bien, hija dijo Mad. Georges sentándose en la cama de la jóven, y besándole la frente, como os hallais?

—Mejor, señora..... os doy gracias.....

—¿Habeis despertado esta mañana muy temprano?

—No, señora.....

—Tanto mejor. Ese pobre ciego y su hijo á quienes se le dejó anoche dormir quisieron salir de la hacienda al amanecer; temia que el ruido que se hizo al abrir las puertas os hubiese despertado.

—Pobres gentes! por qué se han ido tan pronto?.....

—No sé, ayer noche, dejándoos un poco sosegada bajé á la cocina para verlos; pero los dos estaban tan cansados que habian pedido permiso para retirarse. El tío Chatelain me dijo que el ciego parecia no tener la cabeza muy sana, y á toda nuestra gente le ha llamado la atencion lo que el hijo cuida á su padre. Pero, atended, Maria, habeis tenido calentura; no quiero que os espongais hoy al frio; no saldreis de la sala.

—Señora, perdonadme; es preciso que vaya esta tarde á las cinco á la rectoría; el señor cura me espera.

—Eso seria una imprudencia; habeis, estoy segura de ello, pasado mala noche; vuestros ojos estan cargados, habeis dormido mal.

—Es verdad.....he tenido tambien sueños espantosos.—He vuelto á ver en sueños la muger que me atormentó cuando era niña; me desperté sobresaltada, asustada.....esta es una debilidad ridicula de que me avergüenzo.

—Y á mí, esa debilidad me aflige, pues os hace padecer, pobre niña, dijo Mad. Georges con afectuoso interés, viendo los ojos de la Guillabarra llenarse de lágrimas.

Esta, arrojándose al cuello de su madre adoptiva, ocultó su cara en su pecho.

—Dios mio..... que teneis, Maria, me asustais.....

—Sois tan buena conmigo, señora, que me reprendo de no haberos confiado lo que he confiado al señor cura; mañana él mismo os lo dirá todo, me costaria mucho repetiros aquella confesion.....

—Vamos; vamos, niña, sed razonable; estoy se-

gura de que habrá mas que alabar que vituperar en ese grande secreto que habeis dicho á nuestro buen clérigo. No lloreis así..... os haceis mal.

—Perdon, señora: pero, no sé porque hace dos dias, por instantes mi corazon se destroza.... A pesar mio me vienen las lágrimas á los ojos..... tengo tristes presentimientos..... Me parece que me vá á acontecer alguna desgracia.....

—Maria..... Maria..... os reñiré si os afectais así con terrores imaginarios. No bastan las penas efectivas que nos abruma!.....

—Teneis razon, señora; soy culpada, procuraré vencer esta debilidad..... Si supiéseis, Dios mio! cuanto me reprendo de no estar siempre alegre, festiva, feliz como debia estarlo; ay! mi tristeza debe pareceros ingratitud!

Mad. Georges iba á tranquilizar á la Guillabarra, cuando entró Claudia, despues de haber llamado á la puerta.

—¿Qué quereis, Claudia?

—Señora, Pedro acaba de llegar de Arnouville en el birloche de Mad. Dubreuil; trae esta carta para vos, dijo que era urgente.

Mad. Georges leyó en alto lo que sigue:

—«Mi querida Mad. Georges, me hariais un gran «servicio y pudierais sacarme de un gran apuro «viniendoos en seguida á la hacienda: Pedro os «traerá y os volverá á llevar despues de comer. No «sé verdaderamente donde volver la cabeza; Mr. «Dubreuil está en Pontoise en la venta de lanas; «recurso pues á vos y á Maria: Clara abraza á su «buena hermanita y la aguarda con impaciencia. Procurad venir á las once para almorzar.

«Vuestra sincera amiga.—DUBREUIL.»

—¿De qué puede tratarse? dijo Mad. Georges á

Flor-celestial.—Afortunadamente el tono de la carta de Mad. Dubreuil prueba que no se trata de ninguna cosa grave....

—¿Os acompañaré, señora? preguntó la Guillabaora.....

—Eso quizá no es muy prudente; porque hace mucho frio. Pero, repuso Mad. Georges, os distraerá; abrigandoos bien, este paseo os será favorable.....

—Pero, señora, dijo Maria reflexionando; el señor cura me espera esta tarde, á las cinco, en la rectoria.

—Teneis razon; estaremos de vuelta, antes de las cinco, os lo prometo.

—Oh! gracias, señora, me alegraré mucho de ver á la señorita Clara.....

—Todavía, dijo Mad. Georges con tono de dulce reprension, *señorita Clara!*..... ¿Es para que diga *señorita Maria*, al hablar de vos?

—No, señora.....replicó la Guillabaora bajando los ojos, es porque yo.....yo.....

—Vos!.....sois una niña cruel que no pensais mas que en atormentaros; olvidais las promesas que me habeis hecho ahora mismo. Vestios pronto y abrigaos bien. Podremos llegar antes de las once á Arnouville.

Luego, saliendo con Claudia, Mad. Georges le dijo:

—A Pedro que espere un momento; estaremos listas dentro de algunos minutos.

CAPITULO XII.

RECONOCIMIENTO.

MEDIA hora despues de esta conversacion, Mad. Georges y Flor-celestial subian á uno de aquellos grandes birlochos que usan los labradores ricos de las inmediaciones de Paris; este carruage, tirado por cuatro vigorosos caballos, conducidos por Pedro, corrió rápidamente por el camino que vá de Bouqueval á Arnouville.

Los vastos edificios y las numerosas dependencias de la hacienda que labraba Mr. Dubreuil atestiguaban la importancia de esta magnífica propiedad, que la señorita Cesarea de Noirmont llevó á su matrimonio con el duque de Lucenay.

El ruido del látigo de Pedro advirtió á Mad. Dubreuil la llegada de Flor-celestial y de Mad. Georges. Estas, al bajar del carruage, fueron recibidas por la arrendadora y por su hija.

Mad. Dubreuil tenia unos cincuenta años; su fisonomía era afectuosa y afable; las facciones de su hija, morena agraciada con ojos azules, mejillas hermosas y coloradas, respiraban candor y bondad.

Con gran admiracion suya, cuando Clara fué á abrazarla, vió la Guillabaora á su amiga vestida de

aldeana como ella, en vez de estarlo de señorita.

—¿Que es eso, vos tambien, Clara, estais disfrazada de lugareña? dijo Mad. Georges abrazando á esta jóven.

—¿No es bueno que imite en todo á su hermana Maria? dijo Mad. Dubreuil.—No ha dejado de decir incesantemente que queria tener tambien su casaquilla de paño, su basquiña de bombasi, lo mismo que vuestra Maria..... Pero ya basta de los caprichos de estas muchachas, mi pobre Mad. Georges! dijo Mad. Dubreuil suspirando, venid y os contaré mis apuros.

Al llegar al salon con su madre y Mad. Georges, Clara se sentó junto á Flor-celestial, le dió el mejor asiento junto al fuego, la colmó de caricias, le tomó las manos para ver si las tenia frias, la abrazó otra vez y la llamó su picarueta hermanita, haciéndole en voz baja amables reconvenciones por lo tardío de sus visitas.

Si se recuerda la conversacion de la pobre Guillabaora y del cura, se comprenderá que esta debia recibir tan tiernas é ingenuas caricias con una mezela de humildad, de felicidad y de temor.

—Y que os sucede, mi querida Mad. de Dubreuil, dijo Mad. Georges, y en que puede seros útil?

—Dios mio! para muchas cosas. Voy á explicaroslo. Sabeis, segun creo, que esta hacienda es propiedad de la duquesa de Lucenay. Con ella es con quien nos entendemos directamente..... sin pasar por las manos del administrador del señor duque.

—Ignoraba esta circunstancia.

—Vais á saber porque os instruyó de ella.....

A la duquesa pues, ó á la señorita Simon, su primera doncella, es á quien pagamos los arrendamientos. La duquesa es tan buena, tan buena, aunque un poco viva, que da gusto tener relaciones con ella; Dubreuil y yo nos echaríamos al fuego por servirla..... Vaya! es todo muy sencillo: la veía cuando niña, siempre que venía aquí con su padre el príncipe de Noirmont.... Ahora poco nos ha pedido seis meses de arrendamiento adelantados.....Cuarenta mil francos, esto no se halla al volyer de una esquina..... pero tenemos la suma reservada, para el dote de nuestra Clara, y al día siguiente tuvo la duquesa su dinero en buenos luises de oro.....Estas grandes señoras tienen tantas necesidades como lujo!.....Sin embargo, hace poco mas de un año que la duquesa es exacta en cobrar sus arrendamientos cuando vencen; en otro tiempo parecia no necesitar dinero.....Pero ahora es muy diferente!

—Hasta aquí, mi querida Mad. Dubreuil, no veo aun en que os puede servir.

—A eso voy; á eso voy; os decia esto para hacer os comprender que la duquesa tiene entera confianza en nosotras.....Sin contar que á la edad de doce ó trece años fué, con su padre, madrina de Clara.....á quien siempre ha colmado de favores.....Ayer tarde recibo por un espreso esta carta de la duquesa:

«Es preciso absolutamente, mi querida Mad. Dubreuil, que el pequeño pabellon del huerto esté en disposicion de ser ocupado pasado mañana por la noche: haced llevar allí todos los muebles necesarios, alfombras, cortinas, ect. En fin que nada falte, y que esté todo lo *confortable* que fuere posible...»

Confortable! entendeis Mad. Georges; está ade-

mas subrayado, dijo Mad. Dubreuil, mirando á su amiga con aire á la vez meditativo y confuso, luego continuó :

«Haced que se haga fuego dia y noche en el «pabellon para quitar la humedad ; porque hace «mucho tiempo que no está habitado. Tratareis «á la persona que irá á establecerse allí como me «tratariais á *mí misma* ; una carta que esta persona «os entregará , os instruirá de lo que espero de «vuestro celo siempre tan servicial. Cuento con él «esta vez , sin temor de engañarme ; sé cuan buena y afectuosa sois. A Dios, mi querida Mad. «Dubreuil. Abrazad á mi linda ahijada, y creed en «mis sentimientos bien apasionados.—Noirmont de «Lucenay.

«Posdata.—La persona que debe habitar el pabellon llegará pasado mañana á prima noche. Sobre todo no olvidéis , os lo suplico , de poner «el pabellon todo lo *confortable* que fuese posible.»

—Veis..... otra vez este diablo de palabra subrayada!.... dijo Mad. Dubreuil metiendo en su faltriquera la carta de la duquesa de Lucenay.

—Pues bien! nada mas sencillo , replicó Mad. Georges.

—Como, nada mas sencillo!.....No habeis entendido? La duquesa quiere sobre todo que el pabellon esté tan *confortable* como fuere posible..... por esto es por lo que os he suplicado que vinieseis. Clara y yo hemos trabajado mucho en buscar que quiere decir *confortable* y no hemos podido conseguirlo.....Clara sin embargo ha estado pupila en Villiers-le-Bel, y ganó no sé cuantos premios de historia y de geografía.....y bien, lo mismo, no ha podido adelantar mas que yo respec-

to á esta palabra estrambótica: es preciso que sea palabra de la corte.....ó del gran mundo..... Pero es lo mismo, concebis cuan apurado es esto: la duquesa quiere sobre todo que el pabellon esté *confortable*, subraya la palabra, la repite dos veces, y no sabemos lo que quiere decir!

—Gracias á Dios! puedo esplicaros este gran misterio, dijo Mad. Georges sonriéndose, *confortable*, en esta ocasion, quiere decir una habitacion cómoda, bien arreglada, bien cerrada, bien caliente, una habitacion en fin donde no falte nada de lo necesario y aun de lo superfluo.....

—Ah, Dios mio! comprendo....pero entonces.... estoy aun mas apurada!

—Por qué?

—La señora duquesa habla de alfómbas, de muebles y de muchas *etceteras*, y no tenemos alfómbas aqui, nuestros muebles son de los mas comunes; y no sé si la persona que debemos esperar es un caballero ó una señora, y es preciso que todo esté dispuesto mañana á la noche.....Que he de hacer? que he de hacer? aqui no hay recurso alguno. En verdad, Mad. Georges, esto es cosa de perder la cabeza!

—Pero, mamá, dijo Clara, si tomas los muebles de mi alcoba, mientras que no se amuebla me puedo ir á pasar tres ó cuatro dias á Bouqueval con Maria.

—Tu alcoba, tu alcoba, hija mia, es demasiado buena, dijo Mad. Dubreuil encogiéndose de hombros, es bastante..... bastante *confortable* como dice la duquesa.....Dios mio! Dios mio! donde se van á buscar semejantes palabras.

—¿Ese pabellon está ordinariamente inhabitado? preguntó Mad. Georges.

—Sin duda, es la casita blanca que está ente-

ramente sola al fin del huerto. El príncipe la hizo construir para la señora duquesa, antes que se casara; cuando venia á la hacienda con su padre, allí era donde descansaban. Tiene tres bonitas habitaciones, y al extremo del jardín una lechería suiza, donde la duquesa, siendo niña, se divertía en jugar á la lechera; desde que se casó no la hemos visto en la hacienda mas que dos veces, y cada una de ellas ha pasado algunas horas en el pabellon. La primera vez..... habrá unos seis años, vino á caballo con.....

Luego, como si la presencia de Flor-celestial y de Clara le impidiese decir mas, Mad. Dubreuil prosiguió:

—Pero hablo, hablo, y todo esto no me saca del apuro..... Venid á mi ayuda, mi pobre Mad. Georges, ayudadme!

—Vamos, decidme; como está ahora amueblado el pabellon?.....

—Apenas lo está: en la pieza principal, una estera de paja en el suelo, un canapé de junco, sillones de lo mismo, una mesa, algunas sillas, he lo aquí todo. De esto á estar *confortable*, hay mucha diferencia como veis.

—Pues bien! yo, en lugar vuestro, he aquí lo que haria: son las once, enviaria á París un hombre inteligente.

—Nuestro aperador..... no hay nadie mas activo.

—A las mil maravillas..... en dos horas ó poco mas está en París; va á casa de un tapicero, poco importa el que sea; le entrega la lista que voy á haceros, despues de ver lo que falta en el pabellon, y le dirá que, cueste lo que cueste.....

—Oh! á buen seguro..... con tal que la

señora duquesa quede contenta, no repararé en nada.....

---Le dirá pues que, cueste lo que cueste, es preciso que lo contenido en la lista esté aquí esta tarde ó por la noche, y tres ó cuatro oficiales para ponerlo todo en su lugar.

---Podrán venir por el coche de Gonesse, sale á las ocho de la noche de Paris.

---Y como no se trata sino de trasportar los muebles, colocar las alfombras y poner las cortinas, todo puede estar facilmente listo mañana á la noche.

---Ah! mi buena Mad. Georges, de que apuro me sacáis!... Nunca hubiera pensado en eso..... Sois mi providencia.... vais á tener la bondad de hacerme la lista de lo que se necesita para que el pabellon esté.....

---*Comfortable?* sí, sin duda.

---Ah, Dios mio! otra dificultad..... Repito, no sabemos si es un caballero ó una señora á quien esperamos. En su carta, la señora duquesa dice *una persona*, esto es muy confuso.....

---Haced como si esperaseis á una muger, querida Mad. Dubreuil; si es un hombre, se hallará mejor.

---Teneis razon.... muchísima razon.

Una criada vino á decir que el almuerzo estaba servido.

---Nos desayunaremos ahora, dijo Mad. Georges; pero mientras escribo la lista de lo que es necesario, haced tomar la medida de lo alto y ancho de las tres piezas, á fin de que se puedan con anticipacion arreglar las cortinas y las alfombras.

---Bien, bien.... voy á decirselo todo á nuestro aperador....

---Señora, repuso la criada de la hacienda, ahí está aquella lechera de Stains: su ajuar está en una carreta chica tirada por un burro!.... Vaya.... no pesa mucho su ajuar!

---Pobre muger!.... dijo con interes Mad. Dubreuil.

---Quien es esa muger? preguntó Mad. Georges.

---Una aldeana de Stains, que tenia cuatro vacas y ganaba regularmente yendo á vender su leche todas las mañanas á Paris. Su marido era herrador; un dia, necesitando comprar hierro, acompañó á su muger, convino con él en ir á buscarla á la esquina de la calle donde habitualmente vendia su leche. Por desgracia la lechera se habia establecido en un barrio indecente, segun parecia; cuando vino su marido, la encontró riñendo con unos pícaros borrachos que habian tenido la maldad de derramarle la leche en el caño. El herrador trata de hacerlos entrar en razon; ellos lo maltratan; se defiende, y en la riña recibe una puñalada que lo dejó tendido muerto.

---Ah! que horror!.... exclamó Mad. Georges, y prendieron al asesino?

---Por desgracia no: en la bulla se escapó: la pobre viuda asegura que lo conoceria muy bien, porque lo habia visto muchas veces con otros camaradas suyos que vivian en aquel barrio; pero hasta ahora todas las investigaciones para descubrir al asesino han sido inútiles. En pocas palabras, despues de la muerte de su marido, la lechera se vió obligada, para pagar diversas deudas, á vender sus vacas y algunos trozos de tierra que tenia; el arrendador del castillo de Stains me recomendó esta buena muger, tan honrada como desgraciada, porque tiene tres hijos, el ma-

yor no llega á doce años ; tenía justamente una plaza vacante ; se la di , y viene á establecerse á la hacienda.

---Esta bondad vuestra no me admira , mi buena Mad. Dubreuil.

---Dime Clara , prosiguió la arrendadora , quieres ir á instalar á esa buena muger en su habitacion , mientras voy á prevenir al aperador que se prepare para ir á Paris?

---Sí , mamá ; Maria vendrá conmigo.

---Sin duda , no podeis pasar una sin otra ? dijo la arrendadora.

---Y yo , repuso Mad. Georges sentándose delante de una mesa , voy á empezar mi lista para no perder tiempo , pues es preciso que estemos de vuelta en Bouqueval á las cuatro.

---A las cuatro..... tanta prisa teneis ? dijo Mad. Dubreuil.

---Sí , es preciso que Maria esté en la rectoria á las cinco.

---Oh ! si se trata del buen clérigo Laporte.... es cosa sagrada , dijo Mad. Dubreuil.---Voy á dar mis órdenes..... estas dos niñas tienen muchas... muchas cosas que decirse..... es menester darles tiempo para que hablen.

---Partiremos á las tres , querida Mad. Dubreuil.

---Lo he entendido..... Pero os doy otra vez las gracias ! que buena idea tuve en suplicaros que vinieseis en mi ayuda ! dijo Mad. Dubreuil.---Vamos , Clara , vamos , Maria !

Mientras que Mad. Georges escribia , Mad. Dubreuil salió por un lado y las dos jóvenes por otro con la sirviente que habia anunciado la llegada de la lechera de Stains.

---Donde está esa pobre muger ? preguntó Clara.

---Está con sus hijos, su carro y su burro en el patio de los trojes, señorita.

---Verás, Maria, á esa pobre muger, dijo Clara tomando el brazo de la Guillabaora; que descolorida está, que aire tan triste con su luto de viuda. La última vez que vino á ver á mamá, me partió el corazon; lloraba á lágrima viva al hablar de su marido, y luego de pronto se contenian sus lágrimas y entraba en accesos de furor contra el asesino. Entonces..... me causaba miedo, pues tomaba un aspecto malyado; pero, en verdad, su resentimiento es muy natural!..... desventurada!..... Hay algunas personas tan desgraciadas; no es así, Maria?

---Oh, sí, sí..... sin duda.... .. respondió la Guillabaora, suspirando como distraída, hay personas muy desgraciadas, teneis razon, señorita... ..

---Vamos! exclamó Clara dando una patada de impaciencia, todavía me hablas con cumplimiento, y me llamas señorita; estás enojada conmigo, Maria?

---Yo, gran Dios.

---Pues bien, entonces..... por qué me hablas así?..... Ya lo sabes, mi madre y Mad. Georges te han reñido ya por eso..... Te lo prevengo, haré que te riñan otra vez, y tanto peor para tí.

---Clara, perdóname, estaba distraída.

---Distraída..... cuando no me ves despues de ocho dias largos de separacion, dijo tristemente Clara. Distraída..... eso seria malo; pero no, no, no es eso, mira, Maria..... concluiré por creer que eres orgullosa.

Flor-celestial se puso pálida como una muerta y no respondió.

---Al verla, una muger vestida de luto dió un grito de cólera y de horror.....

Esta muger era la lechera que todas las mañanas vendía la leche á la Guillabaora, cuando esta vivía en casa de la tia Quica del Conejo-blanco.



CAPITULO XIII.

LA LECHERA

LA escena que vamos á referir pasó en uno de los patios de la hacienda en presencia de los labradores y de las mozas de servicio que volvian de sus trabajos.

Bajo un tinglado se veia un carro pequeño tirado por un burro, en el cual estaba el rústico y pobre ajuar de la viuda; un muchacho de doce años, ayudado por dos de menos edad, empezaban á descargar el carruage.

La lechera, completamente enlutada, era una muger de unos cuarenta años, de figura tosca, varonil y atrevida, sus párpados manifestaban que habia derramado lágrimas poco antes. Al ver á Flor-celestial, dió un grito de espanto; pero pronto el dolor, la indignacion, la cólera, contrajeron sus facciones, se arrojó á la Guillabaora, la asió brutalmente por el brazo, y gritó mostrándola á la gente de la hacienda:

—Esta es una desdichada que conoce al asesino de mi pobre marido..... la he visto muchas veces hablar con aquel bandido, cuando vendia leche en la esquina de la calle de la antigua Fá-

brica de paños; venia á comprarme un sueldo todas las mañanas, ella debe saber quien es el malvado que le hirió, es de la trinca de esos bandidos..... Oh! no te escaparás, pícaral!... gritó la lechera exasperada por injustas sospechas, y agarró por el brazo á Flor-celestial, que, temblando, desatinada, queria huir.

Clara, asombrada con tan brusca agresion, no habia podido hasta entonces decir una palabra; pero, al redoblar la violencia, exclamó dirigiéndose á la viuda:

—Estais loca!... la pena os ha trastornado!... os engañais!....

—Me engaño!... repitió la aldeana con amarga ironia, me engaño!..... Oh no!.... no me engaño..... Mirad, mirad como pierde el color..... la infeliz!..... como castañetean sus dientes..... La justicia te obligará á hablar; vas á venir conmigo á casa del corregidor.... entiendes? Oh! no tratarás de resistir..... tengo buenos puños... te llevaré cuanto antes.

—Sois una insolente, gritó Clara irritada, salid de aquí..... atreverse asi á faltar á mi amiga, á mi hermana.

—Vuestra hermana..... señorita, vamos... vos sois la que estais loca, respondió groseramente la viuda.--Vuestra hermana..... una muchacha callejera, que, por espacio de seis meses, la he visto andar rodando en la ciudad....

A estas palabras, los labradores hablaron entre sí contra Flor-celestial; tomaban naturalmente partido por la lechera, que era de su clase y cuya desgracia les interesaba.

Los tres niños, al oír á su madre alzar la voz, acudieron á su lado y la rodearon llorando, sin saber de que se trataba. El aspecto de estos po-

brecitos, tambien vestidos de luto, redobló la simpatía que inspiraba la viuda y aumentó la indignacion de los aldeanos contra Flor-celestial.

Clara, asustada con estas demostraciones casi amenazantes, dijo á la gente de la hacienda, con voz alterada:

—Echad de aquí á esa muger; os repito que la pena la tiene trastornada. Maria, Maria, perdona. Dios mio, está loca, no sabe lo que dice...

La Guillabaora, descolorida, la cabeza baja para librarse de todas las miradas, estaba callada, y no hacia movimiento alguno para safarse de la robusta lechera.

Clara, atribuyendo este abatimiento al susto que semejante escena debía producir á su amiga, dijo de nuevo á los labradores:

---No me entendeis! Os mando que echeis esa muger..... Puesto que persiste en sus injurias, para castigarla de su insolencia, no ocupará aquí el lugar que mi madre le habia prometido: en su vida, volverá á poner los pies en la hacienda.

Ningun labrador se movió para obedecer las órdenes de Clara; uno de ellos se atrevió á decir:

---Vaya.... señorita, si es una muchacha callejera y conoce al asesino del marido de esta pobre muger..... es menester que vaya á esplicarse en casa del corregidor....

---Os repito que no entrareis nunca mas en la hacienda, dijo Clara á la lechera, á menos que en el instante pidais perdon á Maria de vuestras desvergüenzas.

---Me echais, señorita..... En hora buena, respondió la viuda apesadumbrada.—Vamos, mis pobres huérfanos, añadió abrazando á sus hijos, volved á cargar el carro, irémos á ganar el pan á otra parte: pero, al ménos, cuando nos vayamos

nos llevaremos á casa del señor corregidor á esta infeliz que se verá forzada á denunciar al asesino de mi pobre marido....., pues conoce á toda la cuadrilla..... Porque sois rica, señorita, repuso mirando insolentemente á Clara, porque teneis amigas entre esas criaturas.... es menester ser tan dura con los pobres.

---Es verdad, dijo un labrador, la lechera tiene razon.....

---Pobre muger!

---Está en su derecho.....

---Han asesinado á su marido..... como ha de estar contenta?

---No se le puede impedir que haga todo lo que le parezca para descubrir los malvados que lo acometieron.

---Es una injusticia despedirla.

---Es culpa de ella que la amiga de la señorita Clara se descubra que es.... una muger pública?

---No se echa á la calle á una muger honrada.... una madre de familia..... por causa de una infeliz de esta clase!

Y los mormullos iban subiendo á ser amenazas cuando Clara exclamó:

---Loado sea Dios!..... ahí está mi madre.....

---Y bien, Clara, y bien, Maria, dijo la arrendadora al acercarse al grupo, venid á almorzar..... vamos, hijas mías..... ya es tarde.....

---Mamá, dijo Clara, defended á mi hermana de los insultos de esta muger, y señaló á la viuda; por favor, echadla de aquí..... Si supieseis las insolencias que se ha atrevido á decir á Maria.....

---Como? se habrá atrevido?

---Si, mamá.... Mirad como tiembla mi pobre

hermanita..... apenas puede sostenerse..... Ay! es una vergüenza para nosotras..... que semejante escena pase en casa... Maria, perdónanos.... te lo suplico!....

—Pero qué significa esto? preguntó Mad. Dubreuil mirando en torno suyo como inquieta, despues de haber notado la postracion de la Guillabaora.

---Señora, será justo, ella.... á buen seguro... mormuraron los labradores.

—Aqui está Mad. Dubreuil.... tu eres la que vas á ser echada, dijo la viuda á Flor-celestial.

---Es verdad! gritó Mad. Dubreuil á la lechera, que no soltaba el brazo de Flor-celestial; os atreveis á hablar de esa suerte á la amiga de mi hija? Asi es como agradeceis mis bondades; que-reis dejar tranquila á esa jóvon?

—Os respeto, señora, y estoy reconocida á vuestras bondades, dijo la viuda abandonando el brazo de Flor-celestial.---Pero antes de acusarme y de echarme de vuestra casa con mis hijos, preguntad á esa desdichada.... No tendrá quizá cara para negar que la conocia y que ella me conocia tambien.....

---Dios mio! Maria, oís lo que dice esta mugger? exclamó Mad. Dubreuil en el colmo de la sorpresa.

---Te llamas si ó no, la Guillabaora? dijo la lechera á Maria.

—Si.... dijo la infeliz en voz baja como aterrada y sin mirar á Mad. Dubreuil.---Si, así me llamaban....

---Ah! veis! exclamaron los labradores enfadados.---Ella lo confiesa!.... ella lo confiesa!

---Ella lo confiesa.... pero qué? qué confiesa ella? exclamó Mad. Dubreuil medio asustada con

la declaracion de Flor-celestial. ---Dejadla responder, señora, repuso la viuda, va tambien á declarar que estaba en una casa infame de la calle de Feves, en la ciudad, donde le vendia un sueldo de leche todas las mañanas; va tambien á declarar que ha hablado muchas veces delante de mí al asesino de mi pobre marido... Oh!... lo conoce bien, estoy segura de ello.... Un jóven descolorido que fumaba mucho y que usaba una gorrilla, una blusa y el cabello largo; debe saber su nombre... Es verdad esto?... responderás, infeliz? dijo la lechera.

Flor-celestial dijo con voz desfallecida.

—He podido hablar con el asesino de vuestro marido; porque en la ciudad hay por desgracia mas de uno, pero no se de que quereis hablar.

—Como.... qué dice? exclamó Mad. Dubreuil con espanto. ---Ha hablado con asesinos....

—Las personas como ella no conocen mas que á esa clase de gente.... respondió la viuda.

Pasmada en un principio con tan estraña revelacion, confirmada por las últimas palabras de Flor-celestial, Mad. Dubreuil, comprendiéndolo todo entonces, se retiró un poco, con disgusto y horror, trajo á sí violenta y bruscamente á su hija Clara, que se habia arrimado á la Guillabao-ra para sostenerla, y dijo:

---Ah! que abominacion!.... Clara, cuidado... No os acerqueis á esa desdichada.... Pero como ha podido Mad. Georges recibirla en su casa? Como se ha atrevido á presentarmela, y tolerar que mi hija.... Dios mio! Dios mio! que horrible es esto! apenas puedo creer lo que veo! Pero no, no, Mad. Georges es incapaz de semejante indignidad. Habrá sido engañada como nosotras.... A no ser así.... oh! seria cosa abominable por su parte,

Clara, afligida, asustada con esta escena cruel, creia que soñaba. En su cándida ignorancia no comprendia las terribles recriminaciones que hacian á su amiga; su corazon se conmovió, sus ojos se inundaron de lágrimas viendo el estupor de la Guillabaora, muda, aterrada como un criminal delante de sus jueces.

---Ven.... ven, hija mia, dijo Mad. Dubreuil á Clara; luego, volviéndose hácia Flor-celestia: ---Y vos, indigna criatura, Dios os castigará por vuestra infame hipocresia. Atreverse á tolerar que mi hija.... un ángel de virtud.... os llame su hermana.... su amiga.... su hermana.... vos.... la escoria de lo mas vil que hay en el mundo..... que desvergüenza.... Atreverse á mezclarse con la gente honrada, cuando mereceis sin duda ir á reuñiros con vuestros iguales en la cárcel....

---Si, si, gritaron los labradores; es menester que vaya á la cárcel.... Conoce al asesino.

---Quizá es su cómplice, cuando menos....

---Ves como hay una justicia en el cielo, dijo la viuda amenazando con el puño á la Guillabaora.

---En cuanto á vos, mi buena muger, dijo Mad. Dubreuil á la lechera, léjos de despediros estaré reconocida al servicio que me habeis hecho descubriéndome á esta desdichada.

---Está bien, nuestra ama es justa.... mormuraron los labradores.

---Ven, Clara, prosiguió la arrendadora, Mad. Georges nos explicará su conducta, ó si no lo hace no la volveré á ver mas en mi vida, porque si no ha sido engañada, se ha conducido con nosotras de una manera horrorosa.

---Pero, mamá.... mirad á esa pobre Maria...

---Que se muera de vergüenza, si quiere, tan-

to mejor! despréciala.... no quiero que quedes un momento con ella.... Es una de aquellas criaturas con quien no habla, sin deshonorarse, una jóven como tú.

---Dios mio! Dios mio! mamá, dijo Clara resistiendo á su madre, que queria llevársela, no sé que significa esto.... Maria puede ser culpable, puesto que lo decis, pero mirad, mirad.... está desfallecida.... tened compasion de ella, á lo menos....

---Oh! señorita Clara, sois buena, me perdonais..... Muy á pesar mio, creedlo, os he engañado... muchas veces me lo he echado en cara... dijo Flor-celestial lanzando á su protectora una mirada de inefable reconocimiento.

---Pero, mamá, no os compadeceis! exclamó Clara con voz que despedazaba el corazón.

---Compasion... por ella?... Vámonos pues... si no fuera porque Mad. Georges nos va á librar de ella, la haria poner en la puerta de la hacienda como á una persona apestada, respondió con dureza Mad. Dubreuil, y se llevó á su hija que, volviéndose por última vez á la Guillabaora, exclamó:

---Maria! hermana! no sé de que te se acusa, pero estoy segura de que no eres culpable, y te amo siempre...

---Cállate.... cállate.... dijo Mad. Dubreuil poniendo la mano en la boca de su hija, cállate, por fortuna todo el mundo es testigo de que despues de esa odiosa revelacion no has quedado un momento sola con esa muchacha perdida.... no es así, amigos míos?

---Si, sí, señora, dijo un labrador, somos testigos de que la señorita Clara no ha estado un momento sola con ésta muchacha, que es segu-

ramente una ladrona, pues conoce á los asesinos.

Mad. Dubreuil se llevó á Clara.

La Guillabaora quedó sola en medio del grupo amenazador que se habia formado en torno suyo.

A pesar de las reconvenciones con que la abrumaba Mad. Dubreuil, la presencia de esta y de Clara habian tranquilizado un poco á Flor-celestial sobre los resultados de esta escena; pero despues de haberse ido estas dos mugeres, hallándose á merced de los aldeanos, le faltaron las fuerzas; se vió obligada á apoyarse en el pretil del abrevadero de los caballos de la hacienda.

Nada mas lastimero que la actitud de esta desgraciada.

Nada mas amenazador que las palabras, que la actitud de los aldeanos que la rodeaban.

Medio sentada sobre el brocal de piedra, la cabeza baja, tapada con sus dos manos, su cuello y pecho cubiertos con las puntas del pañuelo de indiana que llevaba encima del gorro, la Guillabaora, inmóvil, ofrecia la espresion mas interesante del dolor y de la resignacion.

A pocos pasos de ella, la viuda del asesinado, triunfante y exasperada aun contra Flor-celestial por las imprecaciones de Mad. Dubreuil, mostraba la jóven á sus hijos y á los labradores con gestos de odio y de desprecio.

La gente de la hacienda, agrupada en círculo, no disimulaba los sentimientos hostiles que la animaban, sus toscos y groseros semblantes espresaban á la vez indignacion, enfado y una especie de burla brutal é insultante; las mugeres eran las mas enfurecidas, las mas indignadas. La belleza de la Guillabaora no era una de las menores causas de su encarnizamiento contra ella.

Hombres y mugeres no podian perdonar á Florestial haber sido hasta entonces tratada como igual por sus amos.

Y luego, algunos labradores de Arnouville, no habiendo podido justificar antecedentes bastante buenos para obtener en la hacienda de Bouqueval una de las plazas tan evidiadas en el país, existia entre estos, contra Mad. Georges, una especie de descontento de que debia resentirse su protegida.

Los primeros movimientos de las naturalezas incultas son siempre estremosos.....

Escelentes ó detestables.

Pero llegan á ser horriblemente peligrosos cuando una muchedumbre cree sus brutalidades autorizadas por las culpas reales ó aparentes de aquellos á quienes persigue su cólera ó su odio....

Aunque la mayor parte de los labradores de esta hacienda no tuviese quizá todo el derecho posible para hacer alarde de una fiera susceptibilidad con respecto á la Guillabaora, se creian contagiosamente manchados con su sola presencia; su pudor se sublevaba al pensar á qué clase habia pertenecido esta desgraciada, que, además, confesaba que habia hablado muchas veces con asesinos.

¿Era menester mas para exaltar la cólera de estos campesinos escitados además por el ejemplo de Mad. Dubreuil?

—Es preciso llevarla en casa del corregidor, gritó uno.

—Sí, sí..... y si no quiere ir..... *se le obligará.*

—Y se atreve á vestirse como nosotras las mozas honradas del campo, añadió una de las mas feas maritornes de la hacienda.

—Con su apariencia de santita, repuso otro, se le hubiera dado la comunión sin que confesase....

—Y no tenía descaro de ir á misa?

—Sin vergüenza.... por qué no comulgaba después?

—Y le era preciso hacer buenas migas también con los amos....

—Como si fuésemos menos que ella!

—Afortunadamente á todos le llega su vez.

—Oh! será preciso que hables y que denuncies al asesino, gritó la viuda. Todos sois de la misma cuadrilla.... No estoy aun muy segura.... de no haberte visto aquel día con ellos. Vamos, vamos no se trata de gimotear, ahora que ya eres conocida. Muéstranos tu cara, es hermosa á la vista!

Y la viuda bajó las dos manos de la jóven, que tapaban su cara bañada en lágrimas.

La Guillabaora, desde luego muerta de vergüenza, empezaba á temblar de espanto al hallarse sola á merced de aquella furiosa gente; juntó las manos, volvió hácia la lechera sus ojos suplicantes y temerosos, y dijo, con voz dulce:

—Por Dios, señora.... hace dos meses que vivo retirada en la hacienda de Bouqueval.... No he podido ser testigo de la desgracia de que hablais..... y....

La voz tímida de Flor-celestial fué cubierta con estos gritos amenazadores:

—Llévemola á casa del corregidor.... ella se explicará.

—Vamos, andad, hermosa!

—Y el grupo amenazador se acercaba cada vez mas á la Guillabaora; esta cruzando su manos por un movimiento maquinal miraba á ambos lados con espanto ó parecia que imploraba socorro.

—Oh! dijo la lechera, parece que buscas á tu alrededor, la señorita no está aquí para defenderte; no te escaparás.

—Ay! señora, dijo temblando, no quiero escaparme; no pido mas que responder á lo que se me preguntare.... pues esto puede seros útil... Pero ¿qué mal he hecho á todas las personas que me rodean?....

—Lo que nos has hecho es haber tenido el descaro de ir con nuestros amos, cuando nosotros, que valemos mil veces mas que tú, no alternamos con ellos.... Esto es lo que nos has hecho.

—Y entonces, ¿por qué quisiste que se echase de aquí á esta pobre viuda y á sus hijos? dijo otro.

—No soy yo, la señorita Clara.... es la que quería....

—Déjanos tranquilos, repuso un labrador interrumpiéndola, no solamente no pediste por ella, sino que estabas contenta de que se le quitase su pan!

—No, no, no pidió por ella!

—Es mala....

—Una pobre viuda.... madre de tres hijos....

—Si no pedí por ella, dijo Flor-celestial, es porque no tuve fuerza para decir una palabra....

—Pues buenas fuerzas tenia para hablar á los asesinos.....

Como sucede siempre en las conmociones populares, los aldeanos, mas rústicos que malvados, se irritaban, se escitaban, se embriagaban al ruido de sus propias palabras, y se animaban en razon de las injurias y de las amenazas que prodigaban á su víctima.

Así el populacho llega algunas veces, sin saberlo, por una exaltacion progresiva, á cometer los

actos mas injustos y mas feroces.

El grupo amenazador de los trabajadores se acercaba cada vez mas á Flor-celestial; todos gesticulaban hablando; la viuda del herrador no era dueña de sí.

Separada tan solo del hondo abrevadero por el pretil en que se apoyaba, la Guillabaora tuvo miedo que la echasen al agua, y gritó estendiendo hácia ellos las manos:

—Pero, por Dios! que quereis de mi? Por piedad, no me hagais mal!.....

Y como la lechera no dejaba de accionar, acercándose cada vez mas, casi poniéndole los puños en la cara, Flor-celestial gritó echándose atrás con espanto:

—Os lo suplico, señora....no os acerqueis tanto; vais á hacer que me caiga al agua.

Estas palabras de Flor-celestial despertaron en aquellas gentes groseras una idea cruel. No pensando sino en hacer una de aquellas bromas de los aldeanos, que muchas veces dejan á uno medio muerto, dijo uno de los mas furiosos:

—Si....si....al agua!....al agua!.....

Se repitió con carcajadas de risa y aplausos frenéticos.

—Eso, una buena zambullida!....No se morirá!

—Aprenderá á venir á mezclarse con las personas honradas.

—Sí, sí.....al agua! al agua!

—Justamente se ha roto el hielo esta mañana.

—La muchacha callejera se acordará de la buena gente de la hacienda de Arnouville!

Al oír estos gritos inhumanos, estas bárbaras burlas, al ver la exasperacion de todas aquellas caras irritadas estúpidamente que se adelantaban pa-

ra cogerla, Flor-celestial se tuvo por muerta.

A su primer susto sucedió una especie de contento amargo; descubria el porvenir bajo tan negros colores, que dió gracias mentalmente al cielo porque abreviaba sus penas; no pronunció ninguna palabra de queja, se dejó caer de rodillas, cerró los ojos y esperó encomendándose á Dios.

Los labradores, sorprendidos con la actitud y la resignacion de la Guillabaora, titubearon un momento en cumplir sus barbaros proyectos; pero, reprendidos de su debilidad por la parte femenina de la reunion, volvieron á empezar á dar voces para tener ánimo de cumplir sus malignos intentos.

Dos de los mas furiosos iban á agarrar á Flor-celestial, cuando una voz conmovida, vibrante, le gritó:

—Deteneos!.....

En el mismo instante Mad. Georges, que se habia abierto paso por medio de aquella muchedumbre, llegó junto á la Guillabaora, que seguia arrodillada, la tomó en sus brazos, la levantó gritando:

—En pié, hija mia..... en pié, mi querida hija..... nadie se arrodilla sino delante de Dios.

La espresion, la actitud de Mad. Georges, fué tan esforzadamente imperiosa, que la muchedumbre retrocedió, y quedó muda.

La indignacion coloraba vivamente la cara de Mad. Georges, ordinariamente pálida. Lanzó á los labradores una mirada firme, y les dijo en voz alta y amenazadora:

—Infelices..... no os da vergüenza de cometer tales violencias contra esta desgraciada niña?

—Es una... ..

—Es mi hija, dijo Mad. Georges interrumpiendo á uno de los labradores. El señor cura Laporte, á quien todo el mundo bendice y venera, la quiere y la protege, y los que él estima deben ser respetados por todo el mundo.....

Estas sencillas palabras impusieron á los labradores.

El cura de Bouqueval era mirado en el pais con un santo; muchos aldeanos no ignoraban el interes que se tomaba por la Guillabaora. Sin embargo, se oyeron todavia algunos confusos mormullos; Mad. Georges comprendió su sentido y gritó:

—Esta desgraciada jóven, aunque fuese la última de las criaturas, aunque estuviese abandonada de todos, vuestra conducta respecto á ella no seria por eso menos odiosa! ¿de qué quereis castigarla? ¿y ademas con qué derecho? ¿Cual es vuestra autoridad? ¿La fuerza? No es una cosa vil, vergonzosa ver á los hombres tomar por victima á una jóven sin defensa! Ven, Maria, ven, querida hija mia, volvamos á casa; allí á los menos eres conocida y apreciada.....

Mad. Georges cogió el brazo de Flor-celestial; los labradores, confusos y reconociendo la brutalidad de su conducta, se separaron respetuosamente.

Solo la viuda se adelantó y dijo resueltamente á Mad. Georges:

—Esta muchacha no saldrá de aquí hasta que dé su declaracion en casa del corregidor, respecto al asesinato de mi pobre marido.

—Querida amiga, dijo Mad. Georges conteniéndose, mi hija no tiene declaracion alguna que dar aquí; mas adelante, si la justicia tiene á bien invocar su testimonio, la hará llamar, y yo la acompañaré.....Hasta entonces nadie tiene derecho á interrogarla.

--Pero, señora.....yo os digo.....

Mad. Georges interrumpió á la lechera y le respondió con severidad.

—La desgracia de que sois victima apenas puede excusar vuestro procedimiento; algun dia sentireis las violencias que tan imprudentemente habeis escitado; la señorita Maria vive conmigo en la hacienda de Bouqueval, instruid de ello al juez que recibió vuestra primera declaracion, esperaremos sus órdenes.

La viuda no pudo responder nada á tan prudentes palabras; se sentó en el pretil del abrevadero, y se echó á llorar amargamente abrazando á sus hijos.

Algunos minutos despues de esta escena, trajo Pedro el birlocho; Mad. Georges y Flor-celestial subieron á él para volver á Bouqueval.

Al pasar por delante de la casa de la arrendadora de Arnouville, la Guillabaora divisó á Clara, que lloraba, medio escondida detras de una persiana entreabierta, é hizo á Flor-celestial una señal de despedida con su pañuelo.



CAPITULO XIV.

CONSUELOS.

Ah! señora, que afrenta para vos! dijo Flor-celestial á su madre adoptiva, cuando se encontró sola con ella en la sala de la hacienda de Bouqueval.—Si, habeis reñido para siempre con Mad. Dubreuil, por mi causa. Oh! mis presentimientos!.....Dios me ha castigado por haber engañado á esa señora y á su hija.....Soy un motivo de discordia entre vuestra amiga y vos.....

—Mi amiga.....es una excelente muger, querida hija, pero no tiene talento.....Por lo demas, como tiene muy buen corazon, mañana sentirá, estoy segura de ello, su necio comportamiento de hoy.

—Ay! señora, no creais que quiero justificarla acusándoos, Dios mio!..... Pero vuestra bondad hácia mí quizá os ha cegado.....Poneos en el lugar de Mad. Dubreuil.....Saber que la compañera de su hija querida..... era..... lo que yo era.....decid? se puede vituperar su indignacion maternal?.....

Mad. Georges no halló por desgracia una palabra que responder á esta cuestion de Flor-celes-

tial, la cual repuso con exaltacion:

—La escena deshonrosa que he sufrido á los ojos de todos, mañana lo sabrá todo el pais. No lo temo por mí; pero quien sabe ahora si la reputacion de Clara.....quedarà para siempre contaminada.....porque me llamaba su amiga, su hermana? Hubiera debido seguir mi primer movimiento..... resistir á la inclinacion que me atraia hácia Mad. Dubreuil.....y, á riesgo de inspirarle aversion, sustraerme á la amistad con que me brindaba, pero olvidé la distancia que me separaba de ella....Como lo veis, soy castigada por ello; oh, cruelmente castigada.....pues hubiera quizá causado un daño irreparable á esa jóven, tan virtuosa y tan buena.....

---Hija mia, dijo Mad. Georges despues de algunos momentos de reflexion, no teneis razon en haceros tan dolorosas reconvenciones; vuestro pasado es culpable.... si.... muy culpable..... Pero no sirve de nada haber, por vuestro arrepentimiento, merecido la proteccion de nuestro venerable cura? Bajo sus auspicios, bajo los míos, no es como habeis sido presentada á Mad. Dubreuil? Vuestras solas prendas no le inspiraron la aficion que os ha mostrado..... No os pidió ella que llamaiseis hermana á Clara? Y luego, como se lo dije ahora mismo, porque no queria ni debia ocultarle nada, podia yo, cierta como estaba de vuestro arrepentimiento, divulgar lo pasado, y hacer así vuestra rehabilitacion mas penosa..... desesperandoos, entregandoos al desprecio de las personas que, tan desgraciadas, tan abandonadas como vos lo habeis estado, no hubieran quizá, como vos, conservado el secreto instinto del honor y de la virtud? La revelacion de aquella muger es incómoda, funesta; pero debía yo, anticipándome, sacri-

ficar vuestro reposo futuro á una eventualidad casi improbable?

—Ah! señora, lo que prueba cuan falsa y miserable es para siempre mi posición, es que, por afecto á mí, habeis tenido razon de ocultar lo pasado, y que la madre de Clara ha tenido tambien razon para despreciarme en nombre de ese tiempo pasado; para despreciarme... como todo el mundo me despreciará en lo sucesivo; porque la escena de la hacienda de Arnouville va á estenderse, todo va á saberse..... Oh! me moriré de vergüenza..... no podré soportar las miradas de nadie!

—Ni aun las mias? Pobre niña! dijo Mad. Georges deshecha en lágrimas y abriendo sus brazos á Flor-celestial, no hallarás nunca en mi corazón sino el cariño, sino el afecto de una madre..... Valor pues, Mária! tened la conciencia de vuestro arrepentimiento. Estais rodeada de amigos, y bien! esta casa será el mundo para vos..... saldremos al encuentro de la revelación que temeis; nuestro buen sacerdote reunirá la gente de la hacienda que tanto os aman, les dirá la verdad acerca de lo pasado..... Creedme, hija mia, su palabra tiene tal autoridad, que esta revelación os hará mas interesante todavía.

—Os creo, señora, y me resignaré; ayer en nuestra conversacion, el señor cura me anunció dolorosas espiaciones; empiezan, no debo admirarme. Me dijo tambien que mis padecimientos me serian un día tomados en cuenta..... lo espero..... Sostenida en estas pruebas por vos y por él, no me quejaré.

—Vais á verlo dentro de algunos momentos; nunca sus consejos os habrán sido mas saludables.... Ya son las cuatro y media, disponeos para ir á la

rectoría , hija mia. Voy á escribir á Mr. Rodolfo para enterarle de lo que ha sucedido en la hacienda de Arnouville..... Un propio le llevará mi carta.....luego iré á reunirme con vos en casa de nuestro buen sacerdote.....porque es urgente que hablemos los tres.

Pocos instantes despues, la Guillabaora salia de la hacienda á fin de ir á la rectoría por el camino tortuoso, en que el dia ántes el Dómine y el Mochuelo habian acordado reunirse.



CAPITULO XV.



REFLEXION.

.....

SEGUN se ha podido ver por sus conversaciones con Mad. Georges y con el cura de Bouqueval, Flor-celestial se habia tan noblemente aprovechado de los consejos de sus bienhechores, se habia de tal modo asemejado á sus principios, que se desesperaba mas y mas pensando en su abyeccion pasada.

Desgraciadamente su talento se habia tambien desarrollado á medida que sus excelentes instintos se aumentaban, y fructificaban en medio de la atmósfera de honor y de pureza en que vivia.

Con una inteligencia menos elevada, una sensibilidad menos esquisita, una imaginacion menos viva, Flor-celestial, se hubiera consolado facilmente.

Se habia arrepentido, un venerable sacerdote la habia perdonado; hubiera olvidado los horrores de la ciudad, en medio de las dulzuras de la vida rústica que partia con Mad. Georges; se hubiera en fin entregado sin temor á la amistad que le manifestaba la señorita Dubreuil, y esto,

no por indolencia de las faltas que habia cometido, sino por confianza ciega en la palabra de aquellos cuya escelencia reconocia.

Estos le decian: Al presente, vuestra buena conducta os iguala con las personas honradas; no hubiera hallado diferencia alguna entre estas y ella.

La escena dolorosa de la hacienda de Arnouville la habia afectado mucho, pero no hubiera, por decirlo así, previsto, adelantado esta escena derramando lágrimas amargas, sintiendo remordimientos vagos, á la vista de Clara durmiendo inocente y pura en la misma alcoba que la antigua pupila de la tia Quica.

Pobre niña!... no se hubiera dirigido muy á menudo á si misma, en el silencio de sus largas vigili-
as, acriminaciones mucho mas penetrantes que las de los habitantes de la hacienda.

Lo que mataba lentamente á Flor-celestial, era el análisis, era el exámen continuo de lo que habia sido.... era sobre todo la comparacion constante del porvenir que el inexorable tiempo pasado le imponia, y del porvenir que sin esto hubiese imaginado.

El espíritu de análisis, de exámen y de comparacion es casi siempre inherente á la superioridad de la inteligencia. En las almas altivas y orgullosas este espíritu trae consigo la duda y la resistencia contra los demas....

En las almas tímidas y delicadas, este espíritu trae consigo la duda y la resistencia contra sí...

Se condena á las primeras, ellas se absuelven

Se absuelve á las segundas, ellas se condenan.

El cura de Bouqueval á pesar de su santidad, Mad. Georges, no obstante sus virtudes, ó mas bien los dos á causa de sus virtudes y de su santidad, no podian imaginar lo que padecia la Gui-

llabaora desde que su alma, librada de sus manchas, pedía contemplar toda la profundidad del abismo en que se le había echado.

No sabían que los horribles recuerdos de la Guillabaora tenían casi el poder, la fuerza de la realidad; no sabían que nunca esta joven, de una sensibilidad exquisita, de una imaginación viva y poética, de una finura de impresiones dolorosas á fuerza de susceptibilidad, no sabían que esta joven no pasaba un día, sin recordar, no casi sin sentir, con un sufrimiento mezclado de disgusto y de espanto, las vergonzosas miserias de su existencia de otro tiempo.

Figúrese á una joven de diez y seis años, cándida y pura, con la conciencia de su candor y de su pureza, arrojada por algun poder infernal en la infame taberna de la tía Quica é invisiblemente sometida al poder de esta furia... Tal era para Flor-celestial la reaccion de lo pasado sobre lo presente.

Haremos así comprender la especie de resentimiento retrospectivo, ó mas bien el *rechazo* moral que la Guillabaora sufría tan cruelmente, y que no se habia atrevido á manifestar al cura.

Por poco que se reflexione y que se tenga experiencia de la vida, no se tendrá por una paradoja lo que vamos á decir:

Lo que hacía á Flor-celestial digna de interés y de compasión, es que no solo nunca habia amado, sino que sus sentidos habian siempre estado dormidos y helados.—Si muchas veces en las mugeres aun menos delicadamente dotadas, que Flor-celestial, suceden largo tiempo las repulsas al matrimonio, por lo mismo no es de admirar que esta infeliz, infatuada por la tía Quica, y echada á los diez y seis años en medio de la horda

de bestias silvestres y feroces que infestaban la ciudad, no haya sentido mas que horror y espanto, haya salido moralmente pura de aquella cloaca?

Las sencillas confianzas de Clara Dubreuil, respecto á su cándido amor al jóven arrendador con quien debia casarse, habian despedazado el corazon de Flor-celestial; ella tambien..... sentia que habria amado briosamente, que habria experimentado el amor en todo lo que tenia de afectuoso, de noble, de puro y de grande; y sin embargo no le era ya permitido inspirar ó experimentar este sentimiento. Porque si amaba.... escogeria en razon de la elevacion de su alma,... y mientras mas digna de ella fuese la eleccion, mas indigna de ella debia creerse.



CAPITULO XVI.

ENCUENTRO.

EL sol se ocultaba en el horizonte, la llanura estaba desierta, silenciosa.

Flor-celestial se acercaba á la entrada del camino tortuoso que le era preciso atravesar para ir á la rectoría, cuando vió salir del barranco á un muchacho pequeño, jorobado, vestido con una blusa oscura y una gorrilla azul; parecia que lloraba, y desde que divisó á la Guillabaora corrió hácia ella....

—Oh! mi buena señora, tened piedad de mí, gritó juntando las manos en ademan suplicante.

—Qué quereis?.... qué teneis, hijo mio? le preguntó la Guillabaora con interes.

—Ay! mi buena señora, mi pobre abuela que es muy vieja, muy vieja se ha caido allá abájo, al bajar el barranco; se ha hecho mucho daño... temo que se haya roto una pierna.... tengo tan poca fuerza para ayudarla á levantarse.... Dios mio como haré, sino venis á mi socorro? Pobre abuela! quizá se muera.

La Guillabaora, conmovida con el dolor del jorobado, dijo:

—No soy mucho mas fuerte que tú, hijo mio, pero podré quizá ayudaros á socorrer a vuestra abuela..... Vamos pronto, vivo en esa hacienda que está allí abajo.... si la pobre anciana no puede transportarse con nosotros, enviaré por ella....

—Oh! mi buena señora, Dios os bendecirá seguramente.... por aquí.... á dos pasos del camino tortuoso, como os decia, al bajar la barga es cuando se cayó.

—No sois de este país? preguntó la Guillabaora siguiendo á Jorobeta á quien sin duda el lector ha conocido ya.

—No; mi buena señora, venimos de Ecouen.

—Y donde vais?

---A casa de un buen cura que vive en la colina que está allí abajo..... respondió el hijo de Brazo-rojo, para aumentar la confianza de Flor-celestial.

---A casa del sacerdote Laporte?

---Sí, mi buena señora..... á casa de Mr. Laporte; mi pobre abuela le conoce mucho mucho.....

---Justamente voy á su casa: que encuentro! dijo Flor-celestial metiéndose cada vez mas en el camino.

---Abuela!... aquí estoy, aquí estoy!... tened paciencia... te traigo socorro... gritó Jorobeta, para prevenir al Dómine y al Mochuelo que estuviesen listos para apoderarse de su víctima.....

---No se ha caído vuestra abuela lejos de aquí? preguntó la Guillabaora.

---No, mi buena señora, detras de aquel árbol grande donde vuelve el camino á veinte pasos de aquí.

Jorobeta se paró de repente.

Sonó en el silencio de la llanura el ruido del galope de un caballo.

---Todo está ya perdido, dijo Jorobeta para sí...

El camino hacia un recodo muy notable á algunas toesas del parage donde el hijo de Brazo-rojo se hallaba con la Guillabaora.

Un hombre montado apareció en aquel recodo; cuando estuvo cerca de la jóven se paró.

Se oyó entonces el trote de otro caballo, y algunos momentos despues llegó un criado vestido con un redingote obscuro con botones de plata, calzones de piel blanca y botas con campana.

El amo, vestido sencillamente con un buen redingote color de bronce y un pantalon gris claro montaba con mucha soltura un caballo castaño de pura sangre, de una hermosura singular; que á pesar de la larga carrera que acababa de dar, el lustre brillante de su pelo no estaba deslucido por el mas ligero sudor.

El caballo del criado, que quedó inmóvil á algunos pasos de su amo, era tambien de buena casta.

En el caballero, de cara morena y agraciada, reconoció Jorobeta al vizconde de Saint-Remy, á quien se suponía ser amante de la duquesa de Lucenay.

---Linda niña, dijo el vizconde á la Guillabaora, cuya belleza le llamó la atencion, ¿me hariais el favor de decirme cual es el camino del pueblo de Arnouville?

Maria, bajando los ojos á la mirada de este jóven respondió:

—Al salir del camino tortuoso, tomad la primera vereda á mano derecha; ella os conducirá á una calle de guindos que ya directamente á Arnouville.

—Mil gracias, bella niña..... Me dais mejores noticias que una vieja á quien he hallado á dos pasos de aqui tendida al pié de un árbol; no he podido sacar de ella mas que quejidos.

—Mi pobre abuela!....murmuró Jorobeta con voz doliente.

—Ahora, otra palabra, prosiguió Mr. de Saint-Remy dirigiéndose á la Guillabaora, podeis decirme si encontraré facilmente en Arnouville la hacienda de Mad. Dubreuil?

La Guillabaora no pudo dejar de estremecerse á estas palabras que le recordaban la escena penosa de aquella mañana; respondió:

—Los edificios de la hacienda dan á la calle de árboles que debéis seguir para ir á Arnouville, caballero.

—Os doy otra vez gracias, bella niña! dijo Mr. de Saint-Remy, y partió á galope, seguido de su lacayo.

Flor-celestial, acordándose de la persona desconocida para quien se preparaba de prisa un pabellon de la hacienda de Arnouville, por orden de la duquesa de Lucenay, no dudó que era para aquel jóven y hermoso caballero.

El galope de los caballos sonó algun tiempo, se disminuyó, cesó....

Todo volvió á quedar en silencio.

Jorobeta respiró.

Queriendo asegurarse y advertir á sus cómplices, unos de los cuales, el Dómine, se libertó de ser visto por los ginetes, gritó el hijo de Brazo-rojo:

—Abuela!....aqui estoy....con una buena señora que viene á socorrerte!

—Pronto, pronto, hijo mio!—ese señor del caballo nos ha hecho perder algunos minutos.....

dijo la Guillabaora apresurando el paso, á fin de llegar al recodo del camino.

Apenas llegó allí cuando el Mochuelo, que estaba emboscado, dijo en voz baja:

—Venid, picarona!

Luego, la tuerta, arrojándose á la Guillabaora, la asió del pescuezo con una mano, y con la otra le apretó los labios, mientras que Jorobeta, arrojándose á los pies de la jóven, agarraba sus piernas para impedirle que diese un paso.

Sucedió esto tan rápidamente, que el Mochuelo no habia tenido tiempo de examinar la cara de la Guillabaora; pero en los pocos instantes que necesitó el Dómine para salir del escondite en que estaba oculto y para ir á tientas con su capa, la vieja reconoció á su antigua víctima.

—La Alondra!...esclamó en un principio pasmada; luego añadió con una alegría feroz:—Eres tú!....Ah! es el *panadero* el que te envia....de esta suerte vuelves á caer en mis garras! Tengo mi vitriolo en el coche.... esta vez, tu belleza se acabará..... porque me *das romadizo* con tu cara de vírgen.....Tú, mi hombre! ten cuidado que no te muerda, y sujetala bien mientas la embanastamos.....

Con sus dos fuertes manos cogió el Dómine á la Guillabaora, y antes que esta pudiese dar un grito, le echó el Mochuelo la capa por la cabeza y la envolvió estrechamente.

En un instante Flor-celestial, liada, tapada la boca, se halló en la imposibilidad de hacer movimiento alguno ó de llamar para que la socorriesen.

—Ahora, toma el fardo, picaron.....dijo el Mochuelo. Hola! hola! hola! no es tan pesado como la *negra* de la muger ahogada del canal de San

Martin...no es verdad, mi hombre?—Y como el bandido se estremeció á estas palabras que le recordaban su espantoso sueño de la noche anterior; la Tuerta repuso:—Qué tienes, bribon?.... cualquiera diria que estás temblando... desde esta mañana, por instantes, das diente con diente como si tuviese calentura, y miras al aire como si buscases alguna cosa.

—Gran embusterol!...mira las moscas volar, dijo Jorobeta.

—Vamos pronto, enfárdame la Alondra.... Está bien! añadió el Mochuelo viendo al bandido coger á Flor-celestial en sus brazos como se toma á un niño dormido.

Pronto al coche.....pronto!

—Pero quien me conduce.....á mí? preguntó el Dómine con voz apagada, apretando su dócil y ligero fardo en sus brazos hercúleos.

—Viejo corrido, piensa en todo, dijo el Mochuelo.

Y, abriéndose el pañolon, quitó el nudo á una faja encarnada que cubria su descarnado cuello, torció la mitad á lo largo, y dijo al Dómine.

—Abre la boca, toma la punta de esta faja entre tus dientes; aprieta bien.... Jorobeta tomará la otra punta en la mano; no tendrás mas que seguir..... A buen ciego, buen perro..... Aquí, moscon.

El jorobado dió una zancajada, murmuró en voz baja un ladrido imitativo y grotesco, tomó en su mano la otra punta de la faja, y condujo así al Dómine, mientras que el Mochuelo apresuraba el paso para ir á prevenir á Barbillon.

Hemos dejado de pintar el terror de Flor-celestial, cuando se vió en poder del Mochuelo y del Dómine. Sintió que perdió el sentido y no pudo oponer la menor resistencia.

Algunos minutos despues , la Guillabaora estaba en el coche conducido por Barbillon; aunque era de noche, estaban echadas las cortinas, y los tres cómplices se dirigieron, con su victima casi espirante, hacia el llano de San Dionisio, donde los esperaba Tom.

FIN DE LA TERCERA PARTE,

PARTE CUARTA.

SANTIAGO FERRAND.

CAPITULO I.

CLEMENCIA DE HARVILLE.

EL lector nos dispensará que abandonemos á una de nuestras heroínas en una situación tan crítica, situación cuyo desenlace referiremos mas adelante.

Las exigencias de esta narracion múltiple, por desgracia, nos obligan á pasar de un personaje á otro á fin de hacer, cuanto nos sea posible marchar y progresar el interés general de la obra (si hay interés en esta obra tan concienzuda como imperfecta.)

No se habrá olvidado que el dia anterior al en

que tuvieron lugar los acontecimientos que acabamos de referir (el robo de la Guillabaora por el Mochuelo), Rodolfo salvó á Mad. de Harville de un peligro inminente, peligro suscitado por los celos de Sarah, que habia prevenido á Mr. de Harville de la cita concedida tan imprudentemente por la marquesa á Mr. Carlos Robert.

Rodolfo profundamente conmovido con esta escena, volvió á su casa cuando salió de la calle del Temple, dejando para el dia siguiente la visita que pensaba hacer á la señorita Rigolette y á la familia del infeliz artesano de que hemos hablado, porque los creia libre de necesidades, gracias al dinero que entregó para ellos á la marquesa á fin de hacer su finjida visita de caridad mas verosimil á los ojos de Mr. de Harville. Por desgracia Rodolfo olvidó que Jorobeta se habia apoderado de aquella bolsa.

A eso de las cuatro, recibió el principe la carta siguiente:

Una muger de edad la habia llevado, y se fué sin esperar la respuesta.

«Monseñor.—Os debo mas que la vida; quisiera espresaros hoy mismo mi profundo reconocimiento. Mañana quizá la vergüenza me enmudeceria.... Si podeis hacerme el honor de venir á mi casa esta noche, concluiriais este dia como lo habeis comenzado, Monseñor... con una accion generosa.—«De Orbigny de Harville.»»

«Posdata.—No os incomodeis en responderme, Monseñor; estaré en casa toda lo noche.»»

Rodolfo, feliz por haber prestado á Mad. de Harville un servicio eminente, sentia sin embargo la especie de intimidad forzada que esta circunstancia establecia de repente entre él y la marquesa.

Incapaz de hacer traicion á la amistad de Mr. de Harville, pero profundamente prendado de la gracia y de la belleza de Clemencia, Rodolfo, advirtiendo su viva aficion á ella, habia casi renunciado á verla, despues de un mes de trato continuo.

Tambien se acordaba, no sin conmoverse, de la conversacion que habia sorprendido en la embajada de***, entre Tom y Sarah.....Esta para motivar su aborrecimiento y sus celos, afirmó, no sin razon, que Mad. de Harville sentia siempre casi sin saberlo un formal afecto hacia Rodolfo; Sarah era muy sagaz, muy sutil, estaba demasiado iniciada en el conocimiento del corazon humano para no haber comprendido que Clemencia, creyéndose desatendida, desdeñada quizá por un hombre que habia hecho en ella una impresion profunda, que Clemencia, en su despecho, cediendo á las persuaciones de una amiga pérfida, pudo interesarse, casi por sorpresa, en las desgracias imaginarias de Mr. Carlos Robert, sin olvidar por eso completamente á Rodolfo.

Otras mugeres, fieles á la memoria del hombre que habian distinguido desde un principio, hubieran sido indiferentes á las melancólicas miradas del *Comandante*. Clemencia de Harville fué pues doblemente culpable, aunque no cedió sino á la seduccion de la desgracia, y que un vivo sentimiento del deber, unido quizá á la memoria del príncipe, memoria saludable que estaba despierta en el fondo de su corazon, la habia preservado de una falta irremediable.

Rodolfo, pensando en su conferencia con Mad. de Harville, era el blanco de raras contradicciones. Bien resuelto á resistir la inclinacion que lo arrastraba hácia ella, ya se tenia por muy feliz en poderla *desamar* echándole en cara una eléc-

cion tan importuna como la de Mr. Carlos Robert, ya por el contrario sentia amargamente ver caer el prestigio con que la habia hasta entonces considerado.

.....
 Clemencia de Harville esperaba tambien esta conferencia con ansiedad; los dos sentimientos que predominaban en ella eran una dolorosa confusion cuando pensaba en Rodolfo, una aversion profunda cuando pensaba en Mr. Carlos Robert.

Muchas razones motivaban esta aversion, este aborrecimiento.

Una muger arriesgará su reposo, su honor por un hombre; pero nunca le perdonará haberla colocado en una posicion humillante ó ridicula.

Mad. de Harville, espuesta á los sarcasmos y á las insultantes miradas de Mad. Pipelet, por poco se muere de vergüenza.

Aun hay mas.

Al recibir de Rodolfo el aviso del peligro que corria, Clemencia subió precipitadamente al quinto piso: la direccion de la escalera era tal, que al subir vió á Mr. Carlos Robert vestido con su deslumbrante bata, en el momento en que, conociendo el paso ligero de la muger que esperaba, entrecabrió su puerta con aire risueño, coniado y conquistador..... La insolente fatuidad del trage *significativo del comandante* instruyó á la marquesa de cuan groseramente se habia engañado atento á este hombre. Arrastrada por la bondad de su corazon; por la generosidad de su caracter á un paso que podia perderla, le habia concedido esta cita no por amor, sino solo por conmiseracion, á fin de consolarlo del papel ridiculo que el mal gusto del duque de Lucenay le habia hecho representar delante de ella en la embajada de***

Júzguese de la desgracia, del disgusto de Mad. de Harville al ver á Mr. Carlos Robert...vestido como triunfador.

Acababan de dar las nueve en el reloj de la sala pequeña donde solia habitualmente estar Mad. de Harville.

Los modistas y los posaderos han abusado de tal modo del estilo de Luis XV, que la marquesa, muger de mucho gusto, habia desterrado de su habitacion aquella especie de lujo tan vulgarizado, relegándola á la parte de la casa de Harville destinada para los grandes recibimientos.

Nada mas elegante y distinguido que los muebles de la sala en que la marquesa esperaba á Rodolfo.

Los tapices y las cortinas eran de un género de la India, color de paja; sobre este fondo brillante se veian bordados, con seda del mismo color, arabescos del gusto mas delicado y caprichoso; cortinas dobles de encaje de Alenzon ocultaban enteramente los vidrios.

Las puertas, de madera color de rosa, tenian realces de plata sobredorada muy delicadamente cincelados que servian de cuadro en cada tablero á un medallon obalado de porcelana de Sevres de cerca de un pie de diámetro, representando pájaros y flores perfectamente acabados. Las molduras de los espejos y de las colgaduras eran tambien de madera rosa, con relieves de los mismos adornos de plata sobredorada.

El friso de la chimenea de mármol blanco y sus dos cariatides, de belleza antigua y gracia esquisita, eran debidas al cincel magistral de Marchetti, habiendo consentido este eminente artista esculpir tan deliciosa obra maestra, acordándose sin duda de que Benvenuto no desdeñó hacer modelos de jarros y de armas.

Dos candelabros del mejor gusto acompañaban al reloj colocado sobre un zócalo de jaspe oriental y superado de una ancha y magnífica cúpula esmaltada, adornada con perlas y rubíes del mejor tiempo de Florencia.

Muchos excelentes cuadros de la escuela veneciana, de tamaño mediano, completaban el conjunto de esta magnificencia superior.

Gracias á una innovacion graciosa, este lucido salon estaba iluminado por una lámpara cuyo globo de cristal deslustrado casi desaparecia en medio de flores naturales colocadas en una grande é inmensa copa de Japon azul púrpura y encarnada; suspendida del techo, como una araña, por tres gruesas cadenas de plata sobredoradas.

Insistimos en estos pormenores, sin duda pueriles, para dar una idea del buen gusto natural de Mad. de Harville (síntoma casi siempre seguro de un buen talento), y porque ciertas miserias ignoradas, ciertas misteriosas desgracias parecen aun mas penetrantes cuando contrastan con las apariencias de lo que constituye, á los ojos de todos, una vida feliz y envidiable.

Sentada en un gran sillón todo cubietto de tela color de paja, como los demas muebles, Clemencia de Harville tenia puesto un vestido de terciopelo negro, sobre el cual lucia el maravilloso trabajo de su ancho cuello y sus mangas de punto de Inglaterra, que impedían al negro terciopelo contraponerse duramente sobre la deslumbrante blancura de sus manos y de su pecho.

A medida que se acercaba el momento de su conferencia con Rodolfo, se aumentaba la emocion de la marquesa; sin embargo su confusion dió lugar á los pensamientos mas decididos, tomó el partido de confiar á Rodolfo un grande....un cruel

secreto, esperando que su estremada franqueza le conciliara quizá una estimacion de que se mostraba muy deseosa.

Reanimada por el reconocimiento, su primera inclinacion á Rodolfo, se despertaba con nueva fuerza. Uno de aquellos presentimientos que raras veces engaña á los corazones, le decia que el acaso no era el que habia llevado al príncipe tan á tiempo de salvarla, y que, dejando algunos meses de verla, habia cedido á otro sentimiento que al de la aversion. Un vago instinto suscitaba tambien en el ánimo de Clemencia dudas acerca de la sinceridad del afecto de Sarah.

Al cabo de algunos minutos, un criado, despues de haber llamado con discrecion, entró y dijo á Clemencia:

La señora marquesa quiere recibir á Mad. Asthon y á la señorita?

—Sin duda, como siempre.....respondió Mad. de Harville, y su hija entró lentamente en el salon...

Era esta una niña de cuatro años, que hubiera sido de una figura encantadora á no ser por su palidez enfermiza y su estremada flaqueza. Mad. Asthon, su aya, la tenia de la mano; Clara (este era el nombre de la niña), á pesar de su endebles, se apresuró á correr hacia su madre alargándole los brazos. Dos lazos de cinta color de cereza sugetaban encima de cada una de sus sienas sus cabellos negros, trenzados y echados al lado de su frente; su salud era tan delicada que tenia puesta una batita de seda obscura colchada, en vez de uno de sus lindos trages de muselina blanca, guarnecido de cintas iguales á las del peinado, y bien escotados, á fin de que pudiesen verse los brazos sonrosados, los bellos hombros, tan graciosos en los niños que están buenos.

Los grandes ojos negros de esta niña parecían enormes, tan huecas estaban sus mejillas. A pesar de esta apariencia débil, una sonrisa llena de donaire y de gracia dilató las facciones de Clara cuando estuvo sobre las faldas de su madre que la abrazaba con una especie de cariño triste y apasionado.

—Como lo ha pasado, Mad. Asthon? preguntó Mad. de Harville al aya.

---Bastante bien, señora marquesa, aunque un momento temí.....

---Todavía! exclamó Clemencia estrechando á su hija contra su corazón con un movimiento involuntario de susto.

---Afortunadamente, señora, me engañé, dijo el aya; el acceso no se efectuó, la señorita Clara se calmó; no espermentó mas que un momento de endebles.....Ha dormido poco despues de comer, pero no ha querido irse á acostar sin venir á abrazar á la señora marquesa.

---Pobre angelito mio! dijo Mad. de Harville colmando á su hija de besos.

Esta la acariciaba con una alegría infantil, cuando el criado abrió la puerta del salon, y anunció:

---Su Alteza serenísima Monseñor el gran duque de Gerolstein!

Clara, sentada en las piernas de su madre, le habia echado sus dos brazos al cuello y la abrazaba estrechamente. Al ver á Rodolfo, Clemencia se puso colorada, colocó á su hija suavemente sobre la alfombra, é hizo señal á Mad. Asthon de que se la llevase, y se levantó.

---Me permitireis, señora, dijo Rodolfo sonriéndose despues de haber saludado respetuosamente á la marquesa, que renuevo el conocimiento con mi antigua amiguita, que temo me haya olvidado.

Y, agachándose un poco, dió la mano á Clara.

Esta fijó en un principio curiosamente en él sus dos grandes ojos negros; luego, reconociéndolo, le hizo una graciosa demostracion con la cabeza, y le tiró un beso con sus dedos flacos.

---Reconoces á Monseñor, hija mia? preguntó Clemencia á Clara; esta bajó la cabeza afirmativamente, tiró un nuevo beso á Rodolfo.

---Su salud parece que se ha mejorado desde que no la he visto, dijo el príncipe con interés dirigiéndose á Clemencia.

---Monseñor, está un poco mejor, aunque siempre padeciendo.

La marquesa y Rodolfo, tan cortados el uno como el otro al pensar en su próxima conferencia, estaban casi satisfechos de verla retardarse algunos minutos por la presencia de Clara; pero habiéndose el aya llevado discretamente la niña, Rodolfo y Clemencia se hallaron solos.



CAPITULO II.

LAS DECLARACIONES.

EL sillón de Mad. de Harville estaba á la derecha de la chimenea, en la que Rodolfo, en pié, se apoyaba ligeramente.

Nunca á Clemencia le habia llamado mas la atencion el conjunto de las facciones del príncipe, nunca su voz le habia parecido mas dulce y mas vibrante.

Conociendo cuan penoso era á la marquesa comenzar esta conversacion, Rodolfo le dijo:

---Habeis sido, señora, victima de una traicion indigna: una vil delacion de la condesa Sarah MacGregor por poco os pierde.

---Será verdad! Monseñor? exclamó Clemencia. Mis presentimientos no me engañaban.... y como ha podido V. A. saber?....

---Ayer, por casualidad, en el baile de la condesa***, descubrí el secreto de esta infamia. Estaba sentado en un lugar retirado del jardín de invierno. Ignorando que un mazorril de verdor me separaba de ellos y me permitia oírlos, la condesa Sarah y su hermano vinieron á hablar junto á mi de sus proyectos y de un lazo que os ten-

dian. Queriendo preveniros del peligro de que estabais amenazada, me fui corriendo al baile de Mad. de Nerval, creyendo hallaros en él; no habiais parecido. Escribiros aqui esta mañana, era exponer mi carta á que cayese en manos del marques, cuyas sospechas debian despertarse. Preferí ir á esperaros en la calle del Temple, para desbaratar la traicion de la condesa Sarah. Me perdonais, no es así? que os hable tan largo tiempo de un asunto que debe seros tan desagradable? A no ser por la carta que habeis tenido la bondad de escribirme....en la vida os hubiera hablado de esto....

Despues de un momento de silencio, Mad. de Harville dijo á Rodolfo:

---No tengo mas que un modo, Monseñor, de probaros mi reconocimiento... es haceros una declaracion que no he hecho á nadie. ..Esta declaracion no me justificará á vuestros ojos, pero hará quizá que halleis mi conducta ménos culpable.

---Francamente, señora, dijo Rodolfo sonriéndose, mi posicion respecto á vos es muy rara.

Clemencia pasmada de este tono casi ligero, miró á Rodolfo con sorpresa.

---Como, Monseñor?

---Gracias á una casualidad sin duda, obligado á hacer...de padre, á propósito de una aventura, que, desde que os habeis librado del odioso lazo de la condesa Sarah, no merecia ser tomada en consideracion.....Pero, añadió Rodolfo con un viso de gravedad dulce y afectuosa, vuestro marido es para mí casi un hermano; mi padre le estaba afectuosamente agradecido..... Es muy importante que os felicite por haber vuelto á vuestro marido el reposo y la seguridad.

---Y tambien porque honrais á Mr. de Harville con vuestra amistad, Monseñor, es por lo que tengo que deciros la verdad toda entera...ya sobre una eleccion que debe pareceros tan desgraciada como lo es realmente....ya acerca de mi conducta, que ofende al que V. A. llama casi su hermano....

---Me tendré siempre señora, por feliz y envidado con la menor prueba de vuestra confianza. Entretanto, permitidme que os diga, respecto á la eleccion de que hablais, que sé cedisteis tanto á un sentimiento de compasion sincera como á la persecucion de la condesa Sarah Mac-Gregor, que tenia sus razones para querer perderos.... Sé tambien que habeis vacilado mucho tiempo antes de resolveros á dar el paso que tanto sentis ahora.

Clemencia miró al príncipe con sorpresa.

---Esto os pasma? Os diré mi secreto otro dia, á fin de no pasar á vuestros ojos por un hechicero, repuso Rodolfo sonriéndose.---Pero vuestro marido está completamente tranquilo.

---Si, Monseñor, dijo Clemencia bajando los ojos con confusion; y, os lo confieso, me es sensible oírle pedirme perdon por haber sospechado de mí, y enagenarse de mi modesto silencio atento á mis buenas obras.

---Es feliz con su ilusion, no le reprendais ; mantenedle siempre , en su dulce error... Si no me estuviera vedado hablar inconsideradamente de esta aventura, y si no se tratase de vos, señora, diria que nunca una muger es mas dulce con su marido que cuando tiene alguna culpa que disimular. No se tiene idea de todos los mimos seductivos que inspira una mala conciencia, no se imaginan todos los graciosos primores que hace muchas veces producir una perfidia....

Cuando yo era jóven , añadió Rodolfo sonriéndose , sentia siempre , una vaga desconfianza cuando se me mostraba mucha terneza ; y como por mi parte no me sentia nunca mas amable que cuando tenia alguna cosa que hacerme perdonar , luego que se mostraban conmigo tan pérfidamente amable como yo queria parecerlo , estaba bien seguro de que aquella deliciosa conformidad... ocultaba una infidelidad.

Mad. de Harville se pasmaba de oír hablar á Rodolfo chanceándose de una aventura que hubiera podido tener para ella resultados tan terribles ; pero descubriendo pronto que el principe , con esta afectacion de ligereza , trataba de aminorar la importancia del servicio que le habia prestado , le dijo profundamente afectada.

—Comprendo vuestra generosidad , Monseñor... Os permito ahora chancear y olvidar el peligro de que me habeis librado.... Pero lo que tengo que deciros es tan grave , tan triste , tiene tanta relacion con los acontecimientos de esta mañana , vuestros consejos pueden serme tan útiles que os suplico recordéis que me habeis salvado el honor y la vida..... si , Monseñor , la vida... Mi marido estaba armado ; me lo manifestó en el exceso de su arrepentimiento ; queria matarme!...

—Gran Dios! exclamó Rodolfo con emocion viva.

—Estaba en su derecho.... repuso amargamente Mad. de Harville.

—Os lo suplico encarecidamente , señora , respondió Rodolfo con mucha seriedad , creedme , soy incapaz de permanecer indiferente á lo que os interesa ; si ahora chanco , es porque no queria agravar tristemente vuestros pensamientos respecto á lo de esta mañana , que ha debido causaros una terrible agitacion. Ahora , señora , os escu-

cho religiosamente , pues me haceis el favor de decirme que mis consejos pueden servir para alguna cosa.

—Oh!seran muy útiles, Monseñor! Pero; antes de pedirlos, permitidme que os diga algunas palabras de un tiempo pasado que ignorais..... de los años que precedieron á mi casamiento con Mr. de Harville.

Rodolfo inclinó la cabeza , y Clemencia continuó:

—De diez y seis años perdí á mi madre, dijo, sin poder contener una lágrima; no os diré cuanto la adoraba: figuraos, Monseñor, el ideal de la bondad sobre la tierra; su cariño hacia mí era estremado; hallaba en él un consuelo profundo á amargas penas..... Gustando poco del mundo, de salud delicada, naturalmente muy sedentaria, su mayor placer fué encargarse ella sola de mi instruccion; porque sus conocimientos sólidos y variados, le permitian cumplir mejor que nadie la tarea que se habia impuesto.

Juzgad, Monseñor, cual seria la sorpresa de mi madre, y la mia, cuando á los diez y seis años, en el momento en que mi educacion estaba casi terminada, mi padre, nos anunció que una viuda jóven muy distinguida, á quien grandes desgracias hacian muy interesante, se encargaria de concluir lo que mi madre habia comenzado.... esta se negó en un principio al deseo de mi padre, y yo misma le supliqué que no colocase entre mi madre y yo á una estraña; fué inexorable, apesar de nuestras lágrimas. Mad. Roland, viuda de un coronel que murió en la India.... segun decia ella, vino á habitar con nosotros, y fué encargada de cumplir conmigo las funciones de maestra....

—Como! es aquella Mad. Roland con quien vuestro padre se casó casi poco despues de vuestro matrimonio?

—Si, Monseñor.

—Era muy hermosa?

—Medianamente, Monseñor.

—De mucho talento?

—Disimulo.... artificio.... nada mas..... Tenia unos veinte y cinco años, pelo rubio, muy claro, cejas casi blancas, ojos grandes redondos azules claros.... su fisonomia era humilde y decorosa; su carácter, pérfido hasta la crueldad, era en las apariencias agradable hasta la bajeza.

—Y su instruccion?

—Completamente nula, Monseñor, no puedo comprender como mi padre, hasta entonces tan esclavo de la decencia, no habia pensado que la incapacidad de aquella muger descubriria escandalosamente el verdadero motivo de su presencia en casa. Mi madre le hizo observar que Mad. Roland era muy ignorante; le respondió con un acento que no admitia réplica, que, supiese, ó no, esta jóven viuda conservaria en casa.... la posicion en que se le habia colocado. Lo supe mas adelante: desde este momento mi pobre madre lo comprendió todo, y se conmovió, deplorando menos, la infidelidad de mi padre que los desórdenes interiores que esta amistad debía acarrear.... y cuyo escándalo podia llegar hasta mí.

—En efecto, desde el punto de vista de su necia pasion, vuestro padre hacia, me parece, un mal cálculo introduciendo esa muger en su casa.

—Vuestra sorpresa se aumentará, Monseñor, cuando sepais que mi padre es el hombre del carácter mas formal é inflexible que conozco; era preciso, para llevarlo á semejarle olvido el influ-

jo excesivo de Mad. Roland, influjo tanto mas cierto quanto que ella lo disimulaba bajo el esterior de una violenta pasion por él.

—Que edad tenia entonces vuestro padre? —

—Unos sesenta años.

—Y creia en el amor de aquella muger? —

—Mi padre fué uno de los hombres mas á la moda de su tiempo... Mad. Roland, obedeciendo á su instinto ó á consejos hábiles....

—Consejos?... Y quien podia aconsejarla?

—Os lo diré ahora, Monseñor. Conociendo que un hombre de buena suerte, cuando llega á la vejez, quiere tanto mas ser lisongeadó, quanto que estas alabanzas le recuerdan el mas hermoso tiempo de su vida, aquella muger, lo creereis, Monseñor? lisongeo á mi padre acerca de la gracia y el atractivo de sus facciones, acerca de la elegancia inimitable de su cuerpo y de su talento; y tenia sesenta años.... todo el mundo apreciaba su inteligencia superior, y cayó ciegameñte en aquel lazo grosero. Tal ha sido, tal es todavia, no lo dudo, la causa de la influencia de esa muger sobre él.

—Y sin duda, castigada ahora por su falsedad, sufre las consecuencias de su amor apasionado fingido; vuestro padre le ha cogido la palabra, la colma de soledad y de amor.... Luego; permitidme que os lo diga, la vida de vuestra madrastra debe ser tan insoportable como feliz la de su marido: figuraos la orgullosa alegría de un hombre de sesenta años, habituado á triunfar, que se cree todavia tan apasionadamente amado por una muger jóven, que le inspira el deseo de encerrarse con él en un completo aislamiento.

—Así, Monseñor, pues mi padre es feliz, no tendré quizá que quejarme de Mad. Roland, pe-

ro su odiosa conducta para con mi madre... pero la parte por desgracia demasiado activa que tomé.... en mi casamiento, causan la aversion que le tengo, dijo Mad. de Harville, despues de titubear un momento.

Rodolfo la miró con sorpresa.

—Mr. de Harville es amigo vuestro, Monseñor, prosiguió Clemencia con voz firme. Sé cuan graves son las palabras que acabo de pronunciar... Ahora mismo me direis si son justas. Pero vuelvo á Mad. Roland, establecida á mi lado como maestra, no obstante su incapacidad reconocida. Mi madre tuvo, con este motivo, serias conferencias con mi padre y le manifestó qué, queriendo al menos protestar contra la intolerable posicion de aquella muger, no se presentaria de allí adelante en la mesa, si Mad. Roland no salia al instante de casa. Mi madre era la misma bondad; pero de una indomable firmeza cuando se trataba de su dignidad personal. Mi padre estuvo inflexible. Ella cumplió su promesa; desde aquel momento vivimos completamente retiradas en su habitacion. Mi padre me manifestó tanta frialdad como á mi madre mientras Mad. Roland hacia casi públicamente los honores de nuestra casa, siempre en calidad de maestra mia.

—Vuestra madre debia sufrir horribilmente.

---Mas por mí que por ella, Monseñor, porque pensaba en el porvenir... Su salud, ya muy delicada se debilitaba cada vez mas; cayó enferma de gravedad; la fatalidad quiso que el médico de casa, Mr. Sorbier, muriese: mi madre tenia plena confianza en él, lo sintió vivamente. Mad. Roland tenia por médico y amigo á un doctor italiano de gran mérito, segun decia ella; mi padre engañado lo consultó algunas veces, le fué

bien, y lo propuso á mi madre, la cual admitió ay! y él fué quien la asistió en su última enfermedad.... A estas palabras, los ojos de Mad. de Harville se llenaron de lágrimas. Me dá vergüenza confesaros esta debilidad, Monseñor, añadió, pero solamente por haber Mad. Roland dado este médico á mi madre, me inspiraba (entonces sin razon ninguna) una aversion involuntaria; vi con una especie de temor á mi madre concederle su confianza; sin embargo en cuanto á ciencia, el doctor Polidori.....

—Que decis, señora? exclamó Rodolfo.

—Que teneis, Monseñor? dijo Clemencia pasmada con la espresion de la cara de Rodolfo.

—Señora; algunas palabras acerca de Polidori, dijo Rodolfo á Mad. de Harville, que lo miraba con una sorpresa cada vez mayor, que edad tenia ese italiano?

—Unos cincuenta años.

—Y su figura..... su fisonomia?

—Siniestra..... no olvidaré nunca sus ojos de un verde claro..... su nariz encorbada como el pico de un águila.....

—El es..... él es sin duda!..... exclamó Rodolfo.



CAPITULO III.

CONTINUA LA NARRACION.

Y creéis, señora, que el doctor Polidori vive todavía en Paris? preguntó Rodolfo á Mad. de Harville.

—No lo sé, Monseñor. Como un año despues del casamiento de mi padre, dejó á Paris; una muger amiga mia, de quien tambien era médico ese italiano en aquella época..... Mad. de Lucenay... .

—La duquesa de Lucenay! exclamó Rodolfo.

—Si, Monseñor.... Por qué esa sorpresa?

—Permitidme os oculte la causa..... Pero en esa época, qué os decia Mad. de Lucenay acerca de ese hombre?

—Que recibia á menudo, despues de su partida de Paris, cartas muy instructivas acerca del pais que visitaba; porque viajaba mucho..... Ahora..... me acuerdo que hace cosa de un mes, preguntando á Mad. de Lucenay si seguia recibiendo noticias de Mr. Polidori, me respondió como turbada que habia mucho tiempo no oía hablar de él, que se ignoraba que le habia sucedido, que algunas personas lo creían muerto.....

—Eso es singular.... dijo Rodolfo, acordándose de la visita de Mad. de Lucenay al curandero Bradamanti.

—Conoceis á ese hombre, Monseñor?

—Sí, por desgracia mia.... Pero, por favor, continuad vuestra narracion, mas adelante os dire lo que es ese Polidori....

—Cómo? ese médico....

—Decid mas bien ese hombre manchado con los crímenes mas odiosos.

—Los crímenes!.... exclamó Mad. de Harville con espanto; ha cometido crímenes ese hombre... el amigo de Mad. Roland y el médico de mi madre! Mi madre murió en sus manos despues de algunos dias de enfermedad. Ah! Monseñor, me espantais....me decis demasiado....ó lo bastante!....

—Sin acusar á ese hombre de un crimen mas, sin acusar á vuestra madrastra de una horrenda complicidad, digo que debeis quizá dar gracias á Dios de que vuestro padre, despues de casado con Mad. Roland, no haya necesitado de la asistencia de Polidori....

—Oh! Dios mio! exclamó Mad. de Harville con una espresion que partia el corazon, mis presentimientos no me engañaban pues?

—Vuestros presentimientos?

—Si....ahora, os hablaba de la aversion que me inspiraba ese médico porque habia sido introducido en casa por Mad. Roland....no os lo decia todo, Monseñor...

—Como?

—Temia acusar á un inocente. Pero voy á deciroslo todo, Monseñor. La enfermedad de mi madre duraba cinco dias habia; siempre la asistia yo. Una noche fui á respirar el aire del jardin en la azotea de mi casa. Al cabo de un cuarto de ho-

ra, volví por un corredor largo y obscuro. A la escasa claridad de una luz que salía por la puerta de la habitación de Mad. Roland, vi salir á Mr. Polidori. Estaba yo en la sombra; ellos no me veían. Mad. Roland le dijo en voz muy baja algunas palabras que no pude entender. El médico respondió en tono mas alto estas solas palabras: *Pasado mañana*. Y como Mad. Roland le hablase todavía en voz baja, repuso él con un acento singular: *Pasado mañana os digo, pasado mañana*.

—Qué significaban esas palabras?

—Lo que significaban, Monseñor? El miércoles por la noche, Mr. Polidori decía: *Pasado mañana*.....El Viernes.....mi madre estaba muerta!....

—Oh! eso es horroroso!....

—Cuando pude reflexionar y acordarme de aquellas palabras, *Pasado mañana*, que parecían predecir la época de la muerte de mi madre, creí que Mr. Polidori, instruido por la ciencia del poco tiempo que mi madre tenía que vivir, se había apresurado á instruir de ello á Mad. Roland.... Mad. Roland, que tenía tantas razones para alegrarse de esta muerte.....Esto solo me hizo cobrar horror á aquel hombre y á aquella muger.... Pero nunca me hubiera atrevido á suponer....Oh! no, no, aun ahora no puedo creer en semejante crimen!

—Vuestra desgraciada madre no tuvo mas médico que á Polidori?

—El día anterior al en que la perdí, aquel hombre trajo para consultarlo á un compañero suyo. Segun lo que en seguida me dijo mi padre, el tal médico encontró á mi madre de mucho peligro.... Despues de aquel funesto acontecimiento, se me condujo á casa de una parienta nuestra, que había querido tiernamente á mi madre.

Olvidando la reserva que mi edad exigía, esta parienta me manifestó sin reserva cuantas razones tenia para aborrecer á Mad. Roland. Me instruyó acerca de las ambiciosas esperanzas que esta muger debió desde luego concebir.

Esta revelacion me desazonó mucho; comprendi en fin todo lo que mi madre debió padecer. Cuando volvi á ver á mi padre, mi corazon se traspasó de dolor; venia á buscarme para llevarme á Normandia, donde debiamos pasar los primeros dias de nuestro luto. En el camino lloró mucho, y me dijo que no tenia mas que á mí que le ayudase á soportar golpe tan horroroso. Le respondi con expansion que no me quedaba mas que él habiendo perdido á la mas adorada de las madres..... Despues de algunas palabras acerca del embarazo en que se hallaria si se viese forzado á dejarme sola durante las ausencias que sus negocios le obligaban á hacer de cuando en cuando, me manifestó sin transicion y como la cosa mas natural del mundo, que, por su felicidad y por la mia, Mad. Roland consentia en tomar la direccion de su casa y en servirme de guia y de amiga.

La sorpresa, el dolor, la indignacion me enmudecieron; lloré en silencio: mi padre me preguntó la causa de mis lágrimas; dije, sin duda con mucha amargura, que nunca habitaria en la misma casa que Mad. Roland; porque despreciaba á esta muger tanto como la aborrecia por causa de las penas que habia causado á mi madre. Combatí lo que llamaba niñada mia, y me dijo friamente que su resolucion era inmutable, y que yo me someteria á ella.

Le supliqué me permitiese retirarme al Sagrado-Corazon, donde tenia algunas amigas; y que estaria allí hasta el momento que juzgase oportuno ca-

sarme. Me hizo observar que habia pasado el tiempo en que se casaban en la reja de un convento; que mi prisa en dejarlo le seria muy sensible, si no viese en mis palabras una exaltacion excusable, pero poco sensata, que se calmara necesariamente; luego me abrazó, llamándome mala cabeza.

Ay! en efecto era menester someterme. Juzgad, Monseñor, mi dolor, vivir siempre con una muger á quien casi acusaba de la muerte de mi madre.....Preveia las escenas mas crueles entre mi padre y yo, no pudiendo ninguna consideracion impedirme el odio que tenia á Mad. Roland. Me parecia que así vengaba á mi madre..... mientras la menor palabra afectuosa dicha á aquella muger me hubiera parecido una cobardia sacrilega.

—Dios mio, que penosa os debió ser esa existencia y cuan léjos estaba yo de pensar que hubieseis padecido tanto! Nunca una palabra vuestra me hizo sospechar.....

—Es que entouces, Monseñor, no tenia porque disculparme á vuestros ojos de una debilidad imperdonable.....Si os hablo tan largamente de aquella época de mi vida, es para haceros comprender en que posicion me hallaba cuando me casé....

Al llegar á Anbiens (este es el nombre de la posesion de mi padre), la primera persona que vino á recibirnos fué Mad, Roland. Habia ido á establecerse á aquella hacienda el dia en que murió mi madre. A pesar de su apariencia humilde y halagüeña, dejaba ya descubrir una alegria triunfante mal disimulada. No olvidaré nunca la mirada irónica y maligna á la vez que me lanzó cuando llegamos; parecia querer decirme:—Estoy aquí en mi casa, vos sois la estraña.—Una nueva pena me estaba reservada: por impudencia desvergonzada, aque-

Ella muger ocupaba la habitacion de mi madre. En medio de mi indignacion, me quejé á mi padre de semejante inconveniencia; me respondió severamente que eso debia sorprenderme tanto menos cuanto que era menester habituarme á considerar y respetar á Mad. Roland como á una segunda madre. Le dije que eso seria profanar aquel nombre sagrado; y con gran enojo suyo no dejé ninguna ocasion de manifestar mi aversion á Mad. Roland; muchas veces se enfadó y me reprendió duramente delante de esta muger. Me echaba en cara mi ingratitud, mi frialdad respecto al ángel de consuelo que la Providencia nos habia enviado.— Os suplico, padre mio, que hablais por vos, le dije un dia.—Me trató cruelmente. Mad. Roland, con su voz melosa, intercedió por mí con una profunda hipocresia.—Sed indulgente con Clemencia, decia; las penas que le inspira la escelente persona que lloramos todos son tan naturales, tan laudables, que es preciso tener en consideracion su dolor, y compadecerla hasta en sus enfados. Y bien! me decia mi padre mostrándome á Mad. Roland con admiracion, lo escuchais! es bastante buena? bastante generosa? Arrojandoos á sus brazos es como debiais responderle.—Eso es inútil, padre; la señora me aborrece y yo la aborrezco.—Ah! Clemencia..... me haceis mucho mal.... pero os perdono; añadió Mad. Roland alzando los ojos al cielo.—Amiga mia! mi noble amiga! exclamó mi padre con voz conmovida, calmaos, os lo suplico; por respecto á mí, tened piedad de una necia bastante digna de compasion por desconoceros así! Luego, lanzándome miradas irritadas: temblad, gritó.—Mi madre me vé y me oye... no me perdonaria esta vileza; dije á mi padre, y me salí dejándolo ocupado en consolar á Mad.

Roland y en enjugar sus mentidas lágrimas..... Perdonad, Monseñor, que me detenga en estas puerilidades, pero ellas solas pueden daros una idea de la vida que pasaba entonces.

—Creo asistir á escenas interiores tristes y demasiado verdaderas.....En cuantas familias han debido renovarse, y cuantas veces se renovarán todavía!.... Nada mas vulgar, y por lo tanto nada mas hábil que la conducta de Mad. Roland; la simplicidad de medios en la perfidia la pone al alcance de tantas inteligencias medianas....pero en que calidad presentaba á Mad. Roland á los vecinos?

—Como mi maestra y mi amiga..... y por tal se la tenia.

---No necesito preguntaros si vivia en el mismo aislamiento?

---A escepcion de algunas raras visitas forzadas por las relaciones de vecindad y de negocios, no veiamos á nadie; mi padre completamente abismado en su pasion y cediendo á las instancias de Mad. Roland, dejó, al cabo de tres meses apenas, el luto de mi madre, bajo pretexto que el luto... se llevaba en el corazon..... Su frialdad conmigo aumentó cada vez mas, su indiferencia llegaba hasta el punto de dejarme una libertad increíble para una jóven de mi edad. Lo veia á la hora del almuerzo; entraba en seguida en su habitacion con Mad. Roland que le servia de secretario para su correspondencia de negocios, luego salia con ella en coche ó á pié, y no volvia hasta una hora antes de comer.....Mad. Roland se componia lindamente, mi padre se vestia con un esmero extraño á su edad; algunas veces, despues de comer, recibia á las personas que no podia dejar de ver; jugaba en seguida, hasta las diez, una partida de

chaquete con Mad. Roland, luego le ofrecia el brazo para conducirla á la habitacion de mi madre, le besaba respetuosamente la mano, y se retiraba. En cuanto á mí, podia disponer del dia, montar á caballo seguida de un criado, ó dar á mi placer largos paseos en los bosques que rodeaban el castillo: algunas veces, llena de tristeza, ni aun me presentaba en el almuerzo, mi padre no se alligia por ello.....

Rodolfo no pudo menos de exclamar.

—Que olvido tan singular....que abandono!

Un dia vino mi padre á mi habitacion para decirme, os declaro que, así que concluya el tiempo de mi luto rigoroso y del vuestro, me casaré con Mad. Roland. Tendreis pues en adelante que tratarla con el respeto y con las atenciones que merece.... mi *muger*..... Por razones particulares, es necesario que os caseis antes que yo; los bienes de vuestra madre ascienden á mas de un millon; ese es vuestro dote. Desde hoy me ocuparé activamente en buscaros una union conveniente examinando algunas proposiciones que se me han hecho respecto á vos; la constancia con que atacais, á pesar de mis súplicas, á una persona á quien quiero, me manifiesta el cariño que me teneis. Mad. Roland desprecia esos ataques; pero yo no sufriré que tales incomodidades se renueven en mi propia casa.

—Despues de esta última conversacion, viví aun mas aislada. No veia á mi padre sino á las horas de comer, que se pasaban en un profundo silencio. Mi vida era tan triste: que esperaba con impaciencia el momento en que mi padre me propusiese un casamiento cualquiera, para aceptarlo.... Mad. Roland, habiendo renunciado á hablar mal de mi madre, se vengaba haciéndome padecer un

suplicio continuo: afectaba, para exasperarme, servirse de mil cosas que habían pertenecido á mi madre: su sillón, los libros de su biblioteca particular, hasta un abanico de chimenea que yo le había bordado, y en medio del cual se veía su cifra. Aquella muger lo profanaba todo.

—Oh, exclamó Rodolfo; comprendo cuanto horror debían causaros esas profanaciones.

—Y también la soledad hace las penas mas dolorosas.....

—Y no teniais nadie,... nadie con quien tener confianza?

—Nadie,... Sin embargo recibí una prueba de interés que me enterneció, y que hubiera debido instruirme acerca del porvenir: Mr. Dorval, antiguo y honrado escribano, á quien mi madre habia hecho algunos servicios interesándose por una sobrina suya. Segun la prohibicion de mi padre no bajaba nunca al salón cuando habia personas extrañas....no habia vuelto á ver á Mr. Dorval, cuando con gran sorpresa mia, vino el día menos pensado, con aire misterioso, á verme en una calle de árboles del parque, donde acostumbraba pasearme. Señorita, me dijo, temo ser sorprendido por el conde, leed esta carta, y quemadla luego, su contenido os importa mucho...Y se fué.

En aquella carta me decia que se trataba de casarme con el marques de Harville; este partido parecia conveniente por todos estilos; se me respondia de las buenas calidades de Mr. de Harville; era jóven, muy rico, de un talento no comun, de figura agradable....Y sin embargo las familias de dos jóvenes con quienes debia haberse casado Mr. de Harville habian bruscamente desecho el proyectado matrimonio.....El escribano no podia darme la razon de semejante rompimiento,

pero creia deber suyo prevenírmelo, sin querer con todo eso que la causa de aquellos rompimientos fuese perjudicial á Mr. de Harville. Las dos jóvenes de quienes se trataba eran hijas, la una de Mr. de Beauregard, par de Francia, la otra de lord Boltrop. Mr. Dorval me hacia esta confianza, porque mi padre, muy impaciente en concluir mi casamiento, parecia que no daba mucha importancia á las circunstancias que se me indicaban,



CAPITULO IV.



CONTINUA LA NARRACION.

EN efecto, dijo Rodolfo despues de haber reflexionado algunos momentos, me acuerdo ahora que vuestro marido, con un año de intervalo me dió sucesivamente parte de dos casamientos proyectados, que, prontos á concluirse, se habian roto repentinamente, segun me escribia, por algunas discusiones de intereses.....

Mad. de Harville se sonrió tristemente, y respondió:

—Ahora sabreis la verdad, Monseñor.... Despues de haber leído la carta del antiguo escribano, tuve tanta curiosidad como inquietud. ¿Quién era Mr. de Harville? Mi padre no me habia nunca hablado de él. Pregunté en vano á mi memoria, no me acordaba de aquel nombre. Pronto, con gran sorpresa mia, salió Mad. Roland para Paris. Su viaje debia durar ocho dias á lo mas; sin embargo mi padre tuvo gran tristeza con esta separacion pasagera; su caracter se agrió: me mostró mayor frialdad. No pudo ménos de responderme, un dia que le pregunté como estaba:—Estoy malo, y es por culpa vuestra.—Culpa mia?—Ciertamente. Sa-

beis cuan habituado estoy á la sociedad de Mad. Roland, y esta admirable muger que habeis ultrajado hace solo por vuestro interes un viage que la tiene separada de mi. Esta prueba de *interes* de Mad. Roland me asustó, tuve un vago instinto de que se trataba de mi casamiento. Podeis pensar, Monseñor, cual seria la alegría de mi padre cuando volvió mi futura madrastra. El día siguiente me hizo ir á su habitacion; estaba solo con ella.—He pensado, me dijo, en estableceros. Vuestro luto concluye dentro de un mes. Mañana llegará aquí Mr. de Harville, jóven muy distinguido, muy rico, y en todo capaz de asegurar vuestra felicidad. Os ha visto en el mundo; desea vivamente esta union, todos los asuntos de intereses estan arreglados. Dependerá, pues, de vos estar casada antes de seis semanas. Si, por el contrario, por un capricho que no puedo preveer os negais á este partido casi inesperado, me casaré segun tengo pensado, así que hubiere espirado el tiempo de mi luto. En este último caso, debo declararoslo...vuestra presencia en mi casa no me seria agradable si no me prometiais tener á *mi muger* el afecto y el respeto que se merece.—Os comprendo. Si no me caso con Mr. de Harville os casais; y entonces, por parte vuestra y por la de la señora no hay inconveniente alguno en que me retire al Sagrado Corazon.—Ninguno, me respondió friamente.

—Ah! eso no es debilidad, es crueldad!.... exclamó Rodolfo.

—Sabeis, Monseñor, que es lo que me ha impedido siempre tener el menor resentimiento contra mi padre? Una especie de prevision me advertia que algun dia debia pagar, ay! bien cara su ciega pasion á Mad. Roland. Y, gracias á Dios, este dia no ha llegado aun.....

—Y no le digisteis nada de lo que os habia hecho saber el antiguo escribano acerca de los dos casamientos tan repentinamente deshechos por las familias con quienes debia unirse Mr. de Harville?

—Si, Monseñor.... aquel mismo dia supliqué á mi padre que me concediese un momento de conferencia particular.—No tengo secreto para Mad. Roland, podeis hablar delante de ella, me respondió.—Guardé silencio.—Mi padre repuso con severidad:—Os lo repito, no tengo secreto para Mad. Roland. Explicaos pues con claridad.—Si lo permitis, padre, esperaré á que esteis solo.—Mad. Roland se levantó bruscamente y se fué.—Ya estais satisfecha, me dijo. Ahora bien! hablad.—No tengo aversion ninguna á la union que me proponéis; pero he sabido que habiendo Mr. de Harville estado dos veces para casarse..... Bien, bien, replicó mi padre interrumpiéndome; sé lo que ha sido. Estos rompimientos se verificaron de resultas de discusiones de intereses en las que la delicadeza de Mr. de Harville quedó completamente á cubierto. Si no teneis mas objeciones que esa, podeis teneros por casada.... y dichosamente casada, porque no quiero mas que vuestra felicidad.

---Sin duda Mad. Roland se alegraria mucho de esa reunion?

---Alegrarse? Si, Monseñor, dijo amargamente Clemencia, oh muy alegre!.... porque esa union era obra suya. Habia dado la primera idea á mi padre.... Sabia la verdadera causa del rompimiento de los dos primeros casamientos de Mr. de Harville.... he aqui porque tenia tanto empeño en casarlo conmigo.

---Pero con qué objeto?

---Quería vengarse de mí sacrificándome á una suerte horrorosa.....

---Pero vuestro padre....

---Engañado por Mad. Roland, creyó que las discusiones acerca de intereses eran solo la causa de haberse desbaratado los proyectos de Mr. de Harville.

---Qué trama tan horrible.....Pero esa razon misteriosa?

---Ahora os lo diré, Monseñor. Mr. de Harville llegó á Aubieres; sus modales, su talento, su figura me agradaron, tenia buenas apariencias, su caracter era amable, un poco triste. Noté en él un contraste que me admiraba y agradaba á la vez; su talento estaba muy cultivado, sus bienes eran muy cuantiosos, su nacimiento ilustre; y no obstante á veces su fisonomia, de ordinario enérgica y resuelta, espresaba una especie de timidez casi medrosa, abatimiento y desconfianza de sí, que me hizo mucha impresion. Me agradaba verle manifestar una gran confianza á un ayuda de cámara muy viejo que lo habia criado. Algun tiempo despues de su llegada, Mr. de Harville estuvo dos dias encerrado en su habitacion; mi padre quiso verlo....El antiguo criado se opuso á ello, prestando que su amo tenia una jaqueca tan grande, que no podia absolutamente recibir á nadie. Cuando Mr. de Harville se volvió á presentar, lo hallé muy pálido, muy cambiado.....Mostroba una especie de impaciencia casi triste cuando se le hablaba de aquella indisposicion pasagera.... A medida que iba conociendo Mr. de Harville, descubria en él cualidades que me [eran simpáticas..... Tenia tantas razones para ser feliz, que me agradaba su modestia en la felicidad.... Convenida la época de nuestro casamiento, prevenia mis me-

nores deseos en nuestros proyectos para lo sucesivo. Si algunas veces le preguntaba la causa de su melancolia, me hablaba de su madre, de su padre, que se hubieran alegrado mucho de verlo casado á su gusto. No hubiera parecido bien en mí no admitir razones que me eran tan lisongeras.... Mr. de Harville descubrió las relaciones en que hasta entonces habia yo vivido con Mad. Roland y con mi padre, aunque este, feliz por mi casamiento, que adelantaba el suyo, se manifestó muy cariñoso conmigo. En muchas conversaciones, Mr. de Harville me hizo conocer con mucho tacto y reserva que me amaba quizá aun mas en razon de mis penas pasadas.... Creí deber, acerca de esto, prevenirle que mi padre pensaba volverse á casar; y cuando le hablé del cambio que esta union produciria en mis bienes, no me dejó acabar, y dió pruebas del mas noble desinterés; las familias con quienes habia estado á punto de aliarse debian ser demasiado ridiculas, pensaba yo entonces, para haber tenido graves dificultades de interes con él.

---Así es como lo he conocido siempre, dijo Rodolfo, de talento, afectuoso, delicado.....¿pero no le hablasteis nunca de sus dos matrimonios frustrados?

---Os lo confieso, Monseñer, viéndolo tan honrado, tan bueno, muchas veces esta pregunta se me vino á los labios.....pero al momento, por temor tambien de lastimar aquella honradez, aquella bondad, no me atrevia tocar semejante asunto....Mientras mas se acercaba el dia fijado para nuestro casamiento, mas feliz se creia Mr. de Harville....Sin embargo dos ó tres veces lo ví oprimido de una gran tristeza..... un dia, entre otros, fijó en mí sus ojos en los cuales corrian lagri-

mas : se diria que queria y que no osaba confiarme un secreto importante..... la memoria del rompimiento de sus dos casamientos me vino á la mente..... Lo confieso, tuve miedo.... Un presentimiento secreto me advirti6 que se trataba quizá de la desgracia de mi vida entera.....pero estaba tan atormentada en casa de mi padre que vencí mis temores.....

---Y Mr. de Harville no os confi6 nada?

---Nada.....Cuando le pregunté la causa de su melancolia, me respondi6:---Perdonadme, tengo la felicidad triste.....Estas palabras, pronunciadas con una voz afectuosa, me tranquilizaron un poco... Y luego, como atreverme.....en el momento mismo, en que sus ojos estaban bañados en lágrimas, á manifestarle una desconfianza injuriosa respecto de lo pasado?

—Los testigos de Mr. de Harville, Mr. de Lucenay y Mr. de Saint-Remy, llegaron á Anbières algunos dias antes de mi casamiento; mis parientes mas inmediatos fueron los solos convidados. Debíamos, inmediatamente, despues de la misa partir para Paris..... No amaba á Mr. de Harville; pero me interesaba; su carácter me inspiraba estimacion.... A no ser por los acontecimientos que siguieron á esta fatal union, un sentimiento mas tierno me hubiera sin duda para siempre unido á él.....Nos casamos.....

—Concluido el casamiento, mi padre me estrechó tiernamente en sus brazos, Mad. Roland me abrazó tambien, no podia yo en presencia de tanta gente huir el cuerpo á esta nueva hipocresia; con su mano seca y blanca me apretó la mia hasta el extremo de dolerme, y me dijo al oido, con voz almidaradamente pérfida, estas palabras que no olvidaré nunca:—«Pensad algunas veces en

mí enmedio de vuestra felicidad, *porque yo soy la que he hecho vuestro casamiento.....*» Ay! estaba lejos de comprender entonces el verdadero sentido de sus palabras. Nuestro casamiento se verificó; de allí á poco nos metimos en el coche..... acompañados de una criada para mí y del viejo ayuda de cámara de Mr. de Harville; caminabamos tan rápidamente que debíamos estar en París antes de las diez de la noche.

El silencio y la melancolía de Mr. de Harville me hubiera pasmado, si no hubiese sabido que tenía, según me dijo, la *felicidad triste*. Estaba yo tan conmovida, volvía á París por primera vez después de la muerte de mi madre; y luego, aunque me tuviese mucha razón para echar de ménos la casa paterna, estaba en la mía..... y la dejaba por una en que todo me sería nuevo, desconocido, donde iba á llegar sola con mi marido, que conocía apenas seis semanas hacia, y que hasta el día antes no me habia dicho una palabra que no tubiese el caracter de la mas respetuosa formalidad. Quiza no se hizo cargo del temor que causa el repentino cambio de tono y de modales, á que están tambien sujetos los hombres mejor educados desde el momento que les pertenecemos.... no se piensa que la jóven no puede en algunas horas olvidar su timidez, sus escrúpulos de soltera.

—Nada me ha parecido siempre mas bárbaro ni mas rústico que esa costumbre de llevarse brutalmente á una jóven como á una presa, cuando el matrimonio no debia ser sino la consagracion del derecho de emplear todos los recursos del amor, todas las seducciones del cariño apasionado para hacerse amar.

—Comprendeis entonces, Monseñor, el quiberan-

to y el vago vapor con que volvía á Paris, á aquella ciudad en que habia muerto mi madre apenas habia un año. Llegamos á la casa de Harville....

La emoción de la jóven se aumentó, sus mejillas se enrojecieron, y añadió con voz que destrozaba el corazón:

—Es menester sin embargo que lo sepais todo.....sin eso.....os parecería muy despreciable... Pues bien!.....prosiguió con una resolución desesperada, se me condujo á la habitación que me estaba destinada.....me dejaron sola....Mr. de Harville vino á reunirse me.....A pesar de sus protestas de cariño, me moría de espanto.... el llanto me ahogaba.....era suya..... era menester conformarme.....Pero pronto mi marido me asió del brazo apretándomelo mucho, dando un grito terrible..... quiero en vano librarme de aquel apretón..... Implorar su compasión.....no me escucha... su cara está contraída por espantosas convulsiones.....sus ojos se mueven á todos lados en su órbita con una rapidez que me fascina....su boca torcida está llena de una espuma ensangrentada.... Su mano no me dejaba....hago un esfuerzo desesperado....sus dedos envarados abandonan en fin mi brazo....y me desmayo en el momento en que Mr. de Harville bregaba con el parasismo de aquel terrible ataque..... Esta fué mi noche de boda, Monseñor..... Esta la venganza de Mad. Roland!.....

—Desgraciada muger! dijo Rodolfo con pesadumbre; comprendo..... epiléctico!..... ah! eso es horroroso!...

—Y no es esto todo..... añadió Clemencia con voz despedazante:—Oh! qué noche tan fatal..... maldita sea para siempre!..... Mi hija.... este pobre angelito ha heredado aquella espantosa enfermedad!.....

—Vuestra hija.....tambien? Como!.....su palidez.....su endebles?

—Eso es.....Dios mio!.....eso es.... y los médicos piensan que el mal es incurable....porque es hereditario....

Mad. de Harville se tapó la cabeza con las manos; abrumada con esta dolorosa revelacion, no tenía valor para decir una palabra.

Rodolfo quedó tambien en silencio.

Su pensamiento retrocedia espantado ante los terribles misterios de esa primera noche de boda... Se figuraba á esta jóven tan contristada ya por su vuelta á la ciudad donde habia muerto su madre, llegando á aquella casa desconocida, sola con un hombre por quien sentia interés, estimacion, pero no amor, ni nada de lo que embriaga, nada de lo que hace que una muger olvide su casto miedo en el enagenamiento de una pasion lejitima y participada.

No, no, temblando con un temor púdico, Clemencia llegaba alli..... triste, fria, el corazon destrozado, la cara sonrojada de vergüenza, los ojos llenos de lágrimas.... Se resigna.... y luego, en vez de oír palabras llenas de reconocimiento, de amor y de ternura que la consuelen de la felicidad que ha proporcionado.....ve dar vuelcos á sus pies á un hombre fuera de si, que hace gestos, que echa espumarajos, se pone encarnado con las horribles convulsiones de una de las mas espantosas é incurables enfermedades que atacan al hombre!

Y aun hay mas....Su hija.....pobre angelito inocente, está tambien marchitada al nacer....

Estas dolorosas y tristes declaraciones hacian nacer en Rodolfo reflexiones amargas.

Tal es la ley de este pais, decia para sí; una jóven bella y pura, honrada y confiada, víctima de

un funesto disimulo, une su destino al de un hombre atacado de una espantosa enfermedad, herencia fatal que debe transmitir á sus hijos. La desgraciada muger descubre este horrible misterio: qué puede hacer? nada....

Nada mas que sufrir y llorar, nada mas que tratar de vencer su disgusto y su espanto..... nada mas que pasar sus dias llenos de angustias, de terrores infinitos.....nada mas que buscar consuelos culpables fuera de la existencia desconsoladora que se le ha formado.

Pensaba Rodolfo, estas leyes estrañas obligan algunas veces á relaciones vergonzosas, destructoras de la humanidad.....

En estas leyes, los animales parecen siempre superiores al hombre por el cuidado que se tiene con ellos, por las mejoras que se les hacen, por la proteccion que se les da, por las garantias con que se les une.....

Así, comprad un animal cualquiera; que se declare en él una enfermedad descubierta despues de comprado, la venta es nula....Vease pues tambien, que indignidad, que crimen de lesa sociedad! condenar á un hombre á conservar un animal que algunas veces tose, moquea ó cojea! pero es un escándalo, un crimen, una monstruosidad sin igual! Juzgad pues, verse forzado á conservar, y á conservar siempre, durante toda su vida, un macho que tosa, un caballo que moquee, un burro cojo! Qué espantosas consecuencias no puede esto arrastrar tras si para la salud de la humanidad entera!.....Tampoco hay venta que empeñe, palabra que comprometa, contrato que obligue..... La ley toda poderosa llega á deshacer todo lo que estaba hecho.

○ Pero que se trate de una criatura hecha á la

imágen de Dios, pero que se trate de una jóven que, confiada inocentemente en la honradez de un hombre, se ha unido á él, y que se encuentra en la compañía de un epiléctico, de un infeliz atacado de una terrible enfermedad cuyas consecuencias morales y físicas son espantosas; una enfermedad que puede introducir el desórden y la aversion en la familia, perpetuar un mal horrible, viciar generaciones.....

Oh! esta ley tan inexorable respecto á los animales que cojean, ó que tosen, esta ley, tan admirablemente próvida, que no quiere que un caballo defectuoso sea apto para la reproduccion.... esta ley se guardará muy bien de librar á la víctima de semejante union.....

En verdad, decia Rodolfo, el hombre tiene algunas veces una humildad muy vergonzosa y un egoismo bien execrable de orgullo. Se humilla ante la bestia llenándola de garantías que se niega á sí, é impone, consagra, perpetua sus mas formidables enfermedades poniéndolas bajo la salvaguardia de la inmutabilidad de las leyes divinas y humanas.



CAPITULO V.

LA CARIDAD.

RODOLFO vituperaba mucho á Mr. de Harville, pero se prometió disculparle á los ojos de Clemencia, aunque bien convencido, segun las tristes revelaciones de esta, que el marques se habia enagenado para siempre su corazon.

Unos pensamientos tras otros, se dijo Rodolfo á si mismo.

Por deber, me retiré de una muger á quien amaba, y que ya quizá me tenia una secreta inclinacion. Sea ociosidad del corazon, sea conmiseracion, ha estado á punto de perder el honor, la vida, por un fatuo á quien creia desgraciado. Si, en lugar de alejarme de ella, la hubiese colmado de atenciones, de amor y de respetos, mi reserva hubiera sido tal, que su reputacion no hubiera sufrido el mas leve menoscabo; las sospechas de su marido no se hubieran nunca despertado, mientras que ahora está casi á merced de la fatuidad da Mr. Carlos Robert, y será, lo temo, tanto mas indiscreto cuanto menos razones tiene para serlo.

Y luego, ademas, quien sabe ahora si, á pesar de los peligros que ha corrido, el corazon de Mad.

de Harville estará siempre desocupado? Todo regreso hácia su marido en imposible de aqui adelante.....Jóven, bella, de un carácter simpático por todo lo que padece...para ella, cuantos peligros! cuantos escollos! Para Mr. de Harville, que de angustias, que de penas! A un tiempo celoso y enamorado de su muger, que no puede vencer la tibiaza, el pavor que le inspiró desde la primera y funesta noche de su matrimonio..... que suerte es la suya.....

Clemencia, la frente apoyada sobre su mano, los ojos húmedos, las mejillas sonrojadas de confusion, evitaba las miradas de Rodolfo; tanto le habia costado esta revelacion,

—Ah! ahora, repuso Rodolfo despues de un largo silencio, comprendo la causa de la tristeza de Mr. de Harville, tristeza que no podia penetrar... Comprendo sus penas.....

—Sus penas! exclamó Clemencia; decid sus remordimientos, Monseñor....si los siente....porque nunca un crimen como ese se ha meditado con mas frialdad.....

—Un crimen! señora,

—Y qué otra cosa es, Monseñor, encadenar á sí, por vínculos indisolubles, á una jóven que se fia de su honor, cuando sabe que está atacado fatalmente de una enfermedad que inspira espanto y horror? Que otra cosa sacrificar seguramente á un infeliz hijo á las mismas miserias?.... Quien obligaba á Mr. de Harville á hacer dos victimas?...Una pasion ciega, insensata?..... No, le agradaba mi nacimiento, mi caudal y mi persona.....quiso hacer un *casamiento conveniente*, porque la vida de soltero le fastidiaba sin duda....

—Señora....por piedad á lo ménos....

—Por piedad..... Sabeis quien merece mi pie-

dad?...mi hija....Pobre víctima de esta odiosa union, qué de noches, qué de dias he pasado junto á ella, qué de amargas lágrimas me han arrancado sus dolores!....

—Pero su padre.....padecia los mismos dolores no merecidos!.....

—Pero su padre es el que la ha condenado á una infancia enfermiza, á una juventud marchita, y, si vive, á una vida solitaria y triste; porque no se casará. Oh! la quiero demasiado, para esponerla un dia á llorar por su hijo fatalmente atacado, como he llorado por ella....he padecido mucho con esta traicion para hacerme culpable ó cómplice de crimen semejante!

—Oh! tenéis razon..... la venganza de vuestra madrastra es horrible....Paciencia...Quizás á vuestra vez, sereis vengada.....dijo Rodolfo despues de un momento de reflexion.

—Que quereis decir, Monseñor? le preguntó Clemencia sorprendida de la inflexion de su voz.

—Casi siempre he tenido...la fortuna de ver castigar, oh! castigar cruelmente los malvados que conocia, añadió él con un acento que hizo estremecer á Clemencia.—Pero el dia que siguió á esa desgraciada noche, qué os dijo vuestro marido?

—Me declaró con una estraña sencillez, que las familias con quienes debia aliarse habian descubierto el secreto de sus enfermedades y roto las uniones proyectadas.....Así, despues de haber sido rechazado dos veces.....oh, esto es infame.....Y esto sin embargo es lo que se llama en el mundo un caballero de talento y de honor.

—Vos, siempre tan buena, sois cruel!..

—Soy cruel, porque he sido engañada indignamente.... Mr. de Harville sabia que era buena, debia haberse dirigido á mí, diciéndome toda la verdad!

—Le hubierais deshechado.....

—Esa palabra lo condena, Monseñor; su conducta era una indigna traicion, si tenia ese temor.

—Pero os amaba!.....

—Si me amaba, debia sacrificarme á su egoismo?..... Dios mio! estaba tan atormentada, tenia tanta prisa en dejar la casa de mi padre, que, si hubiese sido franca, quizá me hubiera enternecido, conmovido con la pintura de la especie de reprobacion de que estaba herido, del aislamiento á que lo sacrificaba una suerte horrorosa y fatal.... Si, viéndolo á la vez tan honrado y tan desgraciado, quizá no hubiera tenido valor de desecharlo; y si hubiese contraido asi la obligacion sagrada de sufrir las consecuencias de mi sacrificio, hubiera valerosamente cumplido mi promesa; pero querer forzar mi interes y mi compasion poniéndome desde luego bajo su dependencia, pero exigir este interes, esta compasion en nombre de mis deberes, él que hizo traicion á los suyos, es á la vez una necedad y una vileza!.... Ahora Monseñor, juzgad de mi vida! juzgad de mis crueles engaños! Tenia fé en la honradez de Mr. de Harville, y me engañó indignamente..... Su melancolia dulce y tímida me habia interesado, y esta melancolia, que él decia era hija de memorias piadosas, no era sino la conciencia de su incurable enfermedad.

—Pero en fin, aunque os fuese extraño, la vista de sus padecimientos debió moveros á compasion: vuestro corazon es noble y generoso.

—Pero puedo calmar estos padecimientos? Si mi voz fuese oida..... Pero no..... Oh, no sabeis, Monseñor, lo horrorosas que son las crisis en que el hombre brega como furia silvestre, no ve na-

da, no oye nada, no siente nada, y no sale de aquel frenesí sino para caer en una especie de decaimiento feroz. Cuando mi hija sucumbe á uno de esos ataques, no puedo menos de desconsolar-me, mi corazon se destroza, beso llorando sus pobres brazos envarados por convulsiones que la matan... Pero es mi hija.....es mi hija!..... y cuando la veo padecer asi, maldigo mil veces á su padre. Si los dolores de mi hija se calman, mi irritacion contra mi marido se calman tambien....entonces si, entonces, lo compadezco, porque soy buena, á mi aversion sucede un sentimiento de compasion dolorosa.....Pero en fin, me casé de diez y siete años para no experimentar nunca mas que estas alternativas de aborrocimiento y de penosa conmiseracion? para llorar sobre un desgraciado hijo que quizá no conservaré? Y á propósito de mi hija, Monseñor, permitidme salga al encuentro de una reconvencion que merezco sin duda, y que quizá no os atreveis á hacerme. Es tan interesante que hubiera debido ser bastante para ocupar mi corazon, porque la amo apasionadamente; pero este afecto que traspasa el corazon está mezclado con tantos sinsabores presentes, tantos temores para lo sucesivo, que mi cariño á mi hija se resuelve siempre con las lágrimas. A su lado mi corazon está de continuo destrozado, atormentado, desesperado, porque soy impotente para conjurar sus males que, segun dicen, no tienen cura. Pues bien! para salir de esta atmósfera molesta y fatal..... Ay! me engañé, indignamente me engañé, lo confieso, y vuelvo á caer en la existencia dolorosa que me ha creado mi marido. Decid, Monseñor, era esta la vida que debia yo esperar? Soy la sola culpable de los agravios que Mr. de Harville queria esta mañana hacerme pagar con mi vida? Es-

tos agravios son grandes....lo sé, tanto mas grandes cuanto tengo que sonrojarme de mi eleccion. Afortunadamente para mí, Monseñor, lo que sorprendisteis de la conversacion de la condesa Sarah y de su hermano, respecto á Mr. Carlos Robert; me ahorrará la vergüenza de una nueva confesion....Mas espero al ménos que ahora os parezco merecer mas bien compasion que censura, y que tendreis á bien aconsejarme en la cruel situacion en que me hallo...

Rodolfo le dijo:

—No puedo espresaros, señora, cuanto me ha conmovido vuestra narracion; desde la muerte de vuestra madre, hasta que nació vuestra hija, cuantas penas devoradas, cuantas tristezas ocultas.... Vos, tan brillante, tan admirada, tan envidiada.....

—Oh! creedme, Monseñor, cuando se sufren ciertas desgracias, es horroroso oír que dicen: Es feliz!.....

—Nada hay mas penoso, pues bien! no sois la sola que sufre el cruel contraste entre lo que es y lo que parece,....

—Como, Monseñor?

—A los ojos de todos, vuestro marido debe parecer aun mas feliz que vos.....pues os posee,... Y sin embargo no es tambien bastante digno de compasion? Hay en el mundo una vida mas atroz que la suya? Las penas que os ha causado son grayes.....pero no está horriblemente castigado? Os ama como mereceis ser amada..... y sabe que no podeis tener con él sino una invencible indiferencia...En su hija paciente y valetudinaria, ve una acusacion incesante.....No es esto todo, los celos acuden tambien á atormentarlo.....

—Y qué puedo en ello, Monseñor?....no dar-

le motivo de encelarse..... en hora buena; pero, porque mi corazon no pertenezca á nadie, le pertenecerá mas? Sabe él que no. Despues de la horrosa escena que os he referido, vivimos separados; pero á los ojos del mundo he tenido los miramientos que exige la decencia....., y no he dicho á nadie, sino á vos, Monseñor, una palabra de este fatal secreto.

—Y os aseguro, señora, que si el servicio que os he prestado merecia una recompensa, me creeria mil veces pagado con vuestra confianza; pero puesto que quereis pedirme consejo, y que me permitis hablaros francamente.....

—Os lo suplico, Monseñor.

—Dejadme os diga que, por no emplear bien una de vuestras mas preciosas cualidades... perdeis grandes goces que no solamente satisfarian las necesidades de vuestro corazon, sino que os distraerian de vuestros disgustos domésticos, y responderian ademas á la necesidad de agitaciones vivas y penetrantes, y me atreveré casi á decir (perdonadme mi mala opinion acerca de las mugeres) al gusto natural por el misterio y por la intriga que tanto imperio tiene sobre ellas....

—Qué quereis decir, Monseñor?

—Quiero decir que si quereis *divertiros* en hacer bien, nada os agradará, nada os interesará mas.

Mad. de Harville miró á Rodolfo como pasmada.

—Y sabed, prosiguió él, que no os hablo de mandar con indiferencia, casi con desden, una gran limosna á infelices que no conoceis, y que muchas veces no merecen vuestros beneficios. Pero si os *divertireis* como yo en *representar* de cuando en cuando *la Providencia*, confesareis que

ciertas *buenas obras* tienen á veces todo el atractivo de una novela.

—Nunca he pensado, Monseñor, en la manera de mirar la caridad bajo el punto de vista....*divertido*, dijo Clemencia sonriéndose.

—Es un descubrimiento que he debido á mi horror á todo lo que fastidia; horror que me ha sido sobre todo inspirado por mis conferencias políticas con mis ministros. Pero volviendo á nuestra beneficencia *divertida*, no tengo, ay! la virtud de aquellas personas desinteresadas que confían á otras el cuidado de distribuir sus limosnas. Si se tratase sencillamente de enviar uno de mis gentiles hombres á llevar algunos centenares de lises á cada distrito de Paris, confieso con rubor que no tendria el mayor placer en ello; mientras que hacer bien como yo lo entiendo, es lo mas *divertido* que hay en el mundo. Uso de esta palabra porque para mí dice todo..... Y en verdad, señora, si quisierais ser mi cómplice en algunas *tenebrosas intrigas* de este género, veriais, os lo repito, que separadamente de la nobleza de la accion nada es muchas veces mas curioso, mas interesante, mas halagüeño....aun á veces mas *divertido*, que las aventuras caritativas.....Y luego, qué de misterios para ocultar su buena obra.... qué de precauciones para no ser conocido!...cuántas conmociones diversas y poderosas....á la vista de personas pobres y buenas que lloran de alegría al veros.....Dios mio! las conmociones de que os hablo son con corta diferencia las que habeis sentido esta mañana al ir á la calle del Temple. Vestida muy sencillamente para no ser notada, saldreis tambien de vuestra casa palpitandoos el corazon, subireis tambien muy inquieta en un modesto coche de alquiler cuyas cortinas bajareis pa-

ra no ser vista, y luego, mirando á todos lados por temor de ser sorprendida, entrareis furtivamente en alguna casa de apariencia miserable,...lo mismo que esta mañana, os digo....La sola diferencia es, que os deciais: Si se me descubre....soy perdida: y que os direis: si se me descubre seré bendecida! Pero como teneis la modestia de vuestras adorables cualidades....empleareis las astucias mas pérdidas, las mas....diabólicas....para no ser bendecida.

—Ah! exclamó Mad. de Harville con enternecimiento, me salvais! No puedo deciros las nuevas ideas, las consoladoras esperanzas que vuestras palabras escitan en mí. Decis mucha verdad.... ocupar su corazon y su ánimo en hacerse adorar de los que padecen, es casi amar....Qué digo?... es mejor que amar.... Cuando comparo la existencia que vislumbro con la que me hubiera acarreado un afrentoso error, las reconvenciones que me hago son cada vez mas amargas...

—Me afligiria de ello, repuso Rodolfo, sonriéndose, porque todo mi deseo se reducir    ayudaros   olvidar lo pasado, y   probaros tan solo que las distracciones del corazon son numerosas... Los *medios* del bien y del mal son muchas veces con corta diferencia los mismos.... el *fin* solo difiere....En una palabra....si el bien es tan halagüeño, tan *divertido* como el mal, por qué preferir este? Mirad: voy á hacer una comparacion muy vulgar. Por qué muchas mugeres tienen por amantes   hombres que no valen tanto como sus maridos?.... Porque el mayor encanto del amor es el atractivo de la fruta prohibida....Confesad que si se le quitasen   este amor los temores, las angustias, las dificultades, los misterios, los peligros, no seria nada   muy poco, si   un aman-

te se preguntase: “Por qué no os casais con la viuda, vuestra querida?—Ay! he pensado en ello, responderia, pero entonces no sabria donde ir á pasar mis noches.”

Mad. de Harville dijo sonriéndose:

—Eso es demasiado cierto, Monseñor.

—Pues bien! si encuentro un medio de hacer os sentir los temores, angustias, inquietudes que os engolocinen; si utilizo vuestro gusto natural al misterio y á las aventuras, vuestra inclinacion al disimulo y al artificio (siempre mi execrable opinion de las mugeres, como veis, rompe á pesar mio!), añadió alegremente Rodolfo, no cambiaré en cualidades generosas los instintos imperiosos, inexorables; escelentes si se les emplea bien, funestos si se les emplea mal?.... Veamos, decid, quereis que urdamos nosotros dos todas clases de maquinaciones benéficas? de bromas caritativas, cuyas victimas serán, como siempre, muy buenas gentes? Tendremos nuestras citas, nuestra correspondencia.... nuestros secretos, y, sobre todo, nos resguardaremos bien del marqués; porque vuestra visita de esta mañana á casa de los Morel lo habrá puesto sobre aviso; en fin, si lo quereis, estaremos....en intriga arreglada.

—Acepto con placer, con reconocimiento, esta asociacion *tenebrosa*, Monseñor, dijo Clemencia con alegría. Y, para comenzar nuestra novela, volveré desde mañana á casa de esos infelices, á quienes por desgracia no pude llevar esta mañana sino palabras de consuelo; porque, aprovechándome de mi turbacion y de mi susto, un muchacho cojo me robó la bolsa que me habiais entregado... Ah! Monseñor, añadió Clemencia, y su cara perdió la expresion de dulce alegría que la habia animado un momento, si supieseis qué miseria!....

qué horrible cuadro!.....No.....no..... no creia yo que pudiesen existir semejantes infortunios!..... y me quejo!.... y acuso mi destino!...

Rodolfo, no queriendo dejar ver á Mad. de Harville cuanto le habia conmovido por el cambio que se habia verificado en ella, lo que probaba la bondad de su alma, repuso en tono alegre:

—Si lo permitis, esceptuaré á los Morel de nuestra comunidad: me dejareis encargarme de esta pobre gente, y me prometereis no volver á esa triste casa.... porque habito en ella....

—Vos, Monseñor?.....Qué chanza!.....

—Nada mas serio.... una habitacion modesta, es verdad....doscientos francos al año; ademas seis francos para que la cuiden, liberalmente concedidos cada mes á la portera, Mad. Pipelet, la horrible vieja que sabeis; añadid á esto que tengo por vecina la mas linda mozueta del barrio del Temple, la señorita Rigolette, y convendreis que para un comisionista que gana mil y ochocientos francos (paso por comisionista) es bastante adecuada.

—Vuestra presencia..... tan inesperada en esa fatal casa me prueba que ablais seriamente, Monseñor.....alguna accion generosa os lleva allí sin duda; pero para qué buena obra me reservais? cual será el papel que me destinais?

—El de un ángel consolador, y, dejadme pasar esta palabra fea, el de un demonio fino y astuto....porque si hay ciertas llagas delicadas y dolorosas que solo la mano de una muger puede sanar, hay tambien infortunios tan orgullosos, tan sombríos, tan ocultos, que es menester una rara penetracion para descubrirlos y un encanto irresistible para lograr su confianza.

—Y cuando podré desplegar la penetracion, la habilidad que suponeis en mí? preguntó impacientemente Mad. de Harville.

—Pronto, lo espero, tendreis que hacer una conquista digna de vos; pero será preciso emplear vuestros recursos los mas maquiavélicos.

—Y qué dia, Monseñor, me confiareis ese gran secreto?

—Mirad.....ya estamos en la cita.....,Podeis hacerme el favor de recibirme dentro de cuatro dias?

—Tan tarde!....dijo sencillamente Clemencia.

—Y el misterio? y la decencia? Juzgad pues! si nos creyeran cómplices, desconfiarían de nosotros; pero tendré quizá que escribiros.....Quien es esa muger de edad que me trajo esta tarde vuestra carta?

—Una antigua doncella de mi madre; la seguridad, la discrecion misma.

—A ella pues dirigire mis cartas, os las entregará. Si teneis la bondad de responderme, escribid: “A Mr. Rodolfo, calle Plumet.» Vuestra doncella pondrá vuestras cartas en el correo.

—La echaré yo misma, Monseñor, al dar como tengo de costumbre mi paseo á pié....

—Salis á menudo sola y á pié?

—Cuando hace buen tiempo, casi todos los dias.

—Perfectamente! es una costumbre á que debían habituarse todas las mugeres desde los primeros meses de casadas..... Con buenas..... ó con malas previsiones.....el uso existe..... Este es un *precedente*, como dicen los procuradores, y mas adelante estos paseos habituales no dan nunca lugar á interpretaciones peligrosas..... Si hubiese yo sido muger (y, aqui entre nosotros, hubiera sido, temo, á la vez muy caritativa y muy ligera), el dia despues de mi matrimonio hubiera dado lo mas inocentemente del mundo los paseos mas misteriosos..... Me hubiera ingenuamente disfrazado

con las apariencias mas comprometidas....siempre para establecer aquel *precedente*, que he dicho, á fin de poder un dia visitar á mis pobres.... ó á mi amante.

—Pero eso es una horrorosa perfidia, Monseñor! dijo Mad. de Harville sonriéndose.

—Afortunadamente para vos, señora, no habeis estado en el caso de comprender la sabiduria y la utilidad de esas prevenciones.....

Mad. de Harville dejó de sonreírse, bajó los ojos, se puso colorada, y dijo con tristeza:

—No estais generoso, Monseñor.

En un principio Rodolfo miró á la marquesa con pasmo, luego repuso:

—Os comprendo. señora....Pero, una vez por todas, coloquemos bien claramente vuestra posicion respecto á Mr. Carlos Robert. Un dia, una amiga vuestra os muestra uno de esos mendigos que mueven los ojos lánguidos á un lado y á otro y tocan generalmente el clarinete con un tono desesperado para mover á compasion á los que pasan.—Este es un buen pobre, os dice vuestra amiga, tiene á lo ménos siete hijos y su muger ciega, sorda, muda &c. &c. Ah! infeliz! decís, dándole caritativamente una limosna, y siempre que encontrais al mendigo, así que os vé desde léjos, sus ojos imploran, su clarinete toca sonidos lamentables, y vuestra limosna cae en su zurrón. Otro dia, cada vez mas compadecida de ese buen pobre por vuestra amiga, que malignamente abusa de vuestro corazón, os conformais á ir caritativamente á ver á vuestro infeliz en medio de sus miserias...Llegáis, ay! nada de clarinete, melancolia, nada de mirada que mueve á compasion, y que implora....sino un perillan despierto, jovial y dispuesto, que entona una canción de taberna.....

Al punto el desprecio sucede á la compasion..., porque habeis tenido por buen pobre á un mal pobre, ni mas ni ménos. Es verdad?

Mad. de Harville no pudo ménos de sonreirse con este singular apólogo, y respondió á Rodolfo:

—Por aceptable que sea, esa justificacion, Monseñor, me parece muy fácil.

—No es sin embargo, sino una noble y generosa imprudencia la que habeis cometido.... Os quedan muchos medios de repararla para sentirla. Pero no veré esta noche á Mr. de Harville?

—No, Monseñor.... La escena de esta mañana le ha afectado tanto, que está malo, dijo la marquesa en voz baja.

—Ah! comprendo... respondió tristemente Rodolfo; vamos, ánimo!.... Faltaba un objeto á vuestra vida, una distraccion á vuestras penas como deciais.... dejadme en la creencia de que hallareis esta distraccion en el porvenir de que os he hablado.... entonces vuestra alma estará tan llena de dulces consuelos, que vuestro resentimiento contra vuestro marido no hallará quizá ya lugar. Esperimentareis respecto á él algun interés del que teneis por vuestra pobre hija... En cuanto á este angelito, ahora que sé la causa de su estado enfermizo, me atreveré casi á deciros que espereis un poco.

—Será posible... Monseñor? y cómo, exclamó Clemencia juntando las manos con reconocimiento.

—Tengo por médico á un hombre muy poco conocido y muy sabio; ha estado mucho tiempo en América; me acuerdo que me ha hablado de dos ó tres curas maravillosas, hechas por él en dos esclavos atacados de esa espantosa enfermedad.

—Ah! Monseñor, será posible!....

—Guardaos bien de confiar mucho; el engaño

seria muy cruel....No desesperemos enteramente.

Clemencia de Harville lanzó sobre las nobles facciones de Rodolfo una mirada de reconocimiento inefable.....Era casi un rey..... el que consolaba con tanta inteligencia, gracia y bondad.

Se preguntó á sí misma como habia podido interesarse por Mr. Carlos Robert.

Esta idea le fué horrible.

—Cuanto os debo, Monseñor! dijo con voz conmovida. Me tranquilizais, me haceis á pesar mio esperar para mi hija, vislumbrar un nuevo porvenir que será á la vez un consuelo, un placer y un mérito.....No tenia razon para escribiros que, si teniais á bien venir aquí esta tarde, concluiriais el dia como lo habiais comenzado....con una buena accion?

—Y añadid al ménos, señora, una de esas buenas acciones como yo las quiero, en mi egoismo, llenas de atractivo, de placer y de encanto, dijo Rodolfo levantándose, pues acababan de dar las once y media en el relox del salon.

—Adios, Monseñor, no olvidéis darme pronto noticias de esa pobre gente de la calle del Temple.

—Las veré mañana por la mañana....porque se me habia por desgracia olvidado que el cojito robó la bolsa.....y aquéllos infelices están quizá en una estremidad terrible. Dentro de cuatro dias, fened la bondad de no olvidarlo, vendré á ponerlos al corriente del papel que teneis á bien aceptar....Tan solo debo preveniros que os será quizá indispensable un disfraz.

—Un disfraz?.....oh! que dicha....y cual, Monseñor?

—No puedo deciroslo todavia.....Os dejaré la eleccion.

Al volver á su casa, el principe se aplaudia mucho del efecto general de su conferencia con Mad. de Harville. Habia sentado estas proposiciones:

Ocupar generosamente el ánimo y el corazon de esta jóven, á quien un desapego invencible separaba de su marido; despertar en ella mucha curiosidad romancesca, mucho interés misterioso, *fuera del amor*, para satisfacer las necesidades de su imaginacion, de su alma, y librarla así de un amor nuevo.

O-bien:

Inspirar á Clemencia de Harville una pasion tan profunda, tan incurable, y al mismo tiempo tan pura y tan noble, que esta jóven, en lo sucesivo incapaz de experimentar un amor mas elevado, no comprometa nunca el reposo de Mr. de Harville á quien Rodolfo amaba como á un hermano.

Vamos á trasladar al lector á la calle del Temple, y á presentar á su vista un cuadro de distinta especie donde figuran personajes nuevos que no conoce sino de nombre.

Al volver á su casa, el tiempo se adelantó mu-
cho del efecto general de su conversacion con Julia.
de Haville habia escrito estas proposiciones:
Gentler generalmente al tanto y el corazón de
esta joven á quien un desprecio inventado sepa-
raba de su marido; despertar en ella mucha en-
tusiasmo romancesco, mucho interés misterioso,
fuerza del amor, para satisfacer las necesidades
de su imaginacion de su alma, y libertarla así de
un amor nuevo.

O bien:

Insistir á Clementia de Haville una pasion
tan profunda, tan incógnita, y al mismo tiempo
tan pura y tan noble, que esta joven en lo su-
perior incapaz de experimentar un amor más sis-
témico, no consentira nunca el regreso de Mr. de
Haville á quien habia amado como á un her-
mano.

Y antes de escribir al factor á la calle del Tran-
que y á presentarle su vista un amigo de distin-
ta especie donde habian por lo tanto nuevos que co-
nocer sino de nombre.

INDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

PARTE SEGUNDA.

EL PRINCIPE RODOLFO.

	PAGINAS.
CAPIT. I—Tom y Sarah	5
II—Sir Walter Murph , y el clérigo Polidori.	14
III—Un primer amor.	26
IV—El baile	36
V—El jardin de invierno	45
VI—La cita	50
VII—Vienes muy tarde, angel mio	67
VIII—Las citas.	83
IX—Un ángel.	96

PARTE TERCERA.

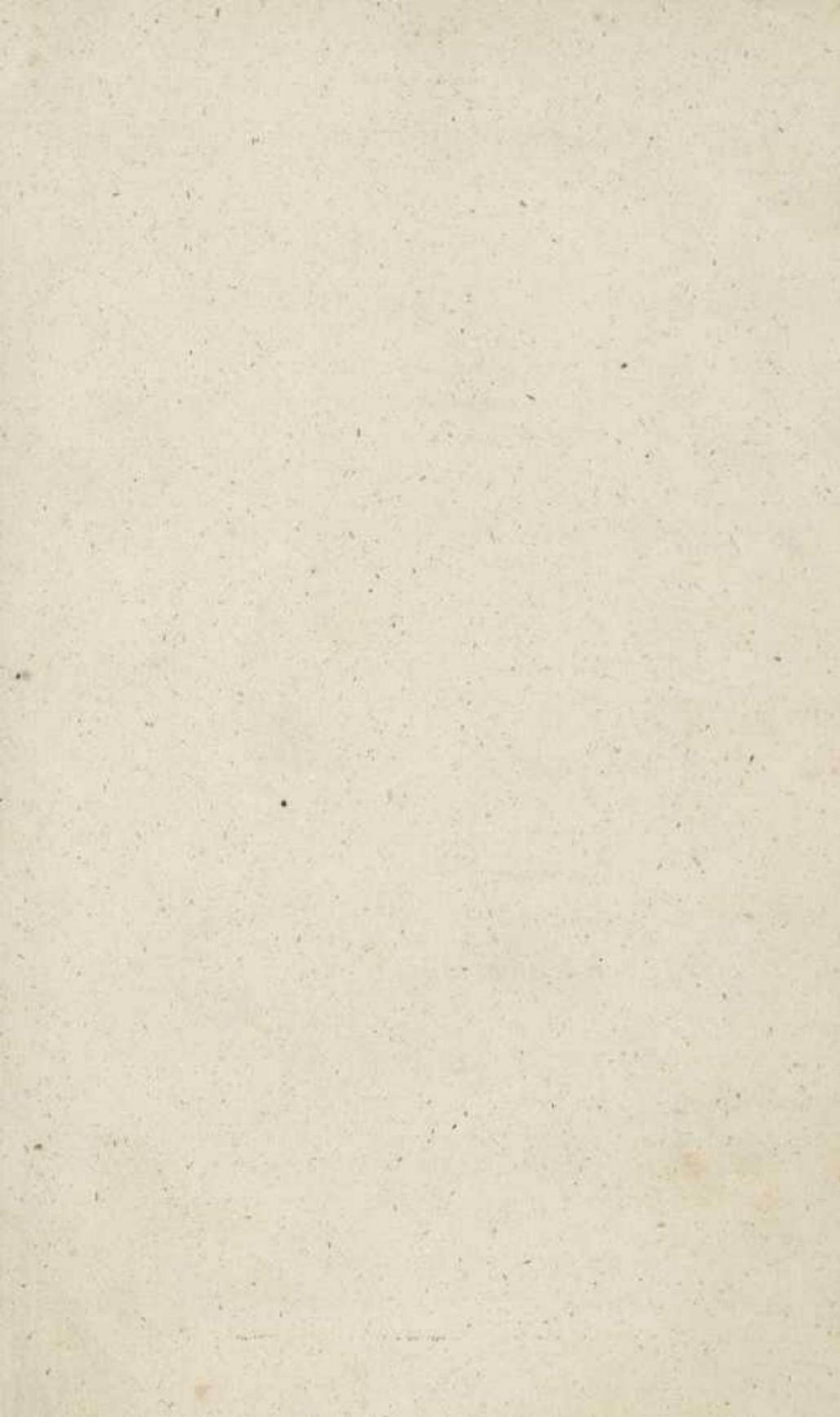
MARIA.

CAPIT. I—Idilio	105
II—Inquietudes	111
III—La emboscada	118
IV—La rectoria	121
V—El encuentro	133
VI—La velada	140
VII—La hospitalidad	145
VIII—Una hacienda modelo	157
IX—La noche	164
X—El ensueño	179
XI—La carta	191
XII—Reconocimiento	195
XIII—La lechera	206
XIV—Consuelos	222
XV—Reflexion	226
XVI—Encuentro	230

PARTE CUARTA.

SANTIAGO FERRAND.

CAPIT. I—Clemencia de Harville	237
II—Las declaraciones	246
III—Continua la narracion	255
IV—Continua la narracion	265
V—La caridad	276



PARTI TERZA.

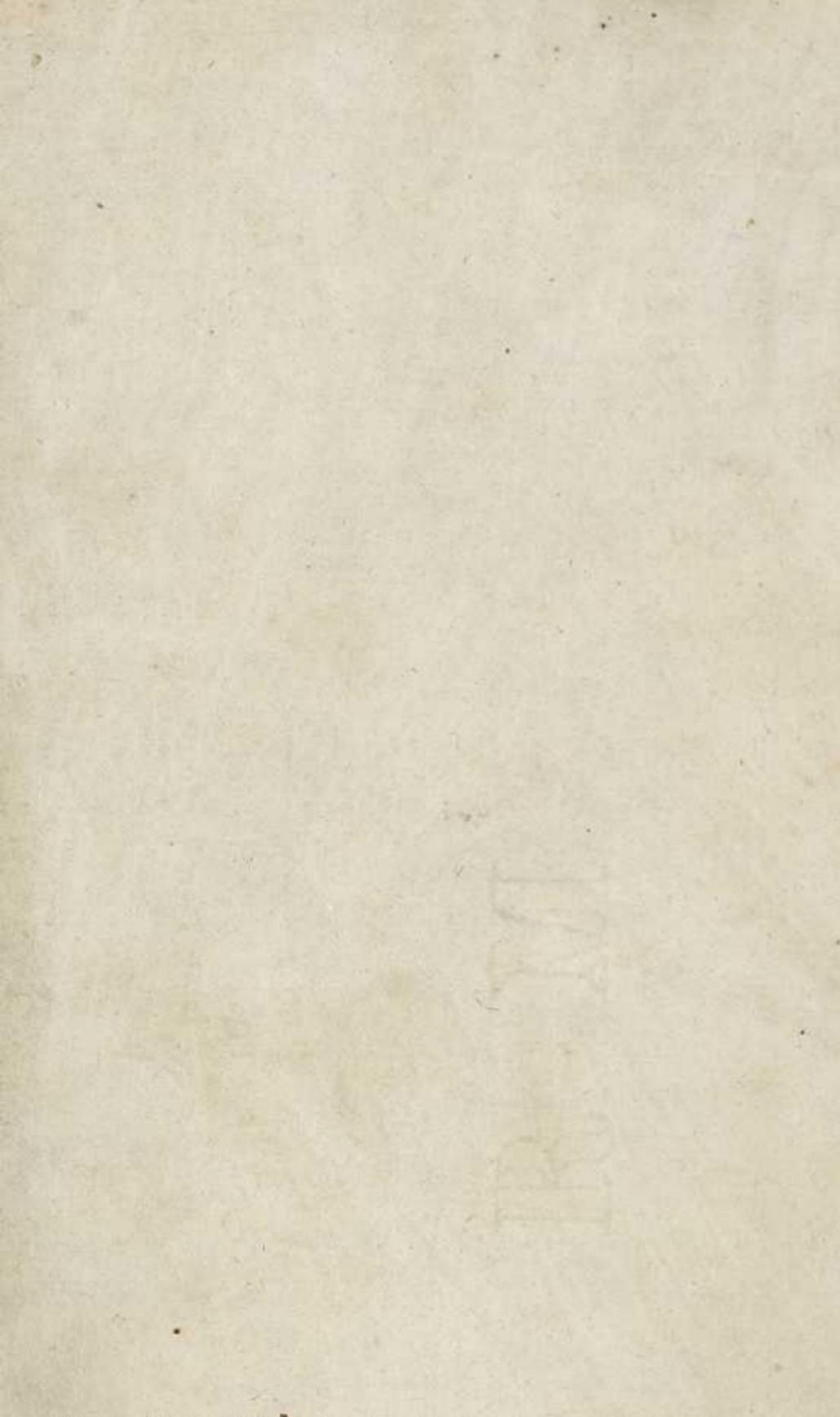
LIBRO.

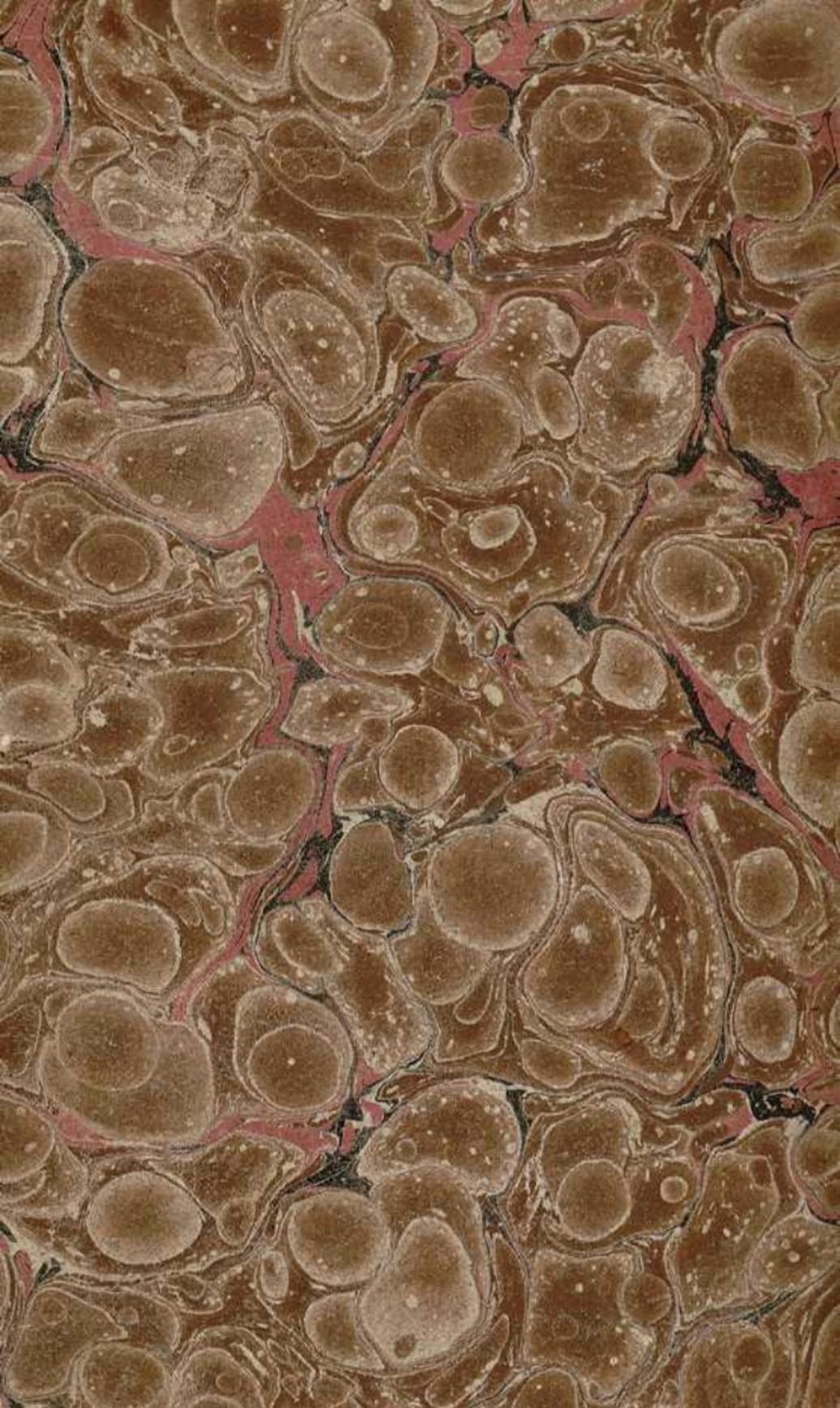
LIBRO I.—Libro	105
II.—L'epistola	111
III.—La confessione	118
IV.—La predica	121
V.—Il sermone	133
VI.—La scuola	140
VII.—La predica	145
VIII.—La predica	157
IX.—La scuola	164
X.—Il sermone	171
XI.—La scuola	181
XII.—Il sermone	185
XIII.—La scuola	191
XIV.—Il sermone	202
XV.—Il sermone	210
XVI.—Il sermone	220

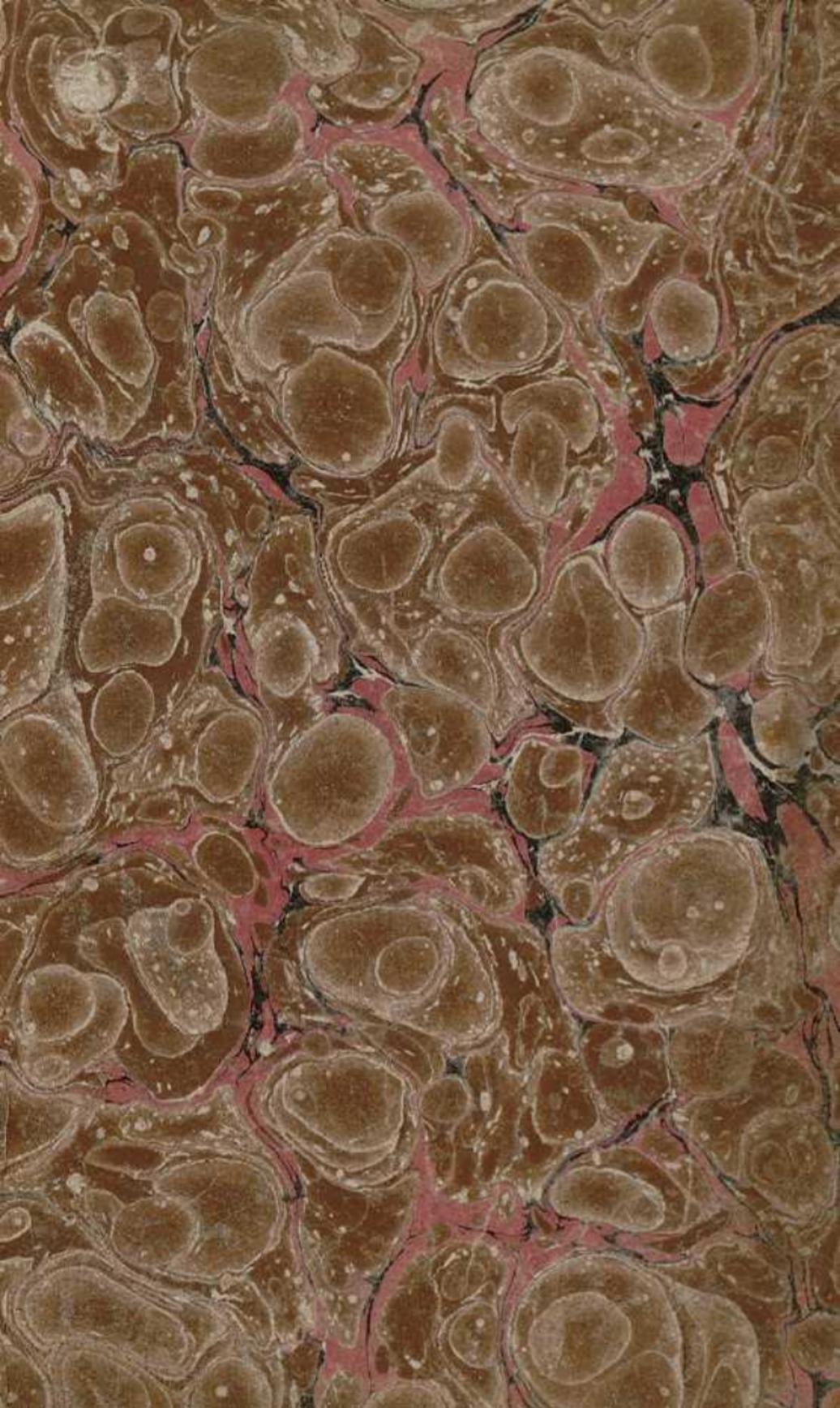
PARTI QUARTA.

LIBRO PRIMO.

LIBRO I.—Chorale de la Harle	225
II.—La predica	235
III.—Chorale de la Harle	245
IV.—Chorale de la Harle	255
V.—La predica	265











MISTERI
DE
PA

